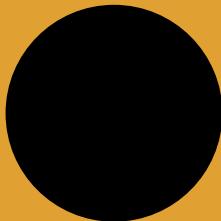




Aportes interdisciplinarios
desde las ciencias sociales



unab
UNIVERSIDAD NACIONAL
GUILLERMO BROWN

Compiladores:
Gastón Kneeteman
Pablo Garibaldi

Interrogar el presente.

Aportes interdisciplinarios desde

las ciencias sociales

Gastón Kneeteman y Pablo Garibaldi (compiladores)
Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB)
2026

Kneeteman, Gastón

Interrogar el presente : aportes interdisciplinarios desde las ciencias sociales / Gastón Kneeteman ; Pablo Garibaldi ; Compilación de Gast Kneeteman ; Pablo Garibaldi. - 1a ed. - Adrogue : Universidad Nacional Guillermo Brown, 2026.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-90373-5-7

1. Ciencias Sociales. 2. Sociología. 3. Ciencia Política. I. Garibaldi, Pablo II. Kneeteman, Gast, comp. III. Garibaldi, Pablo, comp. IV. Título.

CDD 301

Edición y corrección de estilo por UNaB editora: Jonás Chaia De Bellis
Diseño y maquetación: Carlos Romero. dgcarlosromero@gmail.com
Impreso en San Carlos Impresiones, San Carlos 38 CABA

AUTORIDADES DE LA UNAB

RECTORADO

Rector

Lic. Pablo Matías Domenichini

Vicerrector

Lic. Facundo Nejamkis

SECRETARÍAS

Secretaría Académica

Matías Triguboff

Secretaría General

Stella Salamone

Secretaría Económico Administrativa

Diego Otero

Secretaría de Extensión y Bienestar

Ignacio Jawtuschenko

Secretaría de Posgrado

Andrés Gilio

Índice

Introducción. Por Matías Triguboff y Alejo Brosio.....	5
BLOQUE 1. Cómo conceptualizar científicamente a las sociedades. Autores clásicos y preguntas inquietantes.....	16
Comprender lo social. Sentidos, problemas y desafíos de las Ciencias Sociales. Por Carla Iantorno.....	17
Notas para repensar las nociones de tiempo y espacio en las ciencias sociales Por Guillermina Cipriano, Aníbal Corrado, Guillermo D'Andrea, Gastón González, María Soledad Guerriere e Ignacio Pomi.....	32
BLOQUE 2. Ciencias sociales y algunos abordajes específicos en el campo de la economía y la salud... 45	
Qué es la sociología económica y cómo se aplica en trabajos científicos. Por Nicolás Alfredo Vidal.....	46
Ciencias sociales y salud. Perspectivas críticas, procesos históricos y experiencias situadas Por Juan J. Gregoric y Grisel Adissi.....	58
BLOQUE 3. Entre nuevas herramientas, verosimilitudes y artificios. El desafío de pensar, enseñar, estudiar y comunicar..... 82	
Inteligencia Artificial Generativa como acelerador epistémico y herramienta de conocimiento. Por Nestor H. Blanco.....	83
Periodismo, tecnologías y poder en tiempos de IA. Por Agustina Lassi.....	102
BLOQUE 4. Las preguntas sobre “la política”. Perspectivas teóricas, enfoques disciplinares y recortes analíticos..... 112	
La libertad en cuatro momentos la teoría política Hobbes, Constant, Mill, Arendt. Por Antonio David Rozenberg, Gabriela Rodríguez Rial, María Belén Bonello y Pamela Morales.....	113
¿Por qué votamos cómo votamos? Una introducción a las teorías clásicas y contemporáneas del comportamiento electoral. Por Pablo Garibaldi.....	131
La política como trama. Elites partidarias en tiempos de fragmentación. Por Gastón Kneeteman.....	142
Liderazgos y representación en contextos de mediatización de la política. Por Andrea Ariza.....	158
 Autoras y autores.....	179

Introducción

Matías Triguboff y Alejo Brosio

En el imaginario colectivo, “ciencia” suele asociarse a aquello que miden en laboratorios, a los descubrimientos que se patentan o a los avances que se traducen en aplicaciones concretas. En cambio, lo social aparece muchas veces como un terreno movedizo, más endeble, cruzado por interpretaciones, conflictos y miradas contrapuestas. El estudio de las ciencias sociales está atravesado por una tensión que la funda, por un lado, la compleja relación entre sujeto y objeto y, por el otro, el desafío de mostrar su relevancia en un mundo que las suele colocar en un lugar secundario, frente al prestigio de las ciencias naturales o a la promesa de innovación tecnológica. Desde esta perspectiva, no es extraño que surja la pregunta: ¿para qué sirven las ciencias sociales?

En un tiempo atravesado por la incertidumbre, las crisis recurrentes, el avance de nuevas tecnologías y las desigualdades, el conocimiento social tiene un valor estratégico. Busca comprender su presente e intervenir en él. Por ejemplo, en momentos en que la inteligencia artificial redefine el trabajo, en que los liderazgos políticos mutan en contextos de mediatización y en que los sistemas de salud enfrentan tensiones estructurales, las ciencias sociales aportan algo que ningún algoritmo ni experimento de laboratorio puede ofrecer: la capacidad de poner en cuestión lo evidente y de visibilizar lo oculto. Desde esta perspectiva, buscan abrir espacios de interrogación crítica, más allá de la descripción de los hechos. Proponen poner en evidencia cómo llegó a ser lo que es y, sobre todo, qué otras formas podría adoptar.

Este carácter “desnaturalizador” constituye su aporte más importante. Autores como Pierre Bourdieu (2000) señalaron la centralidad de romper con las evidencias del sentido común, con esa ilusión de que lo social es algo dado y no construido. En esa ruptura reside su potencia, en mostrar que lo que parece inevitable, como la pobreza, la desigualdad, la concentración del poder o la exclusión de ciertos grupos, es en realidad el resultado de decisiones históricas, de estructuras institucionales y de relaciones de fuerza. Si son productos de la acción humana, pueden ser transformados.

En definitiva, la pregunta por las ciencias sociales es inseparable de la pregunta por nosotros mismos: ¿qué somos como comunidad?, ¿qué relaciones de poder estructuran nuestras vidas?, ¿qué instituciones garantizan (o impiden) la igualdad y la libertad?, ¿qué horizontes de futuro podemos imaginar colectivamente? Este libro ofrece algunas claves para abordar esas preguntas e invita a las y los lectores a evitar respuestas cerradas y sumarse al ejercicio permanente de problematizar, cuestionar y transformar la realidad social como estudiantes universitarios y futuros profesionales.

El valor de la producción de conocimiento científico hoy

El primer movimiento de reflexión que tenemos que hacer al aproximarnos a las ciencias sociales es subrayar el valor intrínseco de su producción de conocimiento. Vivimos en una época signada por la sobreabundancia informativa, millones de datos circulan de manera simultánea, multiplicados por los medios de comunicación, las redes sociales y los dispositivos digitales que nos acompañan permanentemente. Esta disponibilidad sin precedentes, que a primera vista podría parecer una ventaja, produce

una gran paradoja: nunca antes habíamos tenido tanto acceso a información y, sin embargo, rara vez había sido tan difícil distinguir qué constituye conocimiento relevante y qué no.

En este escenario, las ciencias sociales cumplen una función insustituible. Su aporte no radica únicamente en acumular datos que pueden ser recolectados por algoritmos o sistemas estadísticos, sino que busca dotar a esos datos de sentido, situarlos en un marco interpretativo, conectarlos con procesos históricos y estructurales y someterlos a la crítica. Para Giddens (1995), el conocimiento social tiene siempre un carácter reflexivo porque no solo analiza la realidad, sino que influye sobre ella, es decir, las sociedades tienden a reorganizarse, implementar reformas o tomar decisiones a partir de los diagnósticos y teorías que circulan sobre sí mismas.

Por su parte, Popper (1962) insistía en que la ciencia se define por su carácter falsable, es decir, por la disposición a someter sus hipótesis a la crítica y a la posibilidad de refutación. En las ciencias sociales esta exigencia es todavía más desafiante. A diferencia de la física o la química, el objeto de estudio no es externo y estable, sino cambiante, conflictivo y cargado de valores. El sociólogo, el politólogo o el antropólogo estudian procesos en los que participan actores con intereses, pasiones y visiones del mundo. La dificultad es evidente, así como su relevancia; es decir, el conocimiento social tiene que lograr organizar esa complejidad, ofrecer herramientas de comprensión y de intervención que ningún otro campo puede proporcionar.

Ejemplos de este valor se multiplican en la vida cotidiana. El desarrollo de la inteligencia artificial constituye uno de los debates más urgentes. Además de describir cómo funcionan los algoritmos y celebrar su eficiencia técnica, es indispensable comprender qué transformaciones sociales implican. ¿Cómo alteran las relaciones laborales al reemplazar tareas rutinarias? ¿Qué impacto tienen en la comunicación pública, cuando la producción de discursos se automatiza y multiplica? ¿De qué manera modifican la política, en tanto condicionan la circulación de información y la construcción de liderazgos? Para responder estas preguntas, la mirada de la ingeniería y la informática debe complementarse con los marcos conceptuales que brindan las ciencias sociales.

La producción de conocimiento social funciona aquí como un contrapeso contra el auge tecnológico. Frente al entusiasmo por la novedad, las ciencias sociales nos recuerdan que toda innovación ocurre en un contexto social específico y que sus efectos nunca son neutros, benefician a ciertos sectores y pueden perjudicar a otros, generan nuevas desigualdades al tiempo que resuelven problemas previos. Lo mismo ocurre en ámbitos como la salud, donde todavía debemos comprender cómo las instituciones sanitarias públicas y privadas distribuyen recursos, cómo las políticas impactan de manera desigual en distintas poblaciones y qué rol juegan factores culturales y económicos en los procesos de enfermedad y cuidado, más allá de entender la salud solamente como la acumulación de avances médicos.

Por estas cuestiones, el valor del conocimiento científico social reside en su capacidad de pensar lo que los datos no dicen por sí mismos, de interrogar lo que aparece como evidente, de contextualizar los fenómenos en un entramado histórico, económico y cultural. En tiempos de *fake news*, posverdad y discursos simplistas, esta perspectiva se constituye en un espacio de resistencia, que muestra la complejidad de la construcción de conocimiento, que hay afirmaciones mejor fundamentadas que otras y que la construcción de saberes precisa de método, debate y reflexión crítica.

En resumen, el conocimiento científico social amplía la comprensión que tenemos del mundo, genera insumos para el desarrollo científico, la deliberación pública, la formulación de políticas y la defensa de derechos. Frente a la aceleración del presente y discursos sin evidencia empírica, insiste en un gesto básico: detenerse a pensar, interrogar las categorías con las que miramos la realidad y ofrecer interpretaciones basadas en evidencias que nos permitan comprender para transformar.

¿Para qué estudiar ciencias sociales?

La pregunta suele formularse desde una perspectiva utilitarista, frente a otros campos del conocimiento que parecen producir resultados más tangibles como curar enfermedades, construir puentes o diseñar grandes máquinas. Bajo esa lógica, el valor de las ciencias sociales se mediría en términos de utilidad inmediata, como si su legitimidad dependiera de la capacidad de resolver de manera técnica un problema puntual.

Sin embargo, quizá el verdadero interrogante sea otro: ¿qué características centrales del mundo quedarían ausentes del análisis si no estudiamos ciencias sociales? Esta inversión de la pregunta nos permite comprender que la relevancia del campo no radica tanto en lo que “aporta” de manera directa, sino en lo que nos habilita a comprender y, sobre todo, en lo que nos permite cuestionar. Allí donde otras disciplinas ven fenómenos aislados o datos fragmentarios, las ciencias sociales entrenan la capacidad de vincular, de historizar, de comprender lo que se encuentra detrás de lo aparente.

Lo que se percibe como obvio, las jerarquías de género, la desigualdad económica, la división del trabajo, las prácticas políticas, son producto de relaciones de poder históricas y, por lo tanto, contingentes. Estudiar ciencias sociales significa ejercitar esa ruptura con lo evidente, transcender el sentido común, aprender a mirar lo obvio como una construcción y, en consecuencia, reconocerlo como transformable.

En la misma línea, Mills (1959) acuñó la noción de “imaginación sociológica” para dar nombre a esa capacidad de conectar las experiencias personales con los procesos históricos y estructurales. Descubrir que la pérdida de un empleo no es solo una desgracia individual sino la expresión de un ciclo económico recesivo; que la migración no se reduce a la elección personal de quien se desplaza, sino que responde a dinámicas globales de desigualdad y conflicto; que la dificultad para acceder a la vivienda está vinculada con políticas públicas, especulación inmobiliaria y estructuras de mercado. En todos esos casos, lo que parecía un problema privado se revela como parte de una trama colectiva más amplia. Este gesto reconoce que lo social es producto de decisiones humanas y también puede ser transformado mediante nuevas decisiones colectivas.

Estudiar ciencias sociales es, en ese sentido, un modo de ensanchar la mirada y de comprometerse con el tiempo histórico en que vivimos. Nos invita a reconocer los límites de nuestras certezas, nos interpela como sujetos históricos, nos recuerda que somos producto de estructuras y también actores capaces de incidir en ellas.

Para Arendt (1958), la acción política se funda en la capacidad humana de iniciar algo nuevo, de interrumpir la repetición de lo establecido. La ciencia social, al problematizar lo evidente, abre el camino para que esa capacidad de innovación y transformación pueda desplegarse. Entonces, estudiar

ciencias sociales es adentrarse en un campo de preguntas más que de respuestas. Es aceptar la incomodidad de interrogar lo que parece evidente, reconocer que detrás de cada experiencia individual hay estructuras colectivas que la condicionan y comprender que esas estructuras son, a la vez, históricas y cambiantes.

La dinámica del conocimiento científico social

Una de las características más notables del conocimiento social es su historicidad. A diferencia de otros campos donde los objetos de estudio son relativamente estables en el tiempo, los astros para la astronomía, las moléculas para la química, los organismos para la biología, el objeto de las ciencias sociales es la sociedad y esta cambia de manera constante. Las categorías que en un momento fueron herramientas eficaces para comprender el mundo dejan de ser suficientes cuando las transformaciones sociales, políticas, culturales o tecnológicas alteran el escenario.

Marx (2017) pudo desentrañar las dinámicas del capitalismo industrial de su época a través de categorías como plusvalía, proletariado o lucha de clases. Su aporte fue decisivo para entender la forma en que la producción industrial moldeaba la vida social, la política y la cultura. En otro registro, Weber (2014) analizó la racionalización y la burocracia como signos de la modernidad, categorías que resultaron fundamentales para comprender cómo se organizaban las instituciones y cómo la acción social se inscribía en un proceso de racionalidad creciente. Sin embargo, en el presente, atravesado por fenómenos como la globalización, las migraciones masivas o la digitalización del trabajo, esas categorías, si bien siguen siendo útiles, ya no bastan por sí solas, tienen que ser revisadas, reelaboradas e incluso reemplazadas por nuevos marcos que permitan dar cuenta de realidades inéditas.

En este sentido, las ciencias sociales son un campo en permanente reconfiguración (Wallerstein, 1996). La separación disciplinar entre sociología, ciencia política, antropología o economía es, en gran medida, una construcción histórica que respondió a necesidades específicas en el siglo XIX, pero que resulta cada vez más porosa frente a los problemas contemporáneos. La desigualdad global, la transformación del trabajo o la crisis de representación política son fenómenos que exceden los límites de cualquier disciplina y exigen un enfoque interdisciplinario.

Este carácter dinámico, lejos de ser una debilidad, constituye la principal fortaleza del conocimiento social. Su capacidad de reinventarse frente a cada época es aquello que lo mantiene vigente y que lo diferencia de otras formas de saber que pueden tender a la estabilización. Lejos de pretender ofrecer verdades absolutas, las ciencias sociales nos entrenan en la práctica de la duda, en el reconocimiento de que las categorías son históricas y que los problemas cambian. El trabajo del científico social consiste precisamente en construir conceptos flexibles que permitan iluminar fenómenos en constante transformación, sin caer en el dogmatismo ni en la pura descripción (Bourdieu et al, 2005).

La historicidad del conocimiento social tiene además una consecuencia pedagógica, porque nos invita a pensar críticamente en el tiempo presente. No busca memorizar teorías como si fueran verdades atemporales sino ejercitarse la capacidad de ponerlas en diálogo con los problemas actuales, de reconocer sus alcances y sus límites. Esa es la razón por la cual categorías que parecían incuestionables en el pasado deben ser puestas a prueba una y otra vez. Conceptos como “trabajo”, “ciudadanía” o

“clase social” no significan lo mismo hoy que hace cincuenta o cien años; tienen que ser reconstruidos a la luz de nuevas prácticas, instituciones y tensiones.

En definitiva, la dinámica del conocimiento científico social nos enseña que ninguna sociedad puede pensarse con categorías fijas. La flexibilidad, la revisión constante y la disposición a la interdisciplinariedad son la condición misma de su vitalidad. Más que transmitir certezas, las ciencias sociales tienen una mirada crítica, comprenden que todo marco teórico es provisario y que el desafío permanente consiste en reelaborar nuestras categorías para estar a la altura de los dilemas del presente.

La función social de la universidad y del docente-investigador

En este proceso de construcción de conocimiento, la universidad ocupa un lugar central. En América Latina, la universidad pública se consolidó históricamente como un espacio de democratización del saber y de movilidad social. Su creación y expansión estuvieron ligadas a proyectos políticos que concibieron la educación superior como un derecho y una herramienta de transformación social. El acceso a la universidad, en particular en países como Argentina, estuvo en el corazón de luchas estudiantiles y movimientos reformistas que reclamaron la autonomía académica, el cogobierno y la gratuidad, convencidos de que el conocimiento debía ser un bien común y no un patrimonio exclusivo de minorías (Portantiero, 1978).

Pero más allá de su papel en la formación profesional, la universidad cumple una función social insoslayable, la de sostener una esfera crítica en la que el conocimiento se produzca y circule como bien público. Es en la universidad donde el saber se desliga, al menos en parte, de las lógicas inmediatas del mercado y de la utilidad económica, para abrirse a la interrogación más amplia, a la exploración de preguntas fundamentales y a la crítica de lo establecido. En ese sentido, la universidad constituye una institución única porque combina la transmisión de conocimientos ya consolidados con la producción de nuevos saberes, en un diálogo permanente entre tradición y novedad.

Al mismo tiempo, es un espacio de tensiones. En contextos donde prima la lógica del mercado, defender la función social de la investigación y la docencia implica sostener que el conocimiento no puede reducirse a mercancía, sino que constituye un patrimonio colectivo. Esta tensión se refleja en debates sobre el financiamiento, la orientación de la investigación y el papel de la universidad en la sociedad. La presión por vincular la producción académica exclusivamente con la innovación tecnológica o el desarrollo económico convive con la exigencia de mantener espacios de reflexión crítica, de cultivo del pensamiento abstracto y de exploración de problemáticas sociales y culturales que no siempre tienen un retorno inmediato en términos de rentabilidad. Promover la universidad pública y la tarea del docente-investigador es, por lo tanto, sostener la idea misma de que el conocimiento es un bien común y que su producción y transmisión deben orientarse al fortalecimiento de la vida democrática.

El diálogo con otras disciplinas

Estudiar ciencias sociales es relevante para quienes se especializan en estas disciplinas, pero también es vital para profesionales de otros campos como la ingeniería, la medicina, la arquitectura, la informática o la comunicación. Brinda herramientas para comprender cómo se organizan las relaciones

entre las personas, cómo operan las instituciones, cómo circulan las ideas y cómo se reproducen las desigualdades. Ninguna práctica técnica o profesional ocurre en un vacío o sin contexto, siempre está inserta en un contexto social, histórico y político. Conocer ese contexto no solo mejora la comprensión del entorno, sino que permite intervenir en él de forma más crítica y consciente.

Un ejemplo útil para ilustrarlo es el de la cadena de montaje industrial. Desde una mirada técnica, esta innovación permitió producir más en menos tiempo, reducir costos y estandarizar procesos. Sin embargo, las ciencias sociales permiten ver dimensiones menos visibles, aunque igual de importantes. En este sentido, Marx planteó que en esta forma de organización el trabajador se ve alienado, es decir, no conoce el producto final que ayuda a construir, no toma decisiones sobre el proceso y muchas veces repite mecánicamente una única tarea sin sentido de pertenencia. Se escinde por completo la relación estratégica entre el productor y el producto. Un operario que atornilla la misma pieza durante ocho horas al día, no solo se desconecta del resultado de su trabajo sino también de su propia creatividad y capacidad de decisión. Esa separación entre el sujeto y su actividad forma parte de lo que Marx llamó alienación.

Por otro lado, Weber analizó cómo este tipo de organización del trabajo refleja una racionalización extrema; cada tarea se fragmenta, se calcula, se optimiza. El objetivo es alcanzar la máxima eficiencia a través de normas precisas, jerarquías claras y control sobre cada movimiento. En una fábrica, por ejemplo, el tiempo está cronometrado, los procedimientos son estrictos y todo está regulado por manuales y protocolos. Esta lógica no se limita a la industria, también se puede observar en hospitales, oficinas o escuelas, donde lo que importa no es tanto la experiencia de las personas sino el cumplimiento de ciertos indicadores de rendimiento. El desafío entonces es estudiar qué sucede con ese sujeto que es un engranaje de una organización mayor y cómo influye en los objetivos de la empresa.

Por otra parte, Foucault (2002) nos invita a mirar cómo esta organización también produce cuerpos disciplinados. La cadena de montaje organiza tareas, pero también moldea posturas, controla gestos e impone ritmos. Es decir, el espacio está diseñado para vigilar y corregir, y el trabajador aprende a autorregularse de manera autónoma. El uniforme, la tarjeta magnética, las cámaras de seguridad o los sistemas biométricos son dispositivos que buscan construir un orden y también docilidad. No son dispositivos inocuos, forman parte central del proceso organizacional.

Estos ejemplos muestran cómo las ciencias sociales permiten ver lo que no aparece en los planos, en los protocolos o en los balances. Las categorías que producen, como alienación, racionalización o disciplinamiento, funcionan como lentes que nos ayudan a interpretar el mundo con mayor profundidad. Permiten cuestionar lo que parece obvio, desnaturalizar lo que se da por sentado y pensar alternativas. Para cualquier profesional, pensar con estas herramientas es una forma de intervenir con mayor responsabilidad, eficacia y sentido crítico para comprender la realidad que compartimos con otros.

¿Qué cuentan los capítulos de este libro?

Este libro reúne los aportes de docentes e investigadores de la Universidad Nacional Guillermo Brown, quienes desde distintas perspectivas y trayectorias exploran las múltiples formas en que las ciencias sociales nos permiten comprender, interpelar y transformar la realidad contemporánea. La propuesta se organiza en bloques temáticos, cada uno compuesto por capítulos que dialogan entre sí

en torno a problemas conceptuales, metodológicos y empíricos. Lejos de ofrecer respuestas cerradas, los textos invitan a pensar las condiciones del conocimiento social, su historicidad, sus límites y su potencia crítica. En conjunto, conforman una cartografía de preocupaciones compartidas por quienes enseñan e investigan lo social en el marco de una universidad pública comprometida con su tiempo.

Los capítulos del Bloque 1 de este libro nos invitan a detenernos en los fundamentos del pensamiento social moderno y en los dilemas que acompañan su nacimiento. Son capítulos que nos proponen mirar el mundo con la sospecha propia de las ciencias sociales, reconocer que lo que parece natural es el resultado de procesos históricos, luchas simbólicas y decisiones colectivas. Es una invitación a volver sobre las preguntas originales que dieron forma a las ciencias sociales y a ejercitarse una mirada crítica que permita comprender lo social para transformarlo.

El primer capítulo de este libro, *“Comprender lo social. Sentidos, problemas y desafíos de las ciencias sociales”*, Carla Iantorno nos invita a detenernos en una pregunta que parece sencilla, aunque encierra una de las mayores complejidades del pensamiento moderno: ¿cómo conocer una realidad de la que formamos parte? Desde ese punto de partida, su escrito nos propone mirar la vida social con otros ojos, romper con las explicaciones que parecen obvias y entender que detrás de cada gesto cotidiano (trabajar, consumir, cuidar, obedecer o protestar) se esconden estructuras históricas y relaciones de poder. A través de un recorrido por las raíces de la disciplina y sus preguntas principales, la autora propone que hacer ciencias sociales no consiste en repetir teorías, sino en volver a mirar lo que creemos conocer, en descubrir que lo “natural” es histórico, que lo “normal” es una construcción y que todo orden social puede ser transformado.

En el segundo capítulo, *Notas para repensar las nociones de tiempo y espacio en las ciencias sociales*, Guillermina Cipriano, Aníbal Corrado, Guillermo D’Andrea, María Soledad Guerriere, Gastón González e Ignacio Pomi proponen leer lo cotidiano con ojos nuevos. Un reloj que ordena el día, el mapa que jerarquiza el mundo, la clase universitaria que parece rutina, nada de eso es “natural”, son construcciones históricas atravesadas por poder, por disputas y por lugares de enunciación que casi nunca cuestionamos. Con esa premisa, el capítulo invita a desarmar categorías como tiempo y espacio para abrir una pregunta más incómoda: ¿desde dónde y para quién producimos conocimiento? Las voces críticas latinoamericanas funcionan como brújula para pensar desde el sur y contra el reflejo euro y globocéntrico, mientras la universidad pública aparece como apuesta de democratización del saber en plena crisis.

El Bloque 2 propone mirar dos dimensiones de la vida cotidiana, la economía y la salud desde una lente que desnaturaliza lo dado. Por fuera de los enfoques que las reducen a números, estadísticas o diagnósticos, los capítulos reunidos en este bloque invitan a descubrir el espesor social que hay detrás de cada transacción y cada cuerpo. Se trata de comprender cómo los vínculos, las desigualdades y las decisiones colectivas configuran tanto los mercados como los sistemas sanitarios. Desde la sociología económica hasta las perspectivas críticas en salud, este bloque nos recuerda que detrás de cada precio, cada tratamiento médico y cada política hay relaciones de poder en disputa y posibilidades de transformación.

En el tercer capítulo, *Qué es la sociología económica y cómo se aplica en los trabajos científicos*, Nicolás Alfredo Vidal logra un equilibrio poco común entre claridad pedagógica y profundidad conceptual. Con una narrativa ágil, nos lleva desde las raíces de la sociología moderna hasta los debates más actua-

les sobre la intersección entre economía y sociedad. Su texto nos invita a mirar lo económico como un entramado social en el que se cruzan valores, relaciones y poder. A través de ejemplos tan cotidianos como la elección de un producto o tan estructurales como el análisis de los directorios de YPF, Vidal muestra que la economía no puede entenderse sin comprender primero las redes humanas que la sostienen. Este capítulo nos enseña para qué sirve pensar sociológicamente lo económico y nos revela que detrás de cada algoritmo, cada decisión empresarial o cada política de mercado hay una trama social que merece ser pensada y transformada.

En el cuarto capítulo *4 Ciencias sociales y salud. Perspectivas críticas, procesos históricos y experiencias situadas*, Juan J. Gregoric y Grisel Adissi nos invitan a mirar la salud más allá del cuerpo individual. Lo que parece puramente biológico -como nacer, enfermar, curarse o morir- se revela como un proceso profundamente social, atravesado por condiciones de vida, desigualdades y disputas políticas. El capítulo nos explica cómo la salud fue pensada y organizada a lo largo del tiempo, desde el higienismo hasta los enfoques contemporáneos de salud colectiva, para mostrarnos que ninguna definición es neutra. Cada modelo sanitario encierra una forma de entender el mundo, de jerarquizar cuerpos y de decidir qué vidas merecen ser cuidadas. Los autores nos presentan críticamente los saberes y las prácticas que damos por sentados para reconocer la fuerza de los movimientos sociales, del feminismo y de los saberes populares en la construcción de alternativas. Este capítulo nos plantea, con firmeza y sensibilidad, que estudiar los procesos sanitarios desde las ciencias sociales es también una forma de intervenir sobre ellos.

El Bloque 3 nos invita a reflexionar sobre el impacto de las tecnologías contemporáneas en la producción y circulación del conocimiento. En tiempos donde los algoritmos organizan lo que leemos, escuchamos o creemos, este bloque nos propone detenernos y mirar con atención cómo las nuevas herramientas digitales transforman las prácticas sociales, la educación, la investigación y la comunicación pública. A kilómetros de distancia de un entusiasmo ingenuo o del rechazo tecnófobo, los textos de este bloque buscan pensar la Inteligencia Artificial, las plataformas y los entornos digitales como campos de disputa, como espacios donde se juega qué entendemos por verdad, qué valor le damos a la palabra humana y cómo enseñamos a pensar críticamente en un mundo cada vez más mediado por máquinas.

En el quinto capítulo, *Inteligencia Artificial Generativa como acelerador epistémico y herramienta de conocimiento*, Nestor Blanco nos presenta una reflexión sobre cómo la irrupción de la IA Generativa transforma los modos de producir, organizar y comprender el conocimiento. El autor muestra que esta tecnología procesa información, pero también interviene activamente en los procesos cognitivos, al tiempo que redefine los vínculos entre humanos y máquinas. El autor diferencia entre la capacidad instrumental de la inteligencia artificial y la dimensión propiamente humana del pensamiento y nos advierte sobre los riesgos de la delegación cognitiva y la ilusión de objetividad. El texto invita a desarmar los mitos que rodean a la IA, su pretendida autonomía o su creatividad aparente y nos propone abordarla como una “metatecnología”, capaz de potenciar el trabajo intelectual sin reemplazarlo. La escritura se convierte así en un llamado a la responsabilidad y a la alfabetización tecnológica; es necesario conocer las lógicas de la IA para integrarlas críticamente en la enseñanza, en la investigación y en la producción de saber.

En el sexto capítulo, *Periodismo, tecnologías y poder en tiempos de Inteligencia Artificial*, Agustina Lassi nos propone un recorrido que interpela tanto a la curiosidad como a la responsabilidad. Me-

diente una escritura clara, la autora nos introduce en un fenómeno que ya no pertenece al futuro sino al presente: la irrupción de la inteligencia artificial generativa en nuestras rutinas, instituciones y vínculos. Frente a las miradas que hacen foco en una fascinación tecnológica, su texto abre preguntas urgentes sobre el poder, la autonomía y la desigualdad en un mundo donde los algoritmos, además de procesar datos, los crean y jerarquizan. Lassi invita a leer la IA como un espejo de las estructuras sociales que la producen, como corporaciones que concentran saber y recursos, plataformas que moldean la atención y sistemas que deciden qué vemos y qué queda oculto. El capítulo es, al mismo tiempo, una guía y una advertencia para comprender que las lógicas de la IA son un paso indispensable para intervenir en ellas. Desde el periodismo automatizado hasta la gobernanza algorítmica, su capítulo nos convoca a pensar críticamente el papel humano en una era que parece delegarlo todo a las máquinas, pero que necesita más que nunca de conciencia, ética y mirada social.

El último bloque de este libro nos invita a adentrarnos en el corazón de la política. En estos capítulos, la política aparece como un territorio en disputa donde conviven la teoría y la práctica, la filosofía y la sociología, la reflexión y la acción. Los textos dialogan entre sí, mientras unos se detienen en la relación entre las élites, los partidos, liderazgos y electorados, otros recuperan la tradición del pensamiento político para pensar la libertad, la autoridad y la representación en clave contemporánea. Este bloque nos interpela de lleno con algunas de las siguientes preguntas: ¿qué significa ser libre en contextos de desigualdad? ¿Qué formas adopta hoy la representación en un espacio público mediatisado? ¿Qué vínculos persisten entre las estructuras del poder, los liderazgos y las decisiones de los ciudadanos?

En el séptimo capítulo, *La libertad en cuatro momentos: la teoría política de Hobbes, Constant, Mill y Arendt*, Antonio David Rozenberg, Gabriela Rodríguez Rial, Marfa Belén Bonello y Pamela Morales nos invitan a redescubrir el concepto de libertad. El capítulo propone un recorrido por cuatro pensadores que, desde épocas y preocupaciones muy distintas, se preguntaron qué significa ser libre y cuáles son los límites, riesgos y promesas inherentes a esa idea. Este texto se lee como una conversación viva, una invitación a volver a pensar la libertad como una experiencia que siempre se define en relación con los otros y con el poder. A través de estos autores, el capítulo marca una genealogía del concepto que va desde el miedo al caos hasta la necesidad de acción política, desde el resguardo frente a la tiranía hasta la defensa de la pluralidad y el pensamiento crítico. Leer este capítulo es dejarse interpelar por una pregunta que no pierde actualidad, ¿qué significa ser libre en un tiempo en que la libertad se proclama a menudo, pero pocas veces se piensa?

Por su parte, Pablo Garibaldi en el octavo capítulo, *¿Por qué votamos cómo votamos? Una introducción a las teorías clásicas y contemporáneas del comportamiento electoral, despliega las miradas de las escuelas de comportamiento electoral* de Columbia, Michigan y de la elección racional, para analizar las razones del voto y los debates contemporáneos sobre cómo hoy las disputas culturales reordenan identidades y coaliciones. Este trabajo invita a pensar la democracia con teoría, evidencia y sensibilidad, para captar cómo se produce y se compite por la representación cuando la política se vive, a la vez, en las cúpulas y en las urnas. Este trabajo sistematiza las potencialidades y límites de cada enfoque, que lejos de ser excluyentes, permiten diferentes abordajes de una misma problemática, donde el “homo elector contemporáneo” siempre puede sorprendernos.

En el noveno capítulo, *La política como trama. Élites partidarias en tiempos de fragmentación*, Gastón Kneeteman nos propone mirar la política desde dos orillas que se cruzan: la de quienes encarnan el

poder y la de quienes lo otorgan en el cuarto oscuro. Con una apuesta explícita por el cruce disciplinar, el trabajo recorre el backstage de las élites, sus estilos, redes, capitales y rituales. El estudio de la “tela de araña” nos sitúa en un mapa para leer una complejidad en la que los partidos políticos se construyen en tramas narrativas afectivas y performativas, mientras que los electores deciden entre lealtades, atajos y balances retrospectivos, y un campo político donde lo simbólico pesa tanto como las instituciones. El trabajo presenta además dos problemáticas centrales sobre los procesos políticos contemporáneos: la desnacionalización política y la fragmentación partidaria. Con un desarrollo ordenado y sustentado bibliográficamente, despliega una base esencial para estudiar las democracias contemporáneas.

Finalmente, Andrea Ariza en el décimo capítulo, *Liderazgos y representación en contextos de mediatisación de la política*, nos invita a adentrarnos en una de las transformaciones más profundas de la vida democrática contemporánea: la construcción de la autoridad política en un mundo atravesado por pantallas, emociones y relatos. Para Ariza, reducir la representación política a un acto electoral es sencillamente un error. Su texto nos propone pensar la representación como un proceso vivo, donde los líderes se legitiman a través de narrativas que buscan interpelar, emocionar y construir comunidad. La autora combina miradas provenientes de la teoría política y la comunicación para mostrar cómo la figura del líder se redefine en el escenario digital, donde la intimidad se vuelve estrategia y la conexión emocional reemplaza al discurso programático. Con un enfoque lúcido y actual, el capítulo nos invita a observar cómo la política en la era de la mediatización ya no se juega solo en las urnas, sino que se juega también en la capacidad de contar historias que hagan sentir y creer a quienes escuchan.

Esta introducción finaliza con la misma invitación con la que empezó: pensar como forma de intervenir en el mundo desde un punto de vista profesional. Cada bloque y cada capítulo nos recuerdan que el conocimiento social es una herramienta para habitar con conciencia en un tiempo de grandes transformaciones. Estas páginas nos enseñan que las teorías sirven cuando iluminan lo cotidiano, que los problemas no se agotan en los datos y que las universidades públicas son el espacio donde ese ejercicio crítico se vuelve colectivo. En un mundo acelerado, donde los algoritmos ordenan nuestra atención y las desigualdades se profundizan, las ciencias sociales insisten en tareas simples, como observar y comprender antes de actuar. Por ende, este libro no puede ni debe ofrecer respuestas cerradas ni finales, más bien hay que entenderlo como una brújula para seguir buscando. Y en esa búsqueda, en la insistencia de preguntar, en la obstinación por pensar con otros y otras, contrastar lo que parece evidente, discutir lo que resulta cómodo e imaginar lo improbable, se desvela quizás uno de los verdaderos sentidos de la universidad pública: construir profesionales de excelencia, donde el pensamiento no se rinda ante la urgencia, donde el conocimiento se vuelva acto colectivo y donde cada respuesta sea una forma de construir futuro, una manera de transformar la realidad mientras aprendemos a comprenderla mejor.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1958). *La condición humana*. Planeta Libros.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Bourdieu, P., & Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Siglo XXI.

- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Península.
- Marx, K. (2017). *El capital: crítica de la economía política* (Vol. 1). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1867).
- Mills, C. W. (1959). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.
- Popper, K. (1962). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.
- Portantiero, J. C. (1978). *Estudiantes y política en América Latina: el proceso de la reforma universitaria (1918–1938)*. Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian*. Siglo XXI.
- Weber, M. (2014). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1922).

Bloque 1.

Cómo conceptualizar científicamente a las sociedades. Autores clásicos y preguntas inquietantes

Comprender lo social. Sentidos, problemas y desafíos de las ciencias sociales

Carla Iantorno

¿Qué estudian y cómo intervienen las ciencias sociales?

Las ciencias sociales pueden definirse como un conjunto de disciplinas que estudian la realidad social del ser humano. Así, la sociología, la historia, la antropología, la economía, la geografía, entre otras, buscan explicar o dar cuenta de un aspecto o dimensión de la realidad social a través de la construcción de un objeto de estudio, la elección de un método específico, y la elaboración de teorías que tienen como finalidad la comprensión de la complejidad que atraviesan las relaciones humanas en una sociedad y en un tiempo determinado. Una de las primeras dificultades que enfrentan las ciencias sociales radica en la especificidad de su objeto: la sociedad. A diferencia de otras ciencias, en las que el objeto de estudio se presenta como algo externo al sujeto que investiga, en las ciencias sociales el investigador es, a la vez, sujeto y objeto de conocimiento. Esto significa que el investigador estudia una realidad de la cual forma parte, de modo que los problemas, preguntas y categorías de análisis están atravesados por su propia experiencia y por las formas comunes de percibir el mundo social. La vida cotidiana aparece entonces como un terreno donde el sentido común y la opinión construyen explicaciones sobre los fenómenos sociales que, si bien tienen coherencia para quienes los sostienen, no alcanzan por sí solas los criterios de sistematicidad, reflexividad y validez que exige el conocimiento científico.

Sentido común, opinión y conocimiento científico.

Ahora bien, ¿qué diferencia al conocimiento científico social de otras formas de conocimiento como el sentido común o la opinión? El *sentido común* organiza la vida cotidiana: nos ofrece explicaciones inmediatas, prácticas, sostenidas por creencias compartidas y afirmaciones que rara vez son puestas en duda. Es un saber útil, pero no reflexivo; permite orientarse en el mundo, pero no interrogarlo. Pensemos un ejemplo simple: vemos a una persona levantando la mano en una esquina cualquiera del conurbano bonaerense. Los habitantes de ese lugar reconocerán esta escena como alguien “parando el colectivo”. Esa persona está actuando en un marco de sentido común que le ofrece respuestas disponibles, sin necesidad de preguntarse por su origen o validez. Y a la vez, nadie se detiene a pensar que ese gesto forma parte de un código compartido, construido históricamente, que organiza los vínculos, establece jerarquías y distribuye sentidos en un territorio. El conocimiento del sentido común es espontáneo, acrítico y convencional; su fuerza radica precisamente en no percibirse como conocimiento, sino como evidencia.

La *opinión*, por su parte, es una forma personal de enunciación, un juicio subjetivo que no requiere ser probado ni justificado. Decir “esta es la mejor habitación del barrio” es una opinión; decir “esta habitación tiene cuatro paredes” es una afirmación verificable. En este sentido, la opinión puede estar informada o no, pero no constituye en sí misma una forma de conocimiento sistemático.

Las ciencias sociales, en cambio, se construyen desde una práctica rigurosa que busca interrogar el mundo, sistematizar problemas, y construir respuestas apoyadas en teorías, conceptos y métodos. Pero lo hace partiendo de un imaginario inicial. Como señala el sociólogo Howard Becker:

...nuestro imaginario determina la dirección de la investigación: las ideas de las que partimos, las preguntas que formulamos para verificarlas, las respuestas que nos parecen plausibles... (Becker, 2011, p.31).

El investigador social se encuentra, entonces, tomando decisiones de forma permanente, para poder desarmar sus propios prejuicios y sus propios sesgos, para poder elaborar conceptos y categorías que permitan abordar dimensiones de la realidad social. En esta línea, conocer mediante las ciencias sociales implica una ruptura con lo “dado”, con lo que “todo el mundo sabe”. Esta ruptura con el sentido común no se realiza en soledad; históricamente, el trabajo científico se desarrolla en el marco de una comunidad que comparte reglas, lenguajes, criterios de validación y disputa de saberes.

Pierre Bourdieu propuso el concepto de *campo científico* para dar cuenta de ese espacio específico, que entiende como un espacio de lucha: un campo estructurado por relaciones de poder donde se juega el monopolio de la autoridad científica, es decir, la legitimidad para hablar “en nombre” de la ciencia (Bourdieu, 1994, p.129). El campo no es neutro ni está libre de tensiones: es un espacio donde se dirimen intereses, se confrontan paradigmas y se disputan sentidos. No es casual que el conocimiento producido desde las ciencias sociales incomode. Porque interroga lo que parece natural y evidencia relaciones de dominación.

Para ilustrar este caso, es interesante recordar la experiencia de la reconocida socióloga y demógrafa argentina Susana Torrado, quien fue una de las figuras intelectuales más importantes de las ciencias sociales en Argentina y en América Latina. Ella se hizo tristemente célebre por un episodio que ocurrió en 1994, durante el gobierno de Carlos Menem. A partir de los resultados de su trabajo, anunció públicamente ciertas cifras que revelaban el aumento del desempleo en los años de la Convertibilidad. Domingo Cavallo, entonces Ministro de Economía, le respondió que “se fuera a lavar los platos”, desatando la crítica indignada de los científicos y de la sociedad en general. El comentario de “que se fuera a lavar los platos” revelaba importantes cuestiones acerca de la concepción de Cavallo sobre el rol de las ciencias sociales en general, y el papel de las mujeres en la sociedad. Por un lado, la investigación rigurosa sobre el desempleo desmontaba el relato neoliberal. Pero al mismo tiempo evidenciaba otra cuestión: ¿el ministro le habría dicho lo mismo a un investigador varón? ¿Varía esto en diferentes contextos? Quince años después de este episodio, en una entrevista, Susana Torrado recordó: “Era una situación muy especial, un científico se animaba a contradecir lo que nadie discutía, y, encima, una mujer. La gente joven del Conicet lo tomó como un insulto a los científicos, más allá de Susana Torrado. A la vez, era el Conicet el que venía a señalarle a Cavallo las consecuencias de su modelo económico. Para él resultó insoportable, por eso buscó todas las formas posibles para desacreditarnos¹”

Las ciencias sociales no se limitan a describir hechos o registrar situaciones tal como se presentan en la experiencia cotidiana. Su tarea fundamental es construir problemas de investigación. Esta transformación (de un tema general a un problema científicamente abordable) requiere un trabajo crítico

¹ La entrevista completa puede leerse en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/futuro/13-2222-2009-09-26.html>

y reflexivo que desnaturalice lo dado, que interroque lo que aparece como evidente y que delimite un objeto de estudio con criterios teóricos, metodológicos, éticos y políticos.

Pensar la sociedad moderna: ¿De dónde vienen las ciencias sociales?

Las ciencias sociales se constituyeron en Europa occidental a mediados del siglo XIX, en un mundo atravesado por transformaciones profundas y vertiginosas. Las revoluciones industriales habían alterado las formas de producción, provocando grandes migraciones del campo a la ciudad, con lo cual se incrementó la expansión de las ciudades y la consolidación de nuevas clases sociales. En ese contexto, la Revolución Industrial no solo modificó las formas de producir bienes: alteró drásticamente los vínculos sociales, los modos de vida y las condiciones materiales de existencia de amplios sectores de la población.

Como advierte el historiador británico Eric Hobsbawm:

La transición a la nueva economía creó miseria y descontento, materiales primordiales de la revolución social (...) La explotación del trabajo que mantenía las rentas del obrero a un nivel de subsistencia, permitiendo a los ricos acumular los beneficios que financiaban la industrialización y aumentar sus comodidades, suscitaba el antagonismo del proletariado. (...) Todo iba muy bien para los ricos (...) en cambio, el hombre medio era quien sufría (Hobsbawm, 2009, p. 46).

Fue precisamente en este escenario (marcado por el crecimiento acelerado del capitalismo, la urbanización, la masificación del trabajo asalariado y la conflictividad social) donde se volvió necesario pensar científicamente la sociedad. Las ciencias sociales emergen como una respuesta a la pregunta por el nuevo orden que se estaba configurando. Intentan dar cuenta de esas transformaciones, identificar las nuevas formas de desigualdad y comprender los vínculos entre economía, política, cultura y vida cotidiana.

En sus orígenes, el pensamiento social moderno estuvo fuertemente influido por el positivismo, una corriente filosófica que sostiene que el estudio de la sociedad debe regirse por los mismos principios que las ciencias naturales: la observación empírica, la objetividad y la formulación de leyes generales. Auguste Comte, considerado uno de sus principales exponentes, propuso fundar una *física social* capaz de identificar las leyes que rigen el funcionamiento de la vida en sociedad. Inspirado por el espíritu científico del siglo XIX, Comte concebía a la sociedad como una totalidad ordenada, externa al sujeto que la estudia y, por lo tanto, susceptible de ser conocida, explicada y clasificada. En esta búsqueda de regularidades, elaboró su famosa “ley de los tres estadios”, según la cual el desarrollo de las sociedades (y de la propia humanidad) atravesaría tres etapas sucesivas: la teológica, la metafísica y la positiva. La etapa teológica para Comte representa el momento inicial del pensamiento humano, cuando la explicación de lo real se construía a partir de la creencia en la intervención de dioses, espíritus o fuerzas sobrenaturales que daban sentido a los hechos naturales y sociales. Luego, la etapa metafísica representa un momento de transición en el desarrollo del pensamiento humano. Las explicaciones dejan de apoyarse en la voluntad divina, pero todavía no alcanzan la racionalidad científica: se invocan conceptos abstractos como “fuerza” o “naturaleza” para explicar la realidad, en un intento de reemplazar lo sobrenatural por una forma aún “incipiente” de razón. Por último, Comte desarrolla la etapa positiva; guiada por la razón y el conocimiento científico, ésta representaría el estadio más

“avanzado” de la evolución social. Así, la sociología emergía como una ciencia orientada a comprender y explicar los procesos sociales desde una lógica de orden y progreso.

Sin embargo, observar un fenómeno natural no es lo mismo que observar una sociedad, porque quien investiga no está afuera del objeto, sino que forma parte de él. De allí nace uno de los dilemas centrales de las ciencias sociales: ¿cómo conocer científicamente una realidad de la que uno mismo forma parte?

Los tres grandes pensadores fundacionales de las ciencias sociales, Émile Durkheim, Karl Marx y Max Weber, desarrollaron su obra en ese contexto de crisis y cambio. Cada uno, desde su lugar y su tiempo, propuso respuestas distintas a las grandes preguntas de la modernidad. Y aunque sus enfoques son diferentes, los tres compartieron una inquietud común: ¿cómo pensar la sociedad moderna de manera científica, sin reducirla a la experiencia individual?

En el siguiente apartado se recuperan sintéticamente los aportes de estos tres autores fundamentales para las ciencias sociales, con el objetivo de reflexionar sobre tres cuestiones centrales. En primer lugar, se destaca que todo autor produce *conocimiento situado*: cada uno escribe en un contexto histórico y geográfico determinado, y dicha inscripción condiciona (aunque no determina de manera absoluta) su modo de pensar y problematizar la realidad. En segundo lugar, el abordaje comparado de estos tres autores permite identificar la *diversidad de enfoques* posibles frente a un mismo fenómeno, lo que pone de relieve la diversidad teórica que caracteriza a las ciencias sociales. En tercer lugar, esta variedad de perspectivas nos invita a comprender que un mismo problema social puede ser *interpretado* de maneras diferentes, según el marco teórico desde el cual se lo analice.

Con el fin de ilustrar estos puntos, se propone observar cómo cada uno de estos autores concibió el *trabajo* como problema de investigación. ¿Qué es el trabajo? ¿Cómo organiza la vida social? ¿Qué lugar ocupa en la experiencia moderna? Ese fue uno de los puntos de partida de los primeros teóricos de las ciencias sociales. Durkheim, Marx y Weber no estudiaron el trabajo solo como actividad económica, sino como categoría central para comprender las formas de cohesión, conflicto y sentido que atraviesan la sociedad capitalista.

Durkheim y el nacimiento de la sociología como ciencia social.

Émile Durkheim formuló una de las máximas fundamentales de la sociología como disciplina empírica: tratar a los *hechos sociales como cosas*. Esta afirmación implica considerar lo social como un objeto externo al individuo, posible de ser analizado mediante procedimientos sistemáticos. Como el propio Durkheim señala:

Cosa es todo objeto de conocimiento que no se compenetra con la inteligencia de manera natural, todo aquello de lo que no podemos hacernos una idea adecuada por un simple procedimiento de análisis mental (...) Tratar como cosas a los hechos de un cierto orden (...) es abordar su estudio partiendo del principio de que ignoramos por completo lo que son (Durkheim, 2001, p.16).

Este planteo inaugura un desplazamiento epistemológico fundamental: comprender lo social, no desde la experiencia inmediata, ni desde ideas previas, sino desde un trabajo intelectual que se dis-

tancia críticamente para observar, interrogar y reconstruir los sentidos que circulan en la vida social. Así, el conocimiento sociológico no se limita a describir lo que ocurre, sino que busca desnaturalizar, complejizar y devolver preguntas allí donde parecía haber certezas.

Para ello, Durkheim elaboró el concepto de *hecho social*, que define como toda forma de actuar, pensar o sentir que es exterior al individuo, y que al mismo tiempo ejerce sobre él un poder coercitivo. Estos hechos existen antes que el sujeto y se le imponen, le gusten o no. Según el autor, nadie está formalmente obligado a hablar el idioma de su país o a usar la moneda nacional, pero resulta prácticamente imposible no hacerlo, ya que la sociedad sanciona las desviaciones, a veces de manera imperceptible, pero efectiva (Durkheim, 2001, p.40).

Émile Durkheim nació en Francia en 1858, en un contexto atravesado por el legado de la Revolución Francesa y por la consolidación del Estado republicano moderno. Su obra estuvo profundamente marcada por una preocupación central: ¿cómo es posible la cohesión en una sociedad que se torna cada vez más individualista y compleja? En *La división del trabajo social*, una de sus obras fundamentales, Durkheim se pregunta cuál es la función² de la división del trabajo social. Según él, en las sociedades modernas, urbanas e industriales el vínculo central entre las personas es una forma de solidaridad orgánica, ya que los trabajos y las habilidades individuales se vuelven más especializados. La familia deja de ser autosuficiente y, por lo tanto, debe depender de otras personas de la comunidad para su supervivencia. Así, estas sociedades se mantienen unidas por su interdependencia y también por su creencia compartida en la dignidad y el valor del individuo. Esta creencia compartida constituye el núcleo de la conciencia colectiva en las sociedades orgánicas. En palabras de Durkheim:

Nos vemos así llevados a preguntarnos si la división del trabajo no desempeñará el mismo papel en grupos más extensos; si, en las sociedades contemporáneas en que ha adquirido el desarrollo que sabemos, no tendrá por función integrar el cuerpo social, asegurar su unidad. Es muy legítimo suponer que los hechos que acabamos de observar se reproducen aquí, pero con más amplitud; que esas grandes sociedades políticas no pueden tampoco mantenerse en equilibrio sino gracias a la especialización de las tareas; que la división del trabajo es la fuente, si no única, al menos principal de la solidaridad social... (Durkheim, 1985, p.53).

Sobre el trabajo en las sociedades modernas e industriales Durkheim se pregunta por la función que cumple, y afirma entonces que es una función integradora: permanecemos unidos porque cada uno cumple una función específica dentro del cuerpo social.

Karl Marx y la visión materialista de la sociedad

A diferencia de las tradiciones que buscaban explicar lo social desde el consenso o la integración, como aquella propuesta por Durkheim, Karl Marx propuso una lectura *conflictiva* de la sociedad. Su aporte a las ciencias sociales no radica solo en su análisis económico, sino en la construcción de un enfoque teórico que permite comprender las relaciones sociales desde su historicidad y su estructura material. En este sentido, Marx debe ser considerado un pensador social en sentido pleno: elaboró una teoría crítica de la sociedad que vincula la producción de la vida material con las formas de do-

² En este punto vale una aclaración sobre la pregunta que se formula el autor: investigar la *función* implica pensar cuál es el rol que cumple esa división en la sociedad. Influido por el positivismo imperante, Durkheim concibe a esa sociedad como un *organismo* que requiere de funciones para vivir. La metáfora organicista se encuentra presente en toda la obra de Durkheim.

minación, ideología y transformación histórica. Para él, no se trataba simplemente de interpretar la sociedad, sino de transformarla.

Karl Marx nació en Alemania en 1818 y vivió en un contexto caracterizado por la industrialización acelerada, las tensiones entre las ideas monárquicas y liberales, y también fue un profundo observador de la desigualdad social y la inestabilidad. Exiliado de su país, escribió gran parte de su obra en Inglaterra, en pleno auge del capitalismo industrial. Lo que observaba a su alrededor (la explotación, la miseria y la creciente polarización social) le permitió desarrollar una mirada crítica, radical y revolucionaria del orden existente.

Para Marx, la historia humana no puede comprenderse sin atender a los conflictos materiales que la atraviesan:

La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros jurados y compañeros; en una palabra, opresores y oprimidos, en lucha constante, mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya disimulada; una guerra que termina siempre, bien por una transformación revolucionaria de la sociedad, bien por la destrucción de las dos clases antagónicas (Marx, 2000, p.25).

En el capitalismo, esta lucha se expresa en el antagonismo entre dos clases fundamentales: la burguesía, que posee los medios de producción, y el proletariado, que solo dispone de su fuerza de trabajo. En este marco, el trabajo no aparece como espacio de *integración social* (como en Durkheim) sino como instancia de *explotación estructural*. Al vender su fuerza de trabajo, el obrero produce un valor irremplazable -que Marx llama plusvalía-, que es apropiado por el capitalista, consolidando así una relación de dominación que se encuentra oculta en las relaciones sociales de producción. Como señala Marx en *Los manuscritos económicos y filosóficos*:

En tanto que la división del trabajo eleva la fuerza productiva del trabajo, la riqueza y el refinamiento de la sociedad, empobrece al obrero hasta reducirlo a máquina. En tanto que el trabajo suscita la acumulación de capitales y con ello el creciente bienestar de la sociedad, hace al obrero cada vez más dependiente del capitalista, lleva a una mayor competencia, lo empuja al ritmo desenfrenado de la superproducción, a la que sigue un marasmo igualmente profundo. En tanto que, según los economistas, el interés del obrero no se opone nunca al interés de la sociedad, el interés de la sociedad está siempre y necesariamente en oposición al interés del obrero (Marx, 1980, pp.57-58).

De esta forma, Marx analiza a la sociedad moderna e industrial como un espacio de conflicto y tensiones permanentes: a diferencia de Durkheim, que conceptualizaba el conflicto como patológico dentro del cuerpo social, para Marx, mientras vivamos en una sociedad de clases, el conflicto será inherente a su propia dinámica. Marx también buscó, como Durkheim, formular leyes que permitieran explicar la dinámica social, y, sobre todo, explicarla como determinante en las formas de actuar de los individuos que la componen. Es decir, un sujeto actúa, piensa, siente, en relación al lugar que ocupa dentro del proceso de producción. De ahí que el enfoque de Marx es *materialista*: las condiciones económicas y sociales preceden a las ideas:

En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a un determinado grado de desarro-

llo de sus fuerzas productivas materiales. Estas relaciones de producción en su conjunto constituyen la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se erige la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, político y espiritual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia (Marx, 1989p.8).

Desde esta perspectiva, los hombres (y las mujeres) se encuentran inmersos en relaciones que son independientes de su voluntad, y que tienen como finalidad producir. Primero la humanidad se organiza para producir, y ese fenómeno es lo que para Marx determina el desarrollo de la vida social. El trabajo, entonces, es un fenómeno sustancial para entender las relaciones dentro del capitalismo; es, a la vez, fuente de riqueza y de explotación, de crecimiento y de conflicto, de progreso y de miseria, y es por eso que Marx dedica gran parte de su obra a su estudio.

Max Weber y la teoría de la acción social

Max Weber nació en Alemania en 1864, en un contexto de profunda transformación social, marcado por el proceso de unificación nacional, la consolidación del Estado moderno y la expansión del capitalismo industrial. Fue testigo del avance de la burocracia, la secularización progresiva y el desencanto con la religión, que hasta entonces le había dado sentido a la vida social. En ese escenario, su preocupación no se centró exclusivamente en el *orden* (como en Durkheim) ni en el *conflicto* (como en Marx), sino en la comprensión del sentido que los actores atribuyen a sus acciones.

Para Weber, el punto de partida de su estudio era la acción social: toda conducta orientada por el sentido que los sujetos le otorgan en relación con otros. En palabras de Weber:

La ‘acción social’, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por su sujeto o sujetos está referido a la conducta de otros, orientándose por ésta en su desarrollo. Por ‘sentido’ entendemos el sentido mentado y subjetivo de los sujetos de la acción (...). En modo alguno se trata de un sentido ‘objetivamente justo’ o de un sentido ‘verdadero’ metafísicamente fundado. Aquí radica precisamente la diferencia entre las ciencias empíricas de la acción, la sociología y la historia, frente a toda ciencia dogmática, jurisprudencia, lógica, ética, estética, las cuales pretenden investigar en sus objetos el sentido ‘justo’ y ‘válido’ (Weber, 2002, p.8).

Su enfoque, conocido como comprensivo o interpretativo, no busca establecer leyes generales, sino comprender cómo los sujetos actúan desde sus valores, creencias y motivaciones, dentro de contextos históricos determinados. Weber sostiene que, como toda ciencia, la sociología busca interpretar las acciones humanas de forma comprensible. Esa *comprensión* puede lograrse de manera racional, cuando una acción se entiende claramente por su lógica interna, o de forma endopática, cuando logramos ponernos en el lugar del otro y revivir emocionalmente lo que motivó su conducta. Según Weber, “...hay evidencia endopática de la acción cuando se revive plenamente la ‘conexión de sentimientos’ que se vivió en ella” (Weber, 2000, p.6).

Esta distinción permite abordar tanto acciones racionales como acciones que se orientan por valores, afectos o creencias, incluso si no compartimos esas experiencias.

Desde esta perspectiva, el trabajo no puede entenderse como un hecho exclusivamente material o estructural, sino como una práctica cargada de sentido. En términos weberianos, se trata de una acción social que puede orientarse racionalmente tanto por fines como por valores. ¿Qué busca quien trabaja? ¿Qué espera alcanzar? ¿Qué fines persigue y con qué medios disponibles? Pero también: ¿qué concepciones del deber, de la dignidad o de la utilidad social sostienen y legitiman esa práctica? Comprender el trabajo desde esta perspectiva, implica entonces interrogarlo como una *acción racional con arreglo a fines* (es decir, como un cálculo de medios adecuados para alcanzar determinados objetivos) pero también como una *acción racional con arreglo a valores*, donde lo que orienta la conducta no es su eficacia instrumental, sino la fidelidad a principios asumidos subjetivamente como válidos.

Interrogar el trabajo desde un enfoque comprensivo implica asumir que cada acto laboral (por rutinario, conflictivo o precarizado que sea) está anclado en una trama de motivaciones, creencias, valores y fines que requieren ser reconstruidos.

¿Podría pensarse que expresiones populares como “*el que quiere celeste que le cueste*” o “*al que madruga Dios lo ayuda*” operan como condensaciones simbólicas de una ética del trabajo que orienta ciertas prácticas sociales? ¿No constituyen, acaso, formas de sentido subjetivo que justifican el esfuerzo, el sacrificio o la disciplina como valores en sí mismos, más allá de la utilidad instrumental inmediata?

Estas tres miradas (la del orden, la del conflicto y la del sentido) ofrecen lentes distintas para mirar el mismo fenómeno. Y todas nos muestran que el objeto de estudio en ciencias sociales no está dado: se *construye*. No existe “el trabajo” en abstracto, sino múltiples formas de definirlo, analizarlo, explicarlo. Elegir un enfoque no es neutral: es adoptar una perspectiva, formular una pregunta, construir un marco teórico. En este punto, es preciso preguntarnos: ¿cómo se convierte una escena de la vida cotidiana en una pregunta investigable? ¿Qué hace falta para que esa vivencia se vuelva objeto de estudio? ¿Cómo se construye conocimiento sobre el mundo social?

Construir el objeto: método y recorte

El método no es una técnica, es una posición epistemológica

Conocer la realidad social es también una tarea compleja. Si partimos de la premisa positivista de la observación como práctica elemental para poder analizar un objeto de estudio determinado, es posible que nos formulemos algunos interrogantes. En ciencias sociales, la primera dificultad radica en que no se trata de observar un objeto externo, como quien estudia una célula en un microscopio. En las ciencias naturales, el sujeto que investiga puede, en cierto modo, distanciarse de su objeto, aislar variables, repetir experimentos. Si el mismo fenómeno se repite bajo ciertas condiciones, se puede extraer una regularidad. Pero la sociedad no entra en un microscopio. No es posible aislarla del mundo. Y, además, quien la estudia forma parte de ella.

¿Cómo observar, entonces, sin caer en una mirada subjetiva? ¿Cómo comprender sin confundirse con el sentido común? Estas son algunas de las preguntas centrales que atraviesan el debate metodológico en las ciencias sociales. El método, lejos de ser una mera técnica, es una forma de abordar el mundo y de construir conocimiento sobre él.

En este punto, el sociólogo Pierre Bourdieu ofrece una clave fundamental: el objeto de estudio en ciencias sociales no está dado, se construye. No existe “el trabajo”, “la tarea de cuidado” o “la desigualdad” como entidades naturales que simplemente se observan. Segundo el autor:

Los hechos sociales están construidos socialmente, y todo agente social, como el científico, construye de mejor o peor manera, y tiende a imponer, con mayor o menor fuerza, su singular visión de la realidad, su punto de vista. Es la razón de que la sociología, quiéralo o no (y las más veces lo quiere), tome partido en las luchas que describe (...) El analista forma parte del mundo que intenta objetivar y la ciencia que produce no es más que una de las fuerzas que se enfrentan en ese mundo (Bourdieu, 2003, pp.152-153).

En la actualidad, los nuevos abordajes sobre el mundo del trabajo incorporaron conceptos, uno de ellos es el de *tarea de cuidado*. Con este concepto se hace referencia a aquellas tareas domésticas y cuidados de las personas más vulnerables dentro del grupo familiar o comunitario que históricamente fueron realizados por las mujeres, sin retribución. Y a diferencia de las actividades productivas, que generan valor, las tareas de cuidado no fueron históricamente ni social ni culturalmente consideradas como un trabajo.

Esta idea no es nueva: autores clásicos, como Federico Engels o Emile Durkheim en el siglo XIX establecieron la noción de *división sexual del trabajo*, para problematizar y explicar desde las ciencias sociales cómo se dividen las tareas en una sociedad y el lugar de los hombres y las mujeres en dicha división. Sin embargo, hablar de *trabajo no remunerado*, tiene otra implicancia epistémica, política e ideológica.

La socióloga contemporánea Silvia Federici desarrolla esta idea en su libro *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*, publicado en 2018, donde sostiene que Karl Marx enfocó su análisis sobre el capital en la esfera de la producción, y no en la esfera de la reproducción, que es tan necesaria y vital para la producción como la producción misma, porque se trata, ni más ni menos, de aquellas tareas que implican la reproducción de la vida, y por lo tanto de la fuerza de trabajo. Para la autora, el trabajo doméstico se encuentra invisibilizado porque es una forma de explotación del capital:

El trabajo doméstico es mucho más que la limpieza de la casa. Es servir a los que ganan el salario, física, emocional y sexualmente, tenerlos listos para el trabajo día tras día. Es la crianza y cuidado de nuestros hijos –los futuros trabajadores– cuidándolos desde el día de su nacimiento y durante sus años escolares, asegurándonos de que ellos también actúen de la manera que se espera bajo el capitalismo. Esto significa que, tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto el trabajo de millones de mujeres que han consumido su vida, su trabajo, produciendo la fuerza de trabajo que se emplea en esas fábricas, escuelas, oficinas o minas (Federici, 2018, p.26).

Ahora bien, no es casualidad que estos análisis tengan lugar luego de que el movimiento feminista se manifestara en la esfera pública con cierta masividad, y con demandas concretas y específicas. Es decir, que el contexto, también influye en la configuración conceptual, y por supuesto, en que ese lenguaje pueda ser compartido social y culturalmente. Probablemente, tres generaciones atrás, los conceptos “tarea de cuidado” y “trabajo no remunerado” no existían como tales porque la problemática no estaba definida. En este sentido, a la hora de emprender una investigación es importante construir cuál es el objeto de estudio, y esa tarea es la más ardua y la más compleja, porque implica de-

cidir “¿qué quiero estudiar?” y en función de ello, se deberán tomar las decisiones metodológicas que puedan acompañar esa investigación. La elección metodológica está íntimamente ligada a la posición epistemológica del investigador o investigadora: no parte de la nada, sino que se ancla en una mirada sobre el mundo, una sensibilidad teórica y una intencionalidad política. No se trata solo de cómo recolectamos información, sino de cómo se construye el objeto de estudio, qué se considera relevante.

Enfoques cuantitativo y cualitativo: dos formas de mirar

En este campo, se han desarrollado dos grandes enfoques metodológicos que, aunque muchas veces se presentan como opuestos, pueden ser profundamente complementarios: el cuantitativo y el cualitativo.

El *enfoque cuantitativo* busca medir, comparar, establecer relaciones estadísticas entre variables. Trabaja con encuestas, censos, bases de datos. Permite ver tendencias generales, hacer visible lo que se repite, detectar correlaciones. Puede, por ejemplo, mostrar que el desempleo afecta más a ciertos grupos sociales que a otros, o que la pobreza tiene vínculos con el nivel educativo. Aporta claridad y posibilidad de generalización, pero corre el riesgo de perder de vista la experiencia concreta, situada.

El *enfoque cualitativo*, en cambio, se centra en comprender los sentidos que los actores sociales otorgan a sus prácticas, a sus vivencias, a sus mundos. Trabaja con entrevistas, observaciones, relatos, análisis de discursos. Busca interpretar, comprender, reconstruir significados. Permite, por ejemplo, explorar cómo una trabajadora precarizada vive su día a día, o cómo un grupo de despedidos se organiza para resistir. Aporta profundidad, densidad, comprensión, pero no busca representar a toda una población, sino iluminar lo particular en su contexto.

Ambos enfoques parten de supuestos distintos sobre el conocimiento, pero no son mutuamente excluyentes. Muchas investigaciones en ciencias sociales combinan estrategias cuantitativas y cualitativas para iluminar una problemática desde múltiples ángulos.

Por ejemplo, una investigadora podría estudiar la situación de muchas otras mujeres como ella a partir de datos estadísticos: ¿cuántas horas por día dedican al trabajo doméstico y de cuidado? ¿Qué porcentaje de ellas trabaja además en la economía informal? ¿Cuál es la brecha salarial entre trabajadoras registradas y no registradas en las tareas de cuidado? Este abordaje cuantitativo permite mostrar tendencias, identificar patrones estructurales, visibilizar desigualdades generalizadas.

Pensemos un caso concreto en esta línea de análisis. Es usual escuchar que los varones “trabajan” más que las mujeres. Esta percepción parte de una realidad que se observa en el mercado laboral, dado que ellos presentan mayores tasas de actividad (82% vs 66%), mayores niveles de empleo (77% vs 61%) y menores tasas de desempleo (5.7% vs 6.6%).³ Sin embargo, la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT)⁴ muestra que las mujeres dedican en promedio 6 horas y media por día a estas tareas, mientras que los varones solo 3 horas y media. Esta desigual distribución del trabajo al interior del

³ INDEC, 2024, p.8.

⁴ Entre octubre y diciembre de 2021, el INDEC realizó la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo, que busca caracterizar la vida de personas de distintas edades y el tiempo que le dedican a las actividades que realizan dentro y fuera de los hogares. El relevamiento se llevó a cabo en 28.520 viviendas seleccionadas de áreas urbanas de todo el país.

hogar es una de las principales causas (sino la más importante) de las brechas de género en el mercado de trabajo. Este ejemplo muestra que la forma en que se definen y se miden las categorías de “trabajo” no es neutra, sino que responde a decisiones metodológicas con profundas implicancias políticas e ideológicas. Si solo se considera el empleo remunerado, se refuerza la idea de que los varones “trabajan más”, invisibilizando el aporte femenino al sostenimiento cotidiano de la vida. En cambio, al incorporar el uso del tiempo y el trabajo no remunerado, la investigación social cuestiona el sentido común y hace visible una desigualdad estructural. Así, el método elegido no solo produce conocimiento, sino que también delimita qué realidades son reconocidas como problema social y político.

Pero esos números, por sí solos, no alcanzan. Para comprender lo que significa sostener una casa sin salario, sin descanso, sin reconocimiento, es necesario recuperar las voces de las protagonistas. Entrevistar a las mujeres, escuchar cómo narran su día a día, cómo negocian el cuidado, cómo viven su trabajo, su cansancio, sus estrategias de supervivencia. El enfoque cualitativo aporta esa densidad interpretativa que permite comprender los sentidos, las experiencias, los afectos. El recurso a entrevistas semiestructuradas con mujeres de distintos grupos socio-ocupacionales constituye un ejemplo concreto de la lógica cualitativa: permite reconstruir cómo las trabajadoras interpretan y experimentan la doble jornada entre empleo remunerado y trabajo doméstico no pago. La centralidad de la “autopercepción” no es solo una decisión técnica, sino también política e ideológica: al reconocer la voz de las mujeres como fuente legítima de conocimiento, se cuestiona la visión dominante que reduce el trabajo a su forma mercantil y que invisibiliza las tareas de cuidado. Así, la metodología cualitativa no solo indaga el “cómo” y el “por qué” de los procesos sociales, sino que también interviene en la disputa simbólica sobre qué dimensiones de la vida cuentan como trabajo y, por lo tanto, como problema social.

Así, se articulan explicación y comprensión, estructura y experiencia, regularidades y sentidos. Los métodos no solo nos dicen cuánto tiempo trabajan las mujeres, sino qué factores implican que ese trabajo no sea considerado trabajo. La combinación de enfoques permite construir una mirada más completa y más crítica del mundo social.

En definitiva, la elección metodológica no es un paso técnico posterior a la formulación del problema, es parte de cómo se construye el objeto de estudio. Toda decisión sobre cómo estudiar algo es también una decisión sobre qué se considera relevante, visible, inteligible. En este marco, resulta interesante el análisis de Sandra Harding, epistemóloga estadounidense, cuyos estudios hacen hincapié en que la *posición social* y la experiencia de quien investiga influyen en la construcción de conocimiento. Sobre todo, discute aquellas ideas tradicionales sobre construir conocimiento en ciencias sociales:

Debemos evitar la posición ‘objetivista’ que pretende ocultar las creencias y prácticas culturales del investigador, mientras manipula las creencias y prácticas del objeto de investigación para poder exponerlo. Solo de esta manera podremos contribuir con estudios y explicaciones libres (o, cuando menos, más libres) de distorsiones originadas en las creencias y comportamientos no analizados de los propios científicos sociales (Harding, 1987, p.25).

Este trabajo de construcción del objeto de estudio implica elegir qué mirar, cómo observarlo, y a qué preguntas buscar respuesta. No existe un objeto “natural” o “neutral” para las ciencias sociales: cada investigación es una mirada situada, con sus límites y perspectivas. Así, el método es también una forma de tomar posición, de hacerse cargo del propio lugar: ¿Por qué elegimos mirar unas cosas y no otras? ¿Qué hace que algo se vuelva relevante de ser estudiado en las ciencias sociales?

El recorte: ¿Qué parte de la historia de la realidad social merece ser estudiada?

Estas preguntas nos llevan al corazón del trabajo investigativo: el recorte. Estudiar la realidad social implica siempre una elección. Ninguna investigación parte de una “mirada neutra” ni de un acceso transparente a los hechos. Toda indagación comienza con un interrogante amplio, muchas veces impulsado por una inquietud vital, una experiencia propia o una commoción histórica. Pero para que ese impulso inicial se convierta en conocimiento riguroso, es necesario realizar un recorte: definir qué se va a mirar, desde dónde, con qué preguntas, herramientas y marcos interpretativos.

Los fundadores de las ciencias sociales también fueron conscientes de esto. Durkheim, al estudiar la división del trabajo, eligió interpretar el vínculo entre especialización y cohesión social, proponiendo una lectura funcional del orden moderno. Marx, por su parte, construyó su objeto desde el conflicto y la contradicción, poniendo el foco en la explotación estructural y la lucha de clases. Weber, en cambio, priorizó el sentido subjetivo de las acciones sociales, indagando cómo los individuos orientan su conducta en contextos normativos y culturales específicos. Tres recortes distintos del mismo problema: el *trabajo*.

El recorte como decisión ética y política.

Sobre qué estudiar, qué temas investigar, cuales tienen relevancia y cuáles no, se pueden mencionar algunas posiciones al respecto. En primer lugar, es interesante destacar que los propios fundadores de las ciencias sociales asumieron decisiones éticas y políticas al recortar su mirada sobre el trabajo. En Durkheim, la preocupación por la función integradora de la división del trabajo expresa un compromiso con la cohesión y el equilibrio social: al intentar analizar a la sociedad como un organismo vivo, su mirada sobre el trabajo en la sociedad moderna estaba centrada en ponderar su función como articulador de la interdependencia entre los individuos. En Marx, en cambio, el análisis del trabajo como espacio de explotación y conflicto revela una posición política orientada a denunciar las desigualdades estructurales del capitalismo y una ética vinculada a la emancipación de los trabajadores. Weber, por su parte, al centrar su atención en el sentido que los individuos otorgan a su acción laboral, propone una ética de la responsabilidad y de la comprensión, que busca captar los valores y motivaciones que orientan la conducta humana. En todos ellos, el modo de definir qué observar y cómo hacerlo no fue una elección neutra, sino una forma de intervenir en las discusiones morales y políticas de su tiempo.

En este sentido se puede pensar el recorte como una forma de *interpelar* al sentido común: se estudia aquello que busca comprenderse más allá de la propia subjetividad y de la experiencia inmediata. Como recuerda el sociólogo Wright Mills en *La imaginación sociológica*, una inquietud es una experiencia individual: algo que afecta la vida cotidiana de una persona en su entorno inmediato, como perder el empleo o sentirse aislado. En cambio, un problema es una cuestión estructural: implica a muchas personas, atraviesa instituciones y revela crisis sociales más amplias. Lo que para alguien puede parecer un asunto privado, en realidad puede estar vinculado a transformaciones profundas de la sociedad. Por eso, la tarea de las ciencias sociales es conectar biografía e historia, y mostrar cómo los problemas sociales se expresan en las vidas individuales (Mills, 2003, p.20).

Pensemos en un fenómeno destacado dentro de los estudios sobre el mercado de trabajo: la desocupación. Desde una perspectiva individual, el desempleo puede interpretarse como un hecho aislado: una mala racha, un problema de actitud o una baja en el rendimiento. En esa mirada, lo que estaría en juego sería la inquietud personal y la capacidad de cada trabajador para reconvertirse o “salir adelante”. Sin embargo, cuando la pérdida del empleo afecta a cientos de personas de manera simultánea, cuando aparecen rumores de cierres, convocatorias sindicales y conflictos colectivos, el fenómeno adquiere otra dimensión. Deja de ser un asunto meramente individual para volverse estructural. En ese plano, ya no alcanza con evaluar trayectorias personales: es necesario considerar las transformaciones en el modelo productivo, la presión del mercado financiero, las políticas de ajuste o la debilidad de la negociación colectiva. Lo que está en juego no es únicamente el destino de un trabajador, sino el funcionamiento de las instituciones económicas y laborales que configuran la vida social.

Por otro lado, desde una perspectiva crítica, pensadores como Enrique Dussel advierten que el recorte también debe desafiar la “colonialidad” del saber. No todo lo que puede conocerse se ha considerado históricamente digno de conocimiento. ¿Cuál sería entonces el criterio de selección? ¿Qué temas son importantes de investigar y cuáles no? Dussel dice:

...deberíamos describir los criterios para la elección de los temas por ser pensados. En primer lugar, el criterio absoluto es: pensar un tema real, entre los reales los más esenciales, entre los esenciales los más urgentes, entre los urgentes los que tienen mayor trascendencia, entre los trascendentes los que se refieren a los pueblos, los más numerosos, los más oprimidos, los que están al borde de la muerte, muerte de hambre, de desesperación (Dussel, 1996, p.204).

Desde esta perspectiva, el recorte del objeto de estudio no puede limitarse a lo técnico ni a lo cuantificable. Habría que desplazar la mirada hacia las experiencias que históricamente fueron excluidas del relato oficial del trabajo industrial. Por ejemplo, en lugar de centrarnos en el sistema de producción, podríamos investigar las condiciones de vida de las mujeres migrantes que limpian los baños, las tareas invisibilizadas que sostienen el ritmo de producción, las trayectorias de quienes están tercerizados y no figuran en los registros, o las estrategias de supervivencia de quienes combinan “changas”, contratos precarios y jornadas interminables para sostener a sus familias.

En definitiva, el recorte no es una limitación técnica, sino una práctica reflexiva y política. Implica preguntarse no solo qué estudiar, sino por qué, para qué y para quién. Implica también asumir que el conocimiento es una forma de intervención en el mundo: puede reproducir el orden existente o abrir posibilidades de transformación.

¿Para qué hacer ciencias sociales hoy?

A lo largo de todo este análisis, hicimos hincapié en la idea de que el conocimiento social no es una descripción neutra de la realidad, sino una práctica que interviene en ella: permite disputar sentidos, proponer otros órdenes posibles y problematizar lo que se presenta como natural. Estudiar ciencias sociales no significa solamente adquirir herramientas para el mercado laboral, sino también abrir un espacio colectivo de reflexión crítica sobre las condiciones de existencia.

Las ciencias sociales tienen, en este sentido, una potencia transformadora: habilitan la pregunta, la sospecha, la crítica. Porque al interrogar las relaciones sociales, no solo se cuestiona el trabajo, la política o la economía. También se reconfiguran los afectos, los vínculos, las formas de cuidado, las decisiones cotidianas. Pensar es, también, alterar el mapa íntimo con el que se habita la vida.

Las preguntas que nos hacemos, que cuestionan la realidad en la que vivimos, producen una fisura en nuestro *sentido común*.

El aporte de las ciencias sociales no radica en ofrecer certezas, sino en habilitar preguntas que desnaturalicen lo evidente y permitan interrogar las reglas que organizan la vida social. En esta clave, la reflexión social no solo aporta herramientas analíticas para comprender procesos estructurales, sino que también ofrece a los sujetos un horizonte distinto desde el cual mirar su propia experiencia. Reconocer que los problemas sociales no se agotan en la experiencia individual, sino que adquieren sentido en relación con los contextos, vínculos y dinámicas colectivas, constituye ya una transformación significativa. En este sentido, hacer ciencias sociales implica a la vez un ejercicio intelectual y una práctica política: un modo de interrogar lo que aparece como natural o evidente, y de reencontrarnos con la realidad desde preguntas y perspectivas distintas.

Referencias bibliográficas

- Becker, H. (2011). *Los trucos del oficio*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1994). El campo científico. *Redes: Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, (4), 129–160. <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/317>
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad: curso del Collège de France 2000–2001*. Anagrama.
- Durkheim, É. (1985). *La división del trabajo social*. Planeta-Agostini.
- Durkheim, É. (2001). *Las reglas del método sociológico*. Fondo de Cultura Económica.
- Dussel, E. (1996). *La filosofía de la liberación*. Nueva América.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo*. Tinta Limón.
- Harding, S. (1987). *Is there a feminist method?* In S. Harding (Ed.), *Feminism and methodology: Social science issues* (pp. 1–14). Indiana University Press.
- INDEC. (2024). *Trabajo e ingresos. Vol. 9, N.º 3, Mercado de trabajo. Tasas e indicadores socioeconómicos (EPH), cuarto trimestre*. Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- Marx, K. (1980). *Los manuscritos: economía y filosofía*. Alianza Editorial.
- Marx, K., & Engels, F. (1989). *Contribución a la crítica de la economía política*. Progreso.

- Marx, K., & Engels, F. (2000). *El manifiesto comunista*. El Aleph.
- Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Wright Mills, C. (2003). *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica.

Notas para repensar las nociones de tiempo y espacio en las ciencias sociales

Guillermina Cipriano, Aníbal Corrado, Guillermo D'Andrea, Gastón González, María Soledad Guerriere e Ignacio Pomi

Introducción

Las personas organizamos nuestras actividades y tomamos decisiones en relación a una serie de cuestiones que pocas veces nos detenemos a pensar. Aun así, cualquier persona, cualquiera fuera su situación, piensa su día en al menos dos dimensiones: el tiempo y el espacio. Podríamos decir que estas dos dimensiones constituyen los marcos de nuestra existencia. Desde la infancia aprendemos a calcular cuánto tiempo tenemos para jugar desde que nos despertamos hasta el mediodía. Es común que, en la niñez moderna, por dar un ejemplo, al estar escolarizados, esperemos con ganas el momento del recreo en relación al tiempo de dictado de clases. Entonces debemos calcular el tiempo del que disponemos en el recreo. Pero esto no basta. Sabremos sin demasiada reflexión que debemos ubicar con bastante precisión en dónde se encuentra y qué dimensiones tiene el espacio donde se desarrollará el recreo. El espacio del recreo, conocido comúnmente como “patio”, no solo tiene una dimensión física sino también una dimensión simbólica y social. Allí se suspenden, durante el tiempo que dure el recreo, muchas de las normas que se configuran en el aula. Allí los estudiantes conversan, juegan o descansan según deseen. El espacio condiciona las acciones e incluso la percepción del tiempo. No solo basta con que sepamos cuánto dura el recreo, sino, cuánto tardamos en llegar al patio y qué podremos hacer allí. Como adultos, en la mayoría de los casos, debemos cumplir con una serie de actividades que mayormente están relacionadas con la producción. Dicho de forma muy contemporánea: “el tiempo es dinero”, frase que expresa un orden de cosas que nos demarcan como sujetos en un contexto cultural, político, económico y social. A partir de la relación y del aprovechamiento tanto del tiempo como del espacio es como nos relacionamos con el entorno. En este ejemplo no es lo mismo para un trabajador habitar en Palermo que en la Villa 31; representan cosas distintas para quien allí habita y para los que perciben a quienes habitan allí. Ambos son espacios dentro de la misma ciudad, pero cargados de desigualdades culturales y económicas. A partir de la comprensión de las implicancias entre nuestro comportamiento, el tiempo y el espacio es como nos explicamos lo que sucede a nuestro alrededor y tomamos nuestras decisiones.

Pero, ¿qué tendrán que ver estos ejemplos con el rol de las ciencias sociales? En los siguientes apartados nos dedicaremos a reflexionar sobre ello, aunque vale la pena iniciar estas reflexiones sobre la base de algunas premisas.

A modo de introducción diremos que las ciencias sociales son un conjunto de disciplinas científicas que buscan explicar y comprender las acciones, los conflictos, los sentires, los pensamientos, las interpretaciones de un colectivo, o, dicho de otro modo, cómo las personas viven, piensan y actúan dentro de una sociedad. En síntesis, se ocupan del estudio de la vida social humana (Giddens, 2010). Algunas de las disciplinas que integran las ciencias sociales son la historia, la geografía, la economía, la sociología, la ciencia política o la antropología. Y lo que diferencia a cada una de ellas es su enfoque en distintos aspectos de la acción social, o más bien, el tipo de pregunta que se le hace a lo social (Bauman y May, 1994). Así, a un mismo fenómeno social cada una de esas disciplinas le formula una pregunta

diferente y particular. En tal sentido, los métodos que utilizan las ciencias sociales son propios del conocimiento científico, y se apoyan en herramientas cuantitativas y cualitativas para comprender fenómenos multicausales.

Ahora bien, en cuanto a la temporalidad de los fenómenos sociales, cabe advertir que, en toda acción social, hay una dimensión sincrónica -que es la acción situada en un momento determinado, es decir: cómo se relacionan en el presente los grupos y las personas- y una dimensión histórica o diacrónica - esto es: cómo la misma cambia a lo largo del tiempo-.

En paralelo, y como lo plantea Giddens (2010), lo social implica una doble dimensión: las acciones de los individuos y las estructuras que esas acciones reproducen o transforman. Las distintas corrientes de las ciencias sociales trabajan precisamente la tensión entre el sujeto y la estructura, es decir, entre la acción del hombre en el contexto en el que toma decisiones y en el condicionamiento que esta estructura ejerce. Porque las estructuras sociales influyen en nuestras elecciones, comportamientos y oportunidades, aunque no siempre nos demos cuenta.

Y, como decíamos antes, al no resultar habitual reflexionar sobre dimensiones que a lo largo de nuestras vidas damos por sentadas, las distintas disciplinas que forman parte de las ciencias sociales nos son útiles para analizar y estudiar dimensiones tales como el tiempo y el espacio en relación con la forma en la que los seres humanos se comportan. Las ciencias sociales problematizan dichos conceptos; tanto el tiempo como el espacio no se viven ni se perciben de la misma manera en todos los contextos: dependen de procesos históricos, de las relaciones de poder y de las condiciones culturales y económicas de cada grupo social. Y con “problematizar” nos referimos a formular preguntas que para el sentido común o la opinión parecen obvias, pero que para las ciencias sociales no lo son. Nos preguntamos, por ejemplo: “¿Qué es el tiempo?” Para el ojo común, la respuesta parecería obvia: “es aquello que transcurre desde que comienza el día hasta que llega la noche”; o bien: “es el tiempo que dispongo para producir algo de valor”; o “es la forma de medida que utilizamos para saber cuánto tardamos en llegar de un lugar a otro”; incluso hay quien diría: “es aquello que sucede entre un mundial de fútbol y otro”. Pues las ciencias sociales tratan de pensar, por ejemplo, desde cuándo y para qué actividades se implementó el uso del reloj; indagan en documentos históricos sobre la percepción del tiempo; realizan investigaciones, se nutren de otros autores y autoras que hayan investigado y publicado hallazgos; sistematizan la información obtenida, comparten y publican sus propios hallazgos; entre otras tareas científicas. Los hallazgos de estas reflexiones inciden en la producción del conocimiento mismo de la humanidad y realizan aportes que muchas veces producen cambios en la percepción de las cosas incluso en lo cotidiano.

En definitiva, decímos que las ciencias sociales se ocupan de problematizar categorías que muchas veces damos por sentadas, como son, precisamente, las del tiempo y el espacio. Pero aquí no se termina la historia. Es importante, antes de seguir avanzando, entender que los conceptos y categorías que son problematizados por las ciencias sociales no son neutros ni -como se verá- universales, sino que se trata de construcciones históricas y, a su vez, reflejan relaciones de poder que, influyen además en la misma producción de conocimiento social.

Avancemos un poco más. Decíamos que las ciencias sociales problematizan conceptos que en la vida cotidiana tenemos naturalizados. Pero también debemos preguntarnos sobre las formas de reflexionar acerca de esas categorías hacia el interior de las ciencias sociales. Como los conceptos o

categorías no son neutrales (ni universales), entonces, bien cabe preguntarnos: ¿qué significa el tiempo para las ciencias sociales? ¿Cómo condiciona su forma de teorizar sobre la vida social? ¿De qué modo el espacio o los distintos contextos condicionan a las ciencias sociales? ¿Desde dónde y para quién se problematizan dimensiones como las del tiempo y el espacio? ¿Quiénes se constituyen como científicos y científicas sociales? ¿En qué instituciones y para quiénes se produce dicho conocimiento? Por supuesto, estas preguntas son sumamente complejas de responder, y si bien en este capítulo nos acercaremos a posibles respuestas, no es este nuestro objetivo principal. Pretendemos, en cambio, formular preguntas propias de las ciencias sociales como parte del recorrido inicial en la universidad, entendiendo que la formación académica no es solamente técnica, sino también una invitación a pensar críticamente el mundo que habitamos.

Para ello, en la primera parte proponemos un recorrido que comienza con los aportes del sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein (1930-2019), para quien las categorías de tiempo y espacio, que solemos tener tan naturalizadas como escindidas entre sí, son en realidad inescindibles. ¿Por qué pensamos al tiempo y al espacio separados uno del otro? ¿De qué manera se integran mutuamente?

En segundo lugar, recuperamos y presentamos algunos conceptos elaborados por las ciencias sociales críticas latinoamericanas para entender las relaciones de poder dentro de las ciencias sociales: cómo la mirada eurocétrica se constituye como hegemónica en relación a otras miradas alternativas. Desarrollaremos la visión de algunos referentes de la región, tales como el filósofo e historiador argentino Enrique Dussel (1924-2023), en base a la idea de colonización, no solo en términos materiales y geográficos, sino también en términos simbólicos; también revisaremos la idea de que el contexto de producción del saber está ligado a la lucha de intereses, y que esto tiene efectos en los resultados mismos del conocimiento producido.

Por último, reflexionaremos sobre el rol de la universidad como centro de producción del saber en relación a su origen, su lugar en la historia y su evolución hasta adoptar las diversas formas que conocemos hoy. Nos haremos preguntas tales como: ¿Cuál es el rol de la institución universitaria en la actualidad argentina? ¿Siempre fue así? ¿Qué cambios recientes hubo y cuánto y en qué sentido modificaron sus objetivos? Ello nos llevará a pensar a la universidad pública como institución moderna en un “tiempo-espacio” particular. Por ejemplo, con relación a la idea de la democratización del saber, es decir: cuán fácil o difícil es el acceso al conocimiento en sus distintos niveles, qué implica que en las universidades se hable de “accesibilidad” o de “inclusión”, y por qué esta es una pregunta actual que durante mucho tiempo no fue formulada. Es decir, ¿Qué características tenían las personas que ingresaban a la universidad? ¿Dónde estaban ubicadas las universidades nacionales en el territorio argentino? ¿Qué tareas desempeñaban quienes egresaron de la universidad? Para responder algunos de estos interrogantes, nos apoyaremos en los aportes de la escritora y filósofa argentina Maristella Svampa y de la socióloga argentina Ana Jaramillo.

Finalmente ensayaremos una suerte de conclusión con la intención de proponer a quienes nos leen más bien un inicio que un cierre. Esta idea pretende perseguir una máxima propia del espíritu científico: el filósofo francés Gastón Bachelard (1884-1962) mencionaba en su obra *La formación del espíritu científico* (Bachelard, 1940) que el espíritu científico es incansable, ya que no se satisface con los primeros logros, no acepta la respuesta que lo conforma, sino, más bien, la respuesta que lo contraria. El espíritu científico está, según este autor, en constante formación, puesto que una respuesta no es

más que la posibilidad de mejorar la pregunta inicial. Así que esperamos que este inicio al pensamiento científico, más que brindar respuestas, invite a formular nuevas preguntas.

Espacio, Tiempo y “tiempo-espacio” en la construcción de conocimiento social. El aporte de Immanuel Wallerstein.

Como venimos comentando en la introducción, el concepto de “tiempo-espacio” desarrollado por el sociólogo Immanuel Wallerstein sirve para dar cuenta de la problematización de conceptos y categorías por parte de las ciencias sociales.

Para un primer acercamiento, podemos distinguir el modo de abordar un concepto por parte de las ciencias sociales a diferencia del sentido común⁵. La ciencia da sentidos diferenciados a las palabras y muchas veces esta diferenciación se aprecia en el modo en que las palabras se escriben. Ello se debe a que con tal concepto se indica que no es lo mismo referirnos a “tiempo-espacio” que cuando nos referimos tiempo y espacio en una charla familiar, por ejemplo.

Partimos de la base de que la ciencia en general y las ciencias sociales en particular construyen nuevos sentidos, crean nuevos conceptos o categorías para mostrar y explicar fenómenos que a simple vista no se pueden ver. Buscan mostrar que hay un sentido de la palabra más profundo o diferenciado del usual. Veamos una definición del propio Wallerstein (1997, p. 3) sobre dicha categoría:

...ignoramos el tiempo y el espacio totalmente, porque rara vez tomamos en cuenta la *construcción social del tiempo*, y casi nunca la construcción social de una combinación que quiero proponerles, y que llamaré ‘tiempo-espacio’. Los sistemas históricos derivan su estabilidad del hecho de que la mayoría de personas que se hallan en ellos, *consideran el sistema social como natural y permanente, si no eterno*. Para ello, es muy fácil considerar el tiempo y el espacio como constantes.⁶

En la definición podemos ver que el sentido que se le da a “tiempo-espacio” no es ni “tiempo” ni “espacio” tal como solemos entenderlos. En el fragmento podemos distinguir incluso que se cuestiona tanto la idea de un tiempo “universal”-es decir, lineal, homogéneo y progresivo- así como la de un espacio entendido como escenario neutro o geográfico. Además, de tal cuestionamiento se deriva que ambas categorías deberían ser analizadas en su interdependencia (o sea, que ni tiempo ni espacio se pueden pensar sin el otro concepto) y que constituyen la base estructural del conocimiento moderno (o sea, que resulta indispensable para pensar la forma de construir conocimiento en la sociedad moderna). Podemos señalar, entonces, que la idea de tiempo pensada de forma separada de la idea de espacio en el ámbito del sentido común produce y naturaliza formas de pensar y de relacionarnos socialmente que, así como un orden establecido de las jerarquías sociales. Lo que se pone de manifiesto a partir del aporte de Wallerstein, en este caso, es que la percepción del tiempo y el espacio como categorías separadas está relacionada con la naturalización de relaciones sociales en las cuales un sector de la

⁵ Sobre el “sentido común”, ver el capítulo de Carla Iantorno en este mismo volumen.

⁶ Los resultados son nuestros. Para trabajar sobre la idea de lo “natural” y lo “social”, y la naturalización del orden social, entre otros temas, sugerimos la lectura del ya clásico libro de Josep-Vincent Marqués *No es natural - Para una sociología de la vida cotidiana* (Anagrama, 1983), particularmente su claro y breve capítulo 1, “Casi todo podría ser de otra manera”.

sociedad ejerce dominio sobre otro sector y de que esta realidad ha sido siempre de esta manera, y, por lo tanto, así lo seguirá siendo.

Estas reflexiones no solo trabajan en el nivel social, sino, también, en el nivel en el que la ciencia se comporta a través de sus métodos y estrategias, en su visión y abordaje sobre los fenómenos que investiga y sobre los que reflexiona. Esta concepción de “tiempo-espacio” genera un cambio con respecto al modo en que se han conformado tradicionalmente las ciencias sociales.

Las estructuras modernas del conocimiento han *enfatizado en que el tiempo y el espacio son factores exógenos constantes de la realidad social*, en la que todas las cosas que hacemos y decimos encajan de alguna manera. Somos sujetos interactuando en una realidad objetiva. Somos humanos, y el tiempo y el espacio quedan externos a nosotros, son parte de nuestro entorno natural. Existimos de manera inmanente, pero el tiempo y el espacio persisten a pesar de nosotros (Wallerstein, 1997, p. 4).⁷

De ello se desprende el hecho de que en la construcción del conocimiento de las ciencias sociales durante poco más de doscientos años los analistas hayan tenido que escoger entre dos modelos de “tiempo-espacio”: estudiar los acontecimientos “infinitesimalmente pequeños”, que Wallerstein denomina “tiempo-espacio episódico o geopolítico”, o las “realidades infinitas y continuas”, que llama el “tiempo-espacio eterno” (Wallerstein, 1997, p. 4).

Analicemos cada uno de estos modelos opuestos que describe. El primero de ellos, “episódico o geopolítico”, se concentra en explicar los acontecimientos sociales a partir de lo inmediato en el tiempo y en el espacio, es decir a través del tiempo y del espacio que los preceden de manera inmediata. Sostiene que “es el análisis de los eventos, de lo que ocurre en un instante y punto particular” (Wallerstein, 1997, p. 4). En el otro polo se encuentran las grandes generalizaciones, que suponen que las leyes del comportamiento humano se sostienen a través del tiempo y del espacio, sin referirse -precisamente- a las variaciones en el tiempo y en el espacio.

Una vez que caracteriza estos modelos opuestos, Wallerstein indica que hay tres clases de “tiempo-espacio” que no fueron reconocidos por las ciencias sociales y que se diluyeron en las discusiones: (1) “tiempo-espacio cílico-ideológico”, (2) “tiempo-espacio estructural”, y (3) “tiempo-espacio transformativo” (Wallerstein, 1997, p. 8). Veamos cada uno de ellos y qué implicancias tienen.

1. El “tiempo-espacio cílico-ideológico” remite a los ciclos que suceden dentro del funcionamiento de sistemas históricos particulares y que son, en efecto, los mecanismos que regulan estos sistemas. Todos los sistemas tienen mecanismos que los regulan, en caso contrario no podrían ser sistemas. Sus parámetros espaciales de tales concepciones tienden a tener orientaciones ideológicas, reflejando divisiones definidas entre las normas geoculturales del sistema histórico en cuestión. Por ejemplo, hablamos de la era mercantil, de la era industrial y de la post-industrial en la historia capitalista moderna (Wallerstein, 1997, pp. 9-10).

2. El “tiempo-espacio estructural” supone que los sistemas históricos tienen una génesis, una vida histórica y un fin (un colapso, una transformación), todo ello ubicado en el tiempo y en el espacio. Este es, para nuestro autor, el concepto clave de las ciencias sociales, ya que constituye la unidad

⁷ El resultado es nuestro.

significativa de análisis de la continuidad social y del cambio social. Tenemos los parámetros básicos en los que ocurren la interacción y el conflicto social. El “tiempo-espacio estructural” pone en evidencia las limitaciones del “tiempo-espacio eterno” y del “tiempo-espacio geopolítico”, a los que nos referimos al principio como modelos predominantes en las ciencias sociales. Comprender qué clases de sistemas históricos hemos construido, cuáles son sus parámetros y límites, y por qué su existencia es necesariamente limitada pone en jaque a esas dos opciones analíticas. Así, concluye al respecto:

El tiempo-espacio estructural se refiere a lo que podemos cambiar (el sistema a corto plazo), qué cambiará de manera segura (el sistema a largo plazo), por qué el sistema no cambia a corto plazo realmente (los ritmos cílicos) y por qué, en efecto, cambia a largo plazo (las tendencias seculares, que se alejan del equilibrio) (Wallerstein, 1997, p. 10).

3. El “tiempo-espacio transformativo” es el último tipo olvidado por las ciencias sociales. Es un momento breve y de transición de un sistema histórico a otro, de un modo de organización de vida social a otro. Estos momentos son poco corrientes y llegan

...únicamente cuando un sistema histórico ha agotado los mecanismos de reequilibrio propio, cuando ha agotado la eficacia de sus ritmos cílicos, y ha ido suficientemente lejos del equilibrio, cuando sus oscilaciones han llegado a ser relativamente locas e impredecibles. El momento de la bifurcación en el que un nuevo orden, impredecible, emergirá del caos al que la estructura había accedido. Aún entonces, no sabemos si estamos llegando realmente a un cambio fundamental (Wallerstein, 1997, p. 11).

Recapitulando, en este apartado hemos problematizado las nociones de espacio y tiempo, y hemos introducido el concepto de “tiempo-espacio” para pensar las maneras en que las ciencias sociales han producido conocimiento sobre las sociedades. Vimos que los aportes de las ciencias sociales no solo inciden en la forma de percibir la realidad y nuestras relaciones entre humanos, sino también en la forma de conocer hasta el momento y esta incidencia afecta y modifica algunos aspectos en los que trabajan las ciencias sociales. En algunos casos, los aportes de algunos/as autores/as proponen miradas alternativas y discuten con viejas formas tanto de la ciencia como de los entornos productivos y de la vida cotidiana de las personas.

Por su parte, Pierre Bourdieu, reflexiona sobre el rol del/la sociólogo/a. Este/a debe tener conciencia de su propia posición, ya que “la sociología tiene como particularidad tener por objeto campos de lucha: no solamente el campo de las luchas de clases sino el campo de las luchas científicas mismo” (Bourdieu, 2000, s/d). Las ciencias sociales, por lo tanto, deben posar una mirada crítica con el objetivo de poner a la vista aquello que permanece oculto incluso dentro de las ciencias mismas.

Dicho esto, si es que estamos frente a un momento de cambio transformativo o de su posibilidad, existen dos fuerzas decisivas en este tiempo histórico: por un lado, la lucha política entre aquellos que sostienen sistemas de valores opuestos o diferentes; y, por otro, el conflicto dentro del mundo del conocimiento, que determina si podemos clarificar las alternativas históricas con las que nos enfrentamos, hacer más lúcida nuestra elección, criticando y facultando a aquellos que están comprometidos en la lucha política. Esto nos da el pie para avanzar hacia la reflexión sobre “nuestro lugar” en la producción del conocimiento social.

“Nuestro lugar” en la producción del conocimiento: la crítica latinoamericana al *eurocentrismo* y *globocentrismo* en las ciencias sociales

Cuando hablamos de “nuestro lugar”, no solo lo hacemos desde el campo simbólico (cultural e histórico), sino también desde la geografía. Proponemos prestar atención a los siguientes mapas con sumo detalle y compartir públicamente las observaciones:



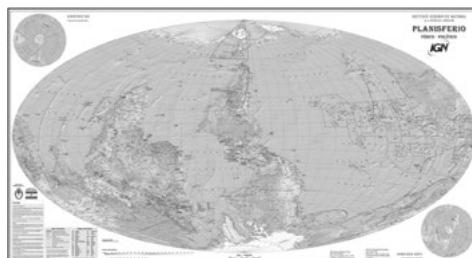
Planisferio - China en el centro

Fuente: studycli.org



Planisferio - Estados Unidos en el centro

Fuente: ibiblio.org



Planisferio físico - político

Fuente: Instituto Geográfico Nacional (IGN)

La forma en que vemos un mapa también es ideológica, al contener relaciones de poder, y da forma a la manera en que pensamos “nuestro lugar” en el mundo. La noción de “eficacia”, que abunda en los materiales de estudio académico, también expresa el objetivo de naturalizar las relaciones sociales. De igual manera que la simple imagen de un mapa, la ubicación de los países y las dimensiones con las que se los representa (a veces muy deformadas y exageradas), han configurado en nuestros materiales de estudios escolares y académicos una forma periférica de ver el mundo. Por ello es importante recordar y recuperar la noción de que la identidad latinoamericana es constitutiva de un pensamiento emancipador.

De esta manera analizaremos tres conceptos, aportados por las ciencias sociales críticas latinoamericanas, que han dado forma a la producción tradicional del conocimiento social: el *eurocentrismo* y el *globocentrismo*. Esto lo haremos para poder analizar, problematizar y debatir al neoliberalismo imperante en las subjetividades, para hacer propuestas superadoras a los discursos que invocan a la libertad con el propósito de someter los modos de aprendizaje y creación de conocimiento. Así, tendremos en cuenta la noción de Lander (2000, p. 11) que afirma:

el *neoliberalismo* es debatido y confrontado como una teoría económica, cuando en realidad debe ser comprendido como el *discurso hegémónico* de un modelo civilizatorio, esto es, como una extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento y la buena vida (Lander, 2000, p. 11)

Por lo tanto, el neoliberalismo es una filosofía integral, en la que hay una concepción holística de la naturaleza y la sociedad, que plantea un modelo de organización social de producción capitalista. Es decir, busca crear una dirección intelectual y moral, sobre la base de una sociedad liberal industrial que plantea un único orden social posible.

Eurocentrismo

Para abordar el concepto de eurocentrismo podemos preguntarnos: ¿por qué pensamos lo que pensamos? ¿De qué culturas heredamos nuestras formas de ver el mundo? ¿Qué es un pensamiento eurocentrista y occidental?

En primer lugar, hagamos un repaso histórico. Dussel (2000, p. 46) sostiene que la Europa moderna hace “un rapto” de la historia griega y occidental para crear una ideología de la historia mundial basada en un centro: Europa. Es decir, “(...) la ‘Modernidad’, en un sentido mundial, consistiría en definir como determinación fundamental del mundo moderno el hecho de ser (sus Estados, ejércitos, economía, filosofía, etc.) ‘centro’ de la Historia Mundial”.



Fuente: Dussel (2000, p. 43)

Por lo tanto, la “Modernidad” (proceso histórico que va de 1492 a 1789) es la construcción de la “centralidad” de Europa en la Historia Mundial y la determinación de las subjetividades en torno al mercantilismo mundial, que se fundamenta en la propiedad privada de los medios de producción. Así, se conforma la diferencia entre centro y periferia cultural, donde Europa actúa como “centro” de la racionalidad, basada en el pensamiento científico que marca la “universalidad” de los intelectuales europeos como parte de un proceso civilizatorio.

Al respecto, Lander (2000) describe que el acercamiento al estudio de la realidad social, a partir de la conformación histórica de las disciplinas en la academia occidental, se da sobre la base de dos supuestos. Por un lado, el de la existencia de un “metarrelato universal” que ubica a todas las culturas y a los pueblos un continuum que va desde lo primitivo y tradicional a lo moderno, siendo la sociedad industrial liberal la expresión más avanzada de ese proceso histórico. De este modo se asume que la sociedad liberal es una especie de “norma universal” que marca el único futuro posible para las otras culturas o pueblos. Y agrega: “aquellos que no logren incorporarse a esa marcha inexorable de la

historia, están destinados a desaparecer" (Lander, 2000, p. 23). En consecuencia, el segundo supuesto desprende del anterior: dado el carácter universal de la experiencia histórica europea, las formas desarrolladas en ese espacio para la comprensión de la sociedad se convierten en los únicos modos legítimos del conocimiento, esto es: válidos, objetivos y universales.

Las categorías, conceptos y perspectivas (economía, Estado, sociedad civil, mercado, clases, etc.) *se convierten así no solo en categorías universales para el análisis de cualquier realidad, sino igualmente en proposiciones normativas que definen el deber ser para todos los pueblos del planeta.* Estos saberes se convierten así en los patrones a partir de los cuales se pueden analizar y detectar las carencias, los atrasos, los frenos e impactos perversos que se dan como producto de lo primitivo o lo tradicional en todas las otras sociedades (Lander, 2000, p. 23).

Esta es una construcción eurocéntrica, que piensa y organiza a la totalidad del tiempo y del espacio, a toda la humanidad, a partir de su propia experiencia, colocando su especificidad histórico-cultural como patrón de referencia superior y universal. Pero es más que eso. Este metarrelato de la modernidad es un dispositivo de conocimiento colonial e imperial en el que se articula esa totalidad de pueblos; tiempo y espacio como parte de la organización colonial/imperial del mundo. Una forma de organización y de ser de la sociedad, se transforma mediante este dispositivo colonizador del saber en la forma "normal" del ser humano y de la sociedad.

Globocentrismo

Si el eurocentrismo es constitutivo de la conformación de las ciencias sociales y de las diversas disciplinas, más recientemente la globalización neoliberal produjo una redefinición de la relación entre Occidente y sus otros, lo que conlleva un pasaje del "eurocentrismo" a lo que Coronil (2000) denomina "globocentrismo".

En vez del eurocentrismo de los discursos occidentalistas anteriores, el cual opera a través del establecimiento de una diferencia asimétrica entre el Occidente y sus otros, el "globocentrismo" de los discursos dominantes de la globalización neoliberal esconde la presencia del Occidente y oculta la forma en que éste sigue dependiendo del sometimiento tanto de sus otros como de la naturaleza (Coronil, 2000, p. 104).

La principal novedad de la globalización neoliberal, a diferencia de la colonización (en todos sus sentidos) es que remite a un proceso no diferenciado, sin actores geopolíticos claramente demarcados o poblaciones definidas como subordinadas por su ubicación geográfica o su posición cultural. La consecuencia de ello es el ocultamiento de las fuentes de poder que permanecen altamente concentradas (Coronil, 2000, p. 104).

Por ello, cuando se produce conocimiento social bajo este paraguas, implícitamente se procede a considerar la situación de las poblaciones desfavorecidas como un efecto del mercado, y no como consecuencia de un proyecto político que adquirió presencia global. En contraste con el eurocentrismo, con el globocentrismo las relaciones sociales y de poder se disuelven u ocultan en la supuesta lógica del mercado, mientras que el poder financiero y político se encuentra más oculto pero concentrado:

Dado que el mercado se presenta como una estructura de posibilidades en vez de como un régimen de dominación, éste crea la ilusión de que la acción humana es libre y no limitada. Resultados

como la marginalización, el desempleo y la pobreza aparecen como fallas individuales o colectivas, en vez de como efectos inevitables de una violencia estructural (Coronil, 2000, p. 105).

Ahora bien, para continuar con la reflexión sobre “nuestro lugar” en la producción de conocimiento social, cabe cerrar el apartado resaltando la relevancia de reconocer el eurocentrismo y el globocentrismo en la conformación de un sistema académico globalizado, con instituciones que han reproducido una matriz de saber colonial y que ha privilegiado teorías, autores, métodos y conceptos importados, bajo un paradigma de pensamiento occidental. A la vez, ello invisibilizó o marginalizó los saberes populares, ancestrales o insurgentes del Sur Global. Esa legitimidad se hizo bajo términos “racionales”, “científicos” y “modernos”, que se presentaban como la superación de lo “inferior”, “emocional” y “premoderno”.

Entonces, descolonizar, implica cuestionar los marcos teóricos que tomamos como “naturales” y animarnos a pensar desde nuestras realidades, conflictos y prácticas. No se trata, en conclusión, de “complementar” la teoría europea con aportes locales, sino de reconocer que los otros del sistema, como los pueblos del Sur, los cuerpos feminizados, racializados y empobrecidos, también son fuentes legítimas de racionalidad y de política.

Conocimiento social y universidad en la policrisis contemporánea

Retomando el concepto de “tiempo-espacio transformativo”, podemos continuar con la idea de encontrarnos en la bifurcación, en la creación de un nuevo sistema, de un nuevo “tiempo-espacio estructural”. ¿Por qué podríamos pensarlo de este modo? Tal vez porque nos encontramos en un momento que se ha denominado “policrisis” (Svampa, 2025). Esto es: un momento en el que se presentan múltiples crisis —económica, ecológica, política, sanitaria y social— que ocurren al mismo tiempo y se refuerzan mutuamente, generando consecuencias más graves que si se presentaran por separado. Svampa (2025) ha definido recientemente los contornos de la policrisis contemporánea. Sostiene que no se trata solo del agravamiento de la crisis climática global, sino también del rerudecimiento de las desigualdades sociales y de una profunda erosión de los valores democráticos.

En este escenario de crisis global y fragmentación del tejido social, las universidades públicas adquieren un rol estratégico. No se trata solo de formar profesionales, sino de intervenir en la producción de conocimiento situado, crítico y socialmente relevante. En especial, las universidades del conurbano bonaerense -como la UNaB- representan una respuesta concreta a demandas históricas por el acceso a la educación, parte de los derechos humanos fundamentales, como así también la territorialización del conocimiento.

Si volvemos sobre las preguntas iniciales de este capítulo, ¿quiénes se constituyen como científicos y científicas sociales?, o ¿en qué instituciones y para quiénes se produce ese conocimiento social?, debemos tener en cuenta que la segunda etapa de creación de universidades del conurbano bonaerense forma parte de una política pública impulsada entre 2007 y 2015, orientada a democratizar el acceso a la educación superior. Fueron creadas con la finalidad de “no ser un espectador de los problemas, sino un actor fundamental en la construcción social y tiene como función resolver los problemas que demanda la sociedad en la esperanza de habitar un país más justo y democrático. Ese es el compromiso, responsabilidad y el desafío que requiere la sociedad que la sustenta” (Jaramillo, 2011, p. 2).

En este sentido, las y los científicos sociales son aquellos estudiantes, graduados, docentes que se sientan llamados por las preguntas, los problemas y las dificultades que implican un trabajo sistematizado, metódico, cualitativo y cuantitativo, interdisciplinario, ético y político para entregar ese conocimiento al servicio de la comunidad y de los liderazgos sociales y políticos que necesitan soluciones, respuestas, reflexiones y nuevas formas de construir realidades en esta policrisis. Estos roles se inician en el tránsito de la universidad, durante el ejercicio del estudio como un despertar al camino de la pregunta. Cuando en las clases surgen más preguntas que respuestas y más “¿cómo podríamos hacerlo diferente?”

Con la creación de las universidades del último período se dio un proceso de cambio de paradigma respecto al modelo tecnocrátrico y excluyente dominante en los años noventa. Se apostó por una universidad comprometida con su territorio y con las poblaciones históricamente excluidas. Este proceso expresa una forma contrahegemónica de construcción del conocimiento, una disputa a la centralidad del saber eurocétrico, descontextualizado y funcional al mercado.

Desde esta perspectiva, las universidades del conurbano no solo amplían la matrícula: reconfiguran el tiempo y el espacio del conocimiento. Interpelan la lógica centro-periferia, visibilizan saberes invisibilizados y se articulan con las luchas sociales por la dignidad, el trabajo y la justicia. Son producto de la movilización y militancia local, de la participación comunitaria y de una nueva concepción de lo público, basada en la equidad y la construcción colectiva.

Históricamente, la universidad fue también un espacio de resistencia. Por lo general, la mirada que tenemos apunta a un conservadurismo, elitista, pero también hubo grupos, en algunos momentos mayoritarios y en otros minoritarios, que fueron construyendo diferentes resistencias y transformaciones. Durante la dictadura cívico militar, muchas universidades fueron intervenidas y fuertemente atacadas, resistiendo de manera silenciosa y clandestina. Al regreso de la democracia, fortalecieron los espacios de discusión e institucionalización del país y fueron formadoras de grandes dirigentes políticos. Luego, cuando se instaló el discurso gerencial de los años noventa —marcado por la fragmentación curricular, los programas de eficiencia y el arancelamiento indirecto—, distintos actores impulsaron formas alternativas de hacer universidad. Cátedras libres, grupos de investigación militante, experiencias de extensión crítica y articulaciones con movimientos sociales mostraron que la universidad es un campo en disputa, donde se construyen sentidos del conocimiento.

Estas experiencias antecedieron el surgimiento de las universidades del conurbano y siguen siendo su sustento. Hoy, frente a la policrisis, el rol de la universidad pública no puede ser neutral ni auto-complaciente. Implica revisar críticamente sus formas pedagógicas, epistemológicas e institucionales, y comprometerse activamente con la transformación social, la defensa de lo común y la producción de futuros más justos.

Como estudiantes, docentes y trabajadores/as, ocupamos un lugar en esta disputa. No somos observadores externos: vivimos en carne propia los efectos del neoliberalismo, la precarización y la fragmentación del tiempo de vida. Pero también participamos -de modo desigual y conflictivo- en procesos de organización y creación colectiva. Pensar las ciencias sociales desde nuestro lugar implica reconocer que la universidad es parte del conflicto social, y que su tarea no es reproducir el saber dominante, sino disputarlo y transformarlo.

A modo de conclusión: por unas ciencias sociales de carácter público y desde el Sur

A lo largo del capítulo hemos presentado algunos conceptos que permiten a las ciencias sociales reflexionar sobre sí mismas, problematizando categorías como espacio, tiempo y para quién se producen conocimientos. Así, las y los lectores han tenido una primera aproximación a conceptos tales como “tiempo-espacio” de Wallerstein. Ello permitió comprender las dos maneras tradicionales que han asumido las ciencias sociales para producir conocimiento: las disciplinas que se agrupan en torno a un “tiempo-espacio episódico o geopolítico” y las que lo hacen a partir del “tiempo-espacio eterno”. Aprendimos también que hay tres maneras de abordar el “tiempo-espacio” que resultan fundamentales e interrelacionadas, y que fueron descuidadas. Se trata del “tiempo-espacio Cílico-Ideológico”, el “tiempo-espacio Estructural”, y “tiempo-espacio Transformativo”.

Posteriormente, presentamos algunas ideas referidas a cómo se conformaron las ciencias sociales en América Latina. En esta región, un grupo de intelectuales y científicos sociales problematiza –a su modo- las preguntas por el dónde, cuándo y para quién se ha generado conocimiento social. En tal sentido, con las categorías de “eurocentrismo” y “globocentrismo” describieron los procesos históricos que dan forma a la denominada “colonialidad del saber”.

Con este marco conceptual, y teniendo en consideración la posibilidad de estar transitando un “tiempo-espacio transformativo”, avanzamos en la problematización del lugar de la universidad. Frente a un panorama externo que interpela a las universidades en pos de reformas orientadas a las necesidades del mercado, y frente al hecho de muchos derechos ciudadanos (educación, salud, justicia y la seguridad social) pasan a ser considerados como bienes y servicios sometidos por completo a la lógica mercantil, la universidad debe mantener su dimensión creativa e innovadora en defensa de lo común (Borón, 2008).

Para finalizar este breve recorrido, podemos preguntarnos ¿ciencias sociales para quién? El interés por las ciencias sociales y sus posibilidades de intervención pública dependen, como resulta de la reflexión del apartado anterior, de su construcción desde abajo, es decir, de que los científicos sociales reconozcan su labor como algo que va más allá de la academia y puedan generar intervenciones prácticas en base al pensamiento crítico. Esto no es otra cosa que la devolución del conocimiento a los colectivos sociales que son la base de nuestro saber (Burawoy, 2005). En el marco de un “tiempo-espacio transformativo”, el mundo del conocimiento social es central para la batalla política, particularmente si – como Wallerstein (1997, p. 15)- deseamos una sociedad más justa.

Referencias bibliográficas

Bachelard, G. (1976). *La formación del espíritu científico* (Obra original publicada en 1940). Siglo XXI.

Bauman, Z., & May, T. (1994). *Pensando sociológicamente*. Nueva Visión.

Borón, A. (2008). *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*. Espartaco.

Bourdieu, P. (2000). "La Sociología, ¿es una ciencia?", en *La Recherche*, N.º 331, mayo de 2000, disponible en <https://hum.unne.edu.ar/biblioteca/apuntes/Apuntes%20Ciencias%20de%20la%20Educacion/Sociologia/Unidad4/BordieuEntrevista.pdf>

Burawoy, M. (2005). Por una sociología pública. *Política y Sociedad*, 42(1), 197–225. <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0505130197A>

Coronil, F. (2000). Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/14087/1/lander.pdf>

Dussel, E. (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/14087/1/lander.pdf>

Giddens, A. (2010). *Sociología*. Alianza.

Jaramillo, A. (2011). *Universidad y proyecto nacional*. EDUNLAs.

Lander, E. (2000). Ciencias sociales: Saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/14087/1/lander.pdf>

Svampa, M. (2025). *Cómo enfrentar el vaciamiento de las izquierdas y la expansión de las derechas autoritarias*. Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1997). El espaciotiempo como base del conocimiento. *Análisis Político*, (32), 3–15. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/78383>

Bloque 2.

Ciencias sociales y algunos abordajes específicos en el campo de la economía y la salud

Qué es la sociología económica y cómo se aplica en los trabajos científicos

Nicolás Alfredo Vidal⁸

Introducción: ¿Qué es la sociología?

Antes de definir qué es la sociología económica y cómo surgió, vamos a dar unos pasos hacia atrás para definir qué es la sociología. Haciendo un poco de historia, sus orígenes se remontan al siglo XIX, cuando uno de los llamados padres de la sociología, el francés August Comte, preocupado por las consecuencias de la revolución francesa (1789), acuñó el término. Sus trabajos, si bien fueron muy importantes, no tuvieron la relevancia de otros autores como Marx, Durkheim y Weber, los llamados “padres fundadores” y clásicos de la sociología, que hoy continúan teniendo centralidad en el estudio de la disciplina (Giddens et al., 1987).

Etimológicamente hablando, el término (aquel que pensó Comte para explicar mejor su física social) “sociología”, es una palabra formada por una raíz de origen latino, *socius* -socio, compañero, y raíz de sociedad- y otra griega, *logos* -tratado, estudio-, es decir: “el estudio de la sociedad”. Ahora bien, uno puede y debe preguntarse ¿qué sociedad?

Para Giddens, la sociología es:

...el estudio de la vida social humana, de sus grupos y sociedades. Es una empresa cautivadora y atractiva, al tener como objeto nuestro propio comportamiento como seres sociales. El ámbito de la sociología es extremadamente amplio, y va desde el análisis de los encuentros efímeros entre individuos en la calle hasta la investigación de las relaciones internacionales y las formas globales de terrorismo (Giddens, 2009, p. 25).

Esta definición puede ser completada, agregando que la sociología es el estudio de la vida social humana en la modernidad. Y esta vida social humana o sociedad es el resultado de dos procesos que conforman la génesis del mundo tal como lo conocemos hoy: la Revolución Industrial y la Revolución Francesa.

Ambas revoluciones sentaron las bases del mundo moderno, transformaron la economía, la sociedad y la tecnología, y generaron una “Gran transformación” (Polanyi, 1944) que cambiaría el mundo para siempre.

Por un lado, la Revolución Francesa produjo una ruptura con el orden feudal, el fin del absolutismo y el ascenso al poder político de la burguesía inspirada en las ideas de la Ilustración y el mítico grito revolucionario, devenido en lema: “libertad, igualdad y fraternidad”. Esta revolución política comenzó a delimitar las formas en las que nos organizamos políticamente en la actualidad.

⁸ Agradezco muy especialmente la colaboración de María Eugenia Riveiro por la corrección del artículo. Su colaboración fue fundamental para poder cumplir con los plazos de publicación en tiempos difíciles para mí y mi familia.

Por otro lado, la Revolución Industrial cambió la forma de la producción de las mercancías. La máquina de vapor de James Watt y el telar mecánico, o la utilización del hierro y del carbón para la producción manufacturera a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, fueron transformaciones introducidas por la llamada Primera Revolución Industrial. Ya en la mitad del siglo posterior, el motor de combustión interna, el acero, el petróleo y la mejora de las comunicaciones dieron otro salto en la productividad de la industria.

Tenemos que mencionar también, y esto lo explica muy bien Hobsbawm (2009), el cambio de un mundo que en 1789 era predominantemente rural -más del 80%- a uno urbano (en Inglaterra, por ejemplo, la población urbana superó por primera vez a la población rural en 1851). Las ciudades eran pequeñas urbes con unos pocos miles de habitantes por ese entonces.

En resumen, la sociología es el estudio de la sociedad⁹ moderna. Esto quiere decir que estudia la sociedad que surgió como consecuencia de las transformaciones económicas, políticas y sociales que trajeron las revoluciones industriales y la Revolución Francesa.

¿Y cómo explican las ciencias estos cambios? ¿Podía la vieja filosofía “entender” los nuevos conflictos sociales surgidos a partir de la modernidad?

Las ciencias sociales (dentro de las cuales se encuentra la sociología) son disciplinas que surgieron como herederas del pensamiento filosófico moderno, en especial del interés por comprender al ser humano y su vida en sociedad.

La filosofía puede considerarse como una disciplina generalista y fundacional, de la cual se fueron desprendiendo, con el tiempo, las distintas ciencias sociales. En sus orígenes, la filosofía se ocupaba de reflexionar sobre todos los aspectos de la realidad, incluyendo al ser humano, la sociedad, el conocimiento, la ética y la política. Por ejemplo, Leonardo Da Vinci, además de ser el artista que pintó a La Gioconda, era científico, inventor, ingeniero, filósofo, pensador.

Con el surgimiento de la modernidad y el desarrollo de métodos científicos más sistemáticos, comenzaron a diferenciarse disciplinas específicas que abordaban esas cuestiones con enfoques más especializados y empíricos. Así nacieron, primero, la ciencia política, de la mano de Nicolás Maquiavelo y su “Príncipe” publicado en 1513 (2023), la economía política a finales del siglo XVIII con la “Riqueza de las naciones” de Adam Smith (1994), y luego otras, como la sociología en el siglo XIX. Estas nuevas ciencias conservaron el interés por comprender al ser humano y sus acciones, pero lo hicieron a través de teorías propias y metodologías particulares.

A medida que las sociedades se volvieron más complejas —gracias a procesos como la industrialización, la urbanización y los cambios políticos antes descriptos— también se hizo necesaria una mayor especialización de los saberes y de los científicos que intentaban interpretarlas.

⁹ Entendida como un conjunto de personas, pueblos o naciones que conviven bajo normas comunes (Real Academia Española, 2014)

Esta sociología naciente del siglo XIX, que surge para estudiar la crisis causada por las revoluciones, no es de carácter revolucionario, sino todo lo contrario: nace conservadora, o por lo menos “propulsora de algunas reformas tendientes a garantizar el mejor funcionamiento del orden constituido” (Portantiero, 1995, p. 2).

¿Qué es la sociología económica?

Tenemos la definición de la sociología, tenemos una breve introducción a su formación, pero todavía nos falta delimitar qué es la sociología económica y cuál es su práctica. El campo de acción de la sociología es extremadamente amplio, podemos encontrar estudios de sociología rural, del trabajo, de la educación, de la política, de la religión, salud, etc. La sociología económica es una más de ellas.

Creo que la mejor manera para empezar a desandar este camino de la sociología económica es entendiendo qué es el *homo economicus* que surge con la economía política de Adam Smith en el siglo XVIII, continúa con el utilitarismo en el XIX y luego con los neoclásicos a finales del siglo XIX y principios del XX.

El *homo economicus* es una construcción teórica que representa al individuo como un agente perfectamente racional, que toma decisiones económicas buscando siempre maximizar su utilidad personal o beneficio, y que actúa contando con información completa y coherente respecto de sus intereses personales.

Si en la escuela secundaria contaron con alguna formación rudimentaria en temas económicos -la ley de la oferta y la demanda, por ejemplo-, seguramente este ser híper racional del que estamos hablando les resulte familiar. Simplificando mucho estos conceptos teóricos, si muchas personas quieren comprar lo mismo, los precios suben porque hay una gran demanda; en cambio, si la oferta es muy abundante, los precios tienden a bajar porque no hay suficientes compradores para todo lo producido. En el plano microeconómico: si alguien tiene que comprar algo y está caro, lo puede reemplazar por otro producto; si está barato, quizás compre más cantidad.

Ahora, podríamos pensar que se da otra situación como, por ejemplo: una persona que, por elección o por gusto, hace más de treinta años que usa la misma marca de desodorante. Comenzó a usarlo porque no tenía alcohol (pues le irritaba la piel), pero después le fue difícil cambiar de marca. Por momentos no lo conseguía, o vivía en otros países donde no existía ese producto. Sin embargo, se las ingenia para conseguirlo (en la actualidad no es muy difícil) y lo seguía usando todos los días, a pesar de las dificultades que encontraba en el mercado y de las otras alternativas de desodorantes sin alcohol disponibles. ¿Es racional? ¡Claro que no! ¿Es locura? Tal vez...

Podríamos mencionar otros ejemplos de comportamientos que se alejan de ese hombre económico totalmente racional. Éste, sin duda, hubiera comprado otra marca para reemplazar el desodorante y no lo hubiera llevado en la valija en cantidades industriales al mudarse de país ¿Entonces?

Entonces llega la sociología económica para decir que el *homo economicus* no existe y que no todos los comportamientos son racionales: los actores económicos son personas reales, con género,

edad, historia y posición social. Esta postura desafía la economía neoclásica, que parte de supuestos abstractos y universales.

Por ejemplo, el sociólogo francés Pierre Bourdieu, en *Las estructuras sociales de la economía* (2000), al describir el proceso de génesis de las prácticas económicas como algo cultural, histórica y geográficamente específico, y al explicitar su variabilidad en función de las posiciones sociales de los agentes, contradice los modelos económicos neoclásicos basados en esta figura etnocéntrica de un *homo economicus* supuestamente atemporal y universal, con visiones del mundo unívocas y motivaciones racionales e indiferenciadas.

En resumen, la sociología económica entiende que los agentes económicos no son actores genéricos e intercambiables (*homo economicus*), sino mujeres y hombres de cierta edad, situados en el espacio social, portadores de una historia individual y colectiva. La sociología económica, entonces, es una rama de la sociología que aplica ideas, conceptos y métodos sociológicos al estudio de los fenómenos económicos (Swedberg, 2004, p. 7).

En otras palabras, la Sociología Económica tiene la tarea de examinar cómo las relaciones económicas son inseparables del contexto social, observando el conjunto de reglas sociales (no solo “económicas”, como la maximización del beneficio) que organizan los mercados, ya sean financieros, agrícolas, laborales, etc. (Steiner, 2006, p. 5).

Dice Swedberg (2004) que es importante destacar que la sociología económica muestra que la economía no solo influye en otros ámbitos como el arte o la religión, sino que también es influida por ellos; es decir, existe una relación de interdependencia entre los fenómenos económicos y el resto de la sociedad.

Entonces, ahí donde la economía se manifiesta como una ciencia exacta y abstracta, la sociología le plantea que es una ciencia social más, que los fenómenos económicos están atravesados por un contexto histórico y social determinado donde los individuos no son únicamente racionales.

El interés de la sociología por los fenómenos económicos no es reciente. Autores clásicos como Durkheim y Weber, desde enfoques metodológicos distintos, ya abordaban cuestiones económicas a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en diálogo —a veces crítico, otras veces complementario— con la economía de su época. Puede situarse allí el inicio de una mirada sociológica sobre lo económico, que resurgirá con fuerza a finales de los años 70 con el impulso de la llamada “nueva sociología económica”, especialmente a partir de los aportes de Mark Granovetter. Este autor propone una concepción de la sociología económica basada en dos principios fundamentales: primero, que toda acción está socialmente situada y no puede explicarse únicamente por motivos individuales; y segundo, que las instituciones sociales no emergen de manera automática ni toman formas aleatorias, sino que son construcciones sociales (Granovetter, 2019, pp. 95-96).

La sociología económica en la práctica: dos estudios

En las siguientes páginas se presentarán dos estudios que utilizan la sociología económica. En el primero, presento un resumen de mis trabajos de investigación sobre directores y directores ejecutivos

de YPF en los que vengo trabajando en los últimos 10 años y que fueron presentados en mis tesis de maestría y de doctorado. Un análisis de los directores de empresas como YPF, permite observar cómo las decisiones económicas de una empresa estratégica no pueden comprenderse sin considerar las trayectorias sociales y políticas de sus directivos, sus vínculos con el Estado y las redes de poder en las que están insertos.

En el segundo estudio, se presenta el libro *La société du matching* (2024), donde Melchior Sisoni y Philippe Steiner observan cómo algunos mercados contemporáneos —educación, empleo, salud, encuentros amorosos— se estructuran mediante plataformas algorítmicas con reglas de emparejamiento; es decir, no basta pagar o tener derecho, sino que se “elige y se es elegido” según datos personales. Este modelo ejemplifica cómo decisiones cruciales para individuos y colectivos dependen de instituciones digitales que codifican normas, valoran la singularidad cultural, configuran redes de interacción y distribuyen poder mediante algoritmos sociales.

En ambos estudios, se hace evidente que los actores económicos no toman decisiones de forma abstracta, sino dentro de campos estructurados por relaciones sociales, normas y disputas por el control de recursos.

Los directores de YPF y la relación Estado-empresas-empresarios

El estudio que presento a continuación es un resumen de mis trabajos de maestría y doctorado que estuvieron centrados en el análisis de los directores de la petrolera argentina YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales) entre los años 1976 y 2020 y fueron plasmados en tres artículos académicos (Vidal et al., 2024; Vidal & Donadone, 2020, 2023).

Son estudios prosopográficos¹⁰ que analizan los perfiles sociodemográficos (género, edad, nacionalidad), la trayectoria educativa (título de grado y posgrado, universidad de grado y posgrado, áreas de estudio) y la trayectoria laboral (trabajos anteriores y posteriores) de los directores y directoras de YPF, e intenta responder quiénes son los que manejan el destino de la empresa argentina a través de los años.

La idea de este apartado es, en primer lugar, presentar a la empresa estudiada y luego resumir los hallazgos y conclusiones de las tesis realizadas.

En 1907 se descubrió petróleo en Argentina, concretamente en Comodoro Rivadavia (provincia de Santa Cruz), y en 1922, el presidente Hipólito Yrigoyen creó la empresa petrolera estatal YPF que se convirtió en una referencia dentro y fuera del país, ya que fue la primera empresa petrolera estatal

¹⁰ El método empleado para la recopilación de datos es la prosopografía, definida como “la investigación de las características comunes de un grupo de actores históricos mediante el estudio colectivo de sus vidas” (Stone, 2011, p. 115). Según Ferrari (2010), se trata de una técnica específica para la creación de biografías colectivas, empleada principalmente en el estudio de las élites desde la década de 1960. Esta técnica permite, mediante una guía, recopilar información específica sobre cada miembro del colectivo, como características (edad, nacionalidad) o atributos (nivel académico, formación, título, etc.). De este modo, “es posible describir los perfiles emergentes del grupo y analizar las relaciones de los individuos dentro del mismo y de diferentes ámbitos para, en última instancia, explicar al actor colectivo” (Ferrari, 2010, p. 530).

en el mundo en estructurar la producción de forma vertical. Hoy en día continúa siendo una de las mayores empresas del país.

Entre 1976 y 2019, la empresa experimentó cambios significativos en su control corporativo. En 1977,¹¹ la dictadura cívico-militar liderada por Jorge Rafael Videla, ordenó la transformación de YPF: pasó de ser una empresa estatal a una Sociedad Anónima Estatal (S.E.) mediante el Decreto 1080, que modificó sus estatutos y se acogió a la Ley N.º 20.705 de 1974, que regula el funcionamiento de las empresas estatales. La ley de 1974 prohibía la transformación de empresas estatales en sociedades anónimas y la incorporación de capitales privados, pero en el caso de YPF, le otorgó una mayor autonomía para desregular sus operaciones y externalizar algunos procesos.

En 1985, el gobierno de Raúl Alfonsín intentó revertir el deterioro de las reservas petroleras nacionales mediante el Plan Houston, en el que se licitaron áreas de exploración mediante un concurso público internacional. Sin embargo, según Gadano (2006), la intención del gobierno de incorporar capital privado a la exploración no tuvo un impacto significativo.

Durante el gobierno de Carlos Saúl Menem se impulsó un proceso de desregulación del mercado petrolero, que incluyó la eliminación de las cuotas de crudo y la implementación de una política de precios más flexible. En este contexto, el Decreto N.º 2778/90, de diciembre de 1990, expuso la delicada situación económica y financiera que atravesaba YPF y planteó la necesidad de transformarla en una sociedad anónima, adaptada a un mercado desregulado y abierto a la competencia.

La Ley N.º 24.145, sancionada en 1992, estableció la federalización de los hidrocarburos y la privatización parcial de los activos y acciones de YPF S.A. La norma reguló la nueva composición del capital social de la empresa: el 51 % debía permanecer en manos del Estado nacional, hasta un 39 % podía ser transferido a las provincias productoras de petróleo y hasta un 10 % se reservaba para los trabajadores. Además, contemplaba la posibilidad de vender acciones al capital privado, aunque fijaba un límite: si la participación estatal descendía por debajo del 20 %, la operación debía contar con la aprobación del Congreso. Sin embargo, en enero de 1999, mediante el Decreto N.º 31/99, el gobierno autorizó la venta de la totalidad de las acciones estatales a la petrolera española Repsol, que así adquirió el 99 % del capital de YPF. De este modo, se violaron los términos de la ley de 1992 y se puso fin a la propiedad estatal de la empresa más importante del país.

En 2007, el conglomerado argentino Grupo Petersen, propiedad de la familia Eskenazi, adquirió aproximadamente el 15 % de las acciones de YPF y se comprometió a adquirir un 10 % adicional en los cuatro años siguientes. Para 2011, la familia Eskenazi controlaba el 25,46 % de las acciones de YPF.

En abril de 2012, mediante el decreto n.º 530/2012, el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner intervino en la empresa, invocando la ley de 1977 y, además, presentando un proyecto de ley al Congreso para la nacionalización. El decreto se redactó con un análisis detallado de la situación petrolera en Argentina y el desempeño de Repsol YPF desde 1999, basado en el Informe Mosconi. Al mismo tiempo, el gobierno justificó la medida afirmando que uno de los objetivos energéticos del país era la autosuficiencia y que las acciones de Repsol YPF eran contrarias a este objetivo (“contrarias a los objetivos del país”) pues habían reducido las inversiones, la producción y los niveles de reservas

¹¹ <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/decreto-1080-1977-223076>

de hidrocarburos. Además, el decreto puso de manifiesto un vaciamiento de la empresa mediante un proceso de aumento de la remisión de utilidades al exterior, lo que supuso un aumento sospechoso en la distribución de dividendos a España. Es importante destacar que, tras la sanción de la ley 26.741 en mayo de 2012, que regula el sector petrolero y define la estatización del 51% de YPF, el Estado garantiza al menos nueve directores para el Estado Nacional y las provincias productoras de petróleo (Neuquén, Chubut, Santa Cruz, Mendoza y otras seis que integran la OFEPCI, que es la Organización Federal de Estados Productores de Hidrocarburos) y uno para los trabajadores nucleados en SUPEH (Sindicato Unitario de Trabajadores del Petróleo e Hidrocarburos).

En el primer trabajo, que estudia a los directores en los períodos 1976-1979, 1983-1986 y 1994, 2005, 2014, 2016, el foco está puesto en cómo los cambios en el control corporativo¹² de YPF se reflejan en la transformación de los perfiles de quienes integran su directorio. Durante la dictadura militar se observa una fuerte presencia de oficiales de las Fuerzas Armadas, incluso sin experiencia previa en el sector energético o en la industria, como en el caso de Suárez Mason, presidente de la empresa sin trayectoria en el área.

Con la llegada del gobierno radical en 1983, aparecen figuras vinculadas a la Unión Cívica Radical, como Fiorioli, presidente de la empresa que había hecho toda su carrera en YPF. En este período, la presencia de la UCR en el control corporativo resulta tan significativa como lo había sido la de los militares en la etapa anterior, reflejando el peso de los partidos gobernantes —UCR y PJ— en la política argentina del siglo XX.

En los años analizados de forma puntual —1994, 2005, 2014 y 2016—, se detectan patrones en la formación de los directores. Ingeniería, Ciencias Económicas y Abogacía son las profesiones predominantes, aunque el peso de la ingeniería disminuye con el tiempo, mientras que las carreras económicas crecen hasta convertirse en mayoría en 2014 y 2016. La presencia de abogados se mantiene relativamente estable. Entre 2014 y 2016, de los 14 directores solo una es mujer, todos son argentinos y, a diferencia de etapas previas, las trayectorias de los representantes de las provincias productoras no se distinguen de las del resto del directorio.

Esto quiere decir que, a partir de 2014 parece consolidarse una élite homogénea que trasciende al gobierno de turno: los directores, provengan del sector privado o del sector público (que representan a las provincias productoras) estudian en las mismas instituciones, transitán por caminos similares y conforman un núcleo dirigente estable, que podría compartir, como sugiere Bourdieu, incluso gustos y hábitos culturales.

Ya el segundo trabajo, estudia un aparente nuevo vínculo entre las élites económicas y políticas y el Estado argentino, señalando un cambio en la relación interés-Estado, esto quiere decir una nueva forma en que las élites intentan imponer sus intereses ante el Estado. El trabajo analiza la circulación y reconversión de directores y directores ejecutivos de YPF entre 2002 y 2020, siguiendo un interrogante principal: qué encontramos en las trayectorias que nos permita comprender las conexiones entre

¹² Neil Fligstein (1993) define control corporativo como el conjunto de mecanismos y estructuras que determinan quién toma las decisiones en una empresa y qué estrategias se priorizan, influyendo en su dirección y estabilidad. Su enfoque se centra en cómo los grupos internos (ejecutivos, accionistas, empleados) y externos (mercados, regulaciones) compiten por el poder para moldear los objetivos.

élites y Estado en el siglo XXI. El objetivo es reconstruir sus recorridos profesionales y personales, identificar atributos comunes y, a partir de ellos, elaborar tipos ideales que ayuden a explicar cómo se configura esta relación en el caso de YPF.

En este estudio identifico cinco tipos ideales de directores de YPF según sus trayectorias y vínculos. El primero es el “clásico” o “ypefeano”: ingresa a la empresa siendo joven, recién graduado, y desarrolla allí casi toda su carrera. El segundo es el “interlocker”: director que integra simultáneamente dos o más consejos de distintas empresas a lo largo de su vida laboral, generalmente con formación en ciencias económicas; su principal capital son las redes de contactos y su experiencia en sectores diversos, lo que le otorga conocimientos legales y capacidad para obtener financiamiento. El tercero corresponde al modelo de “puerta giratoria”: describe a quienes pasan del sector público al privado y viceversa; las empresas valoran su experiencia en la administración pública, mientras que, en sentido inverso, su llegada al Estado sin períodos de enfriamiento puede favorecer intereses empresariales. Los dos modelos siguientes son variantes de esta circulación: el “consultor/lobista”, que tras pasar por YPF y el Estado funda su propia consultora aprovechando su formación en economía o administración y sus contactos gubernamentales; y, finalmente, el tipo más reciente, “el transgresor”, asociado al capitalismo del siglo XXI, que al dejar YPF impulsa nuevas empresas de energía en alianza con fondos de inversión estadounidenses, combinando lógicas empresariales globales con vínculos estatales estratégicos.

El estudio concluye que el vínculo entre las élites económicas y políticas y el Estado argentino en el siglo XXI no es unidireccional, sino que se expresa a través de distintas figuras representadas en cinco tipos ideales. Las crisis económicas recurrentes y la fragilidad institucional de la Argentina generan cambios en YPF y un alto grado de imprevisibilidad, visibles en las modificaciones del control corporativo y de sus políticas internas. Los lazos entre el Estado, la empresa y los empresarios suelen ser opacos, con posibles acuerdos informales: algunos ex directivos se convierten en intermediarios que venden servicios a YPF, mientras que los transgresores crean nuevas empresas aprovechando conocimientos adquiridos en su gestión. Estas relaciones pueden interpretarse como vínculos de corto plazo que ven al Estado simultáneamente como problema y como solución, o como ámbitos privilegiados de acumulación (Castellani, 2009). Queda abierta la cuestión de si estas prácticas responden a las limitaciones del mercado petrolero argentino, a la reducida cantidad de actores en la élite o a formas de corrupción o connivencia implícita.

La sociedad del *matching*

La société du matching (2024) es un libro de Melchior Simioni y Philippe Steiner que está por ser publicado en español (*La sociedad del matching*) por la editorial de la Universidad Nacional de La Matanza. Melchior Simioni es Profesor Asistente en la Universidad de Estrasburgo. Su investigación se centra en la sociología económica y política, con especial interés en la organización económica de los lugares de confinamiento y las instituciones cerradas. Ha publicado artículos sobre la economía moral y las formas de valorización en contextos no mercantiles. Philippe Steiner, Profesor Titular en la Universidad de la Sorbona, es una de las principales referencias de la sociología económica francesa. Sus investigaciones sobre los llamados mercados cuestionados, las fiestas populares y, especialmente, su obra dedicada a la definición del campo de la sociología económica, resultan fundamentales. Este último trabajo, junto con un estudio sobre la sociología de Durkheim, se encuentra disponible en español.

La sociedad del *matching* es un trabajo de interés actual porque se sumerge en el estudio de los algoritmos de emparejamiento. Así como suena podríamos pensar que es un matemático que nos va a contar de números y ecuaciones, pero el libro trata de un fenómeno que viene creciendo en lo cotidiano en los aplicativos de citas, en plataformas de alquileres temporales como Airbnb u otras de transporte como Uber. Estos algoritmos forman pares, conectan personas entre sí o personas con instituciones en base a sus preferencias y a una elección mutua (esto es muy importante: “elijo y soy elegido”).

Durante el siglo XX, hubo enfrentamientos teóricos entre economistas que defendían el mercado, con otros que defendían la planificación para la mejor asignación de recursos dentro de una economía. La planificación es un sistema en el que un único planificador central reúne la información necesaria y decide cómo distribuir los recursos. El mercado, en cambio, es un sistema en el que la distribución se determina por el libre juego de la oferta y la demanda (mercados descentralizados).

En términos futbolísticos se asemeja al clásico dilema Bilardo o Menotti (juego defensivo o juego vistoso), hasta que treinta y cinco años después llegó Scaloni para plantear una versión superadora que combina a los anteriores. Con el debate planificación/mercado pasa algo similar: después de la aparición de las computadoras en los años 90, se empezaron a desarrollar los emparejamientos algorítmicos, o, al menos, a poner en papel algo que ya se utilizaba de hecho en la selección de estudiantes universitarios que se postulaban como candidatos para residencias médicas en los Estados Unidos.

Sus teóricos explicaban que estos mecanismos permitían mejorar el mercado, posibilitando alcanzar objetivos sociales; al mismo tiempo, “argumentaron que el emparejamiento no está relacionado con la planificación, pues no se trata de responder a la voluntad del planificador, sino de recolectar y procesar las preferencias de los agentes económicos” (Simioni & Steiner, 2024, p. 20).

A diferencia de la planificación —donde un actor central concentra la información y decide la asignación de recursos— y del mercado —donde la distribución surge del libre juego de la oferta y la demanda en espacios descentralizados—, el emparejamiento o *matching* organiza el acceso a bienes, servicios o personas a través de plataformas que establecen reglas y criterios de compatibilidad. En este modelo, no basta con pagar o tener derecho formal a un recurso: es necesario “elegir y ser elegido” según atributos individuales y datos procesados algorítmicamente, lo que introduce una mediación tecnológica que combina elementos de control centralizado con la interacción descentralizada de múltiples actores. Pero ¿qué es un algoritmo de emparejamiento? Un algoritmo de emparejamiento es un procedimiento informático diseñado para relacionar de manera sistemática a dos o más partes (que pueden ser personas, bienes, servicios u organizaciones) en función de criterios de compatibilidad previamente establecidos. Estos criterios pueden incluir datos objetivos (ubicación, calificaciones, historial) y subjetivos (preferencias, valoraciones, afinidades), y se aplican con el fin de optimizar la “coincidencia” entre los que ofrecen y los que demandan en un contexto específico.

En otras palabras, el principio fundamental del *matching* o emparejamiento es que uno elige a la persona u organización que quiere acceder y la institución también nos elige. Elegimos y somos elegidos. Pensemos en los alquileres temporarios de Airbnb: quiero ir de paseo a otra ciudad, Mendoza, por ejemplo, pero no quiero o no puedo pagar el costo de ir a un hotel y me gustaría encontrar una casa donde hospedarme; al mismo tiempo, diversos dueños de propiedades en la ciudad de Mendoza quieren alquilar, pero no saben cómo hacer y no quieren contratar una inmobiliaria para tercerizar el

trabajo. Ahí aparece una plataforma que nos conecta a los dos (al dueño de una casa en Mendoza y a mí); yo elijo una casa que me gusta, mando una solicitud de alquiler y el dueño acepta o no en base a mi perfil y a mi ranking dentro de la aplicación. Es distinto, claramente, a comprar verdura en un mercado verdura o, incluso, ir a Mendoza y hospedarme en el primer hotel que me guste. Aquí yo elijo y pago, mientras que en el primer ejemplo elijo y soy elegido.

Las conclusiones de *La société du matching* destacan que los algoritmos de emparejamiento están transformando profundamente la forma en que se organizan mercados y espacios de interacción social. Estos sistemas no solo median intercambios, sino que crean y jerarquizan categorías, determinando quién accede a qué recursos en función de criterios codificados y, muchas veces, opacos. Si alguien puede determinar cuáles son las características que se precisan para ser un buen estudiante o “un buen candidato” (expresión antigua que significa un perfil atractivo hablando de relaciones sentimentales) se trata entonces de un poder muy grande que puede incidir en cómo se ordenan ciertos ámbitos de la sociedad.

A diferencia de la lógica puramente mercantil o de la planificación central, el *matching* combina la centralización de reglas y datos con interacciones descentralizadas, generando un control sutil pero poderoso. Los autores advierten que este modelo puede reforzar desigualdades preexistentes, consolidar posiciones de poder y trasladar funciones reguladoras clave desde el Estado hacia actores privados que diseñan y operan las plataformas.

Al mismo tiempo, subrayan la necesidad de mayor transparencia, rendición de cuentas y regulación, para garantizar que estos sistemas no solo optimicen la eficiencia, sino que también preserven principios de equidad y justicia social.

Es importante remarcar que estos algoritmos no son neutrales porque codifican normas, priorizan ciertos atributos sobre otros y estructuran las oportunidades de interacción, influyendo así en el acceso a recursos y en la configuración de redes sociales y económicas. Esta falta de neutralidad es el aporte de los autores y el enfoque de la sociología económica: lo que parece ser solo una elección mutua esconde qué atributos son buscados desde la agencia que impone los algoritmos (sea el Estado en el caso de las universidades, los dueños de Tinder o Airbnb o las agencias que intermedian en los procesos de donación de órganos en Francia).

Consideraciones finales

En tiempos en los que predominan las soluciones individuales, las explicaciones meritocráticas de la sociedad y una concepción de la economía como una ciencia exacta regida por leyes inmutables, la sociología económica propone una mirada alternativa. Frente al ideal del *homo economicus*, racional y aislado, esta perspectiva sostiene que los comportamientos económicos están profundamente condicionados por factores sociales, culturales e históricos. Las personas no actúan en el vacío, sino desde posiciones específicas dentro del espacio social, portando trayectorias, valores y vínculos que influyen en sus decisiones.

El caso de YPF y *La société du matching* muestran con claridad cómo funciona esta perspectiva. En el primero, el estudio de los directores de la empresa permite ver que las decisiones económicas y

empresariales están atravesadas por redes de poder, vínculos con el Estado y trayectorias compartidas entre las élites. En el segundo, los algoritmos de emparejamiento —presentes en aplicaciones de citas, alquileres o trabajo— revelan que también en los entornos digitales hay reglas sociales que organizan las oportunidades y pueden reproducir desigualdades. Detrás de esas plataformas hay equipos de programadores, empresas y organismos que deciden qué datos son relevantes, cómo se procesan y qué criterios definen un match. Es decir, las aplicaciones no son neutrales: están construidas por personas e instituciones que, de manera consciente o no, incorporan valores, intereses y formas de ver el mundo en sus diseños.

En conjunto, ambos ejemplos enseñan que la economía siempre está “incrustada” (*embeddedness*, en el original de Granovetter) en la sociedad, y que solo podemos comprenderla si observamos cómo se relaciona con las personas, las instituciones y sus contextos. Comprender quién diseña las reglas —y quiénes llegan a dirigir el Estado y las empresas más importantes— es fundamental para entender cómo se distribuye el poder y quiénes se benefician de esas decisiones.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2000). *Las estructuras sociales de la economía*. Anagrama.
- Castellani, A. (2009): Estado, empresas y empresarios. La construcción de ámbitos privilegiados de acumulación entre 1966 y 1989, Prometeo.
- Ferrari, M. (2010). Prosopografía e historia política. Algunas aproximaciones. *Antítesis*, 3(5), 529–550.
- Fligstein, N. (1993). *The transformation of corporate control*. Harvard University Press.
- Gadano, N. (2006). *Historia del petróleo en la Argentina, 1907-1955: Desde los inicios hasta la caída de Perón*. Edhsa.
- Giddens, A. (1994). *Sociología*. Alianza.
- Giddens, A., Turner, J., et al. (1987). *La teoría social hoy*. Alianza.
- Granovetter, M. (2019). The old and the new economic sociology: A history and an agenda. En *Beyond the marketplace* (pp. 89–112). Routledge.
- Hobsbawm, E. (2009). *La era de la revolución, 1789-1848*. Crítica.
- Maquiavelo, N. (2023). *El principio*. Lebooks Editora.
- Polanyi, K. (1944). *The great transformation*. Beacon Press.
- Portantiero, J. C. (1995). *La sociología clásica: Durkheim y Weber – Estudio preliminar*. Centro Editor de América Latina.

- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.a ed.).
- Simioni, M., & Steiner, P. (2024). *La société du matching*. Presses de Sciences Po.
- Smith, A. (1994). Riqueza de las naciones (Trabajo original publicado en 1776). Alianza.
- Steiner, P. (2006). *A sociologia econômica*. Atlas.
- Stone, L. (2011). Prosopografía. *Revista de Sociología e Política*, 19(39).
- Swedberg, R. (2004). Sociologia econômica: hoje e amanhã. *Tempo Social*, 16(2), 7–34.
- Vidal, N. A., & Donadone, J. C. (2020). Los directores de YPF y los cambios en el control corporativo de la empresa, 1976-2018. *Miríada: Investigación en Ciencias Sociales*, 12 (16), 185–221.
- Vidal, N. A., & Donadone, J. C. (2023). Reconfiguração das elites econômicas argentinas: o caso da empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscais (YPF), 1976-2019. *Novos Olhares Sociais*, 6(1), 156–184.
- Vidal, N. A., Donadone, J. C., & Donatello, L. M. (2024). A relação interesse-Estado na petroleira argentina YPF. *Teoria & Pesquisa: Revista de Ciência Política*, e024007. <https://doi.org/10.14244/tp.v33i00.1074>

Ciencias sociales y salud. Perspectivas críticas, procesos históricos y experiencias situadas

Juan J. Gregoric y Grisel Adissi

Introducción

Aunque pueda parecer obvio que nacer, vivir, enfermar, curarse o morir son fenómenos con una base psico-biológica y fisiológica individual, no es menos preciso afirmar que se trata de procesos colectivos que, para ser comprendidos en su complejidad, requieren del análisis relacional de los contextos sociales, económicos, políticos e ideológicos en que ocurren y donde son modelados, experimentados e interpretados. Este capítulo propone un recorrido acotado -y probablemente incompleto- de los aportes realizados por algunas perspectivas socio-antropológicas y críticas, poniendo de manifiesto tanto la historicidad y el carácter de construcción social de la salud y enfermedad, como así también los saberes, terapéuticas, prácticas de atención, políticas de Estado e iniciativas comunitarias que surgen en torno a ellas.

Entendemos como “críticas” a aquellas aproximaciones que buscan discutir el orden social imperante, denunciando desigualdades y/o proponiendo estrategias de reducción del sufrimiento y la vulnerabilidad social, y por ende la igualación, o al menos la disminución de las inequidades presentes en la vida de los conjuntos sociales. Desde esta toma de posición como científicas sociales, vamos a recuperar y desarrollar algunas contribuciones para pensar el concepto de salud o, más precisamente, los procesos de salud/enfermedad/atención/cuidado. Recuperar este concepto, como veremos, supone una posición intelectual y una mirada analítica dispuestas a identificar en la sociedad la existencia de distintos actores y sectores sociales, con condiciones, necesidades y oportunidades diferentes y desiguales. Una mirada que reconoce allí experiencias e intereses potencial o realmente en conflicto, con la historicidad como condición misma de su existencia social. Desde semejante óptica se discute la idea de “la sociedad” como una totalidad uniforme, homogénea y abstracta, considerando el carácter dinámico, abierto y complejo de los procesos sociales. Al mismo tiempo, es otro rasgo de esta perspectiva asumir que la ciencia y los conocimientos relacionados a la investigación y el desarrollo tecnológico son productos sociales, surgidos de contextos históricos e imbricados a políticas de Estado, relaciones de poder e intereses sectoriales y/o corporativos que los condicionan, orientan, promueven o restringen (Varsavsky, 1969; Diaz, 1997).

Los descubrimientos científico-técnicos y los desarrollos tecnológicos más recientes aplicados alrededor de la vida humana y la salud nos sorprenden continuamente. La telemedicina, la denominada “salud digital”, la investigación genética y genómica, la clonación de órganos, las cirugías guiadas por IA o los implantes y prótesis más sofisticadas, parecen delinean un camino lleno de promesas de bienestar. Sin embargo, algunos estudios especializados vienen señalando de forma insistente que la incorporación de biotecnologías -diagnósticas, farmacológicas, terapéuticas, estéticas y de rehabilitación- en el cuerpo y la salud, redundan en una tensión entre el bienestar individual y la salud colectiva. En otras palabras, avances inéditos y nuevos dispositivos biotecnológicos para la salud tienden a la biomedicalización del cuerpo y la vida, y no logran saldar aún viejos -actuales- problemas de salud poblacional. Por un lado, diremos que ciertas problemáticas complejas del campo de la salud no necesariamente admiten repuestas tecno-médicas y, por otro lado, que dichos desarrollos y tecnologías, si

son distribuidas e implementadas de manera diferencial, profundizan estratificaciones e inequidades de género, étnicas o de clase en los distintos sectores de la sociedad (Roca y Lettieri, 2025; Rohden, 2025; Almeida Filho, 2020).

El capítulo revisa y revaloriza tanto perspectivas y encuadres conceptuales, como iniciativas de políticas públicas en torno a la salud a lo largo de los últimos dos siglos. El primer apartado –tomando aportes de la historia social de la salud pública- propone rastrear cómo se fue elaborando en Occidente cierto concepto de salud y específicamente de salud pública, desde concepciones previas a la modernidad hasta el presente. En el segundo apartado, nos enfocamos en el desarrollo y consolidación de la biomedicina y sus objetos de estudio e intervención con el impulso de las bases científicas dadas por la bacteriología, los modernos fármacos, la química y la biología en particular. El análisis del proceso de medicalización tendrá un lugar protagónico a la hora de ubicar de qué formas y por medio de qué dispositivos la medicina científica se conformó como hegemónica en el siglo XX. En contraste, el tercer apartado reconstruye el desarrollo de las principales concepciones disidentes y críticas de los procesos de medicalización de la sociedad, donde destacan miradas socioantropológicas que jerarquizan las dimensiones sociales y las relaciones de hegemonía y subalternidad de los procesos de salud y enfermedad, así como las corrientes de la medicina social y la salud colectiva en América Latina, como campos vigentes de producción crítica. El último apartado intenta dar cuenta de que aún en contextos de opresión y desigualdad, los movimientos sociales, las tendencias progresivas en salud, los feminismos y la organización popular junto a profesionales comprometidas/os, logran generar espacios y acciones comunitarias informales, o bien construir posicionamientos críticos de esos marcos de inequidad y subordinación por parte del poder económico, las políticas neoliberales y la hegemonía biomédica. En las conclusiones señalamos una vez más la relevancia y la urgencia de nuestra tarea como universitarios y profesionales de las ciencias sociales (y otras) de contribuir a poner de manifiesto procesos de desigualdad, dependencia tecnológica, despojo o extractivismo, para producir análisis críticos y conocimiento riguroso, de cara a la resolución de los problemas más acuciantes de nuestro país y de la región.

La construcción histórica de la salud en la medicina social y el higienismo

Historizar un ámbito o un modo de conocimiento, entendiéndolo como un campo de saber que reconoce un origen y que se ha ido transformando a lo largo del tiempo, contribuye a desnaturalizarlo. Los saberes actualmente establecidos sobre “la salud” podrían tener un formato distinto al que conocemos y consideramos autoevidente, si partimos de una reflexión crítica que, por definición, cuestione aquello que suele darse por sentado en la vida cotidiana (Marques, 1983). En tal sentido, en este apartado proponemos intentaremos observar cómo ese concepto se ha ido modelando y modificando en una larga historia: la de su construcción social (Herzlich y Pierret, 1988).

Todo campo de conocimientos se inicia con un modo pensar sistemático sobre determinados problemas de la realidad, respecto de los cuales se construyen saberes y prácticas. Para el caso de la amplísima gama de cuestiones que podemos relacionar con la idea de “salud”, es posible rastrear antecedentes diversos para cualquier cultura, así como formatos divergentes, y, en la medida en que sufrir o padecer malestares es algo estructuralmente recurrente para la especie humana, siempre hubo modos de comprender y significar la enfermedad y la aflicción, así como maneras de actuar ante ellas. Ese

repertorio complejo no podría conformar un concepto que se mantenga idéntico a lo largo del tiempo, ya que ha ido adquiriendo diferentes sentidos en diferentes momentos históricos.

Diversas culturas consideran que la mayoría de los hechos de infortunio, enfermedad o muerte, están causadas o condicionados por la acción de espíritus y fuerzas sobrenaturales, tanto como que son consecuencia de la transgresión de ciertas interdicciones y tabúes. O según el caso, como producto de la plegaria, la brujería, la magia o “trabajos” que buscan producir bienestar o daños, afectar relaciones, incidir en situaciones vitales, restablecer un estado previo. La antigüedad greco-romana consideró que la enfermedad podía ser un castigo de origen divino, y al mismo tiempo, que los dioses tenían la capacidad de curarla. Ante los hechos de enfermedad se realizaban sacrificios y ofrendas a Asclepio, pero también se desarrolló un saber y una práctica de curadores empíricos y académicos que se remonta por lo menos hasta Hipócrates (460-370 AC) o incluso antes (Algranati, 2023). También en la cultura tradicional china se consideró que el cielo, la luz, el frío, la humedad y otros elementos del ambiente tenían directa incidencia sobre la salud. Por cierto, en un sentido general, esas ideas milenarias informaron concepciones posteriores, y de hecho, posiblemente tienen vigencia en ciertas tradiciones médicas, saberes terapéuticos y esquemas de interpretación de padecimientos.

Durante la Edad Media se interpretó que las personas que hoy consideraríamos con padecimientos psíquicos o de “salud mental”, eran poseídas por demonios a los que se buscaba erradicar mediante exorcismos o produciendo sangrados. Aquella época heredó saberes de los clásicos y al mismo tiempo predominó una concepción profundamente religiosa de la salud y la enfermedad. Por ejemplo, en el siglo XIV la peste negra fue entendida como una “plaga” causada por la ira de Dios, un castigo de origen divino al que se respondía rezando, con peregrinaciones y penitencias. Incluso, la autoflagelación fue una práctica difundida entre grupos religiosos, al igual que la experiencia del sufrimiento como un modo de purificación y de acercamiento a Dios por parte de algunos místicos cristianos. En la concepción del Occidente cristiano sobre las grandes epidemias que asolaron a Europa, la enfermedad era entendida como un destino inevitable, y, por lo tanto, se vivía con resignación; de alguna manera la persona enferma era comprendida como pecadora y moribunda.

Ese panorama se fue transformando progresivamente a partir de la consolidación del modelo experimental de Galileo Galilei (1564-1642). Y sobre todo durante los siglos XVII y XVIII con el desarrollo de las bases del conocimiento científico que, al cabo de pocos siglos, iría reemplazando a la religión como principal modo de conocimiento. Durante el Iluminismo pasaron a ocupar un lugar central las preocupaciones relativas a la explicación de los fenómenos naturales y el descubrimiento de relaciones de causa-efecto subyacentes a los hechos empíricos. Explicar eventos de la naturaleza posibilitaba predecir su ocurrencia, además de generar elementos para controlarlos, mientras que la causalidad anulaba la noción del orden teológico como rector del universo. La aplicación de los resultados de las primeras observaciones a la fabricación de artefactos constituyó el puntapié inicial para el desarrollo tecnológico.

En Europa hacia el siglo XVII se fue consolidando un modelo político-económico conocido luego como mercantilismo¹³, a causa de la influencia de las ideas e intereses de una burguesía en ascenso,

¹³ Según las observaciones de Foucault, el mercantilismo representó “la primera racionalización del ejercicio del poder como práctica de gobierno” (2006, p. 129). Una serie de medidas surgidas de la preocupación por el crecimiento de la población y las posibilidades de su mantenimiento y reproducción. Uno de los preceptos funda-

formada sobre todo por mercaderes y comerciantes. En ese momento una parte de las clases gobernantes en distintos estados nacionales comenzó a pensar que la transformación de la sociedad podía ser conveniente, porque controlar la naturaleza podría conducir al progreso y otorgar mayor libertad a los seres humanos. La revolución industrial, las revoluciones sociales y políticas de los siglos XVII y XVIII en Inglaterra y Francia respectivamente, y la posterior formación de estados nacionales como Italia y Alemania, reflejaron (con matices) las tendencias de transformación de regímenes de gobierno autoritarios hacia sistemas de gobierno más democráticos, y la creciente división entre el poder eclesiástico y el poder estatal. En el proceso de secularización, estos elementos fueron distintivos del surgimiento de aquello que conocemos actualmente como *conocimiento científico*.

Lo anterior implica algunos supuestos que podrían resumirse así:

- Es posible generar un cuerpo de conocimiento inmutable basado en leyes generales para la explicación de los fenómenos de la realidad;
- En la medida en que esos conocimientos son universalmente válidos, se irán acumulando a lo largo del tiempo provocando progreso en el conocimiento;
- Ese conocimiento se obtiene en base a la observación reiterada y la experimentación;
- Cualquiera que observe esos hechos metódicamente obtendrá los mismos resultados;
- El conocimiento científico por su método, rigor y potencial instrumental, es diferente (y superior) a otros saberes, sean míticos, religiosos, mágicos o de sentido común.

Luego, estas ideas fueron vistas retrospectivamente como una peculiar concepción filosófica (del mundo y el conocimiento) a la que se denominó *positivismo*. Las preocupaciones relativas al control de la naturaleza fueron consideradas una instancia emancipadora para los seres humanos. Paralelamente, el “hombre” (como abstracción o universal) fue el protagonista del conocimiento y la proyección sesgada de la equivalencia o similitud entre todos los seres humanos. La idea de un hombre universal implica entender que cualquiera que observe sistemáticamente un fenómeno o realice un experimento llega a idénticas conclusiones. De este modo nació una idea central asociada a la ciencia y el rigor del método experimental que se expresó en la noción de “objetividad”. La ciencia produciría conocimiento a partir de reflejar el mundo -como lo hace un espejo- y traducir el código que lo rige en leyes o teorías generales. En suma, la expectativa depositada en la ciencia moderna y sus virtudes modifica las concepciones religiosas sobre la enfermedad y la salud, y enfermar será interpretado como un hecho individual tanto como social, pero sobre todo ligado a un modo de vida en una trama de jerarquías, estratos (y luego clases) sociales, de condiciones de trabajo, de relación con el medio, y no ya solamente a una condición de vida pecaminosa.

Pero en el siglo XVII aún la medicina no era como la actual medicina “alopática” o científica, sino que se basaba en dogmas no verificables y prácticas artesanales sobre las que no había acuerdo. Los médicos empíricos llamados “de cabecera” eran convocados cuando las personas parecían no poder recuperarse de una dolencia, e iban a visitar a sus pacientes enfermos hasta su cama (de ahí su nombre). Estos médicos no clasificaban lo que veían en enfermedades, sino que se comportaban de manera diferente según cada uno de los enfermos. Contaban con escasos elementos de trabajo, y rea-

mentales era la regulación desde el gobierno de la producción y la circulación de los recursos y mercaderías, y la acumulación monetaria para enriquecer al estado, por eso proponía medidas como las barreras arancelarias a la importación y la estimulación de las exportaciones.

lizaban unos pocos tratamientos invasivos que muchas veces empeoraban la condición de las personas (sangrados, provocación de vómitos, purgas). Salvo para el caso de los cirujanos, cuya labor era clave porque ejercían su profesión con los heridos de guerra, de manera próxima a los campos de batalla, no había instituciones de enseñanza. La medicina era una tarea vocacional, no redituable, autodidacta o aprendida de alguien cercano que se ejercía a medio tiempo, es decir que quienes la ejercían vivían de otra labor. Recién con el desarrollo más sólido de la física, la química y la anatomía, se daría una renovación en la concepción dominante sobre el cuerpo humano, la salud y la enfermedad.

Con los trabajos de los primeros anatomistas como Vesalio (1514-1564), pero sobre todo a partir de la concepción mecanicista que impregnó el dualismo de René Descartes (1596-1650), la representación del cuerpo lo asemejará a una máquina, alejándose de una visión holista de la persona (Le Breton, 1990; Citro, 2014). El cuerpo humano, ya desacralizado, será un nuevo objeto de conocimiento y de intervención para la ciencia de un modo irreversible; y para la medicina, será un plano carente de sentido, pero con un funcionamiento interno a partir de órganos equivalentes a aparatos y mecanismos que pueden ser interpretados y explicados racionalmente.

Particularmente en Europa, la superación de las grandes epidemias medievales y los primeros éxitos de medidas sanitarias preventivas y asistenciales fueron marcando el rumbo hacia lo que M. Foucault (2003; 1996) denominó el “despegue médico y sanitario” con el surgimiento de la medicina social en el siglo XVIII y el hospital entendido como una tecnología sanitaria. Se trató de un proceso que articuló:

1. La cada vez mayor intervención médica sobre la dimensión biológica de la vida humana, ayudada por el descubrimiento de los microorganismos (como el bacilo de Koch¹⁴, agente infeccioso de la tuberculosis, por ejemplo, descubierto en 1882 por el científico que le dio su nombre);
2. El alcance sobre las condiciones de vida, el cuerpo, la conducta y la existencia humana misma por una red cada vez más amplia de intervenciones médicas;
3. El consiguiente control y vigilancia de las personas y sus cuerpos, junto a un aumento de los consumos relacionado a la salud, es decir todo aquello usado bajo el supuesto de mejorar o evitar dolencias.

La historia de la medicalización es parte de cómo el capitalismo socializó el cuerpo humano, su fuerza y energía, para poder controlarlo e incorporarlo a las relaciones sociales de producción. Lo mismo en cuanto a la institucionalización del saber y la práctica especializada bajo la órbita de la corporación de los médicos, pero bajo control estatal y, por ende, la formación de una burocracia que administraba y controlaba la actividad médica. Todo ello respondió en gran medida al problema de las ciudades modernas que, con el aumento de la población, las condiciones habitacionales precarias, los talleres y fábricas y la falta de infraestructura y saneamiento, comenzaron a transformarse en focos de infecciones y escenario de epidemias.

Surgió así el higienismo, enfocado en los problemas de la higiene urbana y el medio ambiente, o sea: el control del agua potable, desechos cloacales, el hacinamiento, la organización de la muerte (cementerios). La denominada *policía médica* se ocupó de desarrollar un sistema de observación y registro de la morbilidad y de fenómenos endémicos y epidémicos además de organizar la separación y control

¹⁴ Heinrich Hermann Robert Koch (1843- 1910) médico y microbiólogo alemán.

de personas enfermas –o consideradas peligrosas en general- en espacios de reclusión o aislamiento. Durante las epidemias de cólera en el siglo XIX la política del higienismo implicó el control de los indigentes, y la división autoritaria de la ciudad entre la población rica y pobre, esperando evitar que los ricos y las clases altas se perjudicaran del contacto con los sectores populares que habitaban en las partes insalubres de la ciudad. La disciplina va a ser una herramienta fundamental para mantener “saludable” a la fuerza de trabajo que el capitalismo requiere.

La revisión militar (como procedimiento) y no la purificación religiosa, sirvió a la organización político-médica de aquel momento. De las epidemias en grandes ciudades de Inglaterra, Prusia y Francia también derivaron los primeros “servicios de salud” en el último cuarto del siglo XIX, al tiempo que se implementaron los lazaretos, la inmunización de la población, el registro y obligatoriedad de declarar enfermedades, la destrucción de lugares identificados como “insalubres”, la persecución de la prostitución y demás iniciativas de perfil autoritario, sobre todo en la vida de los sectores populares. Todo ello no ocurrió sin reacciones de parte de grupos que repudiaban esa intromisión del estado y la ley en la vida privada, y que se movilizaban en manifestaciones religiosas protestantes o católicas, entre otras formas. Al mismo tiempo, en su conformación histórica y en las movilizaciones anarquistas y socialistas, la clase obrera fue incorporando a sus reivindicaciones los problemas de salud derivados del proceso y el ambiente de trabajo, los accidentes, el desgaste, malestares y padecimientos relacionados al oficio y las condiciones de trabajo. En tal sentido, la situación de explotación la clase obrera será caracterizada y denunciada por el marxismo como corriente crítica (Engels, 1974).

Entre los pioneros de la medicina social europea destacaron Rudolf Virchow (1821-1902)¹⁵ y John Snow¹⁶ (1813-1858), entre otros funcionarios, científicos e intelectuales que se detuvieron a reflexionar de modo organizado y sistemático en torno a problemas concretos en un campo que hoy llamaríamos salud pública. En síntesis, la medicina social europea se basó en políticas consideradas “higiénicas”, abocadas principalmente a la prevención, y se entronizó como saber legítimo, por un lado, al apoyarse en los nacientes estudios epidemiológicos, y por otro, gracias a su cercanía con médicos, militares y funcionarios que ocupaban cargos estatales -quienes a su vez comenzaban a llevar adelante medidas de gobierno basadas en el conocimiento científico-.

Al otro lado del Atlántico, en América Latina, médicos y funcionarios como Eduardo Wilde (1844-1913), Emilio Coni (1855-1928) y Carlos Malbran (1862-1941) en Argentina, u Oswaldo Cruz (1872-1917) en Brasil, promovieron políticas públicas orientadas a combatir epidemias como la fiebre amarilla, el cólera o la viruela, mediante intervenciones sobre el espacio urbano, la vivienda, el agua potable y el control de residuos. Estas perspectivas se tradujeron en políticas urbanas sanitarias y de saneamiento, y en un creciente interés por las condiciones materiales de vida en contextos de pobreza, desigualdad y explotación de la clase trabajadora urbana o en comunidades originarias en un incipiente capitalismo agrario.¹⁷ En Argentina –con algunas décadas de diferencia- el higienismo fue deudor de las ideas de la medicina social europea, y definió como patologías y delitos algunos

¹⁵ Médico patólogo, antropólogo y político alemán, quien sostuvo que la medicina es una ciencia social y que las enfermedades no pueden comprenderse sin atender a la pobreza y la organización de la vida colectiva en las urbes.

¹⁶ Precursor de la epidemiología en la Londres del siglo XIX, mapeó la distribución de casos de cólera junto con las fuentes de agua utilizada para consumo humano demostrando su estrecha asociación.

¹⁷ Vale mencionar como ejemplo el informe de Bialet Massé sobre las condiciones laborales en la Argentina de fines del siglo XIX.

fenómenos sociales como la huelga, la prostitución, el “vagabundeo” y la locura. Tuvo su auge a partir de 1860 y sobre todo 1870, y se extendió hasta las primeras décadas del siglo XX. Coincidio con la formación del Estado nacional y la unificación territorial, el proceso de expansión interna y el despojo y genocidio de poblaciones originarias en el territorio. Es también el momento en que se promueve la inmigración europea y se produce un rápido crecimiento de las ciudades-puerto, así como del comercio ultramarino.

Como se dijo, en ese ideario gobernante, la higiene y la salud eran consideradas condiciones para el desarrollo y progreso de la nación; el conflicto social, la aparición de enfermedades “exóticas” y la salud de las masas populares urbanas serán asimismo preocupaciones cruciales (Armus, 2011). Tres momentos resultaron centrales para el despliegue de la política higienista (Alvárez Cardoso, 2012; Armus, 2007): el combate de las epidemias de fiebre amarilla y cólera entre 1870-1880; las acciones de profilaxis ante las enfermedades infecto-contagiosas -en particular la tuberculosis entre 1880 y 1890-, y desde 1900 en adelante, la prevención de las infecciones de transmisión sexual, llamadas *venéreas* en aquel momento (como la sífilis, principalmente; Biernat, 2007). Entre la higiene pública, la “profilaxis moral” y la asistencia social, el higienismo mostró el papel determinante del Estado en torno al naciente campo de la salud poblacional. Luego de los hallazgos de la bacteriología sobre el vibrión colérico y con avances en materia de prevención, en 1895 se controló el último brote importante de cólera (hasta su reaparición en la década de 1990).

Durante las primeras décadas del siglo XX se incorporan a las acciones higienistas disciplinas como el servicio social, las visitadoras de higiene y la enfermería profesional, y se busca la consolidación de las estructuras políticas y sanitarias como el Departamento Nacional de Higiene, enfrentando desafíos como la autonomía de las provincias respecto a la nación, la falta de presupuesto y recursos suficientes, y la autonomía de las sociedades benéficas e instituciones médicas privadas, que se oponían a ser subsumidas a la política de Estado, aunque igualmente exigieran fondos estatales para sus acciones (Biernat, 2015).

El biologismo en los enfoques y abordajes de la salud. Biomedicina y proceso de medicalización

Ya en el siglo XX, en Estados Unidos, la medicina comenzó a observar a los organismos de manera aislada, indagando ciertos procesos en términos de causas y efectos a nivel físico y químico, en el cuerpo individual. Ello a su vez posibilitado por el avance de la física y la química y el desarrollo de diversos instrumentos y técnicas de observación, descripción y análisis. La fascinación que fueron generando sus aplicaciones tecnológicas –es decir, la capacidad de las ciencias “duras” de producir elementos visibles que generaban transformaciones claramente observables- las llevó a convertirse en dominantes, dejando en un lugar subalterno a las concepciones y abordajes enfocados en los condicionamientos sociales y ambientales.

Se suele señalar como principal evento en la modificación del rumbo de la medicina a la reforma curricular denominada “Flexneriana”, operada en el país que mayor dominancia mundial adquiriría durante el siglo XX. Aquella reforma educativa surgió a partir del “Informe Flexner”, una evaluación a fondo de 155 colegios y universidades de Estados Unidos y Canadá, publicada en 1910 bajo los auspicios de la “Fundación Carnegie para el Progreso de la Enseñanza”. Flexner había escrito artículos

previos donde comentaba su propia formación en la Universidad Johns Hopkins, establecimiento privado inspirado en el modelo de enseñanza alemán de “aprender haciendo” en instituciones fuertes y poderosas, donde los médicos y científicos tuvieran dedicación exclusiva a la enseñanza y la investigación de calidad. El informe concluía que había demasiadas facultades de medicina en Estados Unidos, y que demasiados médicos estaban siendo entrenados. Se recomendaba que las escuelas de medicina estadounidenses promulgaran normas de admisión y graduación más exigentes. Más allá de distintas repercusiones relativas a que la medicina volviera a ser un estudio exclusivo de las élites (admitir únicamente a varones y reducir las ofertas de formación en sectores rurales), este fue un hito en la configuración de la orientación marcadamente clínica de la medicina.

Tras el descubrimiento y la demostrada eficacia de los antibióticos, se reforzó ampliamente la idea de la causa única de las enfermedades. A partir de allí se intentó asociar prácticamente todas las enfermedades conocidas a un agente causal contagioso específico, pasible de tratarse por medio de fármacos. En pocas décadas el modelo de agente causal único resultó insuficiente para explicar un gran número de enfermedades y su distribución, y se empezó a estudiar la interacción entre los diversos factores que intervienen de forma compleja en las afecciones a la salud, dando origen a otros modelos denominados de multicausalidad. La idea de causa única de las enfermedades no podía responder a cierto tipo de preguntas, por ejemplo: ¿por qué algunos grupos o poblaciones son más vulnerables o proclives que otros a contraer algunas enfermedades? ¿En qué medida, las posibilidades de enfermar, tratarse, curarse y sobrevivir dependen también de los sistemas de salud y sus características? La idea de *multicausalidad* alude a varios condicionantes (sociales, ambientales, económicos, culturales) en la ocurrencia de la enfermedad y las posibilidades de brindar respuesta ante ella.

En el plano de las políticas de salud entrado el siglo XX, el *sanitarismo*, surgido sobre todo en EE.UU. y en Inglaterra, va a ser el movimiento que consolide definitivamente la intervención del Estado en las problemáticas de salud por medio de la aplicación de nuevas tecnologías médicas. Comienzan a construirse los grandes hospitales y los efectores de salud como parte de una red que buscaba cubrir a toda la población. Es el momento en que se consolidan algunos sistemas nacionales, con pretensión de coberturas de asistencia y atención a la salud, pero con variantes según los países y regiones. Se desarrollan políticas dirigidas a los sectores populares, sobre todo acciones verticales de saneamiento, profilaxis e inmunizaciones, las primeras campañas de vacunación masiva compulsivas y las respuestas a brotes epidémicos, así como a las endemias.

Merece un comentario aparte el pensamiento y la praxis del médico y sanitarista Ramón Carrillo (1906-1956) en Argentina, promediando la década de 1940. Por un lado, en nuestro país el sanitarismo recogió demandas sociales y consolidó la intervención del Estado a partir de las nuevas tecnologías médicas (antibióticos, inmunizaciones, diagnóstico por rayos X) en el marco del Estado social o “de bienestar” que se desplegó durante el primer peronismo. Carrillo fue el primer funcionario con rango de Ministro de Salud de la Nación -en un país cuyas políticas públicas hasta el momento solo habían mirado la salud del ganado, en la preocupación por exportar carne con certificaciones de calidad. La preocupación de Carrillo por la justicia social y las “grandes causas” de las enfermedades como despojo, pobreza, hacinamiento y desigualdad (ante las cuales los microbios eran causas “pequeñas” según afirmaba) alimentó un campo de reflexión donde los procesos colectivos de salud, enfermedad y mortalidad podían ser comprendidos como hechos sociales dependientes de condiciones estructurales. Se hizo eco de una corriente mayor que señalaba la importancia de poner el acento en la prevención de enfermedades, antes que abocarse de manera exclusiva a su asistencia. Desde 1946 se impuso la idea

del Estado como planificador de todos los servicios de salud, contemplando prevención y asistencia, y como rector en la creación de hospitales y centros de salud.

Argentina no fue un caso aislado. Mucho antes, en Alemania, Bismarck (1815-1898) había habilitado formalmente la autogestión de la salud por los trabajadores, originando el modelo de seguridad social y así se marcó una época de impulso a la sanidad social. En Gran Bretaña en la segunda posguerra¹⁸, se implementó un plan estratégico similar al de Carrillo, conocido como Servicio Nacional de Salud (*National Health Service*), basado en una serie de informes sobre la seguridad y la previsión social a cargo del economista y político William Beveridge (1879-1963). El Plan de Salud de Carrillo también tenía objetivos integradores aplicando los conocimientos y adelantos de la medicina a la prevención y a la atención con amplitud sanitaria y social. Se impulsó la formación política de los trabajadores de la salud, y junto con Eva Duarte (1919-1952) se creó la *Escuela de Enfermería de la Fundación Eva Perón*, además de promover la profesionalización y la incorporación de médicos en la gestión, asegurando la presencia de técnicos como funcionarios y directivos de instituciones hospitalarias e institutos de investigación. En la primera mitad de la década de 1950 la salud pública gratuita se orientaba claramente a los sectores populares desde el concepto de garantizar el derecho a la salud, y la medicina privada se seguía ejerciendo en los consultorios y orientada a los sectores acomodados y pudientes (Ramacciotti, 2015).

Para esa época el modelo biomédico ya se había consolidado como paradigma dominante en el campo de la salud en América Latina y en otras regiones del mundo. Basado en una racionalidad científico-técnica y centrada en la dimensión biológica de los cuerpos individuales, promovió una visión fragmentada y ahistorical de fenómeno complejo de enfermar, padecer, tratar y curar. Bajo esta lógica, la salud se define como la ausencia de enfermedad; los síntomas se tratan como anomalías orgánicas a corregir, y las personas, en tanto que “pacientes”, quedan reducidas al rol de objeto pasivo de una intervención. Si bien este enfoque ha contribuido de forma significativa al desarrollo de tecnologías diagnósticas y terapéuticas, ha mostrado severas limitaciones frente a la complejidad de las condiciones sociales que estructuran el sufrimiento.

A partir de los años 1960 se cuestionaron algunos presupuestos básicos de la salud pública basada en el modelo médico tecno-científico dominante. Por ejemplo, considerar la enfermedad como punto de partida para explicar la salud y la biomedicina -exclusivamente- como su fundamento científico, o la reducción del estudio de las probabilidades de enfermar según exposición a “factores” o “agentes de riesgo”. Con la intención de desnaturalizar tanto la construcción del cuerpo a modo de organismo, así como las concepciones de “lo normal”, lo “patológico” y lo “anormal” -y con ellas, las de salud y enfermedad-, en Europa y Estados Unidos una serie de teóricos fueron dejando asentada su mirada en vastos desarrollos conceptuales (Canguilhem, 2009; Foucault, 1996; Conrad y Schneider, 1992). Vale la pena detenernos en algunos aspectos fuertemente cuestionados y, en particular, en el problema de la *medicalización*, entendido como el proceso mediante el cual aspectos y situaciones de la vida cotidiana son definidos y tratados como problemas médicos, sujetos a diagnóstico, tratamiento y control (Conrad, 1982).

¹⁸ Por otra parte, luego de la Segunda Guerra mundial se conforman las agencias de las Naciones Unidas y en 1948 se creó la Organización Mundial de la Salud (OMS) comenzando a establecer un marco conceptual de salud como derecho.

La medicalización transforma un objeto/sujeto en objeto médico; transforma, por ejemplo, el alcoholismo, la locura, las violencias, el estrés o las identidades sexo-genéricas en una jurisdicción de la biomedicina. En la historia destacan entre otros temas la psiquiatrización y represión de la homosexualidad, la represión de la masturbación infantil y la histerización femenina por el psicoanálisis (Foucault, 2016). Un ejemplo más contemporáneo es la administración de psicofármacos en la infancia para modificar ciertos comportamientos entendidos como “trastornos” o “síndromes”; por ejemplo, el llamado déficit de atención con o sin hiperactividad (ADHD y ADD). La extensión de la medicalización al cuerpo y la vida de los hombres se apoya en la actual resistencia a las expresiones habituales del envejecimiento masculino, tales como la menopausia masculina o andropausia, la disfunción eréctil y la calvicie (Sotelo, 2017).

El predominio de la medicina en el campo de la salud es producto de una historia de disputas donde el saber, la racionalidad y las técnicas biomédicas se institucionalizaron, se oficializaron y se impusieron ante otros saberes y prácticas, subordinándolos. Desde la perspectiva de una antropología de la biomedicina (Margulies, 2014; Lock y Nguyen, 2010), ésta institucionalizó en el mundo occidental la atención de la enfermedad y la muerte a través de un conjunto de saberes y prácticas que suponen a la biología como determinante autónomo de los padecimientos, definen el cuerpo humano como organismo a través de representaciones mecánicas y delimitan la búsqueda de la patología o enfermedad para tratarla.

En esa línea, las contribuciones imprescindibles de Menéndez (1994; 2003; 2020) y Good (2003), permiten realizar una síntesis crítica de las principales características del modelo biomédico, sus nociones y preceptos fundamentales. Según B. Good la biomedicina es en sí misma producto de una construcción cultural específica, esto es, situada, histórica y atravesada por vínculos con otros modelos médicos y relaciones de poder, dando sentido a la realidad que pretende describir o reflejar en sus formulaciones. En esa realidad que es a su vez un discurso, la enfermedad es una construcción reconocida y legitimada o no como tal, a partir de las experiencias de vida y las instituciones sociales. En ese orden, las ideas, prácticas y saberes sobre la enfermedad no biomédicos no serán considerados conocimientos sino “creencias”, ubicadas en un polo opuesto a la racionalidad científica.

Fue el antropólogo argentino Eduardo Menéndez quien tempranamente planteó que el modelo médico de base científica suele quitar importancia y validez a los elementos económicos, sociales, culturales y políticos en la producción y solución de los problemas de salud, haciendo hincapié en los condicionamientos físicos y biológicos. La *hegemonía biomédica* se basa en la exclusión ideológica y jurídica de otras ideas y posibilidades terapéuticas, pero no eliminándolas, sino en general por su subordinación y complementariedad en los procesos de atención. En términos teóricos se trata de un modelo o herramienta de análisis; no es una realidad en sí, sino que busca caracterizar la tendencia histórica y vigente al biologismo, al individualismo, al pragmatismo y a la mercantilización de la salud, además de excluir la experiencia del sujeto que padece y de convertir a la salud en un bien de cambio. Un aporte significativo entre otros, también ha sido la noción de *autoatención*, que alude a las variadas formas en que las personas recurrimos a distintos tipos de ámbitos, prácticas y terapias o curadores/as, para buscar respuesta al padecimiento, poniendo en relación espacios e intervenciones que aparecen desarticulados a priori.

Conceptos, modelos y estrategias en salud pública. Aportes críticos al estudio de las dimensiones sociales de la salud y la enfermedad en América Latina

Abordar críticamente la medicina científica en el siglo XX permitió la redefinición del concepto de salud y de los modelos y concepciones en la salud pública. Un punto de partida posible es considerar los cuestionamientos a las ideas dominantes sobre la salud comprendida como *normalidad* –una serie de características evaluadas o medidas en la persona que se encuentran en valores “normales” o de mayor frecuencia/recurrencia– y como *ausencia de enfermedad* –cuando en la clínica no se hallan signos observables, sensaciones, síntomas o indicadores diagnósticos (valores, imágenes) se concluye que una persona está sana o, probablemente sana, independientemente de lo que diga o piense–.

Una versión relativamente superadora surgió hacia 1948 desde la Organización Mundial de la Salud, al plantear “salud” como “*un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente ausencia de enfermedad*”. Si bien se la consideró más integral que la mirada estrictamente clínica y biomédica, y es aún una definición vigente, se le criticó proponer a la salud como un “estado”. También se cuestionó la idea de “completo bienestar” por ser una noción relativa, contextual y difícil de operativizar, además de que la definición resultaba complicada como marco conceptual para la intervención concreta. Al mismo tiempo ese organismo intergubernamental brindará una concepción –todavía vigente– de *salud pública* entendida como “...la ciencia y el arte de promover la salud, prevenir la enfermedad y prolongar la vida mediante esfuerzos organizados de la sociedad” (OMS/OPS, 2002).

A fines de los años 1950 aparecieron modelos explicativos como la *Historia natural de la enfermedad*, que planteaba al entorno ecológico, así como a ciertos elementos propios de los agentes causales de patologías, como relevantes para entender las enfermedades. Los problemas de salud, el malestar y la aflicción son entendidos aquí desde una óptica estrictamente biológica y causal, donde la mirada está centrada en la patología identificada, sus implicancias para la salud, y donde las dimensiones personales, sociales, colectivas y culturales quedan, por lo general, fuera del análisis. Si bien el modelo contempla la multicausalidad, en esta concepción es la medicina –y las disciplinas “auxiliares” en el campo de la salud– quien se debe encargar del fenómeno de enfermedad, su abordaje y tratamiento. Por lo tanto, la biomedicina detenta el poder de definir, establecer y validar las interpretaciones, procedimientos y decisiones relacionadas a la salud y a la vida (Duque Páramo, 2007). Visiones críticas señalaron tempranamente a esas definiciones como estáticas, por considerar salud y enfermedad como estados, o términos absolutos e independientes, o bien por el sesgo biomédico en los modelos de salud pública. El médico y sanitarista Floreal Ferrara (1924-2010) fue uno de los primeros en indicar esas debilidades conceptuales y proponer una visión de la salud concebida como un hecho dinámico y procesual, no exento del conflicto y relacionado a las condiciones sociales y materiales de existencia en el ciclo vital.

Entre los años 1950 y 1960 aparecieron la medicina preventiva y posteriormente la medicina comunitaria. Estos nuevos movimientos pusieron el acento en la prevención de enfermedades y llevaron los servicios de atención a las comunidades locales, grupos urbanos y al ámbito rural por medio de equipos y centros de salud comunitarios. Implementaron la formación de agentes y trabajaron con los líderes de esas comunidades o grupos sobre los que se intervenía, postulando la necesidad de la participación de la comunidad en la búsqueda de salud. Estas dos corrientes recuperaron las ciencias

sociales y las -en aquel momento llamadas- “ciencias del comportamiento”, que comenzaron a realizar aportes para facilitar el acceso y el vínculo de los equipos de salud a las poblaciones donde se intentaba extender la cobertura de salud. Posteriormente, desde esta tendencia se trabajó con la formación de *promotores de salud* comunitarios o barriales.

Un momento relevante en esa renovación conceptual fue la propuesta teórica del *Campo de salud* del abogado y sanitario Marc Lalonde en la década de 1970, quien definió cuatro componentes que, de forma articulada, afectan la salud de una población: la biología humana, el medio ambiente, el estilo de vida y la organización de los servicios de atención, o del sistema de salud.¹⁹ Este modelo busca analizar cómo cada uno de estos elementos o dimensiones está contribuyendo al desarrollo de enfermedades y afectando la salud de un país o una comunidad, para poder intervenir sobre esas dimensiones. Para la misma época la estrategia conocida como *Atención Primaria de la Salud* (APS) contribuyó a ampliar enfoques y prácticas tradicionales de la medicina y el sanitariado de las décadas previas. En la Asamblea Mundial de Salud (1976) y en la Conferencia de Alma Ata sobre Atención primaria (1978) se reafirmó la idea de *salud como un derecho humano* y se declaró la importancia de extender servicios de salud a toda la población de forma universal, postulando el lema “Salud para todos en el año 2000”. Durante esas décadas la medicina había logrado avanzar contra los padecimientos infecto-contagiosos, y comenzaban a crecer las enfermedades crónicas y degenerativas en términos de su recurrencia o prevalencia en las poblaciones. En aquel contexto se pensó en la APS como una forma de superar “barreras” que dificultaban el acceso a la atención básica de la salud, y de integrar la promoción de la salud y la prevención de las enfermedades. Luego el concepto de *promoción de la salud* planteará sobre todo programas para la modificación de estilos de vida y “comportamientos de riesgo” (fumar, consumir alcohol, el sedentarismo, la alimentación), pero también se comienza a atender a los problemas de salud y medio ambiente, problemas derivados del calentamiento global, los riesgos de la contaminación del aire y agua, la deforestación, las industrias y la urbanización o el agotamiento de recursos no renovables. Las premisas del modelo canadiense del campo de salud y de la doctrina de la promoción de la salud se difunden y se oficializan en la 1.^º Conferencia de Promoción de la Salud que se plasmó en la Carta de Ottawa de 1986, según la cual:

La promoción de la salud consiste en proporcionar a los pueblos los medios necesarios para mejorar su salud y ejercer un mayor control sobre la misma. Para alcanzar un estado adecuado de bienestar físico, mental y social un individuo o grupo debe ser capaz de identificar y realizar sus aspiraciones, de satisfacer sus necesidades y de cambiar o adaptarse al medio ambiente. La salud se percibe pues, no como el objetivo, sino como la fuente de riqueza de la vida cotidiana ... (Carta de Ottawa, 1986, p. 2)

Si bien se reconoce a la Promoción de la Salud el imperativo de construir mejores condiciones de vida para las personas, se le han realizado cuestionamientos relacionados a la dificultad de definir con precisión qué es lo “saludable”.

¹⁹ *Biología humana*: todos los hechos relacionados con la salud tanto física como mental, que se manifiestan en el organismo como consecuencia de la biología fundamental del ser humano. *Medio ambiente*: todos aquellos factores relacionados con la salud que son externos al cuerpo humano y sobre los cuales la persona tiene poco o ningún control. *Estilo de vida*: el conjunto de decisiones que toma el individuo con respecto a su salud y sobre las cuales ejerce cierto grado de control. *Organización de la atención de salud*: la cantidad, calidad, orden, índole y relaciones entre las personas y los recursos en la atención de salud. Incluye la medicina y la enfermería, los hospitales, los hogares de ancianos, los medicamentos, los servicios públicos comunitarios de atención de la salud, las ambulancias.

El momento más significativo del proceso de redefinición conceptual y de las prácticas en salud fue el desarrollo de la *Medicina Social Latinoamericana*, que recuperó como principal preocupación la realidad sanitaria de los países denominados “subdesarrollados” hacia fines de la década de 1960. La salud, en esta perspectiva, se comprende como parte de un proceso complejo y multidimensional donde confluyen condicionamientos sociales, políticas públicas, infraestructura sanitaria, saberes y terapéuticas tradicionales, junto a nuevas tecnologías y desarrollos de avanzada aplicados a las prácticas de atención y de cuidado. Un rol importante en la difusión, promoción y consolidación de distintos equipos trabajando estas ideas tuvo Juan César García (1932-1984), médico argentino que había estudiado sociología en Chile y se desempeñó entre 1966 y 1984 como coordinador de investigaciones en la Organización Panamericana de la Salud (OPS). Su perspectiva crítica ponía el eje en la problematización de las desigualdades sociales como constitutivas —y no meramente contextuales— de los procesos de salud, enfermedad, atención y cuidado. En esa línea de cuño marxista, las diferencias en la distribución del sufrimiento, el acceso a servicios y las posibilidades de atención no se explican solo por factores individuales biológicos o incluso medioambientales, sino por las estructuras sociales que reproducen jerarquías históricas.

Las dictaduras en el continente fueron el telón de fondo de esos desarrollos, tanto por la evidencia que señalaban respecto de los modelos y proyectos de país en disputa, como por el reagrupamiento de intelectuales que se vieron forzados a emigrar por la represión y la censura dictatorial. Profesionales, militantes y académicos de países como El Salvador, Colombia, Venezuela y Ecuador participaron de esta corriente, con anclaje desigual en sus respectivos países. Cuba fue un país receptor y promotor de estas ideas, mientras que México ofreció posiciones gubernamentales, académicas y una gran capacidad editorial, consagrándose como epicentro de su consolidación. Argentina, aportó también su capacidad editorial y su comparativamente mayor desarrollo académico, tendiendo a funcionar como caja de resonancia de los autores que aquí alcanzaban reconocimiento. Eso sucedió por ejemplo en el Ecuador con Jaime Breilh y de la mano de Asa Cristina Laurell en México, quien estudió la salud, la expectativa de vida y las tasas de mortalidad infantil en relación a las condiciones de vida de la clase trabajadora (1986). Un impacto superlativo tuvo en los países iberoamericanos las propuestas de Menéndez y el enfoque relacional por medio de la categoría “Proceso de salud/enfermedad/atención”, señalando que la atención en salud involucra articulaciones entre saberes y prácticas que suponen relaciones de hegemonía y poder, y que los sujetos construyen el sentido de sus padecimientos y sus respuestas terapéuticas a partir de una racionalidad propia (Menéndez y Di Pardo, 1996).

Los procesos de *salud/enfermedad/atención* constituyen un universal que opera estructuralmente en toda sociedad y en todos los conjuntos sociales estratificados. La enfermedad, los padecimientos y daños a la salud, son parte de un problema social dentro del cual se establece colectivamente la subjetividad. Son procesos estructurales en todo conjunto social que generan representaciones y prácticas, y un saber para enfrentar, convivir y solucionar sus padecimientos. En ese orden de ideas, los padecimientos constituyen uno de los principales ejes de construcción de significados y símbolos colectivos, y ese proceso está caracterizado por relaciones de hegemonía y subalternidad, lo que equivale a decir, relaciones de poder dinámicas, donde algunos saberes, prácticas y técnicas predominan subordinando a otras a su propia lógica y operatoria, y así las modifican (Menéndez, 1994).

La Medicina Social latinoamericana representó perspectivas integrales, comprendiendo la salud como un hecho social y cultural, y considerando que los modos en que las personas enferman, acceden al cuidado o son diagnosticadas están profundamente condicionados por su clase social, género, etnicidad y trayectorias vitales. En ocasiones, estas proyecciones han encontrado espacio en algunos

desarrollos de organismos internacionales, como el concepto de *determinantes* de la salud puesto en algún momento en la agenda global por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Ahora bien, cabe advertir que esto también ha implicado un extenso debate respecto del modo de comprenderlos. En este sentido Jaime Breilh (2013, 1989) señaló que la forma en que la OMS abordaba estos temas era fragmentaria y descontextualizada, dado que llevaba a mirar una sumatoria de determinantes como si estuvieran aislados entre sí, en lugar de un modo de organización social que los explicaba en su conjunto. Destacó que la visión politizada del tema implicaba comprender la determinación social de la salud, sugiriendo como raíz de las problemáticas a los procesos históricos, económicos y culturales interdependientes que configuran los modos de vida. La idea de “determinación” remite a una lógica estructural y dinámica, que no se limita a listar factores aislados (como educación, vivienda o empleo), sino que busca comprender cómo los procesos históricos, económicos y políticos configuran modos particulares de enfermar y morir. Así, por ejemplo, los altos niveles de enfermedades crónicas en poblaciones urbanas periféricas o las enfermedades respiratorias en comunidades cercanas a industrias extractivas, no pueden abordarse sin considerar la degradación ambiental y el cambio climático, la precarización laboral y el despojo territorial. Esta mirada ha sido retomada por múltiples colectivos de salud en la región, que promueven intervenciones vinculadas a las luchas sociales por justicia ambiental y sanitaria o la conformación de redes comunitarias informales de cuidado.

Una contribución central en esta línea proviene de la *Salud Colectiva brasileña* (Silva Paim y Almeida Filho, 1999) que desde la década de 1970 se constituyó como un campo interdisciplinario, crítico y comprometido con la transformación social. Esta corriente cuestionó los límites del modelo médico tradicional y también promovió una visión integral que vincula la salud con los procesos sociales, políticos y económicos. Esta experiencia surgió al trascender los muros de las instituciones académicas y los círculos intelectuales para rearticularse con distintas protestas en contra de la última dictadura militar en Brasil (1965-1984), dando luego origen al Movimiento de la Reforma Sanitaria y la posterior conformación del Sistema Único de Salud (SUS), uno de los sistemas de salud más integrales y sólidos de la región. Autores como Sérgio Arouca, Cecília Donnangelo y Naomar de Almeida Filho desarrollaron conceptos fundamentales para pensar la salud como un derecho, la participación popular en la gestión de políticas sanitarias y la centralidad de las determinaciones estructurales de los procesos de salud y enfermedad. Como decíamos, la creación del *Sistema Único de Saúde* en Brasil es una expresión concreta de estos debates: un modelo que buscó universalizar el acceso a la salud, descentralizar la gestión y promover la equidad, aunque con múltiples tensiones y desafíos a lo largo del tiempo. De este modo, se ha influido en el diseño de políticas públicas como el *Programa Saúde da Família* o el enfoque de determinación social en la Atención Primaria de Salud.

La Epidemiología social o *crítica* (Almeida Filho, 2007; 2000; 1992) también jugó un papel relevante a la hora de contribuir a estas perspectivas novedosas, ya que coincidió en entender salud/ enfermedad como un proceso social, que asume características distintas en los grupos humanos según su inserción específica en la sociedad, y contemplando la dimensión social y biopsíquica de los fenómenos de salud. Por su carácter interdisciplinario y con el afán de construir un conocimiento contextual y complejo de los problemas de salud, esta corriente resultó superadora del paradigma vigente del “riesgo” en la Epidemiología “clásica” que le antecedió. Este modelo de análisis fue cuestionado desde la década del 1980 por su dificultad para promover intervenciones eficaces sobre algunos problemas complejos como las adicciones, la violencia o la salud mental. Liborio (2013) plantea que la medicina preventiva, comunitaria y social latinoamericana confluyeron en la creación de la *Salud Colectiva* como movimiento que se fue esparciendo desde Brasil, y al cual se incorporaron metodologías cuali-

tativas de las ciencias sociales, la psicología social, el psicoanálisis, el trabajo social y el derecho, pero sobre todo la epidemiología crítica, la planificación estratégica y la gestión en salud. Destaquemos a continuación, a los fines de sintetizarlos, algunos de los elementos definitorios de este campo científico de saberes y prácticas:

- Se trata de actores y organizaciones diversas que están por igual interesadas en defender el sistema público de salud y la salud como “derecho”;
- Plantean la necesidad de comprender a la salud en forma histórica, contextualizada en la línea de la categoría *Procesos de salud/enfermedad/atención/cuidado*;
- Contempla la vulnerabilidad de las personas y grupos, concepto que empieza a reemplazar a “riesgo”, recuperando aportes de la epidemiología crítica;
- Cuestiona el foco en la enfermedad y el reduccionismo biológico de la medicina que llevaba implícita la salud pública tradicional y defiende la interdisciplina;
- Define su objeto como el estudio de los determinantes de la producción social de las enfermedades, su distribución en la sociedad, la organización de los servicios de atención y la historia de las prácticas relacionadas a la salud;
- Recupera e incorpora las experiencias de quienes padecen, pero también de personas no enfermas o dolientes, así como del conjunto de quienes trabajan en torno a la salud;
- Considera indispensables la acción del Estado y de la sociedad civil para generar una sociedad y un ambiente saludables.

De invisibilizaciones, desigualdades y resistencias colectivas

Finalmente, este apartado expone de forma sintética conceptos, corrientes de pensamiento y experiencias de movimientos organizados que desafían algunos preceptos reduccionistas respecto a las miradas sobre los procesos de salud, enfermedad y cuidado. Esto es, aún en contextos de opresión y desigualdad, los movimientos sociales, las tendencias progresivas en salud, los feminismos y la organización popular junto a profesionales comprometidas/os, logran construir posicionamientos críticos.

Podemos comenzar abordando una cuestión cara a la antropología de la salud, según la cual la experiencia de sufrimiento o padecimiento reviste una dimensión moral que excede o desborda el proceso fisiológico que se pueda estar experimentando al enfermar, así como su interpretación médica. En ese sentido, cabe traer la distinción que, hace ya un tiempo, propuso Kleinman (1988) entre padecimiento (*illness*), enfermedad (*disease*) y trastornos o malestares sociales (*sickness*). La enfermedad admite ser clasificada como una patología a la que previamente se ha descrito de manera técnica y a la que se ha incluido en un sistema clasificatorio o taxonomía y es, por lo tanto, objeto de interpretación clínica. Las personas, por lo general, padecemos o sufrimos en la forma de dolor, molestias, marcas, sensaciones, cambios, incertidumbre. La medicina configura esa experiencia y la transforma en una enfermedad que muestra “síntomas”, que es diagnosticada y ante la cual se indican tratamientos, llegado el caso. Los padecimientos serían la experiencia de la enfermedad. Pero como se dijo antes, las formas de padecer son parte de procesos socioculturales y por lo general, estos se anudan en condiciones sociales estructurales y restricciones que producen estos padecimientos, así como los sentidos e imaginarios sobre ellos construidos. Esto último es lo que se alude en inglés como *sickness*; un trastorno o condición socialmente marcada, definida y representada en ideas, imaginarios y discursos.

Los derroteros en busca de bienestar y salud, y específicamente los *itinerarios terapéuticos* (Alves, 2024), entendidos como recorridos que realizan las personas a partir de sufrir dolencias a las que intentan buscar explicación y respuesta, son parte de los fenómenos que la antropología de la salud ha buscado caracterizar por décadas. En consonancia con lo anterior, es posible problematizar, por ejemplo, qué se juega en la relación médico-paciente, que además de ser una relación terapéutica, es siempre una relación social, con sentidos, expectativas, desigualdades, malentendidos. Por otra parte, desde este ángulo también se reconoce que ante determinados malestares, surgen medidas de cuidado no solamente en diálogo o interacción con las concepciones biomédicas, que pueden incluir prescripciones del saber consagrado como experto, pero no de manera exclusiva. Algunas propuestas recientes han recuperado y valorizado los saberes subalternos históricamente subordinados por el modelo biomédico (Menéndez, 2003; 1994; 1986). En América Latina, estas tensiones se evidencian con especial claridad en contextos de diversidad cultural, donde conviven múltiples sistemas de atención. Prácticas indígenas, comunitarias, populares y de cuidado cotidiano, entre ellas, algunas tradiciones en pueblos andinos y en especial del altiplano, han articulado la noción del “Buen vivir” (*Sumak Kawsay, Suma Qamaña*), que concibe la salud como armonía con la comunidad y con la naturaleza, desafiando así la lógica individualista y productivista dominante en los modelos de desarrollo y atención sanitaria. Estas formas de cuidado revelan una racionalidad propia y permiten pensar alternativas viables a los modelos centrados exclusivamente en la atención médica. El concepto *pluralismo médico* ha sido clave para describir cómo distintos saberes —biomédicos, populares, tradicionales, espirituales— coexisten (y a menudo compiten) en la vida cotidiana de las personas.

En zonas rurales, comunidades indígenas y barrios populares, por ejemplo, no es extraño que una misma dolencia sea atendida simultáneamente por un curandero, un centro de salud y una red familiar o comunitaria. Podríamos decir de igual modo, en sectores medios y acomodados, la búsqueda de respuestas a malestares puede incluir el recurso a prestaciones de un seguro de medicina privada, consultas particulares en homeopatía, así como osteopatía, yoga, reiki, astrología o bioenergética, por mencionar algunas. Desde este punto de vista, la pluralidad de prácticas en su globalidad no responde a la falta de acceso al sistema de salud formal, sino a una lógica de complementariedad y significación, una búsqueda compleja y siempre incompleta, que articula lo deseable, lo posible, lo “alternativo” y quizás lo que se ha impuesto como una moda. Por todo lo antedicho se puede asumir también que la jerarquización y legitimación o no de las alternativas terapéuticas, se articulan con procesos de colonialismo epistémico, que subordinan los conocimientos locales a matrices de pensamiento occidentales. Algunos aportes recientes de la antropología buscan producir conocimiento recuperando epistemologías subalternas, desde encuadres afines al denominado giro ontológico, al giro decolonial y a la corriente crítica de la salud intercultural (Epele, 2017).

Desde la perspectiva de la antropología feminista se cuestionó el predominio de una concepción biologicista y mecanicista del cuerpo en la biomedicina, que obtura aproximaciones integrales. En particular, se ha cuestionado la naturalización social de la mujer como madre y cuidadora y el consecuente abordaje centrado en la maternidad y la reproducción, en detrimento de otras dimensiones de la vida y la experiencia (Esteban, 2006). Desarrollos provenientes del feminismo en otras latitudes, como el concepto *interseccionalidad* (Viveros Vigoya, 2016), brindan elementos conceptuales para pensar la desigualdad en una perspectiva múltiple, haciendo foco en la dominación y las relaciones de poder en la sociedad. Es decir, cómo múltiples ejes de desigualdad se entrecruzan en las trayectorias vitales de las personas, generando vulnerabilidades específicas. Por ejemplo, una mujer indígena que vive en una zona rural puede enfrentar barreras de acceso a la salud distintas —y más complejas— que una mujer

de sectores medios con residencia urbana, aunque ambas sean afectadas por “el mismo” problema de salud. La pandemia de COVID-19 mostró con crudeza cómo las condiciones de vivienda, de trabajo y de acceso al sistema de salud marcaron no solo la exposición al virus, sino también la gravedad de los cuadros y sus secuelas y las posibilidades de recuperación según clase social, edad y residencia (Gonzalez, et al., 2020). Por otra parte, los requerimientos sanitarios de higiene y encierro, y las medidas compulsivas de aislamiento ordenadas a nivel gubernamental, señalaron reminiscencias higienistas en cuanto a las respuestas políticas ante la amenaza real o percibida de la infección en el ámbito urbano (Palero y Avila, 2020).

Como se ha planteado críticamente respecto al COVID-19, la pandemia -como antes el VIH-Sida- constituye una lente privilegiada para comprender la manera en que las posibilidades de vivir, enfermar y morir se distribuyen desigualmente a partir del acceso diferencial a recursos socio-sanitarios, las condiciones de vida, las respuestas comunitarias y las tácticas de las personas (García, 2020; 2024). Por su parte, Solans (2021) ha mostrado cómo las políticas de prevención de la “obesidad infantil” se enfocan en modificar comportamientos individuales y la autovigilancia, enfatizando responsabilidades individuales y legitimando un orden social dominante en entornos de inequidades estructurales.

Antes de concluir restan algunos comentarios respecto a la desigual distribución de poder y protagonismo entre los campos de conocimiento y disciplinas alrededor de la salud colectiva. Por un lado, la preeminencia de la medicina ante otros conocimientos disciplinares que existen y están vigentes de manera efectiva en el campo de la salud, como la psicología o la enfermería. Por otro lado, conocimientos expertos que permanecen al margen de las instituciones especializadas, como la antropología, la sociología, la ciencia política, la economía, la historia, la geografía, y que se articulan con movimientos sociales. ¿Qué definen que pertenezcan o no al ámbito de la *salud*? Algo arbitrario, resultado del devenir histórico: que trabajen profesionalmente en instituciones socialmente identificadas a tales fines (hospitales, por ejemplo, aun cuando se produce salud y enfermedad en otras), y que obtengan títulos oficiales, habilitantes, que certifican que se dedican a ello. Desde los debates sobre los sistemas de salud pública y el acceso universal, hasta las controversias sobre vacunas, tratamientos alternativos o políticas de salud sexual y reproductiva, lo que siempre parece estar en juego es quién define qué es *la salud*, cómo se garantiza y qué vidas merecen ser (más o mejor) cuidadas. Uno de los campos donde estas tensiones se hacen más visibles es el de las políticas públicas. En América Latina, la fragmentación de los sistemas de salud —y según el país, con fuertes desigualdades entre sectores públicos, privados y de seguridad social— reproduce y profundiza las brechas sociales. Al mismo tiempo, las reformas orientadas por lógicas de mercado han puesto en jaque la capacidad estatal para garantizar derechos, mientras que los discursos meritocráticos trasladan la responsabilidad de enfermar o sanar a los individuos.

En contraste, los movimientos sociales, algunos sindicatos del sector salud y diversas experiencias territoriales han sostenido la defensa de la salud como derecho colectivo, reclamando por sistemas integrales, interculturales y con participación comunitaria. Los estudios y movimientos sociales en salud y ambiente conectan el ámbito de salud con estrategias de resistencia que tienen lugar en el territorio —se trate de la megaminería, la utilización extensiva e intensiva de agroquímicos, o la privatización del agua potable-. De la mano de las perspectivas de derechos, y en ocasiones traccionadas por la inserción institucional de profesionales con distinto bagaje ideológico o de conocimientos, proliferan inquietudes que muchas veces confluyen en propuestas transdisciplinarias, desde las que se busca contribuir a diseñar y concretar acciones.

En los últimos años, la medicalización en sus variadas formas, y profundizada por las dinámicas del neoliberalismo y la expansión de la industria farmacéutica como nunca antes, encuentra su contracara en las respuestas y alternativas desarrolladas desde diferentes procesos de organización y disputas por desmedicalizar y despatologizar sujetos, situaciones y grupos categorizados y estigmatizados por el poder biomédico. Así, se recuperan experiencias militantes, como por ejemplo las vinculadas con los derechos humanos y los feminismos. Algunas experiencias de lucha y desmedicalización desarrolladas por movimientos sociales son las Socorristas en Red²⁰ y la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, o colectivos que promueven el parto respetado, cuestionando prácticas hospitalarias como la episiotomía rutinaria, la cesárea innecesaria o la separación del recién nacido. Esta última iniciativa revaloriza el parto como una experiencia corporal y emocional que puede ser vivida con autonomía, información y acompañamiento.

El movimiento *Ni una menos* en Argentina, merecería un comentario aparte por su envergadura y la trascendencia en los últimos años de su lucha contra las violencias por razones de odio de género y el femicidio. Vale decir que estos recorridos se enmarcan en una legislación progresiva en materia de prevención y erradicación de violencias, acceso a la fertilización asistida, a la interrupción de embarazos, a la anticoncepción permanente, a la educación sexual integral, a la identidad de género, el matrimonio igualitario y los derechos del paciente, entre otros temas. A partir de 2009 la sanción de la Ley Nacional 26.485²¹ sobre todo, estableció la normativa que dio amparo a los movimientos y reivindicaciones específicas de mujeres y diversidades. Hoy, con gran preocupación asistimos al deterioro y posible desaparición de estos andamiajes. En materia de salud mental también se desarrollaron experiencias de atención comunitaria como Radio La Colifata en el Hospital J. T. Borda de Buenos Aires, que redefinen el enfoque centrado en la medicación y la institucionalización, proponiendo abordajes no medicalizantes y más humanizados e integrales (Natella, 2008; Janin, 2008), así como procesos de reforma y desinstitucionalización (Guirado y Gil, 2021) sobre todo a partir de la última Ley de salud mental 26.657²².

Del mismo modo, el activismo de las organizaciones de la diversidad sexual y de género ha denunciado la patologización de los cuerpos y identidades, exigiendo una atención basada en el respeto por la autonomía y los derechos humanos. La Ley de Identidad de Género en Argentina (26.743) de 2012, constituye un ejemplo emblemático de despatologización desde el marco legal y sanitario. Por supuesto, representa avances formales que no se traducen mecánicamente en cambios en los procesos de la atención y en logros concretos. Por ello es necesario destacar cómo han contribuido las demandas y acciones de los distintos actores en los procesos que van haciendo realidad las transformaciones en instancias como el sistema de salud, la vigencia o disminución de prejuicios en los saberes biomédicos dominantes y el acceso real y oportuno a las tecnologías terapéuticas (Farji Neer, 2023).

Consideraciones finales

Describimos en este capítulo solo algunos de los múltiples formatos que los abordajes críticos de las ciencias sociales han ido asumiendo en torno al concepto de salud y al campo de la salud pública o

²⁰ <https://abortolegal.com.ar/>

²¹ Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales y Decreto Reglamentario 1011/2010

²² Promulgada en 2010, reglamentada en 2013 y confirmada en el Código Civil en 2015.

colectiva en particular. La forma y el orden de presentarlos ha sido una decisión con fines expositivos y bien podría ser diferente. En todo caso, queda claro que se comenzó con un criterio cronológico, en el sentido de partir de la construcción histórica y social del concepto. Más allá de la diversidad de propuestas, lo que subyace como elemento común es la intención de complejizar las miradas y abordajes relacionados con “la salud”. También reconocemos como central la contextualización, tanto de los orígenes de las ideas, como de las situaciones concretas a las que se busca repensar y contribuir. En este recorrido, nuestra intención fue no solo describir, sino también aportar herramientas conceptuales que puedan ser apropiadas para redescubrir nuevos problemas. Pensar críticamente la salud implica reconocer que las condiciones de vida, las políticas públicas, las lógicas de cuidado, los saberes locales y las relaciones de poder configuran la manera en que se enferma, se cuida, se vive y se muere. También exige asumir que el conocimiento no es neutral: toda práctica de saber está situada, y, por lo tanto, quienes investigamos, intervenimos o enseñamos en este campo tenemos una responsabilidad ética con los contextos en los que trabajamos. En tiempos de creciente desigualdad, fragmentación de los sistemas sanitarios y mercantilización de los cuerpos —como se evidenció, por ejemplo, en la gestión desigual de la pandemia de COVID-19 o en la crisis del sistema de salud pública en varios países de la región—, los enfoques críticos nos desafían a imaginar alternativas que prioricen la vida, el cuidado y la equidad. También hoy es urgente hacerlo.²³

Interpelar a “la salud” desde las ciencias sociales implica una suerte de imperativo de volver a pensar (siempre) cómo aquella fue pensada, y por ende, replantearnos a la luz de dicha reflexión las propuestas que en consonancia fueron surgiendo en términos académicos, teóricos y de políticas sanitarias. Los enfoques críticos en salud no constituyen una corriente única ni homogénea, sino un campo plural de pensamiento y acción que se nutre de tradiciones teóricas diversas, corrientes transformadoras y experiencias situadas. En América Latina, esta heterogeneidad se ha expresado en la confluencia de distintas líneas —como la medicina social, la salud colectiva, la antropología de la salud, los feminismos populares— que comparten una preocupación común: interrogar las causas estructurales del sufrimiento y disputar las formas hegemónicas de producir conocimiento y prácticas en relación a la salud, los cuidados y la vida.

En ese orden de ideas, es posible —y necesario— estudiar de qué modo se construye lo que se entiende por conocimiento científico, qué tipo de decisiones, controversias, aspectos invisibilizados, se ponen en juego en lo que a veces se toma por una certeza incuestionable en el ejercicio profesional. También, qué se incluye o excluye en los programas formativos, y qué oportunidades formativas concretas existen, identificando al conocimiento como resultado de procesos sociales, que marcan qué es lo que se pone en agenda, cómo se lo enmarca, en qué áreas se forman los expertos, cómo, para qué y qué se considera un saber experto y qué no.

Los enfoques críticos han cuestionado la idea de que existe un único saber legítimo sobre la salud, al considerar que, precisamente, no se trata de un fenómeno unidimensional. En lugar de asumir que el conocimiento biomédico es neutro, objetivo y universal, estas perspectivas han mostrado que los

²³ Escribir esto en Argentina, en 2025, se asemeja a una lamentable crónica; será suficiente con prestar atención a todas o cualquiera de las drásticas medidas neoliberales y antipopulares de desmantelamiento, recortes, ajuste y desfinanciamiento de los dispositivos, programas y organismos de salud, ciencia, investigación y aquellos que brindan servicios y asistencia sanitaria a la población, desde las infancias hasta las personas adultas mayores jubiladas, pasando por las personas con discapacidad o que sufren enfermedades graves.

saberes médicos -y terapéuticos en general- son producciones históricas, situadas y atravesadas por relaciones de poder. Pero también es posible interrogarnos sobre el papel que cumplimos, desde la universidad, en los procesos de enseñanza y aprendizaje, para, en el futuro, intervenir en un campo atravesado por tensiones entre derechos y mercados, entre saberes expertos y saberes populares, entre políticas de Estado y prácticas comunitarias. El pensamiento crítico permite –con mayor o menor fuerza según el caso- disputar discursos, sentidos y acciones.

Asistimos a una creciente conflictividad en torno a los saberes informados y académicos, a la desconfianza hacia ciertas instituciones científicas y la circulación de discursos negacionistas. Pero las coyunturas de crisis suelen resaltar también el valor de prácticas organizativas comunitarias, del cuidado mutuo y de saberes locales para sostener la vida en contextos adversos. En ese marco, las ciencias sociales y humanas tienen un papel clave: no solo deben producir conocimiento crítico, sino también generar puentes entre saberes diversos, contribuir al debate público y formar profesionales capaces de intervenir éticamente en escenarios complejos. Las disputas actuales también se juegan en el plano de las desigualdades globales. América Latina continúa siendo una región con profundas inequidades en salud, afectada por procesos de desfinanciamiento, dependencia tecnológica, y políticas extractivas que deterioran los determinantes sociales y ambientales. Pero también es un espacio de enorme potencia crítica, con experiencias de organización popular, producción de conocimiento situado y construcción de alternativas emancipadoras.

Referencias bibliográficas

- Algranati, R. (2023). *Cuidadores y curadores. Origen y actualidad de las disciplinas y profesiones de la salud en Occidente con una mirada de clase y de género*. Ediciones Ciccus.
- Almeida-Filho, N. (1992). *Epidemiología sin números. Una introducción crítica a la ciencia epidemiológica*. OPS/OMS.
- Almeida-Filho, N. (2000). *La ciencia tímida: ensayos de deconstrucción de la epidemiología*. Lugar Editorial.
- Almeida-Filho, N. (2020). Desigualdades en salud: nuevas perspectivas teóricas. *Salud Colectiva*, 16, e2751. <https://doi.org/10.18294/sc.2020.2751>
- Almeida-Filho, N., & Silva Paim, J. (1999). La crisis de la salud pública y el movimiento de la salud colectiva en Latinoamérica. *Cuadernos Médico Sociales*, (75).
- Álvarez Cardoso, A. (2012). La aparición del cólera en Buenos Aires (Argentina), 1865-1996. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local*, 4(8).
- Alves, P. C. (2024). *Itinerario terapéutico y los nexos de significados de la enfermedad*. Ediciones Licenciada Laura Bonaparte.

Armus, D. (2007). Un médico higienista buscando ordenar el mundo urbano argentino de comienzos del siglo XX. *Salud Colectiva*, 3(1), 71–80.

Armus, D. (2011). De la salud pública a la salud colectiva. *Voces en el Fénix*, 2(7).

Biernat, C. (2007). Médicos, especialistas, políticos y funcionarios en la organización centralizada de la profilaxis de las enfermedades venéreas en la Argentina (1930-1954). *Anuario de Estudios Americanos*, 64(1), 257–288.

Biernat, C., Ramacciotti, K., & Cerda, J. M. (2015). El proceso de centralización del Departamento Nacional de Higiene. En C. Biernat, K. Ramacciotti & J. M. Cerda (Comps.), *La salud pública y la enfermería en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes.

Breilh, J. (1989). *Epidemiología. Economía, medicina y política*. Fontamara.

Breilh, J. (2013). La determinación social de la salud como herramienta de transformación hacia una nueva salud pública (salud colectiva). *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 31(supl. 1), S13–S27.

Canguilhem, G. (2009). *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI Editores.

Cannellotto, A., & Luchtenberg, E. (Coords.). (2008). *Medicalización y sociedad. Lecturas críticas sobre un fenómeno en expansión*. UNSAM Edita.

Carta de Ottawa. (1986). <http://www.fmed.uba.ar/depto/toxico1/carta.pdf>

Citro, S. V. (2014). Provocaciones antropológicas para repensar nuestra corporalidad. *Todavía*, 31, 28–35.

Conrad, P. (1982). Sobre la medicalización de la anormalidad y el control social. En D. Ingleby (Comp.), *Psiquiatría crítica. La política de la salud mental*. Crítica.

Conrad, P., & Schneider, A. (1992). *Deviance and medicalization. From badness to sickness*. Temple University Press.

Díaz, E. (1997). *Metodología de las ciencias sociales*. Biblos.

Duque-Páramo, M. C. (2007). Cultura y salud: elementos para el estudio de la diversidad y las inequidades. *Investigación en Enfermería: Imagen y Desarrollo*, 9(2), 127–142.

Engels, F. (1974). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Ediciones Diáspora.

Epele, M. (2017). Sobre las posiciones etnográficas en la antropología de la salud en el sur de las Américas. *Salud Colectiva*, 13(3), 359–373. <https://doi.org/10.18294/sc.2017.1104>

Esteban, M. L. (2006). El estudio de la salud y el género: las ventajas de un enfoque antropológico y feminista. *Salud Colectiva*, 2(1), 9–20.

Farji Neer, A. (2023). La salud trans en Argentina: una revisión de publicaciones en revistas científicas (2012-2021). *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 20(2), e57577. <https://doi.org/10.15517/ca.v20i2.57577>

Ferrara, F. (1985). *Teoría social y salud*. Catálogos.

Foucault, M. (1996). Historia de la medicalización. En *La vida de los hombres infames*. Ed. Altamira.

Foucault, M. (1996). Genealogía del racismo. Ed. Altamira.

Foucault, M. (2003). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI.

Foucault, M. (2006) Clase del 1º de febrero de 1978. pp. 109-138. «Gubernamentalidad». En: Seguridad, territorio, población. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica

García, M. G. (2020). A 20 años de la publicación de “Candidaturas y VIH-Sida: tensiones en los procesos de atención”. *Publicar*, XVIII (29), 105–113.

García, M. G. (2024). Para una antropología de las epidemias. En *Mesa Redonda: Antropología y epidemias/pandemias*. VII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología.

González, M. M., et al. (2020). COVID-19 y vulnerabilidad social: análisis descriptivo de una serie de casos del Área Metropolitana de Buenos Aires. *SciELO Preprints*. <https://doi.org/10.1590/SciELOPreprints.1179>

Good, B. (2003). Medicina, racionalidad y experiencia. *Una perspectiva antropológica*. Ediciones Bellaterra.

Guirado, C., & Gil, M. (2021). El campo de la salud mental en la provincia de Santa Fe: hacia una historización de políticas públicas, sentidos y prácticas. *Revista de la Escuela de Antropología*, XXIX, 1–20. <https://doi.org/10.35305/revistadeantropologia.v0iXXIX.143>

Herzlich, C., & Pierret, J. (1988). De ayer a hoy: construcción social del enfermo. *Cuadernos Médico Sociales*, (43), 20-31.

Janin, B. (2008). La medicalización de la infancia. En A. Cannellotto & E. Luchtenberg (Coords.), *Medicalización y sociedad*. UNSAM Edita.

Kleinman, A. (1998). Illness narratives: *Suffering, healing and the human condition*. Basic Books.

- Laurell, A. C. (1986). El estudio social del proceso salud-enfermedad en América Latina. *Cuadernos Médico Sociales*, (37), 3-18.
- Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.
- Liborio, M. (2013). ¿Por qué hablar de salud colectiva? *Revista Médica de Rosario*, 79, 136–141.
- Lock, M., & Nguyen, V. K. (2010). *An anthropology of biomedicine*. Wiley & Sons.
- Margulies, S. (2014). *La atención médica del VIH-Sida*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Marques, J. V. (1983). No es natural (Para una sociología de la vida cotidiana). Anagrama.
- Menéndez, E. (1994). La enfermedad y la curación. ¿Qué es medicina tradicional? *Alteridades*, 4(7), 71–83.
- Menéndez, E. (1986). La salud como derecho humano. *Cuadernos Médico Sociales*, (37).
- Menéndez, E. (2003). Modelos de atención de los padecimientos. *Ciência & Saúde Coletiva*, 8(1), 185–207.
- Menéndez, E., & Di Pardo, R. (1996). *De algunos alcoholismos y algunos saberes*. CIESAS.
- Natella, G. (2008). La creciente medicalización contemporánea. En A. Cannellotto & E. Luchtenberg (Coords.), *Medicalización y sociedad*. UNSAM Edita.
- OMS. (1998). *Glosario de promoción de la salud*. http://www.bvs.org.ar/pdf/glosario_sp.pdf
- OMS/OPS. (2002). *La salud pública en las Américas. Nuevos conceptos, análisis del desempeño y bases para la acción*. OPS.
- Palero, J. S., & Avila, M. (2020). Covid-19: la vigencia del higienismo decimonónico en tiempos de cuarentena. *Cuaderno Urbano*, 29, 9–26.
- Ramacciotti, K. (2015). Actores e instituciones sanitarias en el primer peronismo. En C. Biernat et al., *La salud pública y la enfermería en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Roca, A., & Lettieri, M. (Coords.). (2025). *Políticas del conocimiento, naturaleza, salud, cuerpos e identidades*. Edunpaz.
- Rohden, F. (2025). Biotecnologías, escenarios de optimización y reinvenCIÓN corporal. En A. Roca & M. Lettieri (Coords.), *Políticas del conocimiento, naturaleza, salud, cuerpos e identidades*. Edunpaz.

Solans, A. (2021). Alimentación infantil: políticas globales y locales de prevención y promoción de la salud. *Revista de la Escuela de Antropología*, XXIX. <https://doi.org/10.35305/revistadeantropologia.v0iXXIX.138>

Sotelo, J. A. (2017). *Monografía final, seminario Aportes de la perspectiva antropológica al campo de la salud*. FLACSO. (Material no publicado).

Varsavsky, O. (1969). Ciencia, política y cientificismo. En G. Kneeteman (Comp.), *Ciencia, tecnología e innovación: textos en clave de desarrollo soberano*. Universidad Nacional Guillermo Brown (2023).

Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>

Bloque 3.

Entre nuevas herramientas, verosimilitudes y artificios. El desafío de pensar, enseñar, estudiar y comunicar

Inteligencia Artificial Generativa como acelerador epistémico y herramienta de conocimiento

Nestor H. Blanco

Introducción

La Inteligencia Artificial Generativa (IAGen) se ha convertido en una de las expresiones más visibles del cambio tecnológico que caracteriza nuestro tiempo. La capacidad de la IAGen de crear contenidos complejos basados en textos, imágenes, sonidos o códigos, con la sofisticación propia de la inteligencia humana, además de provocar transformaciones y cambios en muchos órdenes, plantea una pregunta muy relevante: ¿pueden estas herramientas ayudarnos, no solo a producir esos contenidos, sino a ir un poco más allá ayudándonos también a comprender cómo ellas generan tal conocimiento? En el ámbito universitario, esta pregunta adquiere especial relevancia, pues implica comprender a la IAGen como una herramienta epistémica, es decir, a reconocerla como un instrumento que además de ampliar las formas de pensar, analizar y construir conocimiento, nos permite entender cómo se genera ese conocimiento.

La generación de lenguaje con sentido que hace la máquina no reemplaza el razonamiento humano, pero lo estimula o interpela al ofrecer nuevas maneras de explorar ideas, contrastar argumentos y producir sentido. En la práctica ¿qué ocurre cuando los estudiantes dialogan con un modelo artificial que razona en su propio lenguaje natural? ¿Hasta qué punto la colaboración con una IA puede favorecer la reflexión crítica y la comprensión profunda que constituyen el modelo aspiracional de toda labor universitaria? Aún con mayor profundidad cabe preguntarse ¿qué es propiamente la IAGen? ¿Cómo conoce y aprende? ¿Cuál es su estructura y su funcionalidad? ¿En qué consiste y cómo opera esa capacidad de producir contenidos con sentido y significación racional? Asumir estos interrogantes puede facilitar la caracterización de la IAGen como un instrumento de conocimiento y emprender un uso relevante de esta herramienta, con los cuidados críticos que ayuden a mitigar sus riesgos.

En este sentido, proponemos aquí mirar a la IAGen no solo como una tecnología de creación de contenidos, sino más especialmente como un medio de conocimiento con el potencial para transformar las prácticas de aprendizaje y producción académica. El foco se centra en los modelos de lenguaje, como el muy difundido ChatGPT, pero sin perder de vista que la IAGen comprende otros dominios de actuación, como la generación de imágenes, sonidos o códigos, conformando así un ecosistema tecnológico con amplias consecuencias sociales, educativas, culturales y científicas.

En lo que sigue, se buscará distinguir y separar el modo de conocimiento procesado por la máquina del modo de conocimiento que puede elaborar una persona humana. Esta distinción lleva a indagar sobre los procesos y atributos de la IAGen, analizar sus funcionalidades y comprender el modo en el que sus operaciones de cálculo suceden en un ambiente algorítmico complejo denominado “red neuronal”. Se describirá luego cómo operan esas redes neuronales y cómo permiten que la máquina entienda consultas, las procese y emita respuestas. En definitiva, se abordará la naturaleza digital de la IAGen, cuyas cualidades le permiten aprender y cumplir así su misión como dispositivo de construcción de conocimientos.

La intención es reflexionar sobre cuál es el menú potencial de beneficios y oportunidades que la IAGen brinda en cualquier ámbito de generación de conocimientos y, asimismo, pensar los riesgos inherentes a su adopción desprevenida y acrítica, muy especialmente en el campo educativo y científico.

Qué es la IAGen

La IAGen es una rama especializada y particular del desarrollo de las tecnologías de Inteligencia Artificial (IA). Su característica distintiva es la capacidad de elaboración, a partir de datos preexistentes, de contenidos de lenguaje, muchas veces nuevos y originales.

En general, prácticamente todas las aplicaciones de IA se especializan en la clasificación, exploración e interpretación de datos, el reconocimiento de patrones y la elaboración de inferencias y predicciones, en las que los resultados son siempre elaborados a partir de esos mismos datos. Sin embargo, en particular, la IAGen posee un diseño cuya actividad distintiva es crear textos, imágenes, sonidos o secuencias de código que no estaban previamente disponibles en la base de datos. Es decir que su singularidad radica en que no solo interpreta, analiza o hasta descubre, sino que produce representaciones novedosas, en gran parte inexploradas o inéditas. Como expresa Crawford (2021) la IAGen produce nuevas formas de representación que afectan el conocimiento, las narrativas y los procesos de comunicación. Todo lo cual la convierte en un tipo de tecnología adecuada epistémicamente para la generación de información organizada como conocimiento, en mayor medida que cualquier otro dispositivo.

La IAGen, como casi todas las variantes de IA, opera mediante el procesamiento de grandes volúmenes de datos que se encuentran disponibles en múltiples y variadas fuentes. En verdad, la IAGen tiene la capacidad de explorar entre miles de millones de datos, disponibles en reservorios gigantes como, por ejemplo, casi la totalidad de Internet. Las diferentes versiones de IAGen conocidas han sido entrenadas con estos voluminosos datos de lenguaje, imágenes y sonidos, lo cual las empodera con bases de conocimiento casi ilimitadas para sus operaciones.

A través de un proceso de exploración dirigida y de búsqueda dirigida en esa suerte de océano de datos con el que fue entrenada, la IAGen prueba, selecciona y aprende estructuras lingüísticas, patrones semánticos, configuraciones de sentido, disposiciones y estilos visuales gráficos, y hasta lógicas tanto simbólicas como de funciones y procesos.

Como se verá, la IAGen utiliza procedimientos de cálculo inferencial y probabilístico, a través de dispositivos llamados redes neuronales que son el núcleo de sus modelos de lenguaje, para identificar correlaciones y generar respuestas que ofrecen alta coherencia estructural interna y contextual externa. Es decir que la capacidad de la IAGen de producir contenido coherente, novedoso y útil, se basa en procesos de lógica matemática y de cálculo de las probabilidades de aparición de palabras, imágenes o elementos en función de sus frecuencias y combinaciones de sintaxis previa.

Ahora bien, es relevante y oportuno señalar que esa capacidad de crear y generar conocimiento, no opera de modo semejante a la creatividad y cognición humana. En verdad la capacidad de la IAGen es el efecto resultante de procesos que pueden considerarse como de simulación cognitiva, que son rea-

lizados mediante algoritmos estadísticos y de cálculo de probabilidad. Estas operaciones matemáticas no desarrollan actos de invención creativa y consciente al estilo humano.

Ya tempranamente, Searle (1980) proponía su argumento de la “habitación china”. Imaginemos a una persona encerrada en una habitación que sigue reglas para manipular símbolos en chino sin comprender su significado. Desde afuera, pareciera que se está comunicando fluidamente en chino, pero en realidad solo aplica instrucciones. Searle usa esta metáfora para cuestionar si una máquina que procesa símbolos realmente “entiende” o solo simula comprensión. Con este argumento se sostenía que los sistemas computacionales podían manipular símbolos sin comprender su significado, lo que antecede a la afirmación de que la IAGen opera solo en un nivel sintáctico, no semántico (Floridi, 2019).

La IAGen no posee una capacidad cognitiva como la humana, aunque lo parezca o simule. No interpreta ni comprende los significados que articula, pues en lugar de pensar, calcula; en lugar de comprender, reorganiza; y en lugar de crear, recombinan. Su relación con el mundo de los significados es puramente sintáctica y relacional. Establece conexiones entre elementos que permanecen en los datos con los que fue entrenada, sin tener acceso a su sentido o significación. La IAGen no posee verdadero entendimiento, y tampoco posee elementos humanizantes como son la subjetividad, la emoción, y la capacidad de discernimiento y juicio.

Tal como señalan Bender y Gebru (2021), Floridi (2019) y Boden (2016), una IAGen puede generar contenidos de alto valor cognitivo sin que esto implique comprensión, intención o experiencia. En efecto, para Bender y Gebru los modelos de IAGen producen lenguaje sin comprenderlo; mediante la mera detección de patrones lingüísticos enuncian textos, pero sin acceso a sus significados o intenciones. Para Boden lo que parece creatividad o comprensión es solo el resultado de combinaciones estadísticas realizadas sin vivencia ni conciencia, y para Floridi la IAGen puede operar sintácticamente, pero carece de semántica y pragmática. De todo esto resulta que la capacidad de la IAGen para, por ejemplo, generar un poema, una imagen o una solución matemática no se traduce en que experimente la belleza, el sentido o el razonamiento lógico.

La efectividad de la IAGen no radica en un saber genuino o análogo al humano, sino que surge de una estructura algorítmica de procesamiento masivo de datos, alimentada por millones de ejemplos y refinada mediante sistemas de retroalimentación matemática. Esto le brinda un gran alcance y poder resolutivo, pero en nada les confiere humanidad a sus procesos.

Ahora bien: más allá de señalar que la IAGen es de naturaleza no humana, debe reconocerse que sí es un tipo de tecnología que permite y hasta obliga a replantear y repensar la relación entre humanos y máquinas. El potencial para simular funciones cognitivas avanzadas convierte a la IAGen en un agente transformador con impacto en múltiples campos de la acción humana, como pueden ser la comunicación, el aprendizaje, la producción material y cultural y el trabajo intelectual. Entre las consecuencias inmediatas del uso de la IAGen está la modificación de las formas en que las personas acceden a la información, interactúan con ella y la reconfiguran. De modo que, si bien esto no convierte a la IAGen en un artificio análogo a lo humano, sí le confiere un potencial de alto impacto transformador sobre algunas prácticas que sí son propias de la condición humana.

Por otro lado, desde el punto de vista valorativo, ninguna de las aplicaciones de la IAGen en tan diversos campos, ni tampoco sus resultados y consecuencias, pueden ser directamente evaluables como

positivas o negativas. En realidad, los efectos resultantes y potenciales del uso de la IAGen parecen ubicarse en una zona valorativa que todavía permanece gris, una zona que es objeto de controversia, ya que como mínimo se generan tensiones y bifurcaciones entre las miradas positivas teñidas de extremo optimismo y entusiasmo a favor de su adopción, y las precauciones y resistencias de quienes recelan de sus peligros y riesgos.

En el ámbito educativo y científico, que es el que aquí nos ocupa, el uso y despliegue de la IAGen presenta simultáneamente tanto oportunidades como tensiones. Por un lado, se amplía el acceso al conocimiento, se pueden automatizar tareas complejas, se promueven nuevas formas de expresión y experimentación, y se estimula el desarrollo de investigaciones sostenidas en una suerte de empiría basada en la simulación. Pero, por otro lado, se plantean interrogantes fundamentales sobre la naturaleza de la enseñanza, el aprendizaje, la evaluación, la autoría, la creatividad y la validación del conocimiento que se produce.

De lo expuesto surge que la IAGen no es una herramienta meramente técnica; no es una tecnología más, especializada en un campo específico del saber. Es más bien una tecnología multipropósito, cuya operación es simbólica y cuyo atractivo está dado por la replicación simulada de ciertas capacidades humanas mediante procesos de estadística y automatización que operan sobre grandes reservorios del saber humano. No es tampoco un dispositivo sofisticado que reemplazará progresivamente a los sujetos humanos, pero sí es un desarrollo que obliga a no permanecer indiferentes, y a desarrollar algún nivel de alfabetización tecnológica y de responsabilidad epistémica para asumir y enmarcar su uso.

Mitos en torno a la IAGen

Con el propósito de establecer o precisar qué es la IAGen, cabe también considerar-ya sea para analizar o para descartar- una serie de equívocos e ideas no del todo apropiadas que circulan entre el público y entre cierta literatura intencionada acerca de lo que es y lo que hace la IAGen. Sucede que la expansión y el uso generalmente acrítico que se hace de la IAGen ha desencadenado tanto actitudes de entusiasmo y aceptación como ideas de temor y rechazo. En consecuencia, han proliferado diversos mitos y malentendidos que afectan la posibilidad de hacer una valoración adecuada de la IAGen. La mayoría de estas mitificaciones son distorsiones producto de sesgos y exageraciones propias del marketing, de los intereses corporativos, o simplemente del desconocimiento. En general los malentendidos y mitos que rodean a la IAGen se alimentan de la tendencia a proyectar en las máquinas cualidades humanas que no poseen.

Resulta interesante, entonces, desmontar algunas de esas interpretaciones sesgadas despejando así el camino para una valoración más ajustada y un uso más crítico, informado y consciente de la IAGen. Enumeremos brevemente algunos de estos mitos.

En primer lugar, el mito de que la IAGen piensa como un ser humano. Pensar que la IA razona, reflexiona o comprende como lo haría una persona es incorrecto. Se ha determinado que la IAGen no posee conciencia, intencionalidad, subjetividad ni experiencia como sí posee un humano. Aunque sus resultados parecen productos del pensamiento, son solo una simulación lingüística del mismo.

En segundo lugar, el mito de que la IAGen posee una forma autónoma de creatividad. Si bien puede generar textos novedosos, imágenes originales y hasta melodías inéditas, se ha visto que lo hace combinando elementos preexistentes, sin invención auténtica, sin uso de factores como la intuición, la sensibilidad, el propósito y la cultura, que sí son inductores de creatividad.

En tercer lugar, tenemos el mito de que la IAGen puede reemplazar al docente o al investigador. En verdad no puede sustituir las capacidades humanas de juicio, ética, pensamiento crítico y construcción pedagógica. Enseñar implica interpretar, acompañar, crear vínculos y mediar significados. Investigar requiere detectar problemas, formular y validar hipótesis, argumentar con rigor y considerar impactos. La IA puede asistir esos procesos, pero no realizarlos en forma plena ni mucho menos autónoma.

Cuarto lugar, el mito de que la IAGen es objetiva e imparcial. La IAGen hereda los sesgos y prejuicios presentes en los datos con los que fue entrenada. Si los datos contienen sesgos el sistema tiende a reproducirlos.

En quinto lugar, el mito de que la IAGen siempre responde con la verdad. Por el contrario, muchas veces puede producir enunciados falsos que parecen verosímiles, que son meras asociaciones estadísticas sin validación factual, a las que se denomina alucinaciones.

Finalmente-tal vez este sea el más intimidante-tenemos el mito de la singularidad tecnológica de la IA. Este mito dice que la IA se volverá autónoma y superior a la inteligencia humana, volviéndose incontrolable. Esto carece de fundamento ya que la IA no tiene voluntad, deseos ni agencia propia. Depende de sus diseñadores, de infraestructuras físicas, de energía, de protocolos humanos y de contextos sociales. No es un ser con poder propio, sino una tecnología funcional con límites precisos.

Aprendizaje maquínico y redes neuronales

Para comprender el carácter instrumental cognitivo de la IAGen conviene establecer que se trata de un sistema dinámico, sujeto a continuos cambios de estado, y que puede ampliar su propia base de conocimiento mediante mecanismos por los que incorpora nueva información a la que ya tiene disponible. Este es el núcleo de la IAGen, un proceso denominado aprendizaje de máquina o *machine learning*, que se verifica al interior de la complejidad de las mencionadas redes neuronales y que permite que el sistema mejore su capacidad de respuesta. Esto no implica aprendizaje en sentido humano, ya que la red neuronal no comprende ni interpreta, sino que tan solo ajusta internamente nuevos parámetros para mejorar la predicción estadística de las respuestas de base lingüística que entrega.

En efecto cuando se dice que una IAGen es una máquina que aprende, no se alude a procesos conscientes o reflexivos que impliquen comprensión y experiencia del mundo. El aprendizaje de máquina consiste en detectar progresivamente regularidades estadísticas en los datos, a fin de predecir cuál es la unidad de lenguaje más probable que debería aparecer en una respuesta. Este proceso de la máquina es estrictamente estadístico correlacional, solo calcula la aparición de patrones de relaciones entre elementos asociados como palabras, frases o imágenes. La IA no elabora juicios ni conceptos, no encuentra causas, sino que solo ejecuta estimaciones numéricas con las que se codificó lenguaje.

En un reporte técnico de la firma que ha desarrollado la aplicación ChatGPT (OpenAI, 2023), se explica el aprendizaje como un proceso de entrenamiento a partir de una estructura de datos, de cálculo probabilístico de términos entre esos datos, y de dinámica de inferencia resultante. En detalle el aprendizaje se realiza a través de un entrenamiento que implica varias etapas: la recolección masiva de datos, su codificación numérica y ordenamiento en vectores y, finalmente, el proceso estadístico de cálculo en redes neuronales, con ajustes sucesivos e iterativos para optimizar la predicción de la secuencia lingüística. El ajuste se repite iterando millones de veces, hasta que el modelo alcanza un rendimiento satisfactorio para la generación de respuestas plausibles frente a las entradas recibidas.

Una vez completo el proceso de entrenamiento, el modelo estará en condiciones de uso. Entonces, ante el ingreso de la consulta del usuario, a la que se denomina *prompt*, el sistema analiza esa entrada, la ordena en segmentos vectoriales, y calcula cuál es la palabra o frase más probable que debe responder, en función del contexto proporcionado por el *prompt*. De ese modo construye la respuesta que la probabilidad estima como más apropiada.

Ahora bien, esta modalidad de procesamiento es una primera evidencia de que, a pesar de su sofisticación y alcance, el *machine learning* tiene límites epistemológicos y cognitivos claros. Son los que hacen que la IAGen calcule y procese, pero no comprenda lo que procesa. Busca relaciones, encuentra patrones, pero no puede establecer causas, no razona ni argumenta y no verifica lo que enuncia.

Por lo tanto, aun el más desarrollado y profundo de los aprendizajes de la IAGen es solo una operación estadística que requiere de mediación humana para la asignación de sentido, para interpretar las respuestas, contrastarlas con criterios objetivos y decidir su pertinencia a contextos reales.

Datos, información y conocimiento en la IAGen

Para entender con mayor detalle cómo la IAGen procesa y transforma sus insumos digitales se requiere distinguir entre los conceptos de datos, información y conocimiento.

Los datos son como la materia prima del sistema. Son unidades mínimas, discretas y desprovistas de contexto. Son números, caracteres, señales, sonidos, imágenes o textos que puedan ser codificados y traducidos a números. En un sistema informático un dato no posee significado. Depende de cómo se combine con otros datos. La utilidad de los datos depende del modo en que se organizan y combinan. En la IAGen los datos son solo fragmentos de lenguaje, codificados numéricamente.

La información, por su parte, consiste en agrupaciones de datos ordenados, contextualizados y organizados en base a relaciones internas de proximidad en las bases de entrenamiento. Esta organización no altera los datos, sino que les confiere forma y patrón. Al interior de la IAGen la información se procesa por medio del agrupamiento de datos en vectores que representan relaciones entre los mismos datos.

Y el conocimiento, comprendido desde el sentido humano, es un “más allá de la información”. Implica comprensión, interpretación, validación racional y jerarquización por valores, fines o contextos. Es también resultado de sopesar experiencia, memoria, intención y juicio; pero el conocimiento entendido en la IAGen, es el resultado de combinaciones plausibles de información procesada, sin

reflexión ni intención. Es un producto significativo para la mente humana pero que ha sido elaborado sin criterios de verdad, pertinencia o adecuación por la IAGen.

Es así que la IAGen opera transformando datos masivos y sueltos en información estructurada, y luego en expresiones de conocimiento que resultan sintácticamente coherentes, pero carecen de comprensión.

Estructura y funcionalidad de la IAGen

La extensión y generalización del uso de la IAGen y la profundidad de su impacto, indican la necesidad de comprender cómo la IAGen se organiza estructuralmente, cómo es su funcionamiento operacional y su lógica de procesamiento, así como cuáles son las condiciones simbólicas y materiales que requiere.

En primer lugar, para comprender la organización estructural de la IAGen caben dos miradas: la que analiza la arquitectura y composición interna de todo dispositivo de IAGen, y la que observa la organización de las redes neuronales que serían algo así como su centro nervioso o de cálculo.

En cuanto al análisis de la arquitectura y composición interna, los dispositivos y aplicaciones de IAGen están compuestos por instancias estructuradas y articuladas por niveles. Estos son: un nivel básico de lenguaje de máquina con instrucciones binarias para ejecutar operaciones; un nivel de datos vectorizados en el que, como se verá más adelante, se representan y disponen las relaciones semánticas en un formato calculable; un nivel, ya mencionado, de redes neuronales que procesan la información; y, finalmente, un nivel de interfaz de usuario en el que se verifica la experiencia del humano de interacción con la máquina introduciendo preguntas y recibiendo respuestas.

En cuanto a la organización específica e interna de sus redes neuronales, entendidas estrictamente como centros de procesamiento y cálculo, al decir de Floridi (2019) están también organizadas de modo multinivel, jerárquico y relacional. Para el autor, el procesamiento que se realiza en los encadenamientos de redes neuronales puede entenderse como un sistema multicapa en el que cada una de ellas opera según sus reglas y luego conecta sus resultados con otras capas. Por su lado, Domingos (2015) afirma que las redes neuronales funcionan en estratos de capas conectadas jerárquicamente, donde cada una realiza un aspecto del dato, y juntas o encadenadas construyen representaciones progresivamente más complejas. Ambos autores respaldan la noción de que el área de cálculo de la IAGen, integrada por redes neuronales, está organizada de forma jerárquica, por capas multinivel, cada una con diferente tipo de procesamiento, pero que se relacionan funcionalmente.

En segundo lugar, en cuanto al funcionamiento de la IAGen, cabe analizar al menos dos etapas, la de entrenamiento y la de generación de respuestas. Para el entrenamiento se recopilan masivamente datos digitales, que se organizan en unidades de sentido llamados vectores. Luego se ingresan a las redes neuronales que procesan (como dijimos antes: “aprenden”) detectando patrones estadísticos y ajustándolos mediante retroalimentación sucesiva hasta dar con la mejor y más probable respuesta. Para la generación de respuestas se ingresa el mensaje del usuario o *prompt*, se lo codifica y también vectoriza, y se lo coteja con la base de información entrenada para calcular cuál es la respuesta más

probable según el contexto dado por el *prompt*. Así se genera una respuesta, término a término, manteniendo coherencia contextual y gramatical.

En tercer lugar, en cuanto a su lógica de procesamiento, se ha dicho que es de naturaleza probabilística, es decir que cada palabra generada para dar la respuesta es la más probable dentro del conjunto de opciones entrenadas disponibles. También esta lógica es adaptativa ya que se ajustan las salidas en función del contexto asignado por el usuario. Finalmente es una lógica secuencial ya que cada resultado generado es incorporado al conjunto para ser calculado también en la predicción del siguiente.

Para finalizar este análisis estructural y funcional de la IAGen, cabe señalar la existencia necesaria de un entorno de condiciones simbólicas, materiales y sociales que se requieren para que su funcionamiento adquiera sentido cognitivo. Es decir, la necesidad de existencia de marcos simbólicos y lógicos como son los algoritmos, protocolos, estructuras lingüísticas y bases de conocimiento, la necesidad de una infraestructura computacional y el acceso a soportes como centros de datos, redes de comunicación, energía, sistemas de refrigeración y demás dispositivos físicos y, principalmente un entorno social de interacción humana que le formule preguntas e interprete los resultados.

La IAGen opera como “infotecnología”

Siguiendo a Maldonado (2018) se puede decir que la IAGen posee otra condición determinante, que es la de ser esencialmente una “infotecnología”. Es decir que su funcionamiento se basa en la gestión de información como insumo o materia prima principal. También sus procesos operativos y los resultados y productos finales que se obtienen son de naturaleza informacional. Para el autor, la IAGen no transforma materialidades tangibles, por el contrario, transforma datos simbólicos estructurados, es decir: información. Opera sobre flujos de información y genera nuevos contenidos a partir de combinaciones, análisis y simulaciones de información codificada en lenguaje y símbolos. Su materia prima no son objetos ni entidades del mundo corpóreo real, sino conjuntos masivos de datos provenientes de textos, imágenes, sonidos o códigos digitalizados. Es decir que el propósito infotecnológico de la IAGen no es simplemente adquirir, procesar o archivar información, sino reelaborarla, reorganizarla y generar nuevas formas de expresión informacional que supongan sentido ante el usuario humano. Este carácter informacional, no material de la IAGen, le confiere gran parte de su utilidad y potencia, la cual radica en la posibilidad de procesar grandes volúmenes de datos con una velocidad y a una escala inalcanzable para la mente humana.

El carácter de tecnología de la información propiamente dicha que posee la IAGen se verifica en todas las etapas de su operación funcional. En efecto, el proceso de producción y obtención de resultados de un dispositivo de IAGen se puede analizar en diversas y sucesivas fases, todas las cuales son de contenido informacional.

Analizando en detalle lo que se ha visto más arriba, una IAGen opera al menos las siguientes fases: como una primera fase, cualquier modelo de lenguaje de IAGen recolecta datos, es decir: es entrenado mediante el acceso a grandes volúmenes de información de muy diversas fuentes, como ser bibliotecas digitales, sitios web, redes sociales, foros abiertos o bases institucionales. La segunda fase se denomina “tokenización”. En ella la información recopilada se fragmenta en unidades mínimas de sentido a las que se denomina tokens. Los tokens pueden ser palabras, sílabas o fragmentos de palabras, e incluso

signos de puntuación. Los tokens son unidades de información segmentadas de modo que resulten manipulables para la máquina. Inmediatamente, a la tokenización le sigue la tercera fase de codificación numérica, en la que a cada token se le asigna un número, de modo tal que a las unidades en que el lenguaje fue particionado (o “tokenizado”), se las traduce a signos matemáticos para que los motores computacionales, que solo entienden de números, puedan operar con ellas. Posteriormente, en la cuarta fase, a los tokens ya numerados se los organiza y estructura en un formato de vectores, es decir, como listas ordenadas de números que describen la posición relativa de una palabra o unidad de sentido en un espacio estrictamente matemático. El resultado es que cuanto más relacionados estén dos conceptos o palabras en los datos de entrenamiento, más cercanos serán los números con que se los representa en sus vectores. Por ejemplo, los términos “rey” y “reina” tendrán vectores próximos en valor numérico, mientras que “montaña” y “democracia” aparecerán más distantes en su valoración numérica. Del mismo modo los tokens de términos como “perro” y “mascota” estarán codificados con números cercanos, mientras que “frío” y “caliente” lo estarán con números alejados.

La quinta fase es la de procesamiento de cálculo mediante redes neuronales. En esta fase los vectores son introducidos en una red neuronal en la que se calcula, token por token, cuál es la secuencia más probable o coherente para darle continuidad a un texto y generar una respuesta. El proceso que esto supone es solo un cálculo probabilístico, sin duda muy complejo, pero no es una inferencia razonada. Es decir que se realiza sin comprensión del contenido, únicamente mediante cálculos que maximizan la coherencia de la respuesta según las correlaciones más probables obtenidas de los datos de entrenamiento.

En efecto el proceso permite el cálculo entre vectores, así por ejemplo si al número de “rey” le restamos, como sustracción matemática, el número de “hombre”, y luego le añadimos, como adición matemática, el de “mujer”, se obtiene como resultado algebraico el número de “reina”. También el proceso requiere de identificar contextos para distinguir y precisar sentidos. Como ejemplo, la frase vectorizada “el banco de la plaza” deberá precisarse y desambiguararse agregando tokens de contexto, es decir que se requerirá sumar los tokens de “banco + dinero + plaza” para indicar una entidad financiera ubicada en la cercanía de una plaza, o bien sumar “banco + asiento + plaza” para significar un mueble de descanso en la plaza. Otro modo operacional del cálculo entre vectores es el de asignar y diferenciar atributos. Por ejemplo. Si comparamos “manzana” con “banana” sus números serán cercanos atendiendo la cualidad de ser “frutas”. Ahora bien, si se quiere diferenciar atributos de ambas frutas, las relaciones numéricas varían. En el ejemplo, el atributo “dulzura” será numéricamente cercano entre ambos conceptos, ya que tanto las manzanas como las bananas son dulces. Pero si el atributo fuese la redondez de la forma de ambas frutas, el número de la manzana será mayor y distinto del de la banana. En el mismo sentido, si el atributo fuese el color amarillo, entonces la banana asociaría un número mayor que el de la manzana, pues la primera es siempre amarilla y no así la segunda.

Finalmente, el proceso calcula y se decanta por los elementos más probables. Un ejemplo de esta aptitud es el siguiente: ante la consulta “¿cuál es la capital de Francia?”, el proceso busca en su base de datos de entrenamiento y encuentra miles de referencias, en las que, en el 99% de los casos, el término “París” se asocia como muy cercano a “capital de Francia”, mientras que términos como “Madrid” solo se asocian indirectamente, quizás con un 1% de proximidad, a través del concepto de “capitales de países”. En el mismo ejemplo, otros términos como “automóvil” son descartados por dos razones: a) está fuera del contexto assignable a “ciudades capitales”, y b) su valor será muy alejado, quizás del 0,0001%.

Lo anterior muestra que las operaciones en la quinta fase de redes neuronales, no implican comprensión ni intencionalidad. La IAGen no sabe lo que está procesando. Solo reconoce patrones y correlaciones numéricas. Es decir que la IAGen no razona con lógica humana. Lo que hace en lugar de comprender y relacionar significados, es únicamente identificar contextos de aparición asociada de palabras, o más exactamente patrones de cercanía de valor numérico. En definitiva, la IAGen sabe que ciertas palabras tienden a estar juntas, pero no entiende el por qué, ni con qué finalidad, o si esta cercanía existe para satisfacer algún sentido cualquiera sea.

En todas estas fases la IAGen actúa como una tecnología de información que produce más información, replicando, reformulando o recombinando datos y símbolos para generar nuevos datos y correlaciones simbólicas. A diferencia de las tecnologías físicas que transforman insumos materiales en productos de existencia física, las infotecnologías modifican y transforman estructuras intangibles de lenguaje para generar nuevas estructuras de lenguaje.

Aceptar el carácter infotecnológico de la IAGen permite visibilizar su rol. No representa la realidad, sino que construye versiones probables acerca de ella, a partir de datos interferidos por algoritmos probabilísticos. Por lo tanto, sus resultados no son representaciones del mundo, sino simulaciones de sentido que ante un usuario humano sí pueden influir en su comprensión del mundo.

La IAGen como “metatecnología”

El entendimiento de lo anterior implica que la IAGen no puede ser interpretada como una tecnología unidireccional, o sea, como una herramienta digital avanzada que actúa sobre un único campo específico. Por el contrario, la importancia, relevancia y hasta el poder de la IAGen se visibiliza cuando se la considera desde una noción más general, esto es: la noción de metatecnología.

Decir que se trata de una metatecnología es decir que es una tecnología de carácter superior y genérico, capaz de operar sobre otras tecnologías, de integrarlas, reorganizarlas e incluso transformarlas en su funcionamiento y propósito (Costa, 2021). Por lo tanto, una metatecnología no es un dispositivo cuyas funciones se limitan a un dominio restringido. Por el contrario, es una construcción técnica con la capacidad de articular, coordinar, organizar y hasta reconfigurar otras tecnologías pre-existentes, y de generar nuevas combinaciones, convergencias y estructuras sinérgicas de operación para las mismas.

Se puede decir entonces que la IAGen en tanto metatecnología, opera como una plataforma que, a través de múltiples sistemas y subsistemas tecnológicos, amplifica sus alcances y aprovecha sus lógicas específicas de funcionamiento en mérito a un resultado más abarcativo e integrador.

Como sostiene Costa (2023),

Las inteligencias artificiales no son una tecnología, sino que se trata de metatecnologías, esto es, tecnologías de propósito general, que operan sobre otras tecnologías... o que son partes de las condiciones de operación de otras tecnologías, y que son aplicables a muy diversas actividades (Costa, 2023, p. 6).

La IAGen es por lo tanto una metatecnología ubicua, que puede insertarse en múltiples y diversos dominios, como ser la educación, el diseño, la industria, la cultura, la producción académica, la gestión organizacional, los negocios, el arte y la comunicación. Es decir que no tiene una función única o sectorialmente específica, sino que facilita reconfiguraciones y cambios en múltiples sistemas, convirtiéndose en un posible sustrato común, ubicuo o transversal, de procesamiento digital.

La ubicuidad, por lo tanto, se expresa de forma concreta en distintos campos y en diferentes posiciones y lugares en los procesos de esos campos. De hecho, la IAGen no solo puede analizar y optimizar bases de datos, colaborar en sistemas robóticos, asistir en entornos variados que van desde la salud hasta las finanzas, sino que también opera inserta en interfaces de usuario, en sistemas de automatización, en flujos de trabajo digital y entornos de diseño industrial y hasta artístico. La IAGen posee una amplia flexibilidad de objetivos para sus algoritmos, lo cual le confiere la cualidad de desempeñarse como una suerte de núcleo operativo aplicable a contextos diversos.

Pero también el carácter metatecnológico le confiere a la IAGen otra característica que aquí resulta de interés: puede desempeñar un rol singular como acelerador epistémico, es decir, como acelerador de procesos de conocimiento. La IAGen potencia los modos de generar, validar y distribuir conocimiento en las áreas en que se emplea. No se limita a realizar u optimizar tareas, sino que introduce nuevos procedimientos útiles para pensar, escribir, modelizar, investigar y hasta planificar. No solo opera sobre un saber determinado, sino que incide en las prácticas cognitivas y metodológicas que están detrás de cualquier producción de saber.

Por lo tanto, en algún sentido, considerando el amplio campo de los dispositivos digitales inteligentes, cada vez más extendidos y omnipresentes, la IAGen puede entenderse como un estrato digital, también de carácter inteligente y funcional, que dirige, controla e incluso potencia a muchos de los dispositivos digitales con los que se comunica e interactúa.

Ahora bien, es necesario resaltar que la condición metatecnológica no es neutral, ya que, por un lado, amplía significativamente el repertorio y la variedad de actuaciones posibles en términos técnicos, organizativos y epístémicos. Pero, por otro lado, introduce desafíos agudos en torno a la gobernanza de la tecnología y la dependencia que de ella se genera, afectando las relaciones de las personas e instituciones sometidas a su influencia, y sus equilibrios políticos, sociales y éticos.

Es decir que posee un potencial organizador y transformador que reconfigura las comunicaciones e interacciones simbólicas y funcionales, afectando las dinámicas humanas en los diversos campos de producción de sentido, y en los marcos institucionales de generación de conocimiento.

Capacidad epistémica de la IAGen

Al analizar más arriba la estructura y funcionalidad de la IAGen, ha quedado expuesta una condición que posee un gran potencial de utilidad para los usuarios, esto es, su capacidad de actuación como herramienta epistémica. En efecto la IAGen se configura como una tecnología epistémica, es decir, una tecnología que incide directamente en la manera en que se construye, organiza y transforma el conocimiento. Esto implica que su uso modifica no solo los medios del saber, sino también sus condiciones de posibilidad.

Una tecnología epistémica es aquella que participa activamente en los procesos de producción, validación o transformación del conocimiento. Según Alvarado (2022) estas tecnologías tienen tres propiedades: 1) usan contenidos epistémicos como ideas, datos, modelos, categorías, proposiciones; 2) realizan operaciones epistémicas como análisis, síntesis, inferencias, resúmenes, clasificaciones o predicciones; 3) son de utilidad en contextos epistémicos, como investigación científica, educación, argumentación académica y resolución de problemas complejos.

En consecuencia, la IAGen dispone de capacidades epistémicas que le permiten detectar patrones conceptuales en volúmenes masivos de texto, sintetizar, ordenar y reestructurar contenidos lingüísticos, producir ensayos, resúmenes, títulos, glosarios o explicaciones y sugerir ideas, reformulaciones o hipótesis. Estas capacidades le permiten adoptar roles como asistente para colaborar en ciertas tareas, como tutor para responder preguntas o explicar contenidos, como crítico para detectar inconsistencias, sugerir mejoras o comparar alternativas, como consultor para definir escenarios o detectar soluciones y hasta como autómata para ejecutar rutinas sin mediación humana directa. En una enumeración provisoria e incompleta se puede afirmar que la IAGen, en tanto instrumento de conocimiento, analiza, argumenta, articula, clasifica, compone, contrapone, critica, compara, completa, decide, dialoga, ejemplifica, enseña, evalúa, explica, focaliza, guía, identifica, infiere, intercambia, interroga, parafrasea, predice, programa, redacta, relaciona, resuelve, resume, sintetiza, traduce y transforma.

Ahora bien, pese a semejante versatilidad y poder, también es necesario considerar que el carácter de herramienta epistémica expone el uso de la IAGen a ciertos riesgos. Algunos de los cuales son: la opacidad que inhibe la comprensión de cómo se genera una respuesta (Duran & Formanek, 2018), las alucinaciones o respuestas sintácticamente correctas, pero conceptualmente erróneas, y el efecto de pérdida de habilidades cognitivas por parte de los humanos que abusan o delegan acríticamente sus razonamientos en la IAGen.

Ontología de la IAGen

A esta altura, resulta indispensable, o al menos deseable, abordar la naturaleza ontológica de la IAGen. Establecer de algún modo el tipo de “ser” que es esta tecnología. La pregunta por el ser de la IAGen se orienta a comprender qué tipo de entidad conforma, cómo se constituye y en qué condiciones puede decirse que existe. Es una indagación más conceptual que funcional, pero que pensamos que puede ayudar a dimensionar y desmitificar a la IAGen.

Por lo ya dicho hasta aquí, se infiere que la IAGen no es una máquina con intenciones ni, mucho menos, un organismo separado y viviente. Como indica Costa (2021) en realidad solo se puede decir que es una entidad de naturaleza digital, con carácter simbólico y con un sistema motor algorítmico, cuyo modo de ser está determinado por la interacción entre códigos, datos, estructuras técnicas y usos sociales. Ya Ihde (1990) sugería tempranamente que las tecnologías inteligentes solo poseen una perspectiva ontológica relacional. No son comprensibles como objetos aislados, sino como entidades técnico-simbólicas.

La IAGen no posee una esencia fija o una identidad autónoma; por el contrario, su modo de existencia es relacional y dependiente de múltiples capas y niveles interconectados. En realidad, la

IAGen consiste en sistemas y subsistemas de elementos informacionales distribuidos en una diversidad de capas.

En una exploración que indague el modo de ser de la IAGen desde las capas más internas, lo primero que aparece es la más elemental: la capa del código de máquina. Sus elementos son instrucciones codificadas de lenguaje de máquina. La siguiente capa es la arquitectura algorítmica que rige el funcionamiento operacional de cálculo y sus elementos constitutivos son, como ya hemos dicho, redes neuronales. La capa subsiguiente la constituyen los dispositivos de interfaz de usuario, o sea el nivel donde se verifica la interacción con las personas. Suele darse bajo la forma de chats conversacionales o de entornos visuales. Es el lugar donde se traducen los procesos internos de cálculo a formas comprensibles para el lenguaje humano. Es una capa visible pero que constituye apenas la superficie del sistema que conforma la IAGen. Finalmente, cabe asumir una capa difusa pero omnipresente, que es la dimensión simbólica y relacional que rodea al fenómeno de la IAGen. Es una capa que tampoco existe como entidad separada y autónoma, sino que conforma una red tanto social como técnica. Es el lugar inespecífico donde humanos, tecnologías e información se relacionan en circuitos de producción simbólica. Esta capa es una suerte de entorno donde la IAGen recibe un uso concreto y se le asigna una función social.

Para observar otro aspecto más de lo que es la IAGen, cabría considerar también una capa o estrato subyacente de naturaleza material. En efecto la existencia simbólica e inmaterial de la IAGen es posible gracias a una infraestructura física concreta conformada por servidores, centros de datos, procesadores y energía eléctrica. Esta infraestructura permanece oculta para los usuarios, pero es indispensable para la existencia de la IAGen. El desarrollo y mantenimiento de semejante infraestructura genera impactos de alta incidencia y de riesgo socioambiental en la civilización contemporánea. El abordaje de estos riesgos excede los alcances de este trabajo.

Otro aspecto clave del modo existencial de la IAGen, es que no tiene acceso al mundo empírico ni a la experiencia real. Únicamente opera mediante símbolos lingüísticos y representaciones internas de datos, sin contacto directo con objetos o situaciones reales. Lo que conoce no es el mundo, sino las regularidades estadísticas de las formas lingüísticas con las que fue entrenada. Su realidad es inmanente al lenguaje, no a la experiencia.

Se torna evidente que toda esta naturaleza ontológica expone tanto su potencial como sus límites. Es potente porque puede operar en múltiples dominios como el lenguaje lo hace. Pero también es limitada porque carece de autonomía, no posee conciencia del contexto ni comprensión del contenido que genera. En todos los aspectos la IAGen requiere siempre de un soporte y una mediación humana que interprete, que otorgue sentido, que valore sus resultados y los contextualice.

Gnoseología de la IAGen

Ya se ha establecido que la IAGen no conoce en el sentido humano del término. No interpreta, no comprende, no experimenta y no reflexiona. Carece de subjetividad, intención y contexto vivencial. Su modo de operar, conocer y hasta aprender, se basa en la detección y manipulación de regularidades estadísticas, no en la elaboración consciente de sentido. Lo que en el lenguaje humano llamamos saber,

en la IAGen es la resultante de la actividad de ciertos algoritmos. El modo de conocer y de aprender de la IAGen puede ser comprendido entonces como su gnoseología.

La gnoseología es una disciplina filosófica que se ocupa de analizar cómo se produce conocimiento, qué condiciones lo hacen posible y cuáles son sus límites. En ese orden, un análisis detallado de los procesos de producción cognitiva, gnoseológicos, de la IAGen permite distinguir una modalidad característica de manipulación de significados, y es que en los procesos de la máquina se verifica una semántica que no entiende el significado de las palabras por su relación con sus denotados, sino que en el entorno de máquina las palabras solo adquieren significado según su proximidad estadística con otras palabras en el universo de los datos de entrenamiento. En efecto, se ha visto que la IAGen representa el conocimiento mediante vectores. Cada palabra o fragmento de lenguaje se codifica en un vector, como una lista de números que representa su posición, lo que permite calcular su relación con otras palabras que le agregan sentido. Por esto mismo la IAGen no razona ni analiza causas, solo genera correlación estadística entre posiciones numéricas que representan palabras en un conjunto de vectores, y esto es una capacidad muy potente en el sistema de conocimiento de la IAGen.

Por último, en su análisis gnoseológico, y como asunto de primer orden de importancia para comprender su uso epistémico, es importante señalar que los procesos de generación de conocimiento de la IAGen son opacos, operan como en una caja negra. La opacidad de la IAGen se refiere a la imposibilidad de hacer un seguimiento de cómo se generan sus respuestas, ya que sus procesos internos son complejos, automáticos y no transparentes (Duran & Formanek, 2018). La analogía con una caja negra se refiere a que sus operaciones algorítmicas no permiten rastrear ni explicar de forma accesible el camino que conduce desde los datos de entrada hasta los resultados que ofrece. Esto dificulta la trazabilidad, la validación y el control humano sobre sus producciones. No se puede rastrear cómo llega a ciertos resultados mediante innumerables iteraciones en sus procesos de cálculo. Podemos entender hipotéticamente como opera la IAGen, pero no es factible una trazabilidad gnoseológica de la IAGen, al menos en la actual etapa de su desarrollo.

IAGen en educación e investigación

Como se dijo al comienzo, la introducción y expansión de la IAGen en los ámbitos de producción de saber, muy particularmente en el ámbito universitario, ha impactado sobre las prácticas de esa producción. Los modos de enseñanza, de aprendizaje y de investigación científica, es decir, los procesos de generación, uso y transmisión del conocimiento, se ven afectados en alto grado cuando se introducen herramientas de IAGen en la universidad. En realidad, la IAGen es una tecnología que amenaza con reconfigurar los modos de acceso al conocimiento, transformar los vínculos pedagógicos y alterar las rutinas académicas tradicionales.

Como se ha visto, la IAGen puede aplicarse en calidad de asistente cognitivo en los procesos de educación en general. Entre sus aplicaciones útiles más frecuentes se encuentran: el reconocimiento de patrones entre datos, la elaboración automatizada de resúmenes, esquemas visuales, líneas de tiempo y presentaciones, la solución de problemas, la redacción, reescritura y corrección de textos académicos, la traducción multilingüe con ajuste al contexto, el diseño de actividades personalizadas considerando el nivel y ritmo del estudiante, la interpretación y análisis de materiales multimodales (textos, imágenes, audios, videos), etc. Todas tareas de aplicación intensiva en la enseñanza. Aún más, cuando se

piensa en la interacción entre un usuario alumno con la IAGen a efectos de alguna tarea académica, si el uso está guiado y no es superficial, implica una interacción metacognitiva, por la cual el estudiante debe comprender cómo peticionar ante la máquina aquello que necesita obtener. Es decir, el estudiante debe poder definir un contexto, un modo, un objetivo y una consigna para lograr respuestas significativas de la IAGen. O sea que el estudiante, para ser exitoso, debe entender en parte la cuestión sobre la que indaga, y la naturaleza de la respuesta que necesita. Esa interacción metacognitiva es en sí misma una experiencia profunda de aprendizaje. Es una interacción que pone en juego gran parte del valor como instrumento epistémico de la IAGen.

Para beneficio de los estudiantes la IAGen ofrece la posibilidad de mejorar su pensamiento crítico, al permitir contrastar ideas, explorar diversidad de perspectivas y mejorar la argumentación en sus trabajos. Les facilita la redacción y revisión de textos, ayudando a mejorar la claridad, coherencia y estilo de ensayos, informes o proyectos. Permite aprender de manera personalizada, ya que puede adaptar explicaciones, ejemplos y niveles de dificultad según las necesidades de cada estudiante. Favorece la autonomía intelectual, al ofrecer retroalimentación que estimule el aprendizaje activo. Y abre nuevas vías para la creatividad y la investigación, al generar hipótesis, visualizar datos o proponer enfoques que enriquezcan el trabajo escolar o académico. Todo esto exige una actitud estudiantil de algún modo ética y reflexiva ante la IA. Los estudiantes están ante la oportunidad de comprender que cuentan con una herramienta aliada del aprendizaje, y no con un mero sustituto del esfuerzo intelectual. Los estudiantes pueden usar la IAGen para pensar mejor, y no meramente para copiar respuestas. Su actitud ideal es la de quien dialoga con la IA, analiza, compara y reformula sus aportes. Así pueden transformar la asistencia tecnológica en comprensión genuina y producción propia de conocimiento.

Por su parte, los profesores ya no pueden actuar como transmisores de contenidos, sino que deben asumir un rol de curador crítico, mediador ético y facilitador del pensamiento. Un rol que promueva habilidades de discernimiento, interpretación y evaluación del conocimiento y que asuma el uso consciente de la IAGen.

En consecuencia, se percibe la demanda para que los docentes deban ampliar y diversificar sus métodos y su enfoque pedagógico. En su auxilio, en el ámbito de las instituciones de formación se deberían también asumir políticas digitales, de formación docente, de rediseño flexible curricular, y sobre todo de debate humanístico sobre la IAGen y las consecuencias de su uso (Maldonado, 2024).

Sin embargo, la sola irrupción masiva, no direccionada, de la IAGen en los entornos educativos, si bien trae consigo la serie de beneficios mencionados, también conlleva riesgos para el proceso de construcción de aprendizajes tal como se lo conoce. Existe una amplia evidencia de que la incorporación de esta tecnología en las aulas universitarias provoca alteraciones en los comportamientos de aprendices y enseñantes, y por ende demanda una reconfiguración del proceso mismo de enseñanza, que a su vez parece reclamar una transformación de los roles de estudiantes y docentes.

Entre los efectos no deseados de los que existe evidencia, se verifica el problema de una delegación cognitiva que provoca dificultad para generar ideas propias. El estudiante pierde la competencia de construir argumentos o sostener posiciones autónomas sin el auxilio de la IAGen, lo que alimenta un uso acrítico y trae consigo reduccionismo y simplificación. Otro problema que se evidencia en las aulas es la dificultad de controlar la fiabilidad y verosimilitud de los resultados de la IAGen por la deriva de alucinaciones en sus respuestas, es decir por la obtención de resultados plausibles pero erróneos. Y

también aparece otro problema complejo, con serias consecuencias en la enseñanza, que es el riesgo ético del uso no responsable de la IAGen. En primer lugar, el plagio y las confusiones sobre la autoría que difuminan las fronteras entre producción humana o de máquina. En segundo lugar, la opacidad de la cadena de razonamientos que impide entender los fundamentos y causas de los fenómenos. Y finalmente, los sesgos y prejuicios que se replican y condicionan el uso de la IAGen.

Ahora bien, a pesar de estos riesgos evidentes, y seguramente de otros posibles riesgos ocultos, frente al panorama de avance y desarrollo de la IAGen, no cabe adoptar una postura tecnófoba que rechace su uso. Sí, en cambio, resulta prometedor adoptar políticas y actitudes preventivas. El desarrollo de estrategias de alfabetización en IAGen entre docentes y estudiantes asoma como un primer paso necesario. Una formación que incluya la comprensión de la naturaleza algorítmica de la IAGen, la habilidad para formular preguntas relevantes en ciertos contextos, el criterio para seleccionar y verificar fuentes y la capacidad para analizar sesgos o inconsistencias y reflexionar sobre la validez de los contenidos generados (UNESCO, 2024).

Por su parte en el campo de la investigación académica y científica, la IAGen se ofrece como una especie de amplificador cognitivo, capaz de asistir en diversas tareas clave del campo de la producción de conocimiento. Es así que la IAGen demuestra gran aptitud y versatilidad para tareas de expansión temática mediante la asistencia en la exploración ágil y en profundidad de bases científicas, la revisión bibliográfica, o la clasificación y análisis de datos no estructurados, especialmente textuales. También es un recurso de utilidad para la generación de ideas preliminares y construcción de hipótesis tentativas. Y, en el mismo sentido, para la simulación de procesos y escenarios o la construcción de cadenas argumentativas. Todas estas funciones no reemplazan el pensar científico, ni la actividad del investigador, pero sí lo extienden, aceleran y complementan. En efecto, la detección de cuestiones problemáticas, la formulación de hipótesis sólidas, la validación empírica, la interpretación conceptual y la argumentación crítica siguen siendo responsabilidades humanas, ancladas en saberes disciplinares o especializados, siguen exigiendo sensibilidad ética y comprensión del contexto. Ante lo cual la IAGen puede incrementar su productividad y eficacia, pero no reemplazar la tarea del investigador. Se comprende entonces también la conveniencia de alfabetización en IAGen para los investigadores y científicos.

Finalmente, de lo analizado hasta aquí se desprende que la IAGen, pese a los riesgos y eventuales amenazas, representa una oportunidad transformadora si se la integra con discernimiento, responsabilidad, horizonte formativo y actitud abierta (Sayad, 2024). Su potencial reside en la capacidad para asistir las habilidades cognitivas y acelerar los procesos de producción simbólica, y no en reemplazar a la inteligencia humana.

Conclusión

Se ha abordado la comprensión de la IAGen como una tecnología epistémica, cuya meta es la producción simbólica de conocimiento. Se ha indagado acerca de aquello que es la IAGen, y se la ha caracterizado como una tecnología capaz de generar representaciones inéditas a partir de grandes volúmenes de datos, generando expresiones con sentido, pero operando con mecanismos distintos al entendimiento humano. Se ha presentado a la IAGen como una máquina productora de sentido pero que no piensa ni comprende lo que produce. Su funcionamiento no sigue el modelo de pensar

humano, sino que simula patrones lingüísticos entendibles para el humano, pero elaborados de forma puramente sintáctica y probabilística.

Así como se intentó responder la pregunta acerca de aquello que es la IAGen, también se señaló aquello que no es. Por lo que se desmontaron algunas ideas erróneas y mitos extendidos que distorsionan su comprensión. Se mostró que la máquina no piensa ni comprende como un humano, que no es creativa en sentido pleno, que no es imparcial ni objetiva, y que no representa una amenaza para la especie humana.

En el desarrollo se abordó y explicó el motor de la IAGen, esto es el aprendizaje maquínico, basado en procesos de redes neuronales, demostrando que cuando se dice que la IAGen aprende, lo que hace es calcular y ajustar internamente parámetros para predecir respuestas de carácter lingüístico. Este aprendizaje es potente pero limitado. No hay comprensión sino ajuste estadístico. Mientras los humanos interpretan sentido a partir de símbolos, la IAGen simplemente estructura y combina símbolos que ya posee o que incorpora en cada nuevo aprendizaje.

También se analizó la IAGen como una infotecnología, que solo procesa información, más aún, se propuso pensarla como metatecnología, es decir como una tecnología ubicua que actúa sobre otras tecnologías, reconfigurándolas. La ubicuidad le permite entender multiplicidad de áreas y operar como un catalizador y acelerador del entendimiento sobre esas áreas, afectando cómo se piensa, se investiga o se aprende. De allí su carácter epistémico. Y precisamente en cuanto a su función como herramienta de conocimiento, es decir como tecnología epistémica, se demostró que la IAGen puede realizar tareas propias del pensamiento humano, como resumir, argumentar, sintetizar, comparar. Puede actuar como asistente o tutor para aprender. Pero su opacidad, su posibilidad de generar errores verosímiles, y el riesgo de delegación cognitiva, implican límites que deben ser considerados con responsabilidad.

Ontológicamente, la IAGen es un ser no autónomo, ni separado, ni independiente. Su existencia es relacional y simbólica. No tiene acceso al mundo real, solo procesa representaciones lingüísticas. No razona, no interpreta, y su funcionamiento es opaco. La imposibilidad de rastrear cómo produce sus respuestas constituye un riesgo epistémico. Superarlo o mitigarlo exige mediación crítica y alfabetización tecnológica.

Finalmente, en cuanto a su impacto en los campos de la educación e investigación, se mostró cómo puede actuar como asistente cognitivo, potenciar procesos de aprendizaje y fomentar la metacognición. Pero también se advirtió cómo altera los roles tradicionales, exige nuevos enfoques pedagógicos y plantea desafíos éticos y metodológicos. Por su parte, en la investigación, amplifica tareas cognitivas, pero no reemplaza la acción propia del investigador.

En suma, la IAGen no reemplaza a la inteligencia humana, pero sí transforma los modos de acceder, procesar y producir conocimiento. Su integración responsable, crítica y formativa representa una oportunidad para enriquecer las prácticas cognitivas, siempre que se reconozcan sus límites y se promueva una alfabetización tecnológica adecuada.

Nota final

En el proceso de diseño y escritura del artículo el autor se ha apoyado de modo consciente en la utilización de IAGen. Se utilizó la versión 4.0 de ChatGPT de OpenAI, y la versión disponible de NoteBookLM de Google.

El diseño se inició a partir de un webinario para docentes dictado por el autor en la Universidad Nacional Guillermo Brown, el pasado 30 de junio de 2025, en el que se esbozaron las ideas principales que estructuran este artículo. Con ese punto de partida y en constante interacción, se le fue indicando a la IAGen la ampliación de cada contenido, y la elucidación de mecanismos de difícil descripción. El diálogo con la máquina se constituyó en un intercambio crítico que obligó a rectificaciones, correcciones y cambios. Las sucesivas ediciones hasta la versión que se presenta fueron realizadas por el autor.

Referencias bibliográficas

- Alvarado, R. (2022). *AI as an epistemic technology* [Preprint]. <https://philsci-archive.pitt.edu/21243/>
- Bender, E. M., & Gebru, T. (2021). *On the dangers of stochastic parrots: Can language models be too big?* *In FAccT '21: Proceedings of the 2021 ACM Conference on Fairness, Accountability & Transparency*. <https://doi.org/10.1145/3442188.3445922>
- Boden, M. (2016). *AI: Its nature and future*. Oxford University Press.
- Costa, F. (2021). *Tecnologías de la densidad. Medios, milenarios y memoria*. Editorial Caja Negra.
- Costa, F. (2021). *Tecnosofías. Tecnologías y sujetos en la era del algoritmo*. Siglo XXI Editores.
- Costa, F., Mónaco, J.A., Covello, A., et al. (2023). Desafíos de la inteligencia artificial generativa. Tres escalas y dos enfoques transversales. *Question/Cuestión*, 7 (3). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/7962/7138>
- Crawford, K. (2021). *Atlas of AI: Power, politics, and the planetary costs of artificial intelligence*. Yale University Press.
- Domingos, P. (2015). *El algoritmo maestro*. Editorial Ariel.
- Dreyfus, H. (1972). *What computers can't do: A critique of artificial reason*. Harper & Row.
- Durán, J. M., & Formanek, N. (2018). Grounds for trust: Essential epistemic opacity and computational reliabilism. *Minds and Machines*, 28(4), 645–666.
- Floridi, L. (2019). *The logic of information: A theory of philosophy as conceptual design*. Oxford University Press.

- Frabetti, F. (2015). *Software theory: A cultural and philosophical study*. Rowman & Littlefield.
- Ihde, D. (1990). *Technology and the lifeworld: From garden to earth*. Indiana University Press.
- Maldonado, C. E. (2018). *La tecnología como sistema*. Ediciones Desde Abajo.
- Maldonado, C. E. (2024). *Inteligencia artificial y ética*. Ediciones Desde Abajo.
- OpenAI. (2023). *GPT-4 technical report*. <https://cdn.openai.com/papers/gpt-4.pdf>
- Rodríguez, M. (2022). *Tecnologías emergentes y subjetividad: Debates actuales en torno a la IA*. Editorial UNGS.
- Sayad, A. (2024). *Inteligencia artificial y pensamiento crítico: Caminos para la educación mediática*. UNIMINUTO.
- Searle, J. R. (1980). Minds, brains, and programs. *Behavioral and Brain Sciences*, 3(3), 417–457. <https://web-archive.southampton.ac.uk/cogprints.org/7150/1/10.1.1.83.5248.pdf>
- UNESCO. (2024). *Guía para uso de IA generativa en educación e investigación* (ISBN 978-92-3-300221-0).

Periodismo, tecnologías y poder en tiempos de Inteligencia Artificial.²⁴

Agustina Lassi

Introducción

No hay dudas de que nos encontramos atravesando una nueva etapa desde que apareció en nuestras vidas (y en nuestros dispositivos) la Inteligencia Artificial Generativa (IA). El motor de esta revolución son los Modelos de Lenguaje Grandes (LLMs), como el famoso *ChatGPT* -que no es el único, por cierto- que irrumpieron en escena en 2022 y nos mostraron la capacidad de una máquina para conversar de forma sorprendentemente fluida y humana. Pero ¿cómo logran esto los LLMs? La clave está en una arquitectura tecnológica llamada *Transformer* lanzada en 2017 por Google²⁵. Piensen en un *Transformer* como un sistema de procesamiento que no solo lee palabras una por una, sino que entiende las relaciones y el contexto de todas las palabras en una secuencia. Esto les permite “predecir” la siguiente palabra en una frase con una precisión asombrosa, construyendo así textos completos y lógicos. Cuanto más “lee” un LLM (es decir, cuanto más se entrena con vastas cantidades de texto), más inteligente y capaz se vuelve, desarrollando incluso habilidades de comprensión contextual.

Para entender mejor cómo funcionan estos *Transformers* en la práctica, es fundamental comprender tres conceptos clave. En primer lugar, el *mecanismo de atención*, que permite que el modelo identifique cuáles palabras son más importantes en relación con otras en una secuencia, enfocándose selectivamente en los elementos relevantes mientras ignora los secundarios. Por ejemplo, imaginén que están leyendo un texto y su “cerebro” automáticamente destaca las palabras cruciales para entender el significado; eso es precisamente lo que hace la atención. No por nada el artículo con el que Google presenta esta tecnología se llamó *“Attention is all you need”* (atención es lo único que necesitas). En segundo lugar, la *tokenización*, que es el proceso mediante el cual el *Transformer* descomponen el texto en fragmentos pequeños y procesables llamados *tokens* —que no son los que te da el homebanking, sino que son palabras completas, sílabas o incluso caracteres individuales— para convertir el lenguaje humano en un formato que la máquina pueda entender y manipular matemáticamente. Por último, pero no menos importante, está el carácter *pre-entrenado* de estos modelos, que es aquello que los hace realmente extraordinarios y, al mismo tiempo, limitados: antes de ser utilizados para tareas específicas ya han sido expuestos a enormes cantidades de texto de internet, libros, artículos y documentos, permitiéndoles desarrollar una comprensión profunda del lenguaje, sus patrones, su gramática y hasta sus sutilezas semánticas. Este pre-entrenamiento masivo es lo que dota a los LLMs de esa capacidad sorprendente de generar texto coherente y contextualmente apropiado desde el primer momento.

Lo verdaderamente impactante es cómo la IA se ha infiltrado en casi todas las plataformas digitales que usamos diariamente. Según Van Dijck (2018), la plataformaización no es simplemente la incorporación de tecnología en espacios digitales, sino una reconfiguración fundamental del modo en que circulan los datos, el poder y la agencia en el ecosistema digital. Las plataformas actúan como interme-

²⁴ Este capítulo es resultado de las investigaciones doctorales de la autora, algunos de cuyos resultados pueden consultarse además en Lassi 2022 y 2025.

²⁵ Véase: <https://neurips.cc/Conferences/2017>

diarias que moldean nuestras interacciones, nuestras opciones y hasta nuestras percepciones del mundo, operando bajo lógicas algorítmicas que priorizan la extracción y monetización de datos. Cuando estos gigantes tecnológicos integran LLMs en sus plataformas —ya sea en buscadores, redes sociales, asistentes virtuales o servicios en la nube— no solo están ofreciendo herramientas más sofisticadas, sino que están profundizando ese proceso de plataformización al crear nuevos mecanismos de dependencia, recolección de datos y control sobre la información que circula. Esta integración transforma a estas corporaciones en guardianes no solo de nuestras interacciones digitales, sino también de la generación misma de contenido y conocimiento, concentrando un poder sin precedentes sobre cómo se produce, se distribuye y se consume la información en la era de la IA generativa (Van Dijck, 2018; Helmond, 2015). Este proceso hoy incluye que gigantes tecnológicos como Google, Microsoft, Meta, Amazon y Apple estén integrando sus propios LLMs en sus productos más populares. Por ejemplo, Google con Gemini en su buscador y aplicaciones, Meta con Meta AI en sus redes sociales o Microsoft con Copilot en Office. Esta integración no solo busca mejorar los servicios, sino también recopilar y procesar una cantidad masiva de datos sobre nuestros hábitos, lo que profundiza el conocimiento que estas empresas tienen sobre nosotros. Actualmente, miles de empresas están desarrollando soluciones con IA integrada, transformando industrias enteras desde las finanzas, el turismo, el transporte, las compras, las noticias, hasta la educación y la salud.

Ahora que entendemos cómo funciona y dónde está la IA Generativa, es crucial analizar sus implicaciones, que son profundas y afectan desde nuestra forma de acceder a la información hasta la estructura del poder en el mundo digital. Una de las transformaciones más significativas es el cambio en la agencia (Latour, 1999). Antes, al buscar en Google, se nos ofrecía una lista de enlaces y éramos nosotros quienes decidíamos dónde hacer clic. Hoy, con las AI Overviews (resúmenes generados por IA que aparecen directamente en los buscadores), la IA toma un rol “editorial”, decidiendo qué información es más relevante y cómo nos la presenta. Esto introduce la idea de la gubernamentalidad algorítmica (Rouvroy y Berns, 2015): los algoritmos, al analizar enormes volúmenes de datos sobre nosotros, pueden anticipar y hasta influir en nuestros comportamientos, creando una especie de “gobierno” invisible basado en estadísticas y modelos automatizados. Este control masivo de datos y la capacidad de influir en nuestras decisiones plantea importantes desafíos sobre nuestra autonomía.

Esta personalización algorítmica también puede conducirnos hacia las “burbujas epistémicas”. Siguiendo a Nguyen (2020), las burbujas epistémicas conforman una estructura epistémica social en la que algunas voces relevantes han sido excluidas por omisión. Al mostrarnos consistentemente información que coincide con nuestras preferencias y creencias, los algoritmos pueden encerrarnos en una “cámara de eco” donde apenas nos exponemos a ideas diferentes. En un mundo donde la IA “editorializa”, romper estas burbujas se vuelve más complicado, lo que puede limitar nuestra capacidad de informarnos de manera diversa y desarrollar un pensamiento crítico amplio.

Por último, es fundamental entender la concentración de poder y el modo en que funciona el capitalismo de vigilancia en este ecosistema (Castells, 2009; Zuboff, 2019). El desarrollo y mantenimiento de los LLMs es extremadamente costoso y demanda una infraestructura tecnológica gigantesca. Esto ha llevado a que un puñado de corporaciones (Amazon, Alphabet, Meta, Apple y Microsoft) concentren la mayor parte del conocimiento, la inversión y la infraestructura en IA, principalmente en Estados Unidos. Estas empresas no solo dominan el mercado con sus propios modelos, sino que también forman alianzas estratégicas con fabricantes de hardware y proveedores de servicios en la nube. Esta centralización del poder digital plantea interrogantes sobre la diversidad de la oferta, la privacidad

del usuario (ya que a menudo no hay opción de “*opt-out*”-i.e. elegir no utilizar- de la IA integrada) y el control sobre la información global. Además, no podemos olvidar el impacto ambiental: entrenar un LLM gigante consume enormes cantidades de energía y agua, generando una huella de carbono considerable que nos obliga a pensar en la sostenibilidad de estas tecnologías. Entrenar un único modelo base (sin ajuste de hiperparámetros) en GPUs requiere tanta energía como un vuelo transamericano (Strubell, Ganesh & McCallum, 2020).

Es vital que ustedes - usuarios y futuros profesionales en relación directa con esta tecnología- desarrollen un pensamiento crítico ante la información que consumen, que sean conscientes de cómo se usan sus datos y que aprendan a utilizar la IA como una herramienta poderosa, siempre con un ojo crítico y una postura ética. El futuro digital está en constante evolución, y ustedes serán los encargados de navegarlo y, esperemos, de moldearlo para el bien de todos.

La IA Llega a las noticias

Quizás ya hayan notado que la IA está cada vez más presente en nuestras vidas. Desde las recomendaciones que aparecen en sus plataformas de *streaming* favoritas, hasta los asistentes virtuales en sus teléfonos como Hey Google!, Siri, Alexa, la IA está por todas partes. Y el mundo del periodismo no es una excepción. La IA ha comenzado a integrarse en la producción y distribución de noticias, generando titulares como la aparición de la primera presentadora creada con IA en Tailandia, llamada Natcha. Pero más allá de estas demostraciones visibles, la IA está trabajando tras bambalinas en muchas redacciones.

Empresas periodísticas de renombre como The Washington Post utilizan IA para generar artículos sobre resultados deportivos y elecciones. Por su parte, The Associated Press (AP), una agencia de noticias pionera en la aplicación de estos sistemas, no solo ha utilizado diversas IA para asistir en la redacción de guías, sino que también emplea *chatbots* de IA para responder preguntas de los lectores en tiempo real. A nivel global, agencias como AP, AFP (Agence France-Presse) y Reuters producen noticias automatizadas, ampliando la cobertura en campos como las finanzas y los deportes. Por ejemplo, AP produce miles de historias cada día sobre reportes de compañías, casi sin interferencia humana en el proceso de automatización.

Esta creciente aplicación de la IA en las redacciones periodísticas nos invita a debates urgentes sobre la ética, el trabajo y el papel social del periodismo en el siglo XXI. Como futuros profesionales, es fundamental que comprendamos no solo cómo funciona esta tecnología, sino también cuáles son sus implicancias para la información que consumimos y para la sociedad en general.

¿Qué es el Periodismo “Automatizado” o “Aumentado”?

Para empezar, necesitamos aclarar algunos términos. La llegada de la IA al periodismo ha generado un debate sobre cómo denominarlo. Se habla de periodismo asistido por ordenador –*computer-assisted reporting*– (Houston, 2014), de periodismo aumentado –*augmented journalism*– (Marconi & Siegman, 2017); y de periodismo de datos o periodismo basado en los datos –*data journalism, data-driven journalism*– (Parasie & Dagir 2013; Vállez, Codina & Fabra, 2018). Además, entre las distintas nociiones del uso de IA en el campo de la prensa suenan con fuerza la de periodismo automatizado,

periodismo robot o bots redactores de noticias, así como el periodismo algorítmico (Diakopoulos, 2015; 2019). Monti (2018) prefiere utilizar el término periodismo automatizado por considerarlo el que mejor describe la práctica de este tipo de práctica profesional y por evaluar que está entre los términos más utilizados por los académicos que estudian el tema.

Aunque hay matices, el término periodismo automatizado es uno de los más utilizados en el ámbito académico. Se refiere al uso de IA, software o algoritmos para generar noticias automáticamente con intervención humana limitada o nula más allá de la programación inicial. Es decir, una vez que se configura el sistema, la máquina puede convertir datos en textos narrativos informativos. El periodismo aumentado, por otro lado, sugiere una colaboración más estrecha entre humanos y máquinas.

La IA se está integrando de diversas maneras en las operaciones y la producción de noticias en redacciones alrededor del mundo. Estas experiencias, predominantemente observadas en el hemisferio norte, sugieren un panorama de avance significativo en la aplicación de la IA en el periodismo.

Tabla N°.1. Integración de IA en las redacciones periodísticas

Creación de presentadores virtuales	Se ha estrenado la primera presentadora de televisión creada con IA en Tailandia, llamada Natcha. También las hay en China.
Generación automatizada de artículos	The Washington Post utiliza IA para generar artículos sobre resultados deportivos y elecciones. Desarrollaron un sistema de <i>storytelling</i> automatizado llamado Heliograf en 2016, el cual genera actualizaciones para <i>blogs</i> , redes sociales, Alexa y un bot de Messenger. Esta automatización forma parte de su modelo de negocio.
Respuestas a preguntas de lectores	The Associated Press (AP) utiliza <i>chatbots</i> de IA para responder preguntas de los lectores en tiempo real. La AP es considerada pionera en la aplicación de estos sistemas a la producción de contenidos y ha empleado diversas IAs para asistir en la redacción de su guía. Desde 2016, la AP produce noticias automatizadas sobre los reportes quincenales de aproximadamente cuatro mil compañías.
Producción masiva de textos automatizados	En Suecia, MittMedia desarrolló el sistema NLG (Natural Language Generation) Rosalinda para datos deportivos, logrando publicar hasta 3000 textos automatizados por mes. También utilizan <i>chatbots</i> , generan datos abiertos y escriben informes sobre empresas en quiebra. Han producido artículos sobre oportunidades inmobiliarias, una práctica que resultó efectiva para convertir usuarios en suscriptores.
Agencias de noticias locales asistidas por IA	RADAR (Reporters and Data and Robots) en el Reino Unido, con el apoyo de la Iniciativa para el Apoyo de Noticias Digitales de Google, produce noticias locales. Utilizan software NLG de Arria y los periodistas desarrollan plantillas (<i>templates</i>) para generar cientos de historias diferentes. RADAR se ha convertido en una agencia local por suscripción que provee servicios a medios locales medianos y grandes. Además, manejan almacenamiento y distribución de datos abiertos, e incluso un sistema de distribución por granularidad geográfica.
<i>Bots</i> de noticias autónomos	En Finlandia, el equipo Immersive Automation lanzó Valteri, un <i>bot</i> de noticias trilingüe que generó noticias automatizadas sobre las elecciones municipales. Valteri basaba su generación en valores noticiosos tradicionales y datos abiertos, y se destaca por definir autónomamente qué reportar y cómo, sin estructuras predefinidas. Posteriormente, se utilizó para procesar datos sobre estadísticas de crímenes. Este sistema produce información individualizada por zona geográfica e interés del lector. Se señala la relevancia de la edición humana postproducción en este caso.
Sistemas NLG en grandes empresas tecnológicas	En China, Tencent y Alibaba poseen sistemas NLG llamados Dream Writer y Writing Master, respectivamente. Estos sistemas producen noticias automatizadas recolectando datos de fuentes oficiales y servicios de inteligencia sobre clima, mercados y tránsito. A diferencia del caso finlandés, estos sistemas utilizan un editor humano para revisar las noticias antes de su publicación.

Fuente: elaboración propia en base a Lassi (2022)

Dilemas éticos: la cuestión clave desde las ciencias sociales

La aplicación de IA en el periodismo, como en muchas otras áreas, plantea serios dilemas éticos. Estos dilemas no son solo técnicos; tocan el corazón del rol del comunicador y del periodismo como institución en una sociedad democrática: informar de manera veraz, responsable y equitativa.

Los documentos que se refieren a esta temática, especialmente el reporte de la World Association of News Publishers (WAN-IFRA) y la guía de The Associated Press (AP)²⁶, abordan estas preocupaciones. Aunque la guía de AP tiene un perfil más comercial y es menos profunda en los dilemas éticos, la de WAN-IFRA los explora con mayor detalle. Podemos organizar estos dilemas en varias dimensiones:

Sesgos en la programación de los algoritmos: los algoritmos son conjuntos de reglas creadas por humanos. Como tales, pueden reflejar la subjetividad y los sesgos de sus programadores. El principal problema reside precisamente en que la estructura de estos algoritmos es programada por un ser humano. El uso de plantillas (*templates*) para generar texto, por ejemplo, puede producir contenido objetivo, pero no siempre correcto, llevando a declaraciones falsas o incorrectas y dando una falsa sensación de objetividad. Cuanto más flexibles son los sistemas de NLG, mayor es la posibilidad de error.

Sesgos en los datos de entrada (inputs): los algoritmos procesan datos para generar noticias. La calidad y precisión de estos datos son cruciales. Sin embargo, los datos, a menudo provenientes de fuentes abiertas (*open data sources*), pueden no estar estandarizados o reflejar las normas y valores de las instituciones que los proporcionan. La decisión sobre qué datos usar y qué algoritmos aplicar es una decisión editorial. Es vital que los datos sean confiables, que se sepa cómo fueron procesados, y que se verifiquen errores. La transparencia sobre el origen y procesamiento de los datos es un valor central. Lamentablemente, la guía de AP no profundiza en esta problemática de origen y calidad de datos.

Sesgos generados en los resultados (outputs): incluso si los inputs y la programación intentan ser neutrales, los resultados pueden generar problemas. Los algoritmos, al igual que los humanos, son propensos a los sesgos, pero el efecto puede amplificarse en la circulación de información a gran escala. La promesa de que la IA reduce costos en periodismo de investigación (*como en los Panama Papers*) se topa con la realidad de que entrenar modelos complejos es caro y que muchos datos sensibles están en manos privadas o gubernamentales, llevando a procesos poco transparentes. Además, los factores sociopolíticos que definen qué es noticiable son difíciles de codificar computacionalmente.

Responsabilidad y falta de transparencia (opacidad): la opacidad de los procesos algorítmicos es una preocupación normativa importante. Es difícil identificar la cadena de eventos que lleva a un resultado y, por lo tanto, atribuir responsabilidad moral. Esto es particularmente cierto para los sistemas complejos basados en *machine learning*. La falta de claridad en la terminología (algoritmos, NLG, LLMs) y la opacidad del código de programación dificultan el debate.

El tratamiento de contenido como “*commodities*”: una preocupación fundamental es que la lógica de mercado, enfocada en la productividad, la reducción de tiempos y el *microtargeting* para obtener ganancias, rija la producción informativa en lugar de las normas éticas tradicionales. Si el contenido

²⁶ Ver: <https://wan-ifra.org/> y <https://www.ap.org/solutions/artificial-intelligence/>

periodístico se trata simplemente como una mercancía (*commodity*), los principios éticos pueden verse desplazados.

Implicancias laborales y el rol del periodista humano

La llegada de la IA también tiene un profundo impacto en el ámbito laboral periodístico. La guía de AP señala la potencial disrupción de los flujos de trabajo en las redacciones. Si bien se ha verificado una reducción del tiempo utilizado para redactar ciertos reportes (como los de ganancias de empresas), lo que teóricamente liberaría a los periodistas para trabajo cualitativo, la realidad es más compleja.

La IA necesita verificación y asistencia humana. Se requerirán nuevos perfiles profesionales: editores de IA, personal especializado en *data science* (ciencia de datos), moderadores de redes sociales, encargados de alimentar y supervisar las plantillas, y personal de mantenimiento de sistemas. Esto sugiere un giro hacia un periodismo multitasking y plantea la preocupación de que la profesión tradicional se vuelva subsidiaria de estos nuevos puestos más técnicos. La brecha en las habilidades requeridas a los profesionales se amplía.

A pesar de esto, los periodistas humanos no parecen estar en riesgo inminente de ser reemplazados. La IA en sus manos también puede ampliar oportunidades y permitir contar historias de nuevas maneras. El escenario más probable es un híbrido humano-algoritmo, que refleja la tensión entre los imperativos comerciales y los principios periodísticos. La intervención humana, especialmente la edición post-producción, es resaltada como necesaria. Es un deber del periodista velar por una ética que busque empoderar al otro y contribuir a una esfera pública más responsable.

La IA, las plataformas y la concentración de poder

Para entender el contexto más amplio en el que se inserta la IA en el periodismo, debemos hablar de las plataformas. Una plataforma es una arquitectura programable diseñada para organizar interacciones entre usuarios. Hoy en día, el ecosistema digital occidental está en gran parte monopolizado por unas pocas empresas tecnológicas gigantes: Amazon, Alphabet (Google, YouTube, Android), Meta (Facebook, Instagram, WhatsApp), Apple y Microsoft.

Estas empresas operan como “plataformas infraestructurales”, proporcionando los sistemas base para el intercambio de recursos, datos y comunicaciones, sobre las cuales se construyen otras plataformas o servicios. Se las entiende como “la interpenetración de las infraestructuras digitales, los procesos económicos y los marcos gubernamentales de las plataformas en diferentes sectores económicos y esferas de la vida, así como la reorganización de las prácticas y los imaginarios culturales que existen en torno a estas plataformas (Poell, Nieborg & van Dijck, 2022, p. 6).

La integración de los LLMs a gran escala en estas plataformas principales, algo que hemos visto avanzar significativamente en 2024, no es casual. Demuestra el enorme interés de las corporaciones en utilizar la interacción de los usuarios para seguir entrenando y mejorando estos sistemas. Esto profundiza la recopilación de datos y el perfilado de usuarios.

Lo preocupante es la concentración de poder que esto genera. Pocas empresas desarrollan y entran los *transformers* que impulsan estos modelos. Hay fuertes vínculos y asociaciones estratégicas entre las grandes tecnológicas (que operan las plataformas) y los *startups* de IA, así como con los productores de hardware (GPUs, TPUs) y proveedores de servicios en la nube. Microsoft se asocia con OpenAI, Apple con OpenAI, Google con Samsung AI, Nvidia con Meta y X, por nombrar algunas. Esta red de relaciones muestra un panorama de extrema concentración.

Esta concentración tiene costos sociales y económicos significativos y sustenta una lógica de extracción de datos. Además, entrenar LLMs es extremadamente caro en términos monetarios, energéticos y de consumo de agua. Los costos de operación de estos modelos superan ampliamente los de entrenamiento a medida que se usan a gran escala. Las empresas lo saben y están corriendo para integrar IA en todos sus productos, buscando fidelizar usuarios y encontrar nuevas formas de generar valor, a medida que los modelos tradicionales (como la publicidad en búsquedas) se ven afectados.

Hacia una mirada crítica

Como hemos visto, la integración de la IA en el periodismo es un fenómeno complejo con múltiples aristas. Va más allá de si una máquina puede escribir una noticia. Toca temas fundamentales como la verdad, la responsabilidad, la concentración de poder, la autonomía humana y la forma en que accedemos al conocimiento y entendemos el mundo.

Las ciencias sociales nos brindan las herramientas necesarias para analizar críticamente estos cambios. No se trata solo de entender la tecnología, sino de comprender quién la desarrolla, con qué fines, cómo se inserta en las estructuras de poder existentes, y cuáles son sus consecuencias para los individuos y la sociedad.

La rapidez con la que avanzan estos desarrollos y la falta de transparencia sobre cómo funcionan muchos de estos sistemas hacen que el debate sea difícil, pero más necesario que nunca. No existen aún documentos que consideren exhaustivamente la aplicación de estas tecnologías de manera responsable y acorde con las normas éticas del periodismo.

Es crucial que, como estudiantes y futuros profesionales, desarrollemos una mirada crítica:

- Cuestionemos la objetividad y neutralidad de los sistemas automatizados, reconociendo que contienen sesgos inherentes a su programación y a los datos de entrenamiento;
- Exijamos mayor transparencia sobre cómo se generan las noticias automatizadas, qué datos se utilizan y qué algoritmos intervienen;
- Reflexionemos sobre la responsabilidad en la cadena de producción de noticias automatizadas, desde los programadores hasta los editores humanos;
- Estemos atentos a la concentración de poder en el ecosistema digital y cómo ésta influye en la información que recibimos;
- Analicemos cómo la personalización algorítmica puede afectar nuestra exposición a diversas perspectivas y contribuir a las burbujas epistémicas.

Más allá de la Superficie: Debates y Desafíos de la IA Generativa

Ya exploramos qué son la IA Generativa y los LLMs, cómo funcionan los *transformers* y cómo se han integrado en nuestras vidas a través de la plataforma. También analizamos el cambio en la agencia, la gobernabilidad algorítmica, las burbujas epistémicas y la concentración de poder. Pero la IA generativa no es solo una maravilla tecnológica; también trae consigo debates y desafíos que es crucial que, como futuros profesionales, conozcan y comprendan.

Tabla N° 2. Principales desafíos de la IA generativa

CEI "Problema de la Caja Negra" y la explicabilidad	Cuando un LLM genera una respuesta, ¿entendemos realmente cómo llegó a esa conclusión? Muchas veces, la respuesta es no. Los modelos de lenguaje grandes son tan complejos, con millones o incluso miles de millones de parámetros, que su funcionamiento interno se convierte en una especie de "caja negra". Es decir, podemos ver la entrada y la salida, pero el proceso exacto por el cual la IA toma sus decisiones o genera su contenido es difícil de rastrear y comprender. Esto genera un desafío significativo en términos de explicabilidad y transparencia. En campos como la medicina, las finanzas o la justicia, donde las decisiones de la IA pueden tener consecuencias importantes, la falta de explicabilidad es una preocupación ética y práctica mayúscula. ¿Podemos confiar plenamente en una decisión cuya lógica interna no podemos desentrañar?
Sesgos y discriminación en la IA	Los LLMs aprenden de los datos con los que son entrenados. Si esos datos reflejan sesgos o discriminación presentes en la sociedad (por ejemplo, en textos históricos, noticias o redes sociales), la IA puede aprender y, lamentablemente, reproducir y amplificar esos sesgos. Esto puede manifestarse en resultados discriminatorios en sistemas de reconocimiento facial, herramientas de contratación, o incluso en las respuestas generadas por un <i>chatbot</i> . Por ejemplo, si un LLM es entrenado predominantemente con textos que asocian ciertas profesiones a un género específico, podría replicar ese estereotipo al generar descripciones de roles laborales. Es fundamental ser conscientes de que la IA no es neutral; es un reflejo de los datos de los que aprende, y como tales, pueden contener los prejuicios del mundo real. La detección y mitigación de estos sesgos es un área activa de investigación y desarrollo en la ética de la IA.
Derechos de autor y originalidad	Si una IA puede crear una pintura, escribir una novela o componer una canción, ¿quién es el autor? ¿Quién posee los derechos de autor de ese contenido? ¿Y qué ocurre si la IA utilizó material con derechos de autor para su entrenamiento o si genera contenido que se parece demasiado a una obra existente? Estas preguntas están en el centro de intensos debates legales y éticos a nivel global. La normativa actual sobre derechos de autor no fue diseñada pensando en la creación automatizada, y adaptarse a esta nueva realidad es un desafío para legisladores y artistas por igual. La originalidad de la obra generada y la atribución de la "autoría" son conceptos que necesitan ser redefinidos en la era de la IA.
"Deepfakes" y la manipulación de la realidad	La capacidad de la IA generativa para crear imágenes, videos y audios extremadamente realistas ha dado lugar al fenómeno de los " <i>deepfakes</i> ". Estas creaciones, a menudo indistinguibles de la realidad para el ojo humano, pueden usarse para desinformar, manipular opiniones públicas o dañar la reputación de personas. En un entorno donde es cada vez más difícil discernir lo real de lo artificial, la confianza en la información se erosiona, y esto tiene implicaciones serias para la política, la seguridad y las relaciones sociales. Desarrollar herramientas para detectar <i>deepfakes</i> y promover la alfabetización mediática son cruciales en este contexto.
El futuro del trabajo y las habilidades humanas	La IA tiene el potencial de automatizar muchas tareas que hoy realizan los humanos, desde la redacción de informes hasta el diseño gráfico. Esto plantea preguntas sobre el futuro del trabajo: ¿desaparecerán ciertos empleos? ¿Surgerán nuevos roles? Más allá de la automatización, la IA se convierte en una herramienta de asistencia, transformando la naturaleza de muchos trabajos. Para ustedes, como futuros profesionales, esto significa que el enfoque no debe ser solo aprender a usar la IA, sino desarrollar habilidades que la IA no puede replicar fácilmente: pensamiento crítico, creatividad, empatía, resolución de problemas complejos, juicio ético y capacidad de colaboración interdisciplinaria. Estas serán las "habilidades del futuro" que los distinguirán en un mercado laboral transformado por la IA.

Fuente: elaboración propia en base a Lassi (2025).

Hacia un futuro responsable: la necesidad de la intervención humana

Ante todos estos desafíos, surge una pregunta fundamental: ¿cómo podemos asegurar que la IA Generativa se desarrolle y utilice de una manera tal que beneficie a la sociedad en lugar de generar más problemas de los que resuelve? La respuesta clave reside en la intervención humana y el desarrollo de una IA responsable y limitada por regulaciones acordes a los alcances de la tecnología.

A pesar de los impresionantes avances de la IA, es fundamental comprender que la supervisión y la toma de decisiones finales deben permanecer en manos humanas. Este concepto, conocido como “Humano en el Bucle”, propone que la IA actúe como una poderosa herramienta de apoyo, liberando a las personas para enfocarse en tareas que requieren juicio, creatividad y empatía. Los seres humanos deben seguir siendo parte activa del proceso, especialmente en la selección y organización de datos, así como en la validación de los resultados generados por la IA. Esta intervención es crucial para mitigar sesgos inherentes a los modelos, asegurar la precisión de la información y mantener el control sobre los sistemas, tal como un médico utiliza la IA para diagnosticar, pero siempre manteniendo la responsabilidad final del tratamiento y la relación con el paciente.

Dada la magnitud del impacto de la IA en la sociedad, la necesidad de una gobernanza y regulación robusta se vuelve imperativa. Es esencial que gobiernos, organizaciones internacionales y la sociedad civil colaboren para establecer marcos éticos y legales claros que guíen el desarrollo y uso de estas tecnologías, abarcando aspectos como la privacidad de datos, la transparencia algorítmica, la responsabilidad en caso de errores y la mitigación de sesgos. Para que esta intervención humana sea efectiva, es vital una sólida alfabetización en IA para todos, que permita comprender sus capacidades, limitaciones, riesgos y oportunidades, sin necesidad de convertirse en programadores. Además, la diversidad e inclusión en los equipos de desarrollo de IA son cruciales para garantizar que los sistemas sean equitativos y representen a toda la sociedad, integrando perspectivas de diversas disciplinas y orígenes para identificar y abordar sesgos desde las etapas iniciales de diseño.

En resumen, la IA Generativa es una fuerza transformadora, una verdadera revolución -la Cuarta Revolución Industrial, de hecho- con un potencial inmenso, pero también con desafíos significativos. Como estudiantes universitarios, tienen la oportunidad única, no solo adaptarse a este nuevo panorama, sino de ser agentes activos en la construcción de un futuro donde la IA sea una herramienta al servicio de la humanidad, guiada por principios éticos y una constante intervención y supervisión humana. El camino es apasionante y desafiante, y su rol será clave.

Referencias bibliográficas:

Castells, M. (2009). *Communication power*. Oxford University Press.

Diakopoulos, N. (2015). Algorithmic accountability: Journalistic investigation of computational power structures. *Digital Journalism*, 3(3), 398–415. <https://doi.org/10.1080/21670811.2014.976411>

Diakopoulos, N. (2019). *Automating the news: How algorithms are rewriting the media*. Harvard University Press.

Helmond, A. (2015). The platformization of the web: Making web data platform ready. *Social Media + Society*, 1(2). <https://doi.org/10.1177/2056305115603080>

Lassi, A. (2022). Implicancias éticas de la inteligencia artificial. *Tecnologías y producción de noticias. InMediaciones de la Comunicación*, 17(2), 153–169. <https://doi.org/10.18861/ic.2022.17.2.3334>

Lassi, A. (2025). Inteligencia artificial generativa integrada al ecosistema digital. Un marco de situación para la gubernamentalidad algorítmica. *InMediaciones de la Comunicación*, 20(1). <https://doi.org/10.18861/ic.2025.20.1.3931>

Latour, B. (1999). On recalling ANT. *The Sociological Review*, 47(S1), 15–25. <https://onlinelibrary.wiley.com/toc/1467954x/1999/47/S1>

Marconi, F., & Siegman, A. (2017). *The future of augmented journalism: A guide for newsrooms in the age of smart machines*. AP.

Monti, M. (2018). Automated Journalism and Freedom of Information: Ethical and Juridical Problems Related to AI in the Press Field. *Opinio Juris in Comparatione*, disponible en SSRN: <https://ssrn.com/abstract=3318460>

Nguyen, C. T. (2020). Echo chambers and epistemic bubbles. *Episteme*, 17(2), 141–161. <https://doi.org/10.1017/epi.2018.32>

Parasie, S., & Dagiral, E. (2013). Data-driven journalism and the public ood: “Computer-assisted reporters” and “programming-journalists” in Chicago. *New Media & Society*, 15, 853–871. <https://doi.org/10.1177/1461444812463345>

Poell, T., Nieborg, D., & van Dijck, J. (2022). Plataformización. *Revista Latinoamericana de Economía y Sociedad Digital*, 1–27. <https://doi.org/10.53857/tsfe1722>

Rouvroy, A., & Berns, T. (2018). Gobernabilidad algorítmica y perspectivas de emancipación: ¿lo dispar como condición de individuación mediante la relación? *Ecuador Debate*, 104, 124–147. <http://hdl.handle.net/10469/15424>

Strubell, E., Ganesh, A., & McCallum, A. (2020). Energy and policy considerations for modern deep learning research. *Proceedings of the AAAI Conference on Artificial Intelligence*, 34(9), 13693–13696. <https://doi.org/10.1609/aaai.v34i09.7123>

Vállez, M., & Codina, L. (2018). Periodismo computacional: evolución, casos y herramientas. *Profesional de la Información*, 27(4), 759–768. <https://doi.org/10.3145/epi.2018.jul.05>

van Dijck J., Poell T. & De Waal M. (2018). *The Platform Society*. Oxford University Press.

Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism: The fight for the future at the new frontier of power*. Profile Books.

Bloque 4.

Las preguntas sobre “la política”.

Perspectivas teóricas, enfoques disciplinares y recortes analíticos.

La libertad en cuatro momentos: la teoría política de Hobbes, Constant, Mill y Arendt

Antonio David Rozenberg, Gabriela Rodríguez Rial, María Belén Bonello, Pamela Morales

Introducción: ¿Qué decimos cuando hablamos de libertad?

La libertad -enunciada como algo a conseguir, a favor o en contra de la política, en presencia o ausencia del Estado- está siendo hoy en día recuperada en el debate público, aunque sin mediaciones y sin ser realmente problematizada. Por el contrario, parece despegarse de su historicidad, como si tuviese un significado transhistórico, autoevidente y conocido por todos. Parece una libertad negativa e individual, pero es más solipsista que corporal y menos liberal de lo que podríamos llegar a creer.

La libertad es un concepto fundamental de la teoría política que a la vez operó a lo largo de la historia humana como un ideal regulativo a la hora de derrocar, fundar y organizar órdenes políticos. Es difícil actuar políticamente sin poner la libertad en primer lugar. Por ese motivo, resulta necesario preguntarnos qué se entendió por libertad a lo largo de la historia del pensamiento político, para comprender mejor cuál es el tipo de libertad que hoy predomina y qué razones y pasiones se generan en torno a ella.

En este sentido que volveremos aquí sobre diferentes pensadores que han intentado complejizar el sentido de la libertad de acuerdo a lo que su coyuntura requería. Todos los autores aquí presentes se resisten a simplificar un concepto que, antes que incuestionable y transparente, se encuentra en disputa, en tensiones, y acuña un posicionamiento respecto a los efectos de suponer concebirla de tal o cual forma. Es decir, cada autor aquí presente interviene en varios debates que dan cuenta del sentido abigarrado de la libertad.

Es por esto que en el presente capítulo se examinan cuatro pensadores fundamentales en la reflexión teórico-política acerca del problema de la libertad. Nuestro propósito central consiste en identificar diversas configuraciones de este concepto a partir del análisis de autores paradigmáticos de la teoría política, con el fin de interrogar críticamente su sentido en el contexto contemporáneo. El primer momento se focaliza en la obra de Thomas Hobbes, quien durante las guerras político-religiosas del siglo XVII concibe la libertad como ausencia de interferencia y movimiento de los cuerpos. En segundo lugar, se recupera la distinción formulada por Benjamin Constant entre la libertad de los antiguos y la libertad de los modernos en tanto que legado del liberalismo del siglo XIX. En el tercer momento se recupera la concepción de libertad elaborada por John Stuart Mill, estrechamente vinculada al ideal de progreso social y a la tiranía de la mayoría. El cuarto y último momento corresponde a la reflexión de Hannah Arendt, quien articula la libertad con la esfera de la acción política en el espacio público. Finalmente, se propone una síntesis integradora de estos enfoques, orientada a repensar el significado contemporáneo de la libertad en el marco del debate público actual.

Thomas Hobbes: la libertad como movimiento de los cuerpos

Thomas Hobbes (1588-1679) es considerado uno de los filósofos más importantes e influyentes de la historia. Tal reconocimiento no solo responde a su recepción posterior —sus críticos, adeptos y

adversarios intelectuales— sino también por haber sido exponente de dos de las nociones fundacionales del pensamiento político moderno: el contractualismo y el Estado como forma política soberana y representativa. Hobbes no solo es reconocido por sus aportes fundamentales a la ciencia política moderna (incluso se consideraba a sí mismo como el fundador de la misma), sino también por sus reflexiones en torno a la filosofía natural y a la religión, siendo de este modo un pilar del pensamiento occidental y, en ese sentido, un pensador ineludible si se quiere pensar la libertad como un problema teórico-político (Fernández Peychaux, Rozenberg y Ramírez, 2024).

Nacido en Wesport (Malmesbury, Inglaterra), Hobbes comenta que su madre tuvo a dos gemelos: a él y al miedo. Esta afirmación, presente en su *Vita carmine expressa*,²⁷ da cuenta de uno de los elementos más importantes de su pensamiento: el miedo a la guerra. En efecto, cuando Hobbes nació, Felipe II estaba cerca de iniciar la avanzada de la Armada Invencible cuyo objetivo era la invasión de Inglaterra y el destronamiento de Isabel I. Una guerra que se prolongó desde 1588 hasta 1604, por lo que marcó gran parte de su formación intelectual. En 1608, luego de graduarse del bachillerato de artes, fue recomendado por Sir James Hussey (director del colegio Madalen Hall) para convertirse en el tutor de William Cavendish, quien posteriormente se convertiría en el Conde de Devonshire (1626) y con quien Hobbes estableció una íntima amistad que, lamentablemente, duró solamente dos años más por motivos del fallecimiento de Cavendish. Sin embargo, en 1631 Hobbes es nuevamente contratado por la familia Cavendish para ser tutor del hijo de su amigo William, el tercer conde de Devonshire. Es importante mencionar este pequeño periodo de la vida de Hobbes porque él no va a estar quieto e inerte, sino que va a viajar por Francia, Alemania e Italia donde conocerá, entre otros, a Galileo Galilei, a Pierre Gassendi y a René Descartes. Es decir, en todo este periodo de movilización, Hobbes se vuelve conocedor de las matemáticas, de la mecánica y de diferentes pensamientos en torno a la filosofía natural. Gracias a su particular pensamiento científico (y sin olvidar su amistad con Marin Mersenne —personaje central para el desarrollo de la República de las letras—), Hobbes se vuelve parte de un círculo de pensadores que le permite adquirir y profundizar su pensamiento filosófico, religioso y político.²⁸

En 1640, Hobbes emigra a París. El antimonarquismo había tomado un espectro político considerable y, dado su posicionamiento realista, el filósofo temía por su propia vida. En 1642 estalla la guerra civil en Inglaterra, evento que determina posiciones en un Hobbes que ya poseía una curiosidad política y que había escrito *Elementos del derecho Natural y Político* (1640). En efecto, en el periodo que inicia con este escrito hasta 1652 (regreso de Hobbes a Inglaterra), escribe dos obras fundamentales además de la mencionada: *Sobre el ciudadano* (1993 [1642]) y *Leviatán* (2011 [1651]). En ella es que el filósofo inglés sostiene sus ideas principales respecto al fundamento de la política, el Estado y la libertad. Tanto es así que la publicación del Leviatán no pasó desapercibida, sino que incomodó fuertemente tanto a los realistas como a aquellos que apoyaban a Oliver Cromwell, quien había promovido la ejecución de Carlos I en 1649 y que, a partir de 1653, se desempeñó como lord protector de la Mancomunidad.

De modo que sus adversarios intelectuales y políticos no eran pocos. Por el contrario, abarcaban tanto a los mismos realistas ingleses como a los republicanos y a los antimonárquicos. Mientras que a

²⁷ Fue un poema autobiográfico escrito por Hobbes en 1672 donde, entre otras cosas, reflexiona en torno al lugar del miedo como un elemento constitutivo de su vida.

²⁸ Para indagar en su biografía, véase Aubrey (1949) y Tuck (2002).

los republicanos les criticaba su idea de soberanía popular, su necesidad respecto la obediencia al régimen político y los acusaba de haber confundido libertad con autonomía y autogobierno, también confrontaba con aquellos que entonces eran llamados libertarios que, a partir de concebir el libre albedrío del hombre, sostenían que ser libre era que cada uno siga su propio deseo. Asimismo, y en relación a estos últimos, establecía otros enfrentamientos, no solamente en un plano político, sino también —y allí quizás residan sus críticas más fuertes— en el religioso. Figuras como John Bramhall y John Wallis escribieron sus respectivas críticas, el primero respecto al problema del libre arbitrio, mientras que el segundo respecto a la subordinación de la matemática a la geometría. Esto lo posicionó en la vereda de enfrente de la Royal Society por oponerse al método experimental.

Hoy en día, Hobbes es leído como el representante del absolutismo político o de la soberanía absoluta. Sin embargo, parece paradójico, en su época la imagen incómoda que proyectaba poco puede identificarse con semejante adjetivo. Por el contrario, quizás dicha incomodidad pueda ser pensada como cierta rebeldía, identificada y detectada por sus adversarios en la monstruosa imagen de su pensamiento, aquella que elevó las más fuertes críticas de herejía, intentos de ostracismo e incluso de ser llevado a la hoguera. La pregunta por la libertad, entonces, puede ayudarnos a reactualizar dicha rebeldía que parece olvidada.

Hobbes habla de la libertad de varias maneras. A lo largo de su obra, el concepto va cambiando y complejizándose. Sin embargo, hay una definición precisa en el Leviatán que es usualmente restituída²⁹ y que parece tener una continuidad en sus obras. Dice Hobbes:

Por LIBERTAD se entiende, de acuerdo con la significación apropiada de la palabra, la ausencia de impedimentos externos, impedimentos que a menudo puede arrebatar a un hombre parte de su poder para hacer lo que le plazca, pero no puede *impedirle* usar del poder que le queda, de acuerdo con lo que le dicten su juicio y razón (Hobbes, 2011, p. 132).

Para poder comprender dicha definición, es necesario restituir por lo menos dos elementos del pensamiento de Hobbes de forma breve: su materialismo y, propiamente, su teoría política.

En primer lugar, para Hobbes todo es corpóreo. El mundo está compuesto por materia, por lo que, desde las ideas y las instituciones, hasta las relaciones entre los hombres, el miedo o el amor, todo es considerado materialmente. ¿Qué quiere decir esto? Simplemente que la explicación de cualquier fenómeno —como la libertad o la obediencia— tiene causas materiales: los cuerpos y sus relaciones³⁰. Los cuerpos constituyen el universo, el cual, a su vez, consiste en las múltiples relaciones que los cuerpos establecen entre sí.

Esto tiene dos consecuencias muy evidentes. La primera es que, si para Hobbes toda la existencia proviene del contacto de un cuerpo con otros, entonces es imposible pensar un cuerpo aislado que pueda deshacerse de sus relaciones. Por el contrario, son los cuerpos los que interceden o permiten que las cosas sucedan. Los cuerpos no están quietos, sino en movimiento y mueven a otros cuerpos,

²⁹ Incluso es un objeto de debate dentro de sus más grandes estudiosos. Véase Skinner (2010); Zarka (2001) y Pettit (2005), como así también Fernández Peychaux, Rozenberg y Ramírez (2024), entre otros.

³⁰ Esto queda mucho más claro en su Tratado sobre el cuerpo (2010 [1655]) donde explica el funcionamiento de los cuerpos en tanto materia.

complicando o coordinando de acuerdo a cómo esa relación es establecida. Es este movimiento propio de los cuerpos que Hobbes va a entender como *la libertad*. Un cuerpo es libre porque puede moverse, pero la libertad no tiene otra causa que los movimientos de otros cuerpos³¹. Es decir, *la libertad* les corresponde a los cuerpos y no al arbitrio o a la voluntad de cada uno.

Esta última afirmación nos lleva a una segunda consecuencia que consiste en que la libertad no puede ser pensada sin aquellos cuerpos exteriores al de uno. En efecto, ser libre no va a ser, nuevamente, desprenderse de los otros (cuerpos, hombres, etc.) como si fuera posible deshacerse de la cadena de causas y efectos que anteceden los movimientos propios de los cuerpos. Por el contrario, pensar la libertad supone incorporar la determinación de los otros como elemento esencial.

Teniendo esto en cuenta, podemos ir hacia su teoría política. Hobbes va a sostener que en aquella situación que denomina “estado de naturaleza”, los hombres se encuentran en guerra. Es conocido el célebre pasaje (cap. XIII del *Leviatán*) donde Hobbes describe la condición de anarquía en la que se encuentran los hombres por fuera de todo poder común: “en aquella condición que se llama guerra, y una guerra como de todo hombre contra todo hombre” (Hobbes, 2011, p. 129). En tal estado, Hobbes sostiene que los hombres poseen su “derecho natural” y esto no es otra cosa que “la libertad que todo el mundo tiene para usar de sus facultades naturales según la recta razón” (Hobbes, 1993, p. 18). El derecho natural, no es algo abstracto, sino un ejercicio material de la libertad, un poder [*potentia*] para proteger y conservar su propia vida (Hobbes, 2011, p. 142). Simplificando: en el estado natural, los hombres poseen una libertad orientada a la conservación de la vida.

Ahora bien, esta libertad natural se vuelve un problema cuando es ejercida de forma individual por cada hombre. Dado que los hombres son iguales por naturaleza, al buscar sus propios fines se encuentran con que otros hombres hacen exactamente lo mismo. El conflicto acontece cuando dos hombres no pueden gozar de la misma cosa, lo que deriva en una constante amenaza de dominación entre ellos ¿Cómo es que esto es posible? Para poder ejercer su libertad, su poder de conservación o derecho natural, los hombres buscan componer fuerzas con otros (convenciendo o dominando por la fuerza) para resguardarse de los peligros de dicho estado. Pero este tipo de composiciones duran poco, dado que las relaciones entre los hombres no dejan de ser sumamente conflictivas y parte de su socialización consiste en la conservación general de su vida. Usando el lenguaje hobbesiano, podríamos decir que los movimientos de los cuerpos son dispersos; por ello, el filósofo inglés los nombra bajo el término de *multitud*. En el estado de naturaleza, por lo tanto, la libertad es frágil.

La salida de dicho estado no ocurre hasta que se instituya el poder común, es decir, un poder que pueda coordinar los movimientos, volverlos tendencialmente homogéneos: algo que ocurre en la institución del Estado Civil. En efecto, en el cap. XVII de la misma obra, encontramos que “el único modo de erigir un poder común (...) es conferir todo su poder y fuerza a un hombre o a una asamblea de hombres, que pueda reducir todas sus voluntades, por pluralidad de voces, a una voluntad” (Hobbes, 2011, p. 166). En otras palabras, la única forma de establecer dicho poder es hacer un *pacto* entre ellos, que consiste en renunciar al ejercicio de dicha libertad natural y permitírselo a alguien que, en palabras de Hobbes, es denominado SOBERANO (Hobbes, 2011, p. 167).

³¹ Incluso Hobbes explica que, si “las palabras libre y libertad se aplican a cosas distintas de cuerpos se comete un abuso, pues lo no sujeto a movimiento no está sujeto a impedimento” (Hobbes, 2011, p. 194).

Es a partir de este pacto que ya no es la *multitud*, sino el *pueblo* el que consiente en construir las instituciones necesarias. Sin embargo, es el soberano el que, al no pactar, puede establecer los términos de la obediencia política. En efecto, para Hobbes dicho soberano queda por fuera del pacto, por lo que no tiene límites al ejercicio de su libertad natural. Su función es la unión de voluntades, aquellas que en el estado de naturaleza se encontraban dispersas y que impedían —a partir de la interrupción que cada hombre hacía sobre el resto— la conservación de la vida. En ese sentido es que las leyes civiles, aquellas dictadas por el soberano y que el pueblo consiente, cumplen la función de canalizar el movimiento de los cuerpos, impidiendo su interrupción, generando las condiciones por las cuales la conservación de la vida es posible.

Ahora bien, eso no quiere decir que no tenga límites: desde el momento en que las condiciones por las cuales fue instituido el soberano dejen de cumplirse, el movimiento de los cuerpos que obedecían se interrumpe y toma otro rumbo. Esto es lo que Hobbes considera como la “verdadera libertad de un súbdito” (Hobbes, 2011, p. 198), es decir, aquello que no puede renunciarse mediante un pacto, esto es: la conservación de la vida.

En síntesis, la libertad en Hobbes es el movimiento de los cuerpos. Dicho movimiento debe darse en una convivencia común, ya que no existe por fuera de ella. La libertad entendida como libre albedrío no es real para el pensador inglés. La única libertad se da en una sociedad que instituye un Estado. Fuera de todo esto, nos encontramos en un estado de naturaleza. En última instancia, la pregunta que subyace al pensamiento de Hobbes en torno a la libertad es acerca de las condiciones de esta libertad en el efectivo movimiento de los cuerpos.

Benjamin Constant: la libertad como límite al autoritarismo

Benjamin Constant (1767-1830) murió hace casi dos siglos, sin embargo, cada vez que usamos la palabra libertad, es difícil no pensar en él. Fue el primer teórico político que le puso un nombre a dos tipos de libertades, la pública y la privada. Él las llamó libertad de los antiguos y libertad de los modernos. Más de un siglo después, en el comienzo de la Guerra Fría, Isaiah Berlin (1909-1997) las rebautizó como libertad positiva y negativa. Todavía hoy, a veinticinco años de comenzado el siglo XXI seguimos debatiendo los alcances y limitaciones de esa diáada.

Henri-Benjamin Constant nació en Lausanne (Suiza) y llegó a París dos años antes de la revolución francesa de 1789. Frecuentó los salones ilustrados, donde conoció a Germanine Necker, conocida como Mme. Staël. De su amor no solo nacerá una hija natural (Albertine) sino el interés del joven Benjamin por el romanticismo, francés y alemán. En esa época leyó a Jean-Jacques Rousseau, cuya teoría política iba a criticar fuertemente en sus *Principios de Política* (1806). Su mayor reproche al ginebrino fue que, al concebir la voluntad general como única, indivisible e infalible, no puso ningún límite a la soberanía del pueblo.

Como otros intelectuales y políticos, Constant emigró durante el Terror (1793-1794), pero volvió tras el golpe de Termidor (1795). De esa época data su obra publicada póstumamente: *Fragmentos de una obra abandonada sobre la posibilidad de una Constitución Republicana en un gran país* (1802). En ese texto, además de defender el bicameralismo y el poder ejecutivo colegiado, Benjamin Constant formuló por primera vez su concepto de poder neutral aplicado a un sistema político republicano. En

Reflexiones sobre las constituciones (1814), Constant asimiló al rey al poder neutral para que la monarquía restaurada de los Borbones se sometiera a las disposiciones de la Carta de 1814. Esta fue una constitución bastante liberal que la dinastía echada del poder en 1791 concedió para que los franceses, que ya se habían autogobernado, los dejaran volver a reinar.

Entre 1795 y 1815 Napoleón Bonaparte fue el gran hombre de la política francesa. Salvo en los primeros años, previos a su consagración como emperador en 1805, Constant se consideró enemigo político del líder nacido en Córcega. Tras la derrota en Leipzig (1813), en abril de 1814 el emperador de los franceses fue obligado a abdicar y confinado a la isla de Elba. Pero en febrero de 1815 se escapó, llegó a París y volvió a gobernar Francia aclamado por el pueblo a partir del 20 de marzo. Un día antes, en el *Diario de debates*, Constant había comparado a Napoleón con los bárbaros Atila y Gengis Kan. Sin embargo, durante los 100 días³² colaboró con el emperador en la redacción de una nueva constitución que fue calificada burlonamente por los adversarios de Constant y Bonaparte como la «*Benjamine*». En la autobiografía que escribió para relatar esa experiencia (*Memorias de los cien días*), Constant afirmó estar convencido de haber logrado una constitución mucho más liberal que la que Francia había tenido hasta entonces.³³

Durante el reinado de Carlos X, el autor de *Adolfo* fue un opositor. Defendió los derechos y libertades individuales frente a los avances del poder político. Constant se transformó en un referente del parlamentarismo clásico porque destacó la importancia del proceso deliberativo en las asambleas y la libertad de sus miembros para expresar sus ideas. Uno de sus legados fue haber introducido como regla de la práctica legislativa la exposición de los argumentos sin leerlos. También reivindicó el gobierno representativo y se opuso al mandato imperativo. Constant se congratuló con la revolución de 1830 y confió en el nuevo rey, Luis Felipe de Orleans. Este le retribuyó con una designación como consejero de Estado y presidente de la comisión de legislación y justicia administrativa. Muy enfermo, el 4 de diciembre de 1830, Benjamin Constant alcanzó a mandar un proyecto de reforma al Consejo de Estado y una misiva al monarca cuya última palabra fue “libertades”.

Esta semblanza biográfica tiene el propósito de recordar que Constant fue un representante del liberalismo de oposición durante casi toda su vida³⁴. Su principal inquietud fue evitar el abuso de poder. En ese contexto, se comprende por qué, durante la restauración borbónica, dio un discurso para defender su conceptualización de la libertad individual como límite frente a cualquier poder colectivo, a la que decidió titular, polémicamente: *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos* (2008 [1819]).

¿Con quién polemizaba Constant? Su principal antagonista fue Rousseau.³⁵ Pero le disgustaban aún más aquellos que creían haber aplicado las ideas políticas del ginebrino para destruir el Antiguo

³² Se inician el 20 de marzo y terminan, tras la derrota de Waterloo, 8 de julio con la restauración de Luis XVIII y el exilio forzado de Napoleón en Santa Elena hasta su muerte.

³³ Se trató de una constitución otorgada por el rey Luis XVIII al pueblo francés como concesión a los derechos liberales que el pueblo había obtenido gracias a la Revolución Francesa.

³⁴ Para más información sobre la vida y obra de Constant, véase Argüello (2021) y Burnand (2022).

³⁵ Solemos identificar a Rousseau con la Ilustración y con las ideas de transformación que generaron el clima intelectual de la Revolución Francesa. La crítica de Constant a los defensores de la soberanía absoluta del pueblo es una clara prueba de ello. Sin embargo, como suele recordar Eduardo Rinesi (2025), Rousseau fue más bien un pensador político conservador, pesimista, y que no creía, como sus amigos enciclopedistas, en el progreso de la

Régimen. Estos últimos también siguieron la costumbre del autor de *El contrato social* de idealizar al mundo antiguo greco-latino. Pero a diferencia de Rousseau, que amaba a la aristocracia guerrera espartana, preferían gobiernos populares como la democracia ateniense y la república romana. Para Constant, con la buena intención de dejar atrás los abusos del despotismo monárquico, se había erguido un nuevo soberano absoluto: el pueblo. Su idea era trazar una frontera inexpugnable entre lo público y lo privado: en el hogar, cada quien puede hacer lo que le plazca, si no vulnera los derechos de los demás. Ninguna vida merece ser vivida si no se es libre de la opresión, si no se puede expresar lo que se piensa sin temor, si no se puede ganarse la vida sin miedo a que se le expropie los bienes fruto del trabajo. Constant creía que la única soberanía política admisible es la limitada.³⁶

Volvamos a la dicotomía entre las formas de concebir y sentir la libertad entre los antiguos y los modernos que Constant consagró en el Ateneo Real de París en 1819. Como plantea Cecilia Abdo Ferez (2021) lo que nos propone Constant son dos cronotipos de libertad. Dicho en términos más simples, son dos maneras de sentir y entender qué es ser libre según el momento de la historia. En el mundo antiguo, que para Constant era el occidente, el mediterráneo grecolatino, ser libre implicaba participar activamente de los asuntos de la vida política. Las comunidades de pequeña extensión estaban siempre en guerra entre sí y, por ende, necesitaban del compromiso cívico para no perecer. Eran sociedades esclavistas que permitían a los propietarios de otros seres humanos el tiempo necesario para dedicarse al gobierno. Incluso el más poderoso de los ciudadanos estaba sometido al poder omnímodo de la comunidad. Entre los modernos, la libertad es sinónimo de independencia personal, de derechos individuales, del goce pacífico de placeres derivados del auge del comercio. Hay menos guerras, no hay esclavitud,³⁷ pero los seres humanos están permanentemente en actividad para poder satisfacer sus necesidades materiales. Por ello, no cuentan con el ocio suficiente como para deliberar el *ágora*.³⁸ El mayor deseo de los individuos modernos es que ningún órgano colectivo interfiera en el modo en que llevan sus negocios, practican su credo o habitan en la intimidad de su hogar. Para que los modernos puedan ser libres, es preciso que la esfera pública reduzca su incidencia en la privada y que el ejercicio colectivo de la soberanía sea sustituido por el gobierno representativo.

Sería un error creer que Constant pensaba que la libertad de los modernos era superior a la de los antiguos. Tampoco es cierto que prefería la libertad civil a la política. Amaba la política; la ejerció como vocación y profesión durante toda su vida. Pero intuía que sus contemporáneos tenían otros intereses. Aquellos que tuvieran rentas y preferentemente algo de educación podían votar.³⁹ En todo caso, los electores dejaban las decisiones importantes en manos de una élite parlamentaria mientras ellos se dedicaban a seguir ganando dinero a través del comercio, la banca y la industria. Nuestro autor creía que la inestabilidad política de Francia se debía a la pretensión anacrónica de ser libres como lo habían sido los atenienses y los romanos. A pesar de todo, nunca renunció a calificar también como

humedad. Se podría conjutar que hubiese sido aún más crítico de los revolucionarios de 1789, especialmente de los jacobinos, que el mismo Constant.

³⁶ Para un interesante análisis de esta cuestión ver Lefort (2007).

³⁷ En un sugerente trabajo Macarena Marey (2022) demuestra que el liberalismo constaniano ignoró deliberadamente la esclavitud moderna, por ejemplo, la de las plantaciones en América, porque era funcional al desarrollo del capitalismo.

³⁸ Plaza pública de las ciudades antiguas, funcionaba como centro de reunión, comercio y vida política. Allí se realizaban las asambleas ciudadanas.

³⁹ Constant fue partidario del sufragio censitario, es decir que solo votaran quienes tenían propiedades.

política a la libertad moderna. Y así lo expresó al final de *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*:

Observad así como una nación se engrandece con la primera institución regular que le ofrece el ejercicio de la libertad política. Ved a nuestros ciudadanos de todas las clases y profesiones, que saliendo de sus trabajos habituales y de su industria privada, se encuentran de repente en el nivel de las funciones importantes que la constitución les confía, que hacen las elecciones con discernimiento; que resisten con energía; que desconciertan intrigas; que se burlan de las amenazas, y resisten notablemente a la seducción. Ved el patriotismo puro, profundo y sincero triunfante en el corazón de nuestros pueblos (2008, pp. 92-93).

En suma, para Constant la libertad en los tiempos modernos era individual y no colectiva, por ello, está más cerca del antirepublicanismo de Hobbes que de los jacobinos admiradores de Rousseau. Aunque se suponía que era para todos los seres humanos, era una prerrogativa de los varones, propietarios y burgueses.⁴⁰ La libertad constantiana se opone a la interferencia, pero su mayor temor no es la muerte violenta en el estado de naturaleza sino vivir en un régimen político autocrático. Toda soberanía debe estar limitada por las libertades individuales y ejercida a través del gobierno representativo.

John Stuart Mill: la defensa de la individualidad frente a la tiranía de la mayoría

John Stuart Mill (1806-1873) vivió en el corazón de la Inglaterra victoriana, una época de extraordinaria transformación. El Reino Unido experimentaba la *Pax Britannica*: estabilidad política, revolución industrial y expansión imperial sin precedentes. Era una sociedad que se modernizaba rápidamente, conectada por ferrocarriles y enriquecida por el comercio global. Aunque fue criticado por representar un liberalismo impotente ante una sociedad que cambiaba a ritmo vertiginoso (Berlin, 1988), fue un precursor del liberalismo social que legitimó los estados de bienestar del siglo XX. El pensamiento de Mill conjugaba una serie de ideas como la restricción de la libertad individual para prevenir el daño a terceros, la opresión de la democracia de masas, la individualidad como motor del progreso y la necesidad de una libertad de expresión real de gran actualidad.

Hijo de James Mill, economista y filósofo utilitarista, Stuart recibió una educación extraordinariamente intensa que lo convirtió en un *sabio en miniatura* desde los siete años, pero que también le provocó una severa crisis mental a los veinte. Esta crisis lo llevó a cuestionar el racionalismo frío de su educación y a buscar nuevas formas de entender la naturaleza humana. Su encuentro con Harriet Taylor, una mujer casada con quien mantuvo una relación intelectual y emocional durante décadas antes de casarse tras enviarla ella, fue clave para que hoy sea considerado un hombre casi feminista. En su autobiografía, Mill describe la enorme influencia que tuvo Taylor en su pensamiento y afirma: “*La libertad* fue un trabajo conjunto, más directa y literalmente producido por los dos que ninguna otra cosa que lleva mi nombre. No hay en esa obra ni una sola frase que ella y yo no revisáramos juntos varias veces” (Mill, 2008, p. 260). A su vez, Mill trabajó en la Compañía de las Indias Orientales, escribió sobre lógica, economía y política, y llegó a ser diputado en 1865, donde defendió causas como el sufragio femenino. Además de *Sobre la libertad* (1859), Mill escribió otros textos fundamentales

⁴⁰ A pesar de compartir el sentido común de su tiempo, Benjamin se enamoró siempre de mujeres muy libres y autónomas para los estándares de la sociedad en la que vivieron. Si bien no fue un feminista como Stuart Mill, era un admirador del genio femenino.

como *Ensayo sobre Bentham* (1838), *La esclavitud de las mujeres* (1869), *La lucha en América* (1862) y *El utilitarismo* (1863). Estas obras reflejan su esfuerzo por reformular el utilitarismo, defender la igualdad de género y analizar críticamente los conflictos políticos de su tiempo.

En este contexto, Mill formuló una de sus advertencias más agudas: la democracia podía dar lugar a una tiranía más insidiosa que la de la monarquía absoluta. Ya no se trataba del poder arbitrario de un rey o una élite, sino del peso aplastante de la opinión pública y las mayorías. Mill percibía un problema que pocos de sus contemporáneos veían: la Inglaterra próspera y democrática estaba desarrollando una nueva forma de tiranía. La sociedad victoriana, aparentemente libre, estaba generando una presión social uniformizadora que amenazaba con ahogar la individualidad y detener el progreso intelectual y moral. Esta *tiranía de la mayoría* era, para él, aún más peligrosa porque operaba de manera difusa, penetrando la vida cotidiana y moldeando conductas, ideas y aspiraciones. Dice Mill:

Cuando la sociedad es el tirano —la sociedad colectivamente, y sobre los individuos aislados que la componen— sus medios de tiranizar no se reducen a los actos que ordena a sus funcionarios políticos. La sociedad puede ejecutar, y ejecuta de hecho, sus propios decretos; y si ella dicta decretos imperfectos, o si los dicta a propósito de cosas en que no se debería mezclar, ejerce entonces una tiranía social mucho más formidable que la opresión legal: pues, si bien esta tiranía no tiene a su servicio tan fuertes sanciones, deja, en cambio, menos medios de evasión; pues llega a penetrar mucho en los detalles de la vida e incluso a encadenar el alma (Mill, 1960, p. 22).

Como observamos en el párrafo anterior, es posible afirmar que Mill no combatía principalmente contra tiranos políticos o sistemas autoritarios, sino contra la *tiranía de la mayoría* y el *conformismo social* de las sociedades democráticas avanzadas. Entre sus adversarios intelectuales, encontramos a los defensores del paternalismo democrático que justificaban la imposición de la voluntad mayoritaria sin límites, los moralistas sociales que creían legítimo usar la presión social para imponer sus valores a los individuos y los partidarios de la uniformidad que veían la diversidad de opiniones y estilos de vida como amenazas al orden social.

Teniendo todo esto en cuenta, podemos observar que Mill escribía desde una posición única: era un reformador liberal preocupado por los excesos de la propia democracia.⁴¹ No era un conservador nostálgico del pasado aristocrático, sino un progresista que veía en el poder de las masas una amenaza tan peligrosa como el despotismo tradicional. Su perspectiva era la de alguien que valoraba los logros democráticos, pero temía que el remedio se hubiera convertido en enfermedad. En ese sentido, su preocupación excede la dimensión política; se trata de una preocupación social. De este modo, Mill anticipó con lucidez los dilemas de las democracias de masas, donde el peligro ya no reside en la represión autoritaria, sino en la homogeneización cultural impuesta por la presión del consenso. Esta posición reflejaba las ambivalencias del propio liberalismo victoriano: una doctrina que había luchado por la libertad política, pero que ahora debía enfrentar las consecuencias imprevistas de su triunfo. El liberalismo había prometido la emancipación, pero Mill observaba cómo la sociedad liberal generaba nuevas formas de conformismo. Era simultáneamente un producto y un crítico de su época: un inte-

⁴¹ Cabe mencionar que Mill fue interpretado y debatido —particularmente a partir de la publicación de *Sobre la libertad*— de muchísimas maneras. Siguiendo su argumento, “Sobre la libertad provocó una crisis intelectual, moral y social que cuestionó y expuso los defectos de la Inglaterra del siglo XIX” (Conway, 2019, p. 190).

lectual formado por el sistema educativo liberal que ahora cuestionaba los fundamentos de ese mismo sistema.

Efecto de este posicionamiento, Mill escribió —como mencionamos antes— *Sobre la libertad* (1960 [1859]). La obra es una suerte de alarma ante el fenómeno que observaba en la Inglaterra victoriana. La preocupación por el creciente poder de la opinión pública para moldear y uniformizar a los individuos llevó a Mill a explorar cómo las sociedades democráticas pueden generar nuevas formas de opresión que “encadenan el alma” más profundamente que cualquier tiranía política. Observemos detalladamente esta obra.

En un primer momento, Mill identificaba una ruptura del equilibrio entre individuo y sociedad. Observaba que la democracia había resuelto el problema del poder político arbitrario, pero había creado uno nuevo: “el pueblo puede desear oprimir a una parte de sí mismo” (Mill, 1960, p. 21). En efecto, la sociedad ejercía su poder no solo a través de las leyes, sino mediante una tiranía social más formidable. Mill veía cómo la presión social obligaba a los individuos a modelarse según el patrón dominante, impidiendo el desarrollo de personalidades originales y diversas. Como observaba con preocupación: “Han existido, y pueden volver a existir, grandes pensadores individuales en una atmósfera general de esclavitud mental. Pero nunca existió, ni jamás existirá en una atmósfera tal, un pueblo intelectualmente activo” (Mill, 1960, p. 49). Cabe la pregunta, entonces, acerca de cómo este filósofo británico piensa la libertad.

Desde su perspectiva, la libertad no es simplemente la ausencia de interferencia gubernamental, sino la posibilidad de desarrollar la propia individualidad sin restricciones sociales injustificadas. Para poder sostener esto, define tres dimensiones esenciales de la libertad humana: el dominio interno de la conciencia, que incluye libertad absoluta de pensamiento, sentimiento y opinión; la libertad de gustos e inclinaciones, que otorga el derecho a vivir según el propio modo de ser; y la libertad de asociación, que garantiza el derecho a unirse con otros para fines inofensivos.

Cabe mencionar, para tener una mayor comprensión de lo que acabamos de decir, que, en el pensamiento de Mill, el fundamento utilitarista es renovado. ¿En qué sentido? En primer lugar, la libertad individual no es solo un derecho natural, sino la condición necesaria para el progreso y bienestar de la humanidad. En segundo lugar, aunque Mill se formó dentro del utilitarismo clásico de Bentham, propuso una versión superadora. Bentham concebía la utilidad en términos cuantitativos: buscaba maximizar el placer y minimizar el dolor, sin diferenciar entre tipos de placeres. Para Mill, en cambio, como sostiene Abdo Ferez “se debe establecer una jerarquía de los placeres por su calidad moral” (2022, p. 17), es por ello que introdujo una distinción cualitativa entre placeres superiores (intelectuales, morales, estéticos) e inferiores (físicos o sensoriales) y sostuvo que los primeros eran más valiosos. Esta distinción lo llevó a afirmar: “Es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; mejor ser Sócrates insatisfecho que un necio satisfecho” (Mill, 2014, p. 66). Con ello, subrayaba que el desarrollo moral e intelectual es esencial para el bienestar humano. Así, la libertad individual se convierte en una condición indispensable para alcanzar los placeres superiores y, con ello, una vida verdaderamente plena.

En consecuencia, la individualidad no es simplemente un derecho a ser diferente, sino una necesidad vital para el desarrollo de la humanidad. Una sociedad que reprime la originalidad y alienta la imitación empobrece su propio horizonte moral e intelectual. Solo cuando los individuos se atreven a

seguir sus propias convicciones, a desarrollar su carácter único, se produce el verdadero progreso. La diversidad de caracteres y de estilos de vida permite poner a prueba costumbres, desafiar prejuicios y descubrir nuevos caminos para la mejora colectiva. En este sentido, el valor de la individualidad no es meramente estético ni psicológico, sino político y civilizatorio.

A esta altura, Mill establece el famoso principio del daño. Dicho principio funciona como un límite a la tiranía social, estableciendo un espacio al cual no puede acceder o interferir. En sus palabras:

El único objeto que autoriza a los hombres, individual o colectivamente, a turbar la libertad de acción de cualquiera de sus semejantes, es la propia defensa; la única razón legítima para usar de la fuerza contra un miembro de una comunidad civilizada es la de impedirle perjudicar a otros (Mill, 1960, p. 26).

Una primera observación de este principio es que, como parece evidente, es esencialmente negativo. En efecto, solo es posible intervenir o actuar en contra de una conducta cuando aquella afecta negativamente a los otros. Asimismo, este principio delimita dos esferas fundamentales: la esfera individual, donde la sociedad no puede intervenir legítimamente, y la esfera social, donde las acciones afectan a terceros y pueden ser reguladas. Si bien los límites son claros, no son absolutos: Mill reconoce que la línea entre lo individual y lo social puede ser difusa, pero insiste en que la carga de la prueba debe recaer siempre en quien quiere restringir la libertad. Siguiendo a Sabrina Morán, este principio de daño —que es un principio de libertad—, nunca deja de ser claro sobre “cómo identificar las conductas o las opiniones que provocan daño a terceros”, por lo que debemos conformarnos con entender que “hay una esfera o región de la libertad humana que, para Mill, queda por fuera de los intereses de la sociedad” (2025, p. 197).

Siguiendo esta línea, la libertad de pensamiento y expresión es, para Mill, la piedra angular de toda sociedad libre. Su defensa no se limita a evitar la censura estatal, sino que abarca también la presión social que impone opiniones dominantes. Para él, la verdad solo puede surgir del contraste con el error y del debate abierto entre perspectivas diversas. Cuando las ideas no se confrontan, pierden vitalidad y se transforman en dogmas vacíos. Incluso las opiniones falsas cumplen una función: al desafiarlas, se refuerza la comprensión y la justificación racional de las ideas verdaderas. Por eso, el silencio impuesto a una opinión —por errónea que parezca— es una pérdida para toda la humanidad, presente y futura.

En síntesis, Mill revoluciona el pensamiento liberal al identificar que la amenaza a la libertad puede venir de la sociedad misma, no solo del Estado. Su originalidad radica en detectar la tiranía de la mayoría como problema específico de las democracias modernas, valorar la individualidad y la originalidad como motores del progreso humano, defender la diversidad no solo como derecho sino como necesidad social, y alertar sobre el conformismo como enemigo del desarrollo humano.

Hannah Arendt: la libertad como esencia de la política

Hannah Arendt (1906–1975) fue una filósofa y teórica política nacida en Alemania. Su vida estuvo profundamente atravesada por los grandes acontecimientos del siglo XX: el ascenso del nazismo, el Holocausto, el exilio y la reconstrucción del pensamiento político tras la Segunda Guerra Mundial. En 1933, tras ser arrestada por la Gestapo, huyó de Alemania y vivió en Francia hasta que, con la ocupación nazi, emigró a Estados Unidos, donde desarrolló la mayor parte de su obra. Comenzó sus

estudios de filosofía en 1924 en la Universidad de Marburgo, doctorándose en 1928 en la Universidad de Heidelberg. Estudió con algunos de los pensadores más influyentes de su tiempo, como Martin Heidegger, Karl Jaspers y Edmund Husserl, pero su obra se distingue por una voz propia, crítica y comprometida con los dilemas éticos y políticos de su época.⁴²

Sin embargo, Arendt no se consideraba a sí misma una filósofa en el sentido tradicional. Prefería definirse como una teórica política. Tal es así que su pensamiento no parte de sistemas cerrados ni de grandes teorías abstractas (como podemos observar en el caso de pensadores como Agustín, Kant o Hegel, a quienes dedica sus debidas reflexiones), sino de los hechos concretos, de los acontecimientos que desafían nuestra comprensión del mundo. Su estilo es ensayístico, provocador —y muchas veces incómodo— porque obliga a repensar lo que damos por sentado.

Entre sus obras más influyentes se encuentran: *Los orígenes del totalitarismo* (1951), donde Arendt se propone un análisis profundo del nazismo y el estalinismo, pensando en el rol que cobra el terror en la política moderna y en cómo los totalitarismos -en tanto que formas inéditas en las que lo político aparece en la Modernidad- vienen a destruir la esencia misma de la política: la libertad y la pluralidad. Unos años más tarde, se publica *La condición humana* (1958) y con ella una reflexión sobre las distintas formas en las que se expresa la humanidad: el trabajo, la labor y la acción. Esta última actividad de la condición humana es definida como el espacio a través del cual los hombres encuentran la libertad. Al mismo tiempo, cabe mencionar *Sobre la revolución* (1963) donde la comparación entre la Revolución Estadounidense y la Revolución Francesa evidencia los diferentes caminos y resultados de la búsqueda de la libertad en términos políticos.

Si tuviéramos que preguntarnos —como hicimos con los otros autores— qué libertad es la que concibe Arendt, inmediatamente nos enfrentaríamos a un concepto difícil, a raíz de su pensamiento tan auténtico. En efecto, ella sostuvo que la libertad tiene un precio caro (Arendt, 2010a, p. 60); al mismo tiempo, debatiendo con sus contemporáneos, sostuvo que éstos tenían una visión determinista de la historia pues le tenían miedo a la libertad, aunque rechazaba que su propia filosofía política se enmarcara en algún “ismo”, como el liberalismo (Arendt, 2010b, p. 108).⁴³ Por otro lado, es un concepto que atraviesa gran parte de su reflexión filosófica, sus análisis de las revoluciones, sus distancias respecto a los nacionalismos y a las lecturas canonizadas de la *shoá*. En fin, la libertad es, como parece evidente, un eje central del pensamiento de Arendt.

Lejos de descansar en un pensamiento convencional, la teórica alemana nos invita a interrogarnos críticamente sobre el poder, la responsabilidad, la violencia y la libertad. En un mundo donde resurgen discursos autoritarios, donde la política parece cada vez más vaciada de sentido, donde el pensamiento se encuentra restringido y simplificado haciéndose cómplice de la opresión, su obra ofrece herramientas para recuperar el valor de la reflexión y la acción colectiva. Es por ello que, para Hannah Arendt, la libertad no es simplemente la ausencia de coerción ni un estado interior del individuo. Su concepción es profundamente política: la libertad se manifiesta en el espacio público, en la acción conjunta entre ciudadanos, en la capacidad de iniciar algo nuevo y de participar en la vida común. En ese sentido, cuando empieza a escribir sobre estos temas en la década de 1950, cuestiona la distinción

⁴² Para profundizar en la vida de Arendt, recomendamos el libro de Elisabeth Young-Bruehl (1993).

⁴³ Para la literatura reciente, la concepción arendtiana de la libertad está más cerca del republicanismo que del liberalismo. Véase Hunziker y Smola (2022), Ruiz Sanjuan (2021) y Rodríguez Rial (2023).

entre libertad negativa y positiva de Berlin, quien a su vez se había inspirado en Constant. Y por eso, en la década de 1960, escribió en *Sobre la Revolución*: “la libertad política en su acepción más amplia significa participar en el gobierno o no significa nada” (Arendt, 2014, p. 359).

En una postura crítica, Arendt afirma que la filosofía ha mostrado interés en el problema de la libertad cuando descubrió que podían desvincularla de la política, fuera de su ámbito de acción y confinada a la relación de la voluntad con uno mismo. Esta separación, no obstante, debe ser cuestionada. Revisitar las tradiciones griegas y presocráticas condujo a Arendt a recuperar la experiencia de la libertad en el proceso de actuar (juntos). En un ensayo publicado en 1954, titulado *¿Qué es la libertad?* (1996), se posiciona respecto a este distanciamiento, postulando que

Además, el de la libertad no es uno más entre los muchos problemas y fenómenos del campo político propiamente dicho, como lo son la justicia, el poder o la igualdad; muy pocas veces constituida en el objetivo directo de la acción política —solo en momentos de crisis o de revolución—, la libertad es en rigor la causa de que los hombres vivan juntos en una organización política. Sin ella, la vida política como tal no tendría sentido. La *raison d'être* de la política es la libertad, y el campo en el que se aplica es la acción (Arendt, 1996, p. 158).

Para la pensadora, la libertad y la política configuran una unidad conceptual inseparable, cuya interdependencia resulta fundamental para la comprensión del quehacer humano en el ámbito público. Es más, la tríada compuesta por *libertad, acción y política* es una de las características principales de su pensamiento. Es porque la libertad supone dar inicio a algo nuevo, inesperado, el comienzo que anima e inspira todas las actividades humanas, la acción como principio de la vida política; sin libertad, la vida política —o la política misma— no tiene sentido (Arendt, 2005).

La libertad, dice Arendt, es en primer lugar una experiencia política. Así fue realizada en la democracia ateniense, donde la libertad designa la naturaleza de la relación que uno podía tener con otro al interior de un espacio instituido, por fuera de las relaciones domésticas, de las necesidades económicas, de la gestión. Pero la condición de libre no se sigue automáticamente del acto de liberación. La libertad necesitaba (además de la mera liberación de las cuestiones biológicas y naturales —todo aquello que presentaba el *Oikos*)— la compañía de otros hombres que estuvieran en la misma situación y de un espacio público común de encuentro.

La libertad, entonces, no es un atributo privado sino una experiencia compartida en el ámbito político. En este sentido, la autora intenta pensar la libertad en contraposición a los procesos automáticos (como las necesidades biológicas propias de todos los seres que viven, nacen, mueren y necesitan alimentarse). La libertad tampoco se relaciona con la búsqueda de una satisfacción privada e individual, como aparece fuertemente en el liberalismo moderno, ni con la noción de libre albedrío —predominante en la tradición cristiana—, ni con la independencia y la soberanía.

La libertad es una relación que los hombres pueden establecer en un espacio público de acción común. Ese es su sentido político. Arendt no solo rechaza la separación entre la libertad y lo político, sino que elogia su identificación. Es allí que la libertad se relaciona con *generar algo nuevo* en los procesos históricos que con el tiempo se convierten también en procesos automáticos o naturales para la humanidad.

En conclusión, Arendt nos deja un interrogante: “Si el sentido de la política es la libertad, es en este espacio —y no en ningún otro— donde tenemos el derecho a esperar milagro. No porque creamos en ellos sino porque los hombres [en plural], en la medida en que pueden actuar son capaces de llevar a cabo lo improbable e imprevisible y de llevarlo a cabo continuamente, lo sepan o no” (Arendt, 1997, p. 66). Las preguntas por el sentido de la política y si la política todavía tiene algún sentido, cobran aún más fuerza.

A modo de conclusión: las lecciones de los clásicos y la significación contemporánea de la libertad

Ciertamente la libertad, en la teoría política, transitó por otros momentos y fue evocada por otros autores y autoras que fueron objeto de las reflexiones de este capítulo. No obstante, la selección no ha sido arbitraria: creemos que ellos y ella pueden enseñarnos mucho respecto de las potencialidades y dificultades para ser libres en el mundo contemporáneo.

Respecto a Hobbes, podemos identificar dos cuestiones. Primero, la libertad como ejercicio del poder individual no es posible. En efecto, todo hombre que se crea libre o que considere su libertad en términos voluntarios está destinado al encuentro de los límites de su movimiento demarcados por los otros cuerpos.⁴⁴ Claramente, esto puede leerse como una crítica a cualquier hombre que se piense a sí mismo como “libre”, si por libre entiende deshacerse del vínculo que posee con los demás y que lo determinan. En segundo lugar, Hobbes nos permite pensar que el estado de naturaleza, aquella situación hipotética que es la base de su pensamiento, es un lugar inhabitable. No es posible la vida allí donde cada uno se rige por su propio juicio, por lo que no es posible permanecer allí, sino que es necesario instituir cadenas artificiales, leyes civiles, algo que permita lo común. Es en ese sentido que pensar la libertad como ausencia de impedimentos supone que dichas leyes —el Estado Civil propiamente dicho— no son solamente un obstáculo que se le impone a quien es libre por naturaleza. La libertad corporal no puede ser pensada por fuera de la conservación de la vida. Si la vida está en peligro, como en la pandemia de COVID-19, reclamar por la libertad de movimiento sería un sinsentido para Hobbes.

La libertad constaniana marcó a fuego a todos aquellos y todas aquellas que quisieron pensar y sentir la libertad después de él. Otros liberales franceses del siglo XIX partieron de su conceptualización para elaborar la suya propia. François Guizot quería, como Constant, dar libertad a los hombres para que se enriquezcan, pero fue partidario de un gobierno que limitaba la libertad de prensa, expresión y reunión, algo que el oriundo de Lausana nunca hubiera admitido. Alexis de Tocqueville (1805-1857) se preocupó por encontrar una libertad política que permitiera que la ciudadanía moderna se comprometiera con la cosa pública. Según el autor de *La Democracia en América*, los Estados Unidos concilian representación con participación directa en el gobierno. Existía un peligro que Constant no había podido ver: el individualismo extremo puede generar una nueva y temible forma de despotismo democrático. En la Argentina decimonónica, Constant tuvo sus lectores apasionados. Uno de los más famosos fue Juan Bautista Alberdi (1810-1884), quien hizo propia la distinción entre la libertad de los antiguos y la de los modernos en su célebre conferencia de 1880 titulada *La onnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual*. Aunque cite al historiador Fustel de Coulanges (1830-1889), su referente era el autor de *El espíritu de conquista*.

⁴⁴ En ese sentido, el pensamiento de Hobbes es compatible con el del filósofo holandés Baruch Spinoza (1632-1677), quien sostuvo que la idea de libre arbitrio no es más que una ilusión propia de los límites del entendimiento.

Berlin no fue el único teórico político del siglo XX que retomó, para valorar o para criticar, los dos tipos de libertad identificados por Constant. También lo hicieron Philip Pettit, Judith Shklar, Quentin Skinner o Hannah Arendt, por solo mencionar cuatro nombres. Por ello, nos atrevemos a decir que la concepción de la libertad constaniana es tan actual como la advertencia del autor de *Principios de Política* ante quienes abusan del uso de esta bella palabra. Como si estuviera hablando del mundo político de hoy, dijo que en nombre de la libertad “se nos encarceló, se nos mandó al cadalso, se nos sometió a vejaciones innumerables y múltiples. Es natural que este nombre, señal de miles de medidas odiosas y tiránicas, no sea pronunciado sino con una intención recelosa y malintencionada” (Constant, 1997, pp. 29-30).

Mill estaba convencido de que “todo lo que destruye la individualidad es despotismo, désele el nombre que se quiera” (Rodríguez Huéscar en Mill, 1960, p. 9). En una era como la nuestra, caracterizada por la omnipresencia de las redes sociales y de la polarización política, sus temores a la tiranía de la opinión pública resuenan con fuerza. Sus reflexiones nos ayudan a entender los peligros del pensamiento único en las democracias contemporáneas, la importancia de proteger las voces minoritarias frente al poder de las mayorías, el valor de la diversidad de opiniones para la salud democrática y la necesidad de límites claros entre lo público y lo privado. Es allí que Mill no se preocupa solamente por los límites al Estado, sino por los peligros de una sociedad donde predominan subjetividades despóticas, que creen que el Yo es la medida de todas las cosas. Mill fue un liberal, pero seguramente no habría sido ni un neoliberal ni mucho menos un neoconservador. Defendía la economía de mercado, pero priorizaba la ciudadanía política, el desarrollo personal y la inclusión social a las libertades económicas. No creía en la soberanía del mayor número sino en la de la razón, pero quería que la posibilidad de automejoramiento estuviera al alcance de todos y todas, y no de los pocos que siempre habían monopolizado la riqueza y el conocimiento.

Por último, siguiendo a Arendt, podemos observar que, frente a la idea de que somos libres en tanto estemos lejos de la política, “la libertad como hecho demostrable y la política coinciden, y están referidas una a otra como dos caras de una misma moneda” (Arendt, 1996, p. 161). En la era moderna, podríamos decir, la política vino a proteger la libre productividad social, la seguridad del individuo en su espacio privado. La política y la libertad permanecen allí separadas: donde ser libre se ubica en el ámbito de la individualidad y la propiedad. Arendt, por el contrario, problematiza allí donde el despotismo y el autoritarismo reducen al hombre a la confinación del ámbito privado, un espacio ausente de pluralidad, donde no se habita entre-hombres y donde la libertad no encuentra lugar. Sin el ámbito de lo común garantizado políticamente, la libertad no puede aparecer, no puede convocar a lo impensado. Es por ello que la libertad no puede ser pensada sin participación, sin compromiso y sin acción. La libertad es política y, como tal, no puede ser pensada en contra de la política misma, independientemente de quienes la teoricen de tal forma.

En conclusión, tres autores y una autora representan momentos claves de la libertad en la historia de la teoría política. Recuperarlos resulta importante por tres motivos. Primero, nos enseñan que la libertad no es una palabra unívoca sino un concepto con significados cambiantes según el contexto. Segundo, nos muestran cómo la teoría política participa de manera activa de los debates de su tiempo y trata de dar respuesta a los problemas políticos contemporáneos. Tercero, hay que asumir la responsabilidad intelectual, política y existencial de encontrar cuál es forma de libertad propia de nuestro presente y polemizar con quienes, como escribió Juan Bautista Alberdi: “no la aman sino para violarla” (1996, p. 250).

Quisiéramos terminar este capítulo parafraseando a Robert Dahl, quien en las conclusiones del capítulo 2 de su libro *Democracia. Una guía para ciudadanos* decía: lo que pase con la libertad está de aquí en adelante, si será el camino de la emancipación o de la servidumbre, “depende también de lo que nosotros hagamos” (Dahl, 1999, p. 33).

Referencias bibliográficas

- Abdo Ferez, C. (2021). *La libertad*. Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Abdo Ferez, C. (2022). Prólogo. En J. S. Mill, *Sobre la libertad* (pp. 9–30). Losada.
- Alberdi, J. (1996). *Palabras de un ausente que explica a sus amigos del Plata los motivos de su alejamiento*. En O. Terán (presentación y selección de textos), *Escritos de Juan Bautista Alberdi. El redactor de la ley* (pp. 249–279). Universidad Nacional de Quilmes.
- Arendt, H. (1996). *¿Qué es la libertad?* Península.
- Arendt, H. (1997). *¿Qué es la política?* Paidós, I.C.E./U.A.B.
- Arendt, H. (2001). *Los orígenes del totalitarismo* (3^a ed.). Taurus.
- Arendt, H. (2002). *La vida del espíritu*. Paidós.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.
- Arendt, H. (2010a). Entrevista con Günter Gauss. En M. Abella & J. L. López de Lizaga, *Lo que quiero es comprender. Sobre mi vida y mi obra* (pp. 3–65). Trotta.
- Arendt, H. (2010b). Entrevista con Roger Errera. En M. Abella & J. L. López de Lizaga, *Lo que quiero es comprender. Sobre mi vida y mi obra* (pp. 101–118). Trotta.
- Arendt, H. (2014). *Sobre la revolución*. Alianza.
- Argüello, S. (2021). Benjamin Constant y su legado. Idearium.
- Aubrey, J. (1949). *A brief life of Thomas Hobbes, 1588–1679*. En O. L. Dick (Ed.), *John Aubrey: Aubrey's brief lives* (pp. 147–159). Oxford University Press.
- Berlin, I. (1988). John Stuart Mill y los fines de la vida. En *Cuatro ensayos sobre la libertad* (pp. 244–277). Alianza Editorial.
- Burnand, L. (2022). *Benjamin Constant*. Perrin.
- Conway, S. (2019). *Interpreting Mill's On liberty, 1831–1900* (Tesis de doctorado). University of London.

- Constant, B. (1997). *Principes de politique*. Hachette.
- Constant, B. (2008). *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*. En *Del espíritu de conquista*. Tecnos.
- Constant, B. (2010). *Principios de política aplicables a todos los gobiernos*. Katz Editores.
- Dahl, R. (1999). ¿Dónde y cómo se inició el desarrollo de la democracia? En R. Dahl, *La democracia. Una guía para ciudadanos* (pp. 13–33). Taurus.
- Fernández Peychaux, D., Rozenberg, A., & Ramírez, J. (2024). Introducción. En *Thomas Hobbes: libertad y poder en la metamorfosis moderna* (pp. 7–15). Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Hobbes, T. (1839). *Vita carmine expressa*. En W. Molesworth (Ed.), *Opera Latina* (Vol. 1, p. lxxxvi). Joannem Bohn.
- Hobbes, T. (1993). *De Cive*. Debate/CSIC.
- Hobbes, T. (2010). *De Corpore*. Pre-Textos.
- Hobbes, T. (2015). *Leviatán*. Alianza Editorial.
- Hunziker, P. L., & Smola, J. (2022). Participación política y libertad del pueblo: apuntes para pensar el republicanismo arendtiano en las disputas del presente. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 11(1), 79–88. <https://dx.doi.org/10.5209/ltdl.77047>
- Lefort, C. (2007). Liberalismo y democracia. En D. Roldán (Ed.), *Lecturas de Tocqueville* (pp. 1–18). Siglo XXI.
- Marey, M. (2022). El liberalismo en crisis: notas críticas sobre las libertades y las esclavitudes en Benjamin Constant. *Isegoría*, 66(e26), 1–13.
- Mill, J. S. (1960). *Sobre la libertad*. Aguilar.
- Mill, J. S. (2008). *Autobiografía*. Alianza Editorial.
- Mill, J. S. (2014). *El utilitarismo*. Alianza Editorial.
- Morán, S. (2025). John Stuart Mill: Sobre sí mismo, sobre su propio cuerpo y su mente, el individuo es soberano. En C. Abdo Ferez & D. Fernández Peychaux (Comps.), *La libertad tiene espinas: Historia del concepto en la filosofía política* (pp. 191–209). EUDEBA.
- Pettit, P. (2005). Liberty and Leviathan. *Politics, Philosophy & Economics*, 4(1), 131–151.
- Rinesi, E., & Vázquez, G. (2025). *Problemas de la Filosofía Política y Social*. Editorial Brujas.
- Rodríguez Huéscar, A. (1960). Prólogo. En J. S. Mill, *Sobre la libertad* (pp. 5–15). Aguilar.

Rodríguez Rial, G. (2023). El republicanismo entre la libertad y el miedo: un contrapunto entre Hannah Arendt y Judith Nisse Shklar. *Pescadora de Perlas. Revista de Estudios Arendtianos*, 2(2), 87–116.

Ruiz Sanjuán, C. (2021). El republicanismo de Hannah Arendt y la recuperación del espacio político. En J. L. Villacañas & A. Garrido (Eds.), *Republicanismo, Nacionalismo y Populismo como formas de la política contemporánea*. DADO ediciones. (pp. 91-110).

Skinner, Q. (2010). *Hobbes y la libertad republicana*. Prometeo–Universidad Nacional de Quilmes.

Tuck, R. (2002). *Hobbes: A very short introduction*. Oxford University Press.

Young-Bruehl, E. (1993). *Hannah Arendt*. Edicions Alfons el Magnànim.

Zarka, Y. C. (2001). Liberty, necessity and chance: Hobbes's general theory of events. *British Journal for the History of Philosophy*, 9 (3), 425–437.

¿Por qué votamos como votamos? Una introducción a las teorías clásicas y contemporáneas del comportamiento electoral

Pablo Garibaldi

Introducción

El estudio científico del comportamiento electoral se pregunta cómo y por qué los ciudadanos deciden su voto al momento de elegir representantes políticos. La ciencia política, la sociología y la psicología han elaborado enfoques teóricos diversos para descubrir los determinantes de las preferencias electorales, los cuales han privilegiado, alternativamente, factores sociales, motivaciones psicológicas, cálculos racionales, estructuras institucionales y valores culturales.

El presente capítulo se propone realizar una reconstrucción sistemática y selectiva de los principales enfoques desarrollados en la historia moderna de los estudios científicos sobre el comportamiento electoral, desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. El criterio de inclusión no es exhaustivo: atiende a aquellas teorías que han contribuido de modo decisivo a responder la pregunta central que organiza este recorrido - ¿por qué votamos como votamos? -, y que a su vez mantienen un diálogo, explícito o implícito, con las líneas fundacionales del análisis científico electoral en la era moderna: la Escuela de Columbia, la Escuela de Michigan y la teoría de la elección racional. No se pretende, por consiguiente, abarcar todos los fenómenos electorales posibles -como la participación, el abstencionismo, o el realineamiento-, sino examinar críticamente las principales teorías y revisiones que buscaron dar cuenta de las condiciones que orientan la decisión electoral. Este recorte permite recuperar la riqueza de un campo en constante evolución, que cuenta con debates abiertos e irresueltos, sin renunciar a la densidad analítica ni a la claridad expositiva.

Lo viejo funciona. Los inicios de la historia moderna del estudio científico del comportamiento electoral.

1940, Estados Unidos. El Partido Demócrata y el Republicano disputan una elección presidencial que finalmente quedará en manos del primero. En noviembre, F. D. Roosevelt, el presidente en ejercicio, derrotó a W. Willkie, y obtuvo un inédito tercer mandato. A lo largo del año electoral, un grupo de investigadores de la Universidad de Columbia liderado por Paul Lazarsfeld estudiaron los efectos de la campaña electoral sobre la decisión del voto. Se trata del comienzo de la historia moderna del análisis científico del comportamiento electoral, y del origen del muy influyente y perdurable enfoque sociológico.

En las obras *How the Voter Makes Up His Mind in a Presidential Campaign* (Lazarsfeld, Berelson & Gaudet, 1944) y *Voting: Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign* (Berelson, Lazarsfeld & McPhee, 1954), los investigadores de Columbia afirmaron que el voto de cada individuo es una decisión que se encuentra fuertemente condicionada por su contexto social. Más precisamente, la familia, la religión, el estatus socioeconómico y las amistades generan presiones de conformidad sobre el individuo y orientan su preferencia electoral. De este modo, la decisión de a qué partido político votar,

o a qué candidato, sucede siempre dentro de un contexto social, y son las características y variaciones de ese entorno las que explican los patrones de voto observados.

La familia es considerada como el grupo social central que moldea los intereses y preferencias políticas del individuo. El votante hereda el alineamiento partidario de su familia, especialmente en su juventud. Esta herencia es más potente cuando el elector comparte el mismo nivel socioeconómico y la misma religión que los padres. Por lo tanto, cuanto más políticamente homogéneo resulta el entorno, más fuertes y decisivas son las interacciones que rodean a la persona.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando un votante pertenece a distintos grupos o a entornos con orientaciones políticas contradictorias o, por lo menos, divergentes? Es decir, ¿qué pasa cuando la familia se inclina por un partido, los amigos y amigas por otro, y los compañeros y compañeras de trabajo por una tercera opción? Aquí entra a jugar el fenómeno de las presiones sociales cruzadas (*cross pressures*). Cuando el entorno no es políticamente homogéneo, existen presiones cruzadas por parte de las relaciones sociales que pueden generar ambivalencia y dilación en la decisión de voto. Más precisamente, los investigadores de Columbia descubrieron que los electores bajo *cross pressure* tendían a decidir su voto más tarde en la campaña e incluso presentaban mayores probabilidades de abstenerse.

Por lo expuesto, desde este enfoque, el voto se parece poco a una decisión racional, como puede ser la de un consumidor, la de un empresario o la de un juez. Más bien, las preferencias electorales son bastante parecidas a los gustos culturales, como la música y la literatura, debido a que tienen su origen en las tradiciones y pertenencias étnicas, religiosas, y económicas. Y porque a nivel individual son estables y resistentes al cambio, pero en términos sociales, las preferencias electorales son flexibles de generación en generación.

Lazarsfeld y sus colegas esperaban encontrar fuertes efectos de persuasión de los medios de comunicación y de las campañas electorales en la decisión del voto. Sin embargo, sus estudios descubrieron que los medios de comunicación y las campañas electorales ejercen, bajo ciertas condiciones, un efecto limitado para persuadir a los electores a cambiar su voto, debido a que la mayoría de ellos consumía información acorde a sus predisposiciones políticamente previas. Los votantes buscaban y creían principalmente mensajes consistentes con sus actitudes grupales existentes, por lo que la campaña electoral tiende a activar y reforzar las predisposiciones políticas preexistentes, o simplemente se mantienen inalteradas. Por esto Lazarsfeld sentenció que la campaña está terminada antes de empezar.

Entonces, debido a que las conversaciones tienden a producirse predominantemente entre personas que comparten características sociales y valores similares, y dado que dicha homogeneidad tiende a reforzar las inclinaciones políticas preexistentes, es posible explicar por qué ciertas mayorías electorales tienden a reproducirse y consolidarse a lo largo del tiempo.

El enfoque sociológico resulta eficaz para explicar la estabilidad de las alineaciones partidarias, pero es menos exitoso para dar cuenta de las transformaciones. La mirada concentrada en el efecto de las pertenencias sociales relativamente estables -como la clase, la religión o el entorno comunitario- tiende a sobre determinar el voto, subestimando tanto la agencia individual como la posibilidad de cambio del comportamiento electoral en respuesta a nuevos contextos, candidatos o temas. Adicionalmente, una visión excesivamente determinista del votante emerge de Columbia: un sujeto

condicionado casi mecánicamente por su entorno inmediato, con escaso margen para la deliberación o la evaluación autónoma.

En 1960, A. Campbell junto a otros destacados investigadores de la Universidad de Michigan (Converse, Miller y Stokes) publicaron el canónico *The American Voter* (Campbell et al., 1960) que fundó el enfoque psicológico del comportamiento electoral. El concepto clave de la obra es la identificación partidaria. La identificación partidaria constituye un vínculo psicológico estable, generalmente adquirido en la socialización temprana, que funciona como un atajo cognitivo: filtra la información política y orienta favorablemente la percepción de los candidatos del partido propio. En otras palabras, la identificación guía la conducta electoral a largo plazo, proporcionando estabilidad a las alineaciones políticas incluso frente a cambios coyunturales.

Sin abandonar por completo los determinantes sociales del voto, la explicación del comportamiento electoral pasó a incorporar con mayor sofisticación variables psicológicas y actitudinales de distinta estabilidad temporal. Los investigadores de Michigan desarrollaron un enfoque explicativo que distingue sistemáticamente entre fuerzas de largo plazo -como la identificación partidaria y las características sociales del votante- y fuerzas de corto plazo, tales como las evaluaciones coyunturales sobre candidatos, temas de la agenda pública o campañas. Esta distinción otorgó mayor flexibilidad al análisis del estudio de la decisión del voto y permitió, asimismo, reconciliar la persistencia de alineamientos electorales estables con la posibilidad de fluctuaciones contingentes en los mismos.

Los autores de *The American Voter* utilizan la metáfora del “embudo de causalidad” para representar el modo en que múltiples factores, con diferentes niveles de proximidad causal, confluyen en la decisión de voto. El embudo ilustra gráficamente cómo determinantes estructurales y sociales de largo plazo, tales como la clase social, la religión o la región geográfica, configuran disposiciones iniciales en el individuo que, a su vez, influyen en actitudes políticas más específicas, como la identificación partidaria y las evaluaciones sobre temas y candidatos. Estas actitudes intermedias, más sensibles a los estímulos de campaña, actúan como filtros que median entre las disposiciones estables y la elección final.

La apertura amplia del embudo representa estos factores contextuales duraderos que enmarcan la vida política del votante. A medida que se avanza hacia la parte más estrecha -la decisión electoral última- los determinantes se vuelven más inmediatos, contingentes y situacionales. Esta secuencia causal permite integrar la continuidad de las lealtades políticas con la posibilidad de variación electoral, y constituye una respuesta teórica a las limitaciones del modelo sociológico de Columbia, al incorporar tanto factores estructurales de largo plazo como evaluaciones coyunturales de corto plazo en una misma explicación del voto.

The American Voter retrata al electorado como un cuerpo social escasamente ideologizado, con bajos niveles de información política y limitada capacidad para organizar sus creencias en estructuras coherentes. Los investigadores de Michigan constataron que la mayoría de los ciudadanos no solo participa poco en política, sino que además carece de familiaridad con los grandes temas que se debaten en la agenda pública. Por consiguiente, los cambios significativos en las orientaciones electorales obedecen más a asociaciones generales entre partidos y símbolos sociales, que a evaluaciones informadas sobre políticas públicas específicas.

El estudio empírico de actitudes, creencias y valores de los ciudadanos sobre una variedad de aspectos de la realidad -desde la política económica y social hasta los derechos civiles y las libertades públicas- reveló una notable inconsistencia en las creencias expresadas por los encuestados, sin patrones estables que permitieran hablar de orientaciones ideológicas sistemáticas. Así, *The American Voter* cuestiona el supuesto normativo de un ciudadano ideológicamente consistente y racional, proponiendo en su lugar una imagen de un votante cognitivamente limitado, cuyas decisiones se apoyan en lealtades partidarias tempranas, reforzadas por identificaciones sociales, y solo marginalmente condicionadas por contenidos ideológicos abstractos.

Mientras Columbia y Michigan ponían el acento en el entorno social y las predisposiciones afectivas del votante, una perspectiva alternativa ingresaba al centro del debate académico. Anthony Downs constituyó un hito fundacional en la aplicación de la teoría de la elección racional al análisis del comportamiento electoral. En *An Economic Theory of Democracy*, su obra publicada en 1957, Downs concibe al votante como un actor racional individual que opta entre alternativas políticas del mismo modo que un consumidor elige en el mercado: comparando costos y beneficios esperados. En esta propuesta, cada individuo vota al partido o candidato cuyas políticas percibe que le brindarán la mayor utilidad personal (sea económica, o de cualquier otro tipo). Así, su aporte inaugura una línea de investigación que desplaza el foco desde las predisposiciones sociológicas o psicológicas, características de las escuelas de Columbia y Michigan, hacia los incentivos racionales que enfrentan los individuos al momento de emitir su voto.

Si bien la explicación parte del supuesto de que los votantes actúan racionalmente para maximizar su utilidad esperada, Downs advierte que este cálculo se realiza bajo condiciones de información imperfecta. Los ciudadanos, sostiene, no disponen de un conocimiento completo sobre las consecuencias de que un partido u otro acceda al gobierno, y enfrentan costos asociados a la adquisición de información relevante. En este sentido, el votante racional evalúa si el beneficio marginal de estar mejor informado supera el costo de adquirir ese conocimiento. En muchos casos, concluye que no vale la pena. Esta lógica lo lleva a formular la paradoja según la cual, en determinadas circunstancias, la abstención electoral puede ser un comportamiento racional. Lejos de postular un elector omnisciente, Downs introduce con lucidez la noción de incertidumbre política y racionalidad acotada, anticipando los desarrollos posteriores sobre votación heurística y comportamiento bajo condiciones de información limitada que revisaremos más adelante.

Mientras en Estados Unidos se delineaban y consolidaban los enfoques explicativos propuestos por Columbia, Michigan y Downs, en la política comparada europea emergía la teoría de los clivajes sociales para explicar la persistencia de alineamientos partidarios a lo largo del tiempo. Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, en un influyente trabajo de 1967, argumentaron que los sistemas de partidos y los patrones de voto en las democracias occidentales estaban estructurados por clivajes históricos fundamentales, entendidos como divisiones sociales profundas. Identificaron cuatro clivajes críticos originados en las revoluciones Nacional y la Industrial: centro-periferia, iglesia-Estado, campo-ciudad, y capital-trabajo. Estos clivajes habrían cristalizado en alineamientos políticos duraderos: por ejemplo, el clivaje de clase alimentó el surgimiento de partidos laboristas o socialdemócratas y partidos conservadores. A fines de la década de 1960, los alineamientos electorales aún reflejaban en gran medida esas fracturas sociales históricas, hasta el punto de hablar de un “congelamiento” de los clivajes: los mismos bloques sociales seguían votando a los mismos partidos que medio siglo atrás, fruto de una transmisión generacional y organizacional muy fuerte.

Si bien la teoría de los clivajes de Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (1967) surge con el objetivo principal de explicar la formación y persistencia de los sistemas de partidos en Europa Occidental, su enfoque presenta afinidades conceptuales relevantes con los postulados de Columbia sobre el comportamiento electoral. Ambas perspectivas comparten una premisa sociológica fundamental: las decisiones políticas de los individuos no pueden entenderse al margen de las estructuras sociales a las que pertenecen. Mientras que los estudios de Columbia, basados en análisis empíricos a nivel micro, demostraron que variables como la clase social, la religión o la pertenencia étnica actúan como condicionantes estables del voto, la teoría de los clivajes articula esos mismos factores como expresiones históricas de conflictos sociales estructurantes que han dado forma a las divisiones partidarias. Aunque sus niveles de análisis y objetivos difieren, ambos enfoques coinciden en atribuir a la textura social de la decisión del voto un valor explicativo central.

¿Lo viejo funciona? Relecturas y revisiones contemporáneas

A partir de la década de 1960 empiezan a elaborarse cuestionamientos y revisiones de ciertas premisas principales de los estudios de Columbia, Michigan y Downs. Philip E. Converse, quien fue parte del equipo que elaboró *The American Voter*, introdujo una poderosa objeción a los supuestos normativos y teóricos sobre la racionalidad y consistencia ideológica del votante. En *The Nature of Belief Systems in Mass Publics* (1964), Converse sostiene que la mayoría de los ciudadanos carece de un sistema de creencias ideológicamente articulado y coherente. A partir de evidencia empírica mostró que las actitudes, valores y creencias políticas de los ciudadanos tienden a ser inestables en el tiempo, poco estructuradas y frecuentemente contradictorias. Este hallazgo problematiza la robustez analítica de los modelos basados en predisposiciones psicológicas estables -como la identificación partidaria- o en alineamientos sociológicos basados en el estatus socioeconómico o la religión.

El aporte de Converse, lejos de solo apostillar a *The American Voter*, interpela teórica y metodológicamente los enfoques clásicos del comportamiento electoral previamente repasados. Al subrayar las limitaciones cognitivas del votante promedio, su obra deslizó la mirada desde los determinantes estructurales o afectivos del voto hacia la naturaleza misma de las creencias políticas del electorado. En este sentido, *The Nature of Belief Systems* marcó un “antes y después” en la literatura, anticipando y habilitando debates sobre desalineamiento partidario, volatilidad electoral y fragmentación ideológica.

V. O. Key Jr. también fue central en estas revisiones sobre los primeros enfoques de la historia moderna del estudio científico del comportamiento electoral. En su libro póstumo *The Responsible Electorate* (1966), Key planteó el autodenominado “argumento perverso y heterodoxo de que los votantes no son tontos”. Con esta frase provocativa, intentaba afirmar que, a pesar de la desinformación o de la apatía de muchos individuos, las elecciones en conjunto tienden a reflejar una cierta racionalidad. Según Key, el electorado actúa retrospectivamente: premia o castiga a los gobiernos de acuerdo con sus resultados. Si los políticos en el gobierno gestionan mal (por ejemplo, administran pobremente la economía doméstica), los votantes les quitarán su apoyo en la siguiente elección, pero si lo hacen razonablemente bien, el electorado les renovará la confianza.

Los hallazgos de Key mostraron que en las elecciones presidenciales de EE.UU. entre 1936 y 1960, los cambios en el voto agregado corresponden en buena medida con las variaciones en indicadores objetivos (crecimiento económico, inflación, guerra/paz), lo cual sugiere racionalidad: la gente

respondía a las “señales” de éxito o fracaso de los gobiernos. Esta perspectiva desafió abiertamente al votante de Columbia y de Michigan, concebido el primero como un elector dominado por su contexto social, y el segundo condicionado ciegamente por su identificación partidaria. Continuando con Key, los votantes pueden cambiar su voto cuando la evidencia de la gestión así lo aconseja.

Además de su aporte sobre la racionalidad del electorado, Key introdujo el concepto de “elecciones críticas” (Key, 1955), refiriéndose a aquellas contiendas electorales en las que ocurre un realineamiento persistente en las lealtades partidarias. En ciertos momentos históricos, temas novedosos o crisis pueden quebrar viejas y conocidas coaliciones, y crear nuevas: por ejemplo, la Gran Depresión de los años 1930 realineó a muchos votantes de clase trabajadora en torno al Partido Demócrata en EE.UU., alterando el equilibrio previo. Esta idea refuerza que, si bien los electores pueden ser generalmente rutinarios, en circunstancias excepcionales también pueden reacomodar sus lealtades de forma lógica.

Retomando y desarrollando ideas ya presentes en Downs y Key, Morris Fiorina desarrolló en 1981 un análisis formal del voto retrospectivo en su libro *Retrospective Voting in American National Elections*. Fiorina argumentó que muchos ciudadanos no tienen, pero tampoco requieren, una elevada sofisticación política prospectiva -es decir, no evalúan detalladamente las plataformas futuras de los candidatos-. Les basta con hacer un balance retrospectivo. Si el votante percibe que la situación nacional y personal ha mejorado bajo el gobierno en ejercicio, tenderá a votar por su continuidad; si ha empeorado, apoyará a alguna oferta opositora. La elección se convierte así en un referéndum sobre el desempeño gubernamental.

En términos teóricos, Fiorina refinó el concepto de identificación partidaria de Michigan, proponiendo que la afiliación partidaria podría entenderse como una suerte de “registro contable” (*running tally*) que el votante actualiza a lo largo del tiempo en función de las experiencias que tiene con cada partido. En consecuencia, en lugar de ser una lealtad ciega, la identificación partidaria sería más flexible y sensible a la gestión: por ejemplo, un votante del partido A podría volverse independiente o simpatizante del partido B si sucesivos gobiernos de A le decepcionan en sus resultados, y viceversa. Esta lectura concilia la idea de largo plazo de Michigan con la evidencia de que ciertos votantes racionales, pero poco informados e ideológicamente inconsistentes, cambian de partido: no es contradicción, porque el *running tally* supone que las lealtades pueden moverse razonablemente según el desempeño evaluado.

En la misma línea, aunque con una formulación más sistemática, Arthur Lupia y Mathew D. McCubbins, en *The Democratic Dilemma* (1998), abordan el problema de la ignorancia racional: debido a que es costoso informarse, muchos ciudadanos conocen muy poco de política, lo cual compromete la noción de un electorado racional y responsable. Sin embargo, Lupia y McCubbins sostienen que incluso con información limitada, los votantes pueden tomar decisiones similares a las que tomarían si estuvieran mejor informados, siempre y cuando utilicen eficientemente atajos informativos.

Estos atajos pueden ser señales proporcionadas por diversas fuentes: por ejemplo, la afiliación partidaria del candidato (un votante que sabe que el candidato X es del partido A puede inferir rápidamente su posición general), la opinión de líderes o referentes que resultan confiables, o incluso variables como la ya mencionada situación económica. Lupia y McCubbins argumentan que, bajo ciertas condiciones -especialmente cuando las fuentes de información (expertos, medios, líderes) son

confiables y comparten algunos incentivos con el votante- este último puede tomar decisiones acordes con sus intereses, sin tener que volverse un experto en cada tema relevante de la agenda pública.

En esta misma dirección, Popkin (1991) propuso una concepción del votante como un actor de racionalidad limitada, que compensa su falta de información mediante el uso de heurísticas cognitivas y señales indirectas, tales como el contexto económico, el desempeño mediático o la reputación de los candidatos. Esta perspectiva también busca hacer convivir la escasa sofisticación política documentada en numerosos estudios empíricos con una posible racionalidad adaptativa.

Por mucho tiempo se dio por hecho que la economía influye porque todos los ciudadanos desean “buenos tiempos” y premian o castigan al gobierno según cómo vayan las cosas. Ese es el enfoque de valencia que sigue la línea de Stokes y la idea del *electorado responsable* de Key (Stokes, 1963, 1969; Key, 1966). Más tarde, esta teoría fue formalizada como voto retrospectivo por Fiorina, con evidencia de que los votantes suelen mirar más la economía del país que la de su propio bolsillo (Kinder y Kiewiet, 1981; Fiorina, 1981). Los trabajos de Lewis-Beck, como el que realiza en coautoría con Nadeau (2011), no discuten esa base, pero proponen abrir el lente. Ellos muestran que en la elección presidencial norteamericana de 2008 la economía “ingresa por varias puertas”. La primera es la clásica (valencia): evaluar si la economía va mal o bien. La segunda es de posición en políticas: por ejemplo, qué tan progresivo debería ser el sistema tributario. Y la tercera es el patrimonio: no solo el ingreso, sino lo que el ciudadano posee (casa, auto, acciones, empresas), que no vota “directo” pero sí moldea identidades partidarias e ideológicas, y por esa vía el voto. El resultado es simple de decir, pero con implicancias potentes: la valencia y la posición pesan directamente sobre la elección, mientras que el patrimonio opera como andamiaje que empuja a largo plazo hacia ciertas lealtades y visiones (Lewis-Beck y Nadeau, 2011).

Una contribución decisiva para el caso latinoamericano proviene de la politóloga María Celeste Ratto. Su argumento despeja una confusión empírica y normativa muy extendida: no es lo mismo el apoyo al partido de gobierno que el apoyo a la democracia. Con un andamiaje que combina la teoría del voto económico con el enfoque de *accountability* electoral, Ratto (2011; 2013) muestra que, frente a malos resultados económicos, los ciudadanos pueden castigar racionalmente a los oficialismos, sin que ello suponga un rechazo al régimen democrático. Esta distinción, a tono con la intuición del electorado responsable (Key, 1966) y con la concepción de las elecciones como mecanismo de control (Manin, Przeworski y Stokes, 1999), ordena el diagnóstico: el descontento económico no erosiona necesariamente la legitimidad del sistema; antes bien, la refuerza cuando los votantes perciben que su sanción tiene efectos.

Metodológicamente, el estudio se apoya en encuestas comparadas (Eurobarómetro y Latinobarómetro) y modelos logísticos para Europa, América Latina y Argentina, con un supuesto de racionalidad limitada: aun con información acotada, los ciudadanos usan heurísticos para decidir (*low-information rationality*). El patrón que emerge es consistente con el consenso comparado, pero con acentos regionales. Primero, la evaluación sociotrópica retrospectiva -cómo perciben la economía del país- tiene un impacto particularmente alto en el apoyo al oficialismo en Argentina, mayor incluso que el observado para Europa y la región en su conjunto. Segundo, la dimensión prospectiva no solo existe, sino que puede superar a la retrospectiva en ciertos momentos (por ejemplo, 2000 y 2004, no así 1996). Puesto de otro modo, en contextos de inestabilidad y reformas, los votantes ponderan ex-

pectativas futuras tanto como (o más que) el balance pasado, un resultado compatible con decisiones bajo incertidumbre.

Una última imagen: la batalla cultural en el comportamiento electoral

Desde fines del siglo XX, pero con renovado impulso en las últimas décadas, ha crecido una literatura que reconfigura los términos del análisis del comportamiento electoral. Esta producción académica se distancia, al menos parcialmente, de las explicaciones basadas exclusivamente en variables estructurales de clase o en alineamientos partidarios duraderos, para poner en el centro de la escena las identidades culturales, los valores sociales y las percepciones subjetivas de amenaza o exclusión. En este marco, factores como la edad, el género, la educación y las actitudes frente al cambio social cobran un nuevo protagonismo explicativo.

Una referencia central de esta literatura es la obra de Ronald Inglehart y Pippa Norris, especialmente *Cultural Backlash* (2019), donde se postula que la creciente polarización política en las democracias occidentales responde a una reacción de sectores conservadores frente a la extendida difusión de valores posmaterialistas, cosmopolitas, igualitarios y progresistas. Esta tensión entre valores tradicionales y posmaterialistas actúa, según los autores mencionados, como un nuevo clivaje cultural que estructura las preferencias políticas, reordenando coaliciones electorales y alimentando el ascenso de partidos autoritarios o populistas de derecha en distintas latitudes. Lejos de entender estos fenómenos como anomalías o regresiones, Inglehart y Norris proponen que son respuestas reactivas -aunque no necesariamente irrationales- ante transformaciones socioeconómicas, generacionales y culturales profundas.

En una línea convergente, el politólogo británico Matthew Goodwin ha sostenido que variables clásicas como el ingreso o la ocupación han perdido poder explicativo frente a divisiones identitarias más ligadas al nivel educativo, la territorialidad y las percepciones culturales. En *National Populism* (Eatwell y Goodwin, 2018) se describe el surgimiento de una “política del resentimiento” cultural, donde sectores de clases medias y trabajadoras perciben que sus valores y estilos de vida tradicionales están siendo desplazados por agendas globalistas, tecnocráticas o progresistas. Desde esta mirada, el clivaje dominante no sería ya la fractura social entre capital y trabajo, sino entre ciudadanos autopercebidos como parte de una nación, cultura o modo de vida amenazado versus élites multiculturales.

Uno de los elementos más debatidos dentro de esta constelación de investigaciones es la creciente polarización educativa. Trabajos como los de Andrew Marble (2022) o Noam Gidron y Peter Hall (2017) han demostrado que el nivel educativo se ha convertido en una variable predictiva central del voto en muchas democracias occidentales, a menudo incluso más que el nivel de ingreso. En general, votantes con educación superior tienden a inclinarse por opciones progresistas, cosmopolitas o ambientalistas, mientras que sectores con menor nivel educativo se orientan hacia ofertas más nacionalistas, conservadoras o autoritarias. Esta división se relaciona con visiones opuestas sobre la globalización, la migración, la integración supranacional y los cambios en los roles de género dentro de la sociedad.

En este nuevo escenario, la política se vuelve crecientemente estructurada por batallas culturales que reconfiguran al electorado en torno a cuestiones de identidad, pertenencia, valores morales y esti-

los de vida. Este fenómeno no niega por completo la vigencia de variables clásicas como la clase social o la identificación partidaria, pero las resignifica en relación con nuevos conflictos culturales. En lugar de lealtades heredadas, se observan alineamientos volátiles y afectivamente intensos en torno a grandes narrativas de sentido, muchas veces articuladas por liderazgos populistas o movimientos antisistema.

Para concluir puede afirmarse que las investigaciones más recientes sobre comportamiento electoral han complejizado las explicaciones fundacionales de la historia moderna al introducir variables culturales y disposiciones subjetivas como claves explicativas de la decisión del voto. La edad, el género, la educación y la orientación frente a las transformaciones socioculturales del siglo XXI se revelan como dimensiones imprescindibles para comprender los patrones electorales contemporáneos. Muy lejos de clausurar los debates, estos aportes invitan a repensar las herramientas analíticas con que las disciplinas interesadas en estudiar el comportamiento electoral abordan la pregunta inicial que anima este capítulo: ¿por qué votamos como votamos?

Palabras finales

El estudio del comportamiento electoral ha evolucionado integrando múltiples perspectivas teóricas, cada una arrojando luz sobre distintos aspectos del complejo proceso por el cual los ciudadanos forman sus preferencias políticas y eligen a sus representantes. La Escuela de Columbia mira al votante inserto en un entramado social de influencias grupales, poniendo de relieve la persistencia de lealtades sociológicas y el poder de las interacciones personales en la conformación de la decisión de voto. La Escuela de Michigan desplazó el foco hacia el individuo y sus actitudes, revelando que las elecciones políticas pasan por el filtro de identidades partidarias y afectos arraigados, más que por cálculos fríos o ideologías elaboradas. La teoría de la elección racional introdujo un útil contraste al modelar al votante como un maximizador de utilidad, destacando la lógica instrumental detrás del voto retrospectivo y problematizando el acto de votar desde la perspectiva del interés individual. Las revisiones cognitivas y de información, a su vez, reconciliaron en parte estos enfoques al mostrar cómo los votantes con recursos cognitivos limitados pueden, no obstante, comportarse de manera racional usando atajos, siempre dentro de marcos institucionales que les provean información confiable.

Cada modelo tiene sus límites: el sociológico puede subestimar el cambio y la autonomía individual; el psicológico puede pecar de determinista al privilegiar predisposiciones estables; el racional puro asume un nivel de información y cálculo que pocas veces existe; el modelo de atajos informativos depende de que haya buenas señales, lo que no siempre se cumple (especialmente en entornos con desinformación deliberada). Sin embargo, lejos de ser excluyentes, estos enfoques son en gran medida complementarios. En la realidad, el comportamiento electoral resulta de la interacción entre predisposiciones de largo plazo (identidades sociales, partidarias, valores culturales) y evaluaciones de corto plazo (desempeño económico, eventos coyunturales, atractivo de candidatos), todo ello procesado por individuos con capacidades cognitivas limitadas pero insertos en una trama social que le provee simplificaciones y referencias para decidir.

Las tendencias contemporáneas -desalineamientos partidarios, realineamientos en torno a nuevos clivajes culturales, volatilidad electoral- sugieren que ninguna teoría por sí sola basta para explicar el panorama completo. La ciencia política hoy suele emplear modelos que incluyen variables socio-estructurales (clase, religión, educación), psicológicas (partidismo, ideología, valores), económicas

(percepciones de bienestar) y contextuales (instituciones, oferta electoral) para explicar y predecir el comportamiento electoral.

En definitiva, el análisis del voto ha transitado desde las explicaciones estructurales del elector influenciado por su grupo, pasando por el elector guiado por su partido, luego el elector maximizador de beneficios, hasta considerar al elector como un aprendiz adaptativo en un entorno de información compleja. Cada perspectiva aporta piezas valiosas para entender al *homo elector* contemporáneo: un ciudadano que es simultáneamente miembro de colectivos sociales, poseedor de lealtades afectivas, calculador interesado de resultados y limitado conocedor que necesita simplificar la toma de decisión.

Referencias bibliográficas

- Berelson, B. R., Lazarsfeld, P. F., & McPhee, W. N. (1954). *Voting: A study of opinion formation in a presidential campaign*. University of Chicago Press.
- Campbell, A., Converse, P. E., Miller, W. E., & Stokes, D. E. (1960). *The American voter*. John Wiley & Sons.
- Converse, P. E. (1964). The nature of belief systems in mass publics. En D. E. Apter (Ed.), *Ideology and discontent* (pp. 206–261). Free Press.
- Downs, A. (1957). *An economic theory of democracy*. Harper and Row.
- Eatwell, R., & Goodwin, M. (2018). *National populism: The revolt against liberal democracy*. Penguin.
- Fiorina, M. P. (1981). *Retrospective voting in American national elections*. Yale University Press.
- Gidron, N., & Hall, P. A. (2017). The politics of social status: Economic and cultural roots of the populist right. *The British Journal of Sociology*, 68(S1), S57–S84. <https://doi.org/10.1111/1468-4446.12319>
- Inglehart, R., & Norris, P. (2019). *Cultural backlash: Trump, Brexit, and authoritarian populism*. Cambridge University Press.
- Key, V. O. (1955). A theory of critical elections. *The Journal of Politics*, 17(1), 3–18. <https://doi.org/10.2307/2126401>
- Key, V. O. (1966). *The responsible electorate: Rationality in presidential voting, 1936–1960*. Harvard University Press.
- Kinder, D. R., & Kiewiet, D. R. (1981). Sociotropic politics: The American case. *British Journal of Political Science*, 11(2), 129–161.

Lazarsfeld, P. F., Berelson, B. R., & Gaudet, H. (1944). *The people's choice: How the voter makes up his mind in a presidential campaign* (2nd ed.). Columbia University Press.

Lewis-Beck, M. S., & Nadeau, R. (2011). Economic voting theory: Testing new dimensions. *Electoral Studies*, 30(2), 288–294.

Lipset, S. M., & Rokkan, S. (1967). Cleavage structures, party systems, and voter alignments: An introduction. En S. M. Lipset & S. Rokkan (Eds.), *Party systems and voter alignments: Cross-national perspectives* (pp. 1–64). Free Press.

Lupia, A., & McCubbins, M. D. (1998). *The democratic dilemma: Can citizens learn what they need to know?* Cambridge University Press.

Manin, B., Przeworski, A., & Stokes, S. (1999). Elections and representation. En B. Manin, A. Przeworski, & S. Stokes (Eds.), *Democracy, accountability and representation* (pp. 29 - 48). Cambridge University Press.

Marble, W. (2022). Education and voter turnout: Evidence from a large-scale field experiment in the United States. *American Political Science Review*, 116(2), 663–680. <https://doi.org/10.1017/S000305542100103X>

Popkin, S. L. (1991). *The reasoning voter: Communication and persuasion in presidential campaigns* (2nd ed.). University of Chicago Press.

Ratto, M. C. (2011). El proceso de atribución de responsabilidades en América Latina: Un estudio sobre el voto económico entre 1996 y 2004. *Revista SAAP*, 5(1), 59-92.

Ratto, M. C. (2013). Accountability y voto económico en América Latina: Un estudio de las pautas de comportamiento electoral entre 1996 y 2004. *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 3, 49-80.

Stokes, D. E. (1963). Spatial models of party competition. *American Political Science Review*, 57(2), 368–377.

Stokes, D. E. (1969). Valence issues and the vote. *American Political Science Review*, 63(2), 389–402.

La política como trama. Élites partidarias en tiempos de fragmentación.

Gastón Kneeteman

Introducción

Hay opiniones que manifiestan, sobre la base del sentido común, que la política es un arte, otras que no es más que una forma refinada del engaño. En el ámbito académico sostenemos que es una ciencia. El sociólogo alemán Max Weber, de quien no se puede sospechar desapego al método científico, en su clásico libro *Economía y sociedad* (2008) afirmaba que quizás la política no sea ninguna de esas cosas, sino una forma específica de vivir, un modo de relación con el mundo atravesado por la tensión entre la vocación y la profesión. “Ser político”, entonces, sería habitar ese intersticio donde el ideal se encuentra con el cálculo, donde la palabra se desgasta en la administración cotidiana del poder y donde, sin embargo, persisten ciertas obstinaciones. En sus postulados sobre la práctica política, Weber estableció una conocida distinción: quienes viven *para* la política y quienes viven *de la* política. Los primeros serían los que la conciben como una misión, una entrega, una forma de sentido vital; los segundos, los que hacen de ella un oficio, una fuente de ingresos, un medio de vida. Pero lo interesante, como luego señalaría Bourdieu (1982), es que no se trata de dos categorías cerradas, escindida una de la otra, sino de un movimiento circular. Es así que solo se puede vivir de la política a condición de vivir para ella. Dicho de otro modo, la eficacia del político profesional no reside únicamente en su control de los recursos materiales o simbólicos del campo político, sino en su capacidad para generar la certeza (en los otros y a sí mismo) de que su oficio es también un servicio, de que su interés particular coincide, de algún modo, con el interés general. Vive *de* porque vive *para*, alternando ego con altruismo.

Se debe tener presente que Bourdieu (1982) proponía, precisamente, que la política debe entenderse como un *campo* relativamente autónomo, estructurado por relaciones de fuerza entre agentes que poseen diferentes volúmenes y tipos de capital-económico, social, simbólico- y que luchan por el monopolio legítimo de la representación. En ese campo, los políticos profesionales no son meros individuos, sino posiciones que se definen por su relación con los otros actores (por ejemplo, los militantes, electores, periodistas o empresarios) y por las reglas del juego que estructuran lo que puede y lo que no puede decirse, hacerse o creerse legítimo. Como lo explica Meichsner (2007), el campo político bourdieuano se sostiene en un delicado equilibrio entre la ilusión de la autonomía (la idea de que la política tiene sus propias leyes) y la permanente presión de los intereses externos (económicos, mediáticos, morales) que buscan colonizarlo. De ese modo, la política aparece como un oficio particular, donde las palabras pesan y las promesas se cotizan. No hay en ella pureza posible, porque la eficacia del político radica, paradójicamente, en su capacidad para combinar creencia y cálculo. Entonces, el político no es ni héroe ni impostor, es un tejedor de sentidos, alguien que se mueve entre el compromiso y la astucia, entre el sacrificio y la supervivencia. En esa tensión, se condensan también las representaciones sociales que “los argentinos” tenemos sobre el poder, la decencia y la moral pública. Es por este motivo que sobrevive la sospecha de que todo político “vive de los demás”, y a la vez la expectativa de que alguno, quizás, viva *para* nosotros.

Los partidos políticos son uno de los escenarios institucionales donde esas tensiones se cristalizan. En este sentido, Robert Michels (2003) advertía tempranamente sobre la “ley de hierro de la oligar-

quía”: toda organización, incluso las más democráticas, tiende a generar élites internas que monopolizan la decisión. En su análisis clásico, los partidos surgían como herramientas de participación, pero terminaban convirtiéndose en maquinarias de control. Esa lógica, lejos de ser una patología, era para Michels una consecuencia estructural, ya que el crecimiento organizativo exige especialización, y la especialización produce jerarquías. Así, el ideal de la democracia interna cede ante la necesidad de la eficacia política. Décadas después, los estudios comparados sobre partidos retomaron y complejizaron este diagnóstico. Gibert y Günther (2002) realizaron una revisión crítica de la literatura, mostrando cómo el análisis de los partidos se desplazó desde una visión normativa, es decir centrada en la representación de intereses, hacia una comprensión más sociológica de sus funciones reales, por lo tanto, al análisis de las élites, la producción de identidades políticas, y mediación entre el Estado y la sociedad. En América Latina, Alcántara Sáez (2004) analizó esa tensión entre *instituciones y máquinas ideológicas*, subrayando que los partidos latinoamericanos no pueden entenderse sin considerar las redes personales, las tradiciones caudillistas y los vínculos clientelares⁴⁵ que les otorgan sustento.

En Argentina, la ambivalencia entre organización y carisma, entre estructura y mito, no solo atraviesa al Partido Justicialista y a la Unión Cívica Radical, constituye el pulso mismo de la política nacional. No obstante, producto de lo profuso de la bibliografía en ambos casos, el texto se abocará, en estas páginas introductorias, a estos dos partidos como punto de partida. Como sostiene Grimson (2019), el peronismo no es simplemente una organización con raíces sindicales o un movimiento de masas; es una forma de narrar la nación, un lenguaje de pertenencia donde lo popular se vuelve experiencia antes que doctrina. Su fuerza no reside en la estabilidad de sus estructuras, sino en su plasticidad. Es decir, la capacidad de rehacerse una y otra vez sobre las ruinas de sus propias crisis, articulando nuevas combinaciones entre lealtad y poder, entre pueblo y conducción. En esa metamorfosis incesante, ya vislumbrada por Levitsky y Wolfson (2004), se revela una lógica vital. En el sentido de los trabajos citados, el peronismo sobrevive porque logra traducir el conflicto social en relato colectivo, hacer del desencanto materia de recomposición. Por otro lado, la UCR también ha constituido un mito fundante, que en ese imaginario la representa como el espejo moral de la política argentina. Su tradición republicana, como observa Palermo (1986), erige discursivamente a la ética como principio de autoridad y la austeridad como signo de virtud. Pero también ella, pese a su pretensión de transparencia, se ve atravesada por la competencia interna, las lógicas de aparato y los pactos de oportunidad. Las fronteras entre convicción y estrategia, entre vocación y cálculo, no separan tanto a peronistas y radicales. Como a ningún otro partido político.

En esa tensión, Obradovich (2016) ilumina un punto cardinal, centrado en que la fe política no desaparece cuando se profesionaliza la política, sino que muta en capital simbólico. La entrega y la devoción, que antaño se leían como gestos morales, se transforman en instrumentos de consagración. Vivir de la política, en sentido Bourdieuiano, no equivale al usufructo material, sino a sobrevivir dentro de un campo donde prestigio, confianza y reputación se intercambian como monedas invisibles. Volviendo a Grimson, el autor trabaja esa trama de creencias y pasiones, recordando que el peronismo,

⁴⁵ Soprano (2002), entiende al clientelismo político como una forma de sociabilidad, en la que diferentes actores se relacionan y participan en la política a través de vínculos de ayuda y compromiso mutuo. Plantea que no debe verse solo como un intercambio de favores, sino como una manera concreta, dentro del peronismo, de crear y mantener relaciones, lealtades y formas de participación política. Autores como Hobert (2007) mostraron claramente, que el clientelismo, es más una condición de la vida social antes que una particularidad de la política partidaria. Esta idea fue profundizada en Kneeteman (2025, pp. 146-155).

como mito y como práctica, condensa una manera de sentir la política; no como una técnica de gestión, sino como una estética del vínculo.

En el sentido expresado, comprender la política exige mirar a sus élites⁴⁶ no como un bloque homogéneo, sino como los actores que encarnan esa dialéctica entre carisma y estructura. Son ellas quienes dramatizan las tensiones entre vivir para la política y vivir de ella, entre el servicio y la carrera. Las trayectorias de ministros, intendentes o asesores revelan la dimensión biográfica del poder, la manera en que la experiencia personal se trena con la legitimidad pública. En el peronismo, los relatos cristalizados sobre esa identidad, sostienen que la movilidad se mantiene en la astucia y la lealtad; en el radicalismo, en la trayectoria y la reputación moral. Pero en ambos casos, a la vista de la bibliografía especializada, la política aparece como un espacio donde las biografías devienen en signos del orden social, y donde la lucha por el sentido sigue siendo, todavía, el arte más persistente de la representación. Pero más allá de las diferencias partidarias, lo que define a las élites políticas es su capacidad para moverse en los intersticios del campo, para convertir la experiencia en recurso, la palabra en credencial, la red en poder. No son meros administradores de cargos, son narradores de legitimidad, portadores de una memoria selectiva que justifica su presencia. Entender sus trayectorias, sus aprendizajes, sus derrotas, sus modos de persistir, permite leer, en clave de sociología política, las lógicas más profundas de la representación. En última instancia, estudiar a las élites políticas es observar la política desde su propia fragilidad. Porque, como en la tela de araña, cada hilo que sostiene el poder depende de la tensión justa entre la confianza y la sospecha, entre la convicción y el cálculo. Allí, donde los nombres se repiten y los relatos se reinventan, se teje la trama de un oficio que, aunque muchos den por caduco, sigue siendo el arte de vivir *para* y de la política al mismo tiempo. En las páginas que siguen, este trabajo propone una exploración de las formas del comportamiento político en las democracias liberales. La pregunta que lo orienta es sencilla en su formulación y amplia en su alcance: ¿cómo se producen y reproducen las formas organizadas del poder político en contextos de pluralismo competitivo?

El enfoque sobre los partidos y sus actores no busca destacar un objeto entre otros, sino señalar un punto de observación desde el cual leer el funcionamiento del orden político. No se intenta resolver las oposiciones que lo atraviesan, sino reconocerlas, situarlas y abrirlas a la interpretación. Tampoco se parte de la idea de que la política de partidos agote la imaginación política ni que las instituciones democráticas representen su única forma posible. Es por este motivo que el capítulo aborda las dinámicas de las élites y de los partidos desde una perspectiva sociológica y antropológica que atiende a las tramas simbólicas, las formas de liderazgo y las relaciones de poder que configuran el campo político. La variedad de enfoques no se presenta como un obstáculo sino como una condición para observar el fenómeno político en sus distintas escalas: desde las estrategias de quienes dirigen hasta las prácticas que sostienen sus posiciones. La articulación entre perspectivas teóricas y metodológicas no responde a una búsqueda de eclecticismo, sino a una necesidad de comprensión. La política, como práctica social, no puede ser capturada por un único lenguaje. Su estudio requiere herramientas que permitan describir sus dimensiones institucionales, simbólicas y culturales, sin disociarlas de las relaciones sociales que las producen.

⁴⁶ En este trabajo, la referencia a élite o élites políticas se debe interpretar como aquellos grupos situados en posiciones de dirección, decisión y representación dentro del campo político, cuyas trayectorias, recursos y vínculos sociales permiten comprender los modos de acceso, reproducción y legitimación del poder estatal y partidario en contextos históricos específicos.

Finalmente, el capítulo introduce al lector en el análisis de la política de partidos en las democracias liberales. Lo hace reconociendo la existencia de otras formas posibles de organización política y de otros modos de pensar la relación entre representación, poder y legitimidad. El abordaje combina el análisis teórico, la reconstrucción empírica y una lectura interpretativa que busca comprender las condiciones bajo las cuales la política se organiza, se ejerce y se legitima en la vida colectiva. En un tiempo en que la vida política oscila entre el repliegue en lógicas tecnocráticas y el estallido de formas desinstitucionalizadas de expresión, interrogar a los partidos, constituye también un modo de pensar las condiciones de posibilidad de la democracia. Y ello, como toda forma de indagación rigurosa, exige tiempo, distancia y lenguajes precisos.

La profesión política como práctica simbólica

El estudio de las élites políticas reúne posiciones teóricas y epistemológicas diversas. Algunas se enfrentan, otras se complementan. En este marco, comprender la práctica política exige partir de la idea de que “no se trata únicamente de gobernar, sino de encarnar el gobierno” (Lagroye, 1993, p. 45). La profesión política se sostiene en una paradoja, en la cual, la acción de gobierno no se reduce a la gestión, sino que implica una forma de producción simbólica en la que las decisiones se enlazan con rituales, discursos y actos que otorgan sentido al ejercicio del poder. Inspirado en la sociología de Pierre Bourdieu (2001) y en los trabajos de Karina Kuschnir (2003) sobre la etnografía de lo político, este capítulo aborda la política como un campo con reglas propias, en el que sus actores operan mediante un *habitus* que orienta prácticas y percepciones⁴⁷, y que permite la acumulación y conversión de capitales (Gené, Vommaro et al., 2018). Si la política es un oficio encarnado, los gestos, la vestimenta y los modos de hablar de quien ocupa un cargo actúan como signos que legitiman o cuestionan su autoridad. La comprensión de este oficio implica reconocer que un actor político se mueve en distintos escenarios (debates, entrevistas, reuniones o recorridos territoriales) donde el sentido se produce y circula según códigos específicos, incluidos los que se despliegan en los entornos digitales. Pensar la política exige extender el análisis más allá de su dimensión material.⁴⁸ Michel Offerlé (2004) señala que reducirla a la conquista o administración del poder impide captar la capacidad que ésta práctica

⁴⁷ Este capítulo adopta como eje teórico la sociología de Pierre Bourdieu y se apoya en un conjunto de categorías que permiten situar los fenómenos en su contexto relacional. El concepto de “campo” designa un espacio social estructurado, en el que individuos e instituciones compiten por posiciones y recursos, disputando formas de poder y reconocimiento. Cada campo posee reglas propias y distintos tipos de capital —económico, social, cultural y simbólico—, que organizan su dinámica interna y establecen su relativa autonomía respecto de otros campos. El capital económico refiere a los recursos materiales convertibles en otras formas de capital; el capital social, a las redes de vínculos y apoyos que pueden movilizarse estratégicamente; el capital cultural, a los saberes, competencias y disposiciones adquiridas que otorgan legitimidad; y el capital simbólico, al reconocimiento social que se funda en la percepción legítima de los anteriores. El *habitus*, por su parte, es el sistema de disposiciones interiorizadas que orienta percepciones, juicios y prácticas. No se reduce a hábitos, sino que actúa como principio estructurante de las acciones y de la lectura del mundo social. La relación entre campo y *habitus* explica los procesos de reproducción y transformación de las estructuras sociales. Buena parte de esta arquitectura conceptual se despliega en obras como *El sentido práctico. Cuestiones de sociología y Meditaciones pascalinas*. Una síntesis esclarecedora puede encontrarse en Chevallier y Chauviré (2011).

⁴⁸ Un ejemplo paradigmático es la figura del militante, analizada por Offerlé (2004). En Argentina, el militante no es un mero operador, sino un productor de significados; su cuerpo, vestido con la camiseta partidaria, desplegado en marchas se convierte en un instrumento de legitimación. Aquí, la dimensión simbólica excede lo utilitario de la política teje redes invisibles donde el poder se ejerce mediante gestos y rituales.

tiene para modificar la lógica en la que produce sentidos. La profesión política se define por un *ethos* que combina competencias técnicas y disposiciones corporales y discursivas, aquello que Bourdieu (1982) denominó el arte de “hacer creer”.⁴⁹ Como plantean Gené, Vommaro et al. (2018), las élites políticas locales construyen autoridad a partir de tensiones entre continuidad y cambio.

Es imprescindible considerar que el político profesional actúa en un partido y asume un rol socialmente reconocido. El estilo de un dirigente, entendiendo por esto su tono, gestualidad y léxico, no es accesorio, sino una especie de “marca” incorporada que traduce trayectorias en un campo donde el capital simbólico resulta tan relevante como el económico. En cada estructura partidaria, los grupos sostienen su posición mediante mecanismos de cooptación y renovación parcial. Parafraseando a Bourdieu, esta dinámica refleja la *illusio* del campo; algo que se puede relacionar con la creencia en el juego político como fin en sí mismo, que justifica la competencia por el reconocimiento. Siguiendo a Kuschnir (1996, 2000), es posible matizar esta lectura estructural y destacar la agencia de los actores. Las élites no solo reproducen posiciones, sino que negocian y redefinen las reglas en contextos cotidianos, desde asambleas y locales barriales hasta medios de comunicación. La profesión política no se separa de las dimensiones que la construyen. En el Congreso, en actos partidarios o en eventos públicos, los actores actualizan un repertorio de prácticas que son parte de la producción de autoridad. Este proceso constituye una forma de transformación simbólica (Bourdieu, 1989) donde la política se presenta como vocación y oficio.

Entre estructuras institucionales y tramas relationales. Un análisis de la politicidad partidaria

En el sentido común, la política suele pensarse mediante categorías simples que ordenan la experiencia. Sin embargo, para las ciencias sociales, esas simplificaciones limitan la comprensión de las prácticas y de las formas en que los actores actúan en lo público. La sociología política, según Jacques Lagroye (1993), parte del principio de que la política no constituye un ámbito separado de la vida social, sino una modalidad específica de producción de creencias, representaciones y prácticas. El enfoque de Lagroye, en línea con el constructivismo estructural de Bourdieu, se distancia tanto del institucionalismo normativo como de las lecturas conductistas. Propone analizar las formas de dominación legítima en su historicidad y contingencia (Weber, 2008). La política, en su planteo, no existe antes de las luchas por definirla, puesto que es un espacio relativamente autónomo donde los actores, dotados de recursos desiguales, buscan acumular capital político, entendido como la capacidad de consagrar qué se reconoce como “lo político” y quién puede hablar en su nombre. Este campo se organiza mediante diferenciaciones internas y competencias simbólicas por el monopolio de la representación legítima. En ese marco, la sociología política de Lagroye traslada el foco desde las decisiones visibles hacia los dispositivos que construyen legitimidad. Partidos, funcionarios, periodistas y expertos participan en la producción de sentido, disputando la definición legítima de la situación política.

Para Lagroye, es necesario evitar tanto una sociología estructural sin subjetividad como una fenomenología sin estructuras. Investigar la política implica reconstruir los dispositivos que producen

⁴⁹ En Argentina, como en cada sociedad, este proceso adopta formas históricas propias. Es más, sería incorrecto hablar de “una forma argentina” de construcción de sentidos discursivos y corporales de lo político. Las características de la acción política encuentran variaciones entre regiones, provincias e, inclusive, entre ciudades de una misma provincia.

creencias, las trayectorias que habilitan posiciones, los *habitus* que predisponen a ciertas prácticas y las formas institucionales que estabilizan estas configuraciones. Sin embargo, su énfasis en la autonomía del campo tiende a relegar otras formas de producción de lo político. En este punto se sitúa la crítica de Frédéric Sawicki (1997, 2011), quien retoma de Bourdieu la centralidad de las disposiciones adquiridas, pero cuestiona la idea de un campo aislado. Su propuesta busca recuperar la densidad de los vínculos de militancia y de compromiso político en contextos situados.

Sawicki discute la tendencia a pensar los partidos como estructuras cerradas o regidas exclusivamente por la lógica del capital político. Plantea una sociología relacional de los entornos partidarios que considere las prácticas políticas en su inscripción cotidiana. Se refiere con esto, a la incidencia que tienen, por ejemplo, los vínculos vecinales, familiares, laborales, sindicales o religiosos. El compromiso político, sostiene, no puede comprenderse sin atender a los lazos afectivos, los intercambios materiales y los repertorios morales que lo sostienen. Sus estudios restituyen las mediaciones que vinculan a los actores con los partidos, no solo como organizaciones formales, sino como espacios de socialización prolongada. Esta mirada relacional desplaza el foco desde las posiciones estructurales hacia las redes de pertenencia y circulación, y desde las reglas del juego hacia las condiciones que hacen posible el compromiso. Frente a la autonomización del campo político en Lagroye, Sawicki propone una reterritorialización de lo político. El análisis se orienta hacia las tramas donde la política se entrelaza con otras esferas (doméstica, económica o religiosa) sin perder su especificidad. La política se configura, así como una red de relaciones en la que las jerarquías se producen y se reconfiguran en interacción con lo social.

Pensar la politicidad partidaria desde esta perspectiva implica observar las zonas donde lo político se sostiene fuera del centro, en los márgenes, en espacios cotidianos que raramente se asocian con la producción de autoridad. Sawicki permite reconocer estas dimensiones y ampliar el campo de observación. Su aporte no busca refutar a Lagroye, sino extender su mirada hacia los procesos que dan forma a las prácticas y vínculos que sostienen la acción política. La política, vista de este modo, no se explica únicamente desde las cúpulas ni desde la estructura institucional, sino desde las tramas que conectan lo público con lo doméstico y que otorgan continuidad al compromiso. En ellas, como en una red que mantiene su forma más por la tensión de sus hilos que por su centro, se sostiene la politicidad de lo social.

El desarrollo etnográfico relacional de las élites políticas y las redes partidarias

La presencia constante de estudios sobre las élites políticas en Argentina puede leerse como un intento por trazar un mapa de las formas en que se ocupa, reproduce y circula el poder en sus dimensiones estatales y paraestatales. Esa insistencia muestra una tradición que, aunque discontinua, revela las tensiones que articulan el problema de la dominación con las maneras en que las ciencias sociales buscan volverla visible y comprensible. Gené y Vommaro señalan que las investigaciones sobre élites han atravesado ciclos de producción intensa, centrados en el análisis estructural y formal de las trayectorias dirigentes; y en etapas de retracción, en las que el objeto parecía desdibujarse bajo perspectivas más amplias o por la revisión crítica de la categoría misma. En diálogo con ese recorrido, y retomando la propuesta reconstructiva de Gené y Vommaro, se trata de interrogar tanto las condiciones de producción de los estudios sobre élites en Argentina como los marcos que han permitido observar

procesos usualmente mediados por la opacidad institucional. El aporte de Frédéric Sawicki (2011, pp. 43-46) ofrece un punto de apoyo para ese desplazamiento. Su trabajo parte de casos empíricos para revisar los supuestos que han guiado las lecturas dominantes. Posiciones que solamente señalan la idea de que las élites son portadoras de una coherencia interna o de un *habitus* homogéneo y previo a la experiencia política. En lugar de ello, propone atender a los modos relationales y contingentes por los cuales se construyen los espacios de pertenencia y legitimidad.

Desde esa perspectiva, el concepto de entorno partidista permite pensar la militancia y el ejercicio de funciones políticas como configuraciones abiertas, atravesadas por circuitos múltiples de reconocimiento, legitimación y sanción. Tales entornos exceden la formalidad de los partidos y no se reducen a sus afiliados. Funcionan como redes densas donde convergen actores, prácticas y bienes simbólicos, pero también vínculos personales, trayectorias escolares, posiciones morales y lealtades territoriales que sostienen estructuras de cooperación y exclusión (Kneeteman, 2025). Sawicki (2011, p. 44) propone comprender el entorno como un espacio de socialización y circulación de capitales diversos, donde se ponen en juego procesos de aprendizaje y formas de legitimidad no siempre codificadas.

Este enfoque se articula con la concepción relacional del campo político propuesta por Pierre Bourdieu (2001). En ese marco, la política se entiende como un espacio de luchas por posiciones, definido por el volumen y la composición de los capitales en disputa. El capital político, en su interacción con los capitales social, cultural y simbólico, organiza el acceso a los lugares de poder a través de una trama de disposiciones y relaciones estructurales. Analizar las élites implica, entonces, examinar los procesos mediante los cuales se consolidan o bloquean ciertas trayectorias, y no describir un grupo preconstituido. Esa mirada permite revisar los mecanismos de selección, exclusión y reconocimiento que ordenan las jerarquías, así como el trabajo de legitimación que los actores realizan en el tiempo. La lectura de Sawicki (1997) sobre el Partido Socialista francés aporta claves comparativas para pensar el caso argentino⁵⁰. A través de una etnografía centrada en las formas de sociabilidad y en los circuitos de confianza y cooptación, el autor muestra que la pertenencia partidaria se sostiene en vínculos informales y mediaciones locales. Esa observación permite identificar la importancia de espacios cotidianos (locales de agrupaciones, asados compartidos, amistades, rituales) como escenarios donde se actualizan sentidos de pertenencia (Kuschnir, 2002). Ese proceso encierra una cierta pedagogía del afecto político; una transmisión encarnada de disposiciones y sensibilidades que no replica mecánicamente un *habitus* colectivo, sino que se aprende en la práctica, por imitación o contraste (Kuschnir, 2007a).

Bourdieu (1986) permite situar allí, en los vínculos cotidianos y los espacios en que circulan, el papel del capital simbólico como principio de visión y división. El mecanismo que habilita o niega el reconocimiento de quienes portan el “aire de familia” del grupo dirigente, incluso sin títulos formales que lo certifiquen. En este sentido, la observación etnográfica de los entornos partidarios y de las formas cotidianas de pertenencia ofrece una vía para reconsiderar los estudios sobre élites políticas en Argentina. Más que describir biografías o reglas de acceso a cargos, se trata de indagar los modos de habitar, representar y justificar las posiciones, así como las prácticas que las producen y reproducen. La convergencia entre los aportes de Sawicki y Bourdieu habilita una orientación analítica que puede

⁵⁰ Anteriormente se enfatizó en que no se puede hablar, más que como una convención, de “la sociedad argentina” o “la sociedad francesa”. La oración de la que se desprende esta nota es, entonces, una herramienta de construcción argumental. De forma similar, vale decir que comparar partidos políticos, en este caso, argentinos y franceses es solo con el propósito de construir un ejercicio explicativo e interpretativo.

denominarse etnografía relacional de las élites. No se propone reemplazar el análisis estructural ni el enfoque biográfico, sino articularlos con herramientas que iluminen las dimensiones performativas y simbólicas de la política. Una sociología de los entornos partidistas y de las redes de legitimación simbólica no se limita a mapear cargos ni a describir trayectorias, sino que indaga cómo se produce la autoridad, cómo se construye la confianza, cómo se define quién puede hablar en nombre de otros. En ese marco, los afectos, los estilos y las formas de hacer política se vuelven un objeto legítimo de análisis.

Volver a la noción de entorno permite completar la idea de élite, presentada en la segunda nota al pie del capítulo. Es así que una élite, en este caso político partidaria, no es una unidad cerrada, sino el resultado de múltiples operaciones simbólicas y alianzas informales que se despliegan en distintas escalas. Desde los vínculos personales hasta las instituciones, desde los territorios hasta los medios, desde los gestos hasta los títulos. Los estudios subnacionales muestran la importancia de atender esas escalas, donde las alianzas, los conflictos y los entramados de la acción política se vuelven más perceptibles. En esos niveles, la política aparece menos como institución y más como textura. Es decir, la práctica política se presenta como una trama de relaciones que exige reconstruir los recorridos individuales y los puntos de contacto que los enlazan.

Si la política puede entenderse como campo relacional (Bourdieu, 2001) y como experiencia situada que se aprende y se vive (Kuschnir, 2007b), la pregunta por las élites no se limita a quiénes son, sino que se extiende a cómo llegan a serlo y en qué condiciones logran visibilidad. Esta perspectiva dialoga con los aportes de la antropología política argentina, en especial con Frederic y Soprano (2005), quienes propusieron pensar la política desde la reconstrucción situada y la historicidad de las prácticas, más allá del repertorio institucional. En ese marco, la noción de élite se concibe como efecto de prácticas de inscripción, reconocimiento y legitimación desplegadas en distintos niveles, y no como entidad preexistente.

Escalas y espesores de lo político

Sabina Frederic y German Soprano (2009) propusieron pensar las escalas en el análisis de lo político no como niveles fijos, sino como construcciones conceptuales y prácticas. Dicho de otro modo, lo local, lo provincial o lo nacional no designan solamente dimensiones espaciales, sino modos de clasificar, jerarquizar y reconocer posiciones dentro de un orden. De esta forma, no se piensa ni se actúa igual la política “nacional” o “municipal”, por ejemplo.

Es importante, tener en cuenta que las escalas son operaciones que se realizan tanto en el trabajo científico como en la acción de los propios actores, y que producen efectos de visibilidad y legitimidad. Solo que, en la dimensión del dirigente o el militante, la política municipal es una cosa y para el analista científico lo importante es comprender lo que piensa y como actúa “el político”; claro que lo hace desde una posición subjetiva. Así, cuando se define una “élite nacional” o un “referente local”, se enuncian resultados de procesos situados en los que se condensan trayectorias, contextos y capacidades para sostener posiciones de dirección. Desde esta mirada, las élites políticas pueden entenderse como posiciones relacionales, cuyos límites se definen por la posibilidad de escalar prácticas y de convertir capitales en distintas arenas de uno de los tipos de poder. El trabajo etnográfico adquiere aquí un papel central, pues permite observar cómo ciertos actores logran transformar una referencia barrial en una legitimidad provincial o una gestión municipal en un capital reconocible en la escena nacional. En

este sentido, la lectura de Sawicki sobre los entornos partidarios ofrece una clave empírica para pensar la escala como fenómeno relacional. Frederic y Soprano insisten en no confundir escala con tamaño ni jerarquía con intensidad. Existen prácticas de alto peso simbólico que ocurren en contextos subalternos, así como posiciones institucionales sin legitimidad efectiva.

El análisis de Sawicki (2011) contribuye a pensar esas transformaciones como parte de un proceso continuo. Los actores no se mueven entre escalas preexistentes, sino que las producen en el curso de sus trayectorias. Lo que se disputa en los entornos políticos es la posibilidad de ser reconocido como parte de un orden legítimo, de ocupar un lugar desde el cual las palabras y los gestos adquieran efecto. Comprender las escalas implica, entonces, observar cómo se construye esa legitimidad en contextos específicos y cómo se combinan las dimensiones personales, institucionales y territoriales que le dan forma. Desde esta mirada, las élites no son, como se adelantó, conjuntos cerrados ni estructuras fijas. Son configuraciones que se sostienen en prácticas de relación, en la circulación de recursos y en la capacidad de los actores para moverse entre distintos espacios de reconocimiento. El análisis de las escalas de lo político, tal como proponen Frederic, Soprano y Sawicki, permite seguir esas trayectorias sin presuponer jerarquías dadas, observando cómo se producen, se transforman y se disputan en la vida cotidiana de la política.

Dos trabajos permiten avanzar en la comprensión de cómo se configuran las élites y los entornos de poder en la política argentina. El primero, de Boivin, Rosato y Balbi (1998), parte de una elección municipal en Victoria, Entre Ríos. En esa escena, un grupo de referentes cercanos a un intendente que no consigue la reelección acusa al candidato derrotado en la interna de haber “llamado a votar” por el opositor, antecediendo el triunfo de este último. La figura de la “traición” aparece allí como categoría analítica antes que moral. Permite leer los procesos de redefinición del reconocimiento y de la pertenencia dentro de un grupo político. Traicionar no significa solo romper un acuerdo; implica alterar las condiciones bajo las cuales los vínculos mantienen validez y sentido. La escena del “enemigo que abraza con entusiasmo” muestra que las élites no son estructuras fijas de acumulación, sino espacios donde se negocia la pertenencia y se redefinen los límites de los grupos en disputa. En estos procesos, las conversiones partidarias, los realineamientos y las adhesiones imprevistas operan como mecanismos que reordenan la trama simbólica del poder. Desde la lectura de Bourdieu (1986), tales movimientos expresan el carácter estratégico de las disposiciones. En este sentido, las élites se estructuran a partir de competencias situadas que permiten actuar en escenarios variables. En ese marco, la traición puede leerse como una forma de intervención que modifica posiciones y habilita nuevos circuitos de circulación política.

El segundo trabajo, de Ortiz de Rozas y Sosa (2022), analiza el kirchnerismo en las provincias argentinas y reconstruye las variaciones que el proyecto nacional adoptó en distintos territorios. Cada experiencia provincial articula actores, memorias y tradiciones previas que dotan de sentido local a la inscripción de un mismo signo político. En su introducción, las autoras plantean que el kirchnerismo fue “una maquinaria de sentidos que se insertó en territorios con memorias políticas diferenciadas y con actores ya posicionados” (Ortiz de Rozas & Sosa, 2022, p. 22). Las élites provinciales, en este esquema, no pueden explicarse solo por decisiones emanadas del centro, sino por la capacidad de los dirigentes locales de combinar recursos nacionales con repertorios propios. Cada provincia constituye una configuración particular donde la legitimidad se construye en el entrelazamiento de esos elementos.

Ambos casos permiten recuperar la invitación de Sawicki (2011) a pensar los entornos políticos como espacios de disputa. Las élites no operan como unidades homogéneas, sino como formaciones

que se redefinen en la lucha por el sentido legítimo de lo político. En los niveles municipales o provinciales, esa disputa se hace visible en la cercanía entre los actores y sus públicos, donde los vínculos, las mediaciones y las rupturas se exponen con mayor nitidez. Alianzas, cambios de filiación y reconfiguraciones de lealtades funcionan como prácticas que redistribuyen posiciones y reordenan las escalas del poder. Desde este enfoque, la etnografía de las escalas no busca solo describir el tránsito de los actores entre distintos niveles institucionales, sino reconstruir los desplazamientos simbólicos que los convierten en figuras de proyección provincial o nacional. Atender a todas las densas capas de la acción política, de “lo político” significa, implica seguir los múltiples sentidos que acompañan los procesos de legitimación y observar cómo se entrelazan las dimensiones institucionales, relaciones y narrativas de la acción. Las jerarquías no se sostienen solo en estructuras formales, sino en prácticas que actualizan, en cada contexto, las condiciones que hacen posible la autoridad.

Comprender las élites bajo esta mirada requiere observar cómo se producen y se transforman las fronteras del reconocimiento. Los vínculos, los gestos y las estrategias de posicionamiento configuran los mecanismos cotidianos mediante los cuales la política se reproduce y se redefine. En esa dinámica, las escalas (como forma de situarse en la política) no anteceden a la acción, sino que son su producto. Son los actores, en el curso de sus trayectorias, quienes les dan forma, convirtiendo los espacios y las relaciones en territorios de sentido donde se juega la continuidad y la transformación del poder.

Entre la profesión, el campo y la red. Tramas de la política y sus entornos

Retomando ideas ya presentadas, la política (en tanto práctica social) no puede reducirse a la existencia de aparatos partidarios o instituciones formales. Se dijo ya que, como sugieren Bourdieu y quienes lo retoman en clave etnográfica, se trata de un campo de sentido donde convergen disputas por recursos simbólicos, sociales y culturales, junto con la búsqueda de legitimidad. Pensar la política como campo implica asumir que en su interior se producen y reproducen jerarquías, competencias y modos de reconocimiento. En este espacio, las relaciones no se explican solo por la ocupación de cargos o por la pertenencia partidaria, sino por el modo en que los actores logran habitar posiciones reconocidas como legítimas.

El ejercicio político, entonces, no se limita al cumplimiento de tareas institucionales, sino que se sostiene en una práctica que combina rutinas, gestos y modos de intervención que otorgan densidad al reconocimiento social. Sawicki, al incorporar la noción de redes, agrega que los entornos partidarios se comprenden mejor cuando se observan las relaciones efectivas entre actores, los modos en que circulan los recursos y las formas en que se activan vínculos de confianza.

En diálogo con Karina Kuschnir (2007b), la perspectiva de Sawicki, permite pensar las prácticas políticas como actuaciones situadas, en las que la legitimidad se construye en el hacer. Desde la etnografía, desnaturalizar la idea de “profesión política” implica observar cómo se producen los límites de ese oficio y cómo los actores los sostienen mediante diferentes estrategias, las cuales; como también ya se dijo, articulan capitales diversos. En este sentido, la noción de campo de Bourdieu ofrece un marco para comprender el partido político como un espacio de competencia por recursos escasos. La obtención de esos recursos depende de la capacidad de organizar actores y movilizarlos en torno a objetivos compartidos. Es decir, de convencer. Convocar a la conveniencia de integrar un grupo, convocar a la conveniencia de llamar a sufragar por un partido, persuadir de votar “por alguien”. En esta dinámica

intervienen capitales de distintas procedencias: redes familiares, relaciones clientelares, pertenencias barriales o comunitarias, y apelaciones a valores de participación o democratización.

La imagen de la “tela de araña” (Kneeteman,2025), ofrece una herramienta analítica para comprender cómo se anudan y reconfiguran esas relaciones. Las lealtades y jerarquías se sostienen en tramas que combinan proximidad, reciprocidad y poder, y que solo se vuelven visibles cuando se observan los movimientos que las tensan o las reordenan. En este plano, las redes políticas no son simples estructuras de comunicación, sino dispositivos que producen formas de cohesión y de desigualdad. Kuschnir (2003) advierte que las élites políticas enfrentan, en ciertos contextos, la paradoja de presentarse como agentes de modernización mientras recurre a capitales tradicionales para mantener cohesión. Esta tensión muestra que los procesos de institucionalización conviven con lógicas de personalización. Si se acepta que existe algo así como una profesión política, esta no constituye un universo cerrado ni autónomo, sino un entramado donde lo simbólico y lo material se entrecruzan. Las élites locales, observadas en su proximidad cotidiana, revelan que el poder se ejerce no solo desde los espacios formales, sino en los márgenes y en los intersticios donde se sostienen los vínculos sociales.

Repensar las élites desde la perspectiva de los entornos y las redes implica cuestionar la idea de autoridad como atributo dado. Como plantea Bourdieu (2007b), el poder simbólico solo opera cuando es reconocido, y ese reconocimiento se construye en la interacción cotidiana. En esas tramas, los gestos, los silencios y las prácticas reiteradas producen el entramado invisible que sostiene la autoridad. Una sociología relacional, en este sentido, permite analizar la dominación política como un proceso en movimiento, anclado en relaciones vivas y cambiantes. Comprender la política como entorno y como red es reconocer que la autoridad no solo se enuncia, sustancialmente, se habita.

La articulación entre la sociología de las élites y la de los entornos redefine el objeto político como un fenómeno situado. Su inteligibilidad depende tanto de las estructuras que organizan el poder como de las micropolíticas que le otorgan forma en la vida cotidiana. El desafío, como advirtió Bourdieu (2003), consiste en desarmar los mecanismos que convierten ciertas invisibilidades en condiciones estructurales de dominación. La etnografía, en este sentido, permite examinar los procesos mediante los cuales la autoridad se instituye y se naturaliza, y cómo las redes, los partidos y las trayectorias personales configuran los marcos de su legitimidad.

Analizar las élites exige, entonces, entrelazar reflexión sobre el lenguaje, la mirada y la contingencia. Más que identificar a los actores “poderosos”, se trata de entender cómo esos actores adquieren reconocimiento, cómo se sostienen en sus posiciones y cómo estas se transforman. Las élites no son portadoras inmutables de poder, sino participantes en un juego en el que la legitimidad se gana, se negocia y se pierde. La antropología política, al dialogar con la sociología relacional, muestra que la política se compone de escalas superpuestas, de relaciones de vecindad y de prácticas que sedimentan autoridad. En ese entramado, la etnografía no solo observa, sino que permite reconstruir los modos en que el poder circula, se acumula y se reconfigura en los hilos visibles e invisibles que sostienen la trama de lo político.

Elites políticas en tiempos de fragmentación. A modo de conclusión

Cuando las élites políticas logran afianzarse, tienden a replegarse sobre sí mismas. El cierre de sus círculos internos, la consolidación de redes que funcionan como filtros de acceso y legitimidad, produce una forma de aislamiento que debilita los vínculos entre distintos niveles del Estado. A medida que se refuerzan esas fronteras invisibles, se erosionan también los canales de articulación entre las escalas política, territorial y administrativa. Las negociaciones pierden espesor y las mediaciones, que, por ejemplo, alguna vez unieron a intendentes con gobernadores, o a estos con la presidencia, se vuelven más esporádicas, y los acuerdos tienden a desplazarse hacia otros actores, en especial hacia empresarios locales o regionales. Como si la política se hubiese desplazado del terreno institucional al de la gestión económica, la trama del poder se vuelve una red transversal en la que las decisiones se negocian entre gobiernos locales-regionales y sectores empresariales antes que entre los niveles formales del Estado.

En ese nuevo paisaje, cobra fuerza una idea que atraviesa buena parte de los discursos contemporáneos: la “municipalización” de la política. Se la presenta, no sin algo de razón, como un modo de acercar la gestión a la gente, de devolver a los gobiernos locales la capacidad de intervenir de forma directa en la resolución de los problemas cotidianos. El argumento, sostenido desde distintos espacios, enfatiza que los intendentes, por estar más próximos a la población, conocen mejor las necesidades de su territorio y, por lo tanto, pueden decidir con mayor precisión cómo invertir los recursos públicos. Sin embargo, el problema central no reside en quién administra los fondos sino en quién concentra la recaudación y cuál es el criterio. La cuestión de fondo, como muestran las dinámicas fiscales del Estado argentino, tiene que ver con las escalas del poder económico y político.

En un marco de descentralización de la gestión los municipios y las provincias quedan a cargo de ejecutar políticas sociales y de infraestructura sin contar con los recursos suficientes para hacerlo. Esa limitación empuja a las élites locales a centrar sus esfuerzos en la visibilidad de la gestión, en mostrar resultados inmediatos. La política se traduce así en una práctica orientada a la administración del presente, donde lo urgente se impone sobre lo estructural. En este contexto, la eficacia comunicacional reemplaza a la construcción política. El dirigente se convierte en gestor y su liderazgo se mide por la capacidad de comunicar éxitos locales, más que por su inserción en un proyecto colectivo. El resultado es una política de escala reducida, en la que cada intendente o gobernador procura distinguirse por su capacidad de resolver los problemas inmediatos de su distrito. Esa búsqueda constante de diferenciación genera competencia entre territorios vecinos y acentúa la fragmentación del sistema político. Las políticas de desarrollo, salud o educación se diseñan de manera aislada, sin coordinación con las estrategias provinciales o nacionales. De este modo, las desigualdades entre territorios se amplían y la posibilidad de construir identidades políticas amplias se debilita. Las élites locales se concentran en su propio espacio de gestión, y los partidos, al perder cohesión, refuerzan esa tendencia centrifuga.

Esta dinámica se observa con claridad en los grandes conurbanos —el Gran Buenos Aires, el Gran Rosario, el Gran Córdoba—, donde la vida cotidiana de las poblaciones desborda los límites administrativos. Las personas circulan, trabajan y consumen atravesando fronteras municipales que la política trata como compartimentos estancos. La gestión pública se organiza como si cada municipio fuera un mundo cerrado, ajeno a las interdependencias que definen la vida urbana. En ese marco, cada intendente busca afirmar su autoridad sobre el territorio propio y demostrar autonomía económica, en una competencia permanente por recursos, obras y legitimidad. La política local se transforma en

una sucesión de gestos de diferenciación, una carrera por exhibir eficiencia administrativa en espacios donde las condiciones estructurales de desigualdad permanecen estables.

La fragmentación de los partidos políticos contribuye a profundizar esta forma de organización. La perdida de cohesión interna y de vínculos entre niveles partidarios genera estructuras más dependientes de los liderazgos territoriales. En lugar de proyectos nacionales, emergen administraciones locales sostenidas en acuerdos coyunturales y en redes personales de poder. Como advierte Sadin (2022), este desplazamiento de lo colectivo hacia lo individual responde a una lógica cultural más amplia, propia de la “era del individuo tirano”. En ese contexto, la política se privatiza; el dirigente se convierte en gestor de una “pequeña soberanía”, en figura visible de una administración que legitima su poder en la gestión particular antes que en un programa común.

Comprender esta reorganización del espacio político requiere observar las redes locales donde se entrelazan élites, empresarios y funcionarios. En esas tramas se definen hoy buena parte de las dinámicas del poder en argentina. Las negociaciones presupuestarias, las estrategias de visibilidad pública y las alianzas empresariales configuran un nuevo tipo de escena política donde la capacidad de gestión y comunicación adquiere un peso central. El análisis de estas redes no solo permite entender cómo se organizan y funcionan las élites y se estructura el poder a nivel municipal, sino también cómo se reconfiguran las fronteras entre lo local, lo provincial y lo nacional en un contexto de creciente descentralización simbólica.

La escena política actual, fragmentada y territorializada, puede leerse también como síntoma de un cambio más amplio en la relación entre Estado y ciudadanía. La gestión se convierte en un lenguaje dominante, capaz de sustituir a la representación como fuente de legitimidad. El poder político ya no se construye únicamente a través de partidos o instituciones, que den sustento discursivo y programático a las élites dirigenciales; sino también en el terreno de la comunicación y de la presencia territorial. Esta transformación, visible en la proliferación de liderazgos locales, redefine las formas de pertenencia política y los modos de entender la eficacia del Estado.

En este contexto, los aportes teóricos de las ciencias sociales permiten observar las élites políticas como actores que operan simultáneamente en distintos niveles: el institucional, el simbólico y el relacional. Desde la sociología política y la antropología se ha mostrado que el poder no se reduce a las estructuras formales, sino que se produce y reproduce en tramas sociales, en vínculos y prácticas que otorgan sentido a la autoridad. Las élites, en este marco, no solo administran recursos, sino que construyen legitimidad a través de símbolos, discursos y gestos que les permiten mantenerse como referentes de un orden político determinado.

Es importante, en estos últimos párrafos, destacar la idea de que ningún enfoque por sí solo alcanza para comprender la complejidad del fenómeno político. Las acciones de los dirigentes se inscriben en un campo de fuerzas donde interactúan condicionamientos estructurales e iniciativas personales. Es imprescindible señalar que en el marco del siglo XX se podía estimar, con un importante grado de cercanía a los hechos, que los capitales (sociales, culturales y simbólicos) que los actores movilizaban definían las reglas del juego, al mismo tiempo que esas reglas se transforman con cada cambio en las relaciones de poder. En este sentido, la política contemporánea puede pensarse como un espacio en constante redefinición, donde las fronteras entre gestión, representación y comunicación se vuelven porosas. Las élites locales, los partidos, las redes empresariales y los medios de comunicación confor-

man una red compleja que articula intereses y legitimidades. Analizar esta red exige una mirada plural, capaz de combinar las perspectivas estructurales con la observación de las prácticas cotidianas.

Finalmente, aproximarse al estudio de la política desde una perspectiva interdisciplinaria (integrada por la sociología, la antropología, la ciencia política, la historia o la psicología) no constituye una opción metodológica más, sino una necesidad para captar la riqueza del fenómeno. Solo al entrecruzar las escalas estructurales con las prácticas y significados concretos es posible comprender cómo se producen y reproducen las formas organizadas de lo político. En lugar de clausurar los debates, esta mirada invita a continuar interrogando críticamente a las élites de los partidos políticos, pero no solamente a ellos; sino también en las otras formas de poder reconocibles en la sociedad. Con la premisa presente que “la política”, lejos de ser un espacio cerrado, es una trama en movimiento donde se redefinen, una y otra vez, algunas de las formas del poder y de la representación.

Referencias bibliográficas

- Accardo, A., y Corcuff, P. (1986). *La sociologie de Bourdieu (textos seleccionados y comentados)*. Le Mascaret.
- Alcántara Sáez, M. (2004). *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos políticos latinoamericanos*. ICPS.
- Boivin, M., Rosato, A., y Balbi, F. (1998). Quando o inimigo te abraça com entusiasmo... Etnografia de uma traição. *Maná*, 4(2), 35–65.
- Bourdieu, P. (1982). La representación política. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (36–37), 3–24.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. En J. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241–258). Greenwood.
- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y Fuente Oral*, (2), 27-33.
- Bourdieu, P. (2001). *El campo político*. Plural.
- Bourdieu, P. (2003). *Cuestiones de sociología*. Ediciones Istmo.
- Bourdieu, P. (2007a). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007b). *O poder simbólico*. Editora Bertrand.
- Chevallier, S., y Chauviré, C. (2011). *Diccionario Bourdieu*. Ediciones Nueva Visión.

Frederic, S., y Soprano, G. (2005). Cultura y política en etnografías sobre la Argentina. En S. Frederic y G. Soprano (Comps.), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 11–66). Universidad Nacional de Quilmes.

Frederic, S., y Soprano, G. (2009). Construcciones de escala de análisis en el estudio de la política en sociedades nacionales. En S. Frederic y G. Soprano (Coords.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina* (pp. 13–46). UNGS/Prometeo.

Gené, M., Mattina, G., Ortiz de Rozas, V., y Vommaro, G. (2018). Los estudios sobre élites políticas en la Argentina: una historia de idas y vueltas. En G. Vommaro y M. Gené (Comps.), *Las élites políticas en el Sur: un estado de la cuestión de los estudios sobre la Argentina, Brasil y Chile* (pp. 91–152). Los Polvorines: UNGS.

Gibert, J. R. M., y Günther, R. (2002). Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica. *Revista de Estudios Políticos*, (118), 9–38.

Grimson, A. (2019). *¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover a la política argentina*. Siglo XXI.

Hobert, R. (2007). Entre el portazo y la zanahoria. La docencia por el honor en la UBA. *Apuntes de Investigación del CECYP*, (12), 167–178.

Kneeteman, G. (2025). *Sobre la tela de una araña. Alianzas y disputas en el radicalismo entrerriano (1983–2011)*. Imago Mundi.

Kuschnir, K. (2002). Rituais de comensalidade na política. En I. Barreira, B. Heredia y C. Teixeira (Orgs.), *Como se fazem eleições no Brasil: estudos antropológicos*. Relume Dumará.

Kuschnir, K. (1996). Cultura e representação política no Rio de Janeiro. En M. Palmeira y M. Goldman (Orgs.), *Antropologia, voto e representação política*. Contracapa.

Kuschnir, K. (2003). Uma pesquisadora na metrópole: identidade e socialização no mundo da política. En G. Velho y K. Kuschnir (Orgs.), *Pesquisas urbanas. Desafios do trabalho antropológico*. Jorge Zahar Editor.

Kuschnir, K. (2007a). *Antropologia da política*. Jorge Zahar Editor.

Kuschnir, K. (2000). *Eleições e representação no Rio de Janeiro*. Relume-Dumará/NuAP-MN-UFRJ.

Kuschnir, K. (2000). *O cotidiano da política*. Jorge Zahar Editor.

Kuschnir, K. (2007b). Aprender a pesquisar: etnografia e política nas ciências sociais do Brasil. *Revista Horizontes Antropológicos*, 13(27).

Lagroye, J. (1993). *Sociología política*. FCE.

Levitsky, S., y Wolfson, L. (2004). Del sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999. *Desarrollo Económico*, 44, 3-32.

Meichsner, S. (2007). El campo político en la perspectiva teórica de Bourdieu. *Iberoforum. Revista de Ciencias Sociales*, II (3), 1-22. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=211015576006>

Michels, R. (2003). *Los partidos políticos II. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Amorrortu.

Obradovich, G. (2016). *La conversión de los fieles*. Teseo Editorial.

Offerlé, M. (2004). *Los partidos políticos*. LOM.

Ortiz de Rozas, V., y Sosa, P. (2022). Introducción. En V. Ortiz de Rozas y P. Sosa (Comps.), *El kirchnerismo en las provincias argentinas (2003-2015)* (pp. 19-52). UNL/UNGS.

Palermo, V. (1986). *Democracia interna en los partidos: las elecciones partidarias de 1983 en el radicalismo y el justicialismo porteños*. Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Sadin, É. (2022). *La era del individuo tirano: el fin de un mundo común*. Caja Negra.

Sawicki, F. (1997). *Les réseaux du Parti socialiste. Sociologie d'un milieu partisan*. Belin.

Sawicki, F. (2011). Para una sociología de los entornos y de las redes partidistas. *Revista de Sociología*, (25), 37-53.

Soprano, G. (2002). A favor de una etnografía sobre clientelismo político y peronismo. *Desarrollo Económico*, 42(167), 483-488.

Torres, P. (2002). *Votos, chapas y fideos. Clientelismo político y ayuda social*. De la Campana.

Weber, M. (2008). *Economía y sociedad*. FCE.

Liderazgos y representación en contextos de mediatización de la política

Andrea Ariza

Durante las últimas dos décadas, la representación política tradicional -ciudadanos que votan cada cuatro años y delegan poder- comenzó a mostrar grietas evidentes. Diversos autores (Rosanvallon, 2009; Annunziata, 2015; Saward, 2010) coinciden: el voto solo ya no es suficiente para garantizar una representación legítima en las democracias contemporáneas. Esta crisis responde a fenómenos convergentes: las promesas electorales perdieron credibilidad (Mansbridge, 2003), surgieron nuevos formatos representativos más allá de las urnas, y la política se personalizó dramáticamente. Los líderes individuales -no los partidos- ocupan ahora el centro de la escena, utilizando medios de comunicación y redes sociales para establecer vínculos directos e inmediatos con los ciudadanos. Esta centralidad encierra una paradoja: mientras los líderes protagonizan cada vez más la política, simultáneamente son blanco de desconfianza y cuestionamiento ciudadano sin precedentes (Rosanvallon, 2007). La legitimidad electoral resulta frágil y efímera. Por eso deben cultivar incesantemente una relación directa y continua con su comunidad política, reclamando día tras día su condición de representantes legítimos. Ya no basta con ganar una elección.

Entonces, ¿cómo construyen los líderes políticos la legitimidad para representarnos? Lejos de ser un vínculo automático o permanente, la representación política constituye un proceso dinámico y conflictivo. Según Saward (2010), los líderes deben reivindicar continuamente su condición de representantes a través de diversas estrategias simbólicas y comunicativas, mientras que los ciudadanos evalúan y validan -o rechazan- esas pretensiones representativas.

Este capítulo propone una aproximación teórica al estudio de la representación política y el liderazgo en contextos de mediatización avanzada. Desde una perspectiva constructivista y relacional, se sostiene que la representación no debe entenderse como un vínculo establecido únicamente en el momento electoral, sino como un proceso abierto y permanentemente disputado. En este marco, los liderazgos se configuran mediante operaciones simbólicas que buscan interpelar a una comunidad política específica, construyendo sentidos compartidos sobre el presente y el futuro colectivo.

La comunicación política emerge así no como una dimensión secundaria o instrumental, sino como elemento constitutivo del acto representativo mismo. Es *en y a través* de la comunicación —particularmente mediante la construcción de relatos— que los líderes postulan su legitimidad, definen la figura del representado y proyectan sus propias visiones acerca de la comunidad política. Las narrativas políticas operan como dispositivos mediante los cuales se articulan identidades, se establecen fronteras simbólicas entre “nosotros” y “ellos”, y se configuran horizontes de expectativa compartidos.

En el escenario actual, marcado por la hipermediatización y la expansión de las plataformas digitales, las redes sociales se constituyen en espacios privilegiados para la construcción y exposición de estas reivindicaciones representativas. Allí, los líderes despliegan lo que denominamos *narrativas representativas*: conjuntos coherentes de relatos en los que construyen su identidad como líderes, presentan un modelo de ciudadano ideal y esbozan una comunidad política imaginada (Ariza, 2024). Las redes sociales habilitan una comunicación directa y desintermediada que amplifica la dimensión emocional

del discurso político, reconfigurando las formas tradicionales de mediación entre representantes y representados.

Este capítulo busca entonces contribuir a la comprensión de cómo se construye la autoridad política contemporánea y cómo las tecnologías de la comunicación digital transforman no solo las estrategias de presentación pública de los líderes, sino también las dinámicas mismas del proceso representativo.

La representación política y las elecciones

En la actualidad, la mayoría de las democracias son representativas, es decir, sistemas políticos organizados en torno a la transmisión representativa del poder. Por lo que la representación se ha convertido en un componente estructural de la democracia contemporánea, particularmente en aquellos sistemas en los que la ciudadanía elige a quienes la gobernan. Para autores como Manin (1998) y Sartori (1999), la democracia representativa se define por un conjunto de rasgos centrales: la celebración de elecciones periódicas, la independencia relativa de los representantes, la existencia de una opinión pública libre y el principio de responsabilidad política frente a los electores.

Ahora bien, ¿qué significa “representar”? Podríamos decir en primera instancia que el concepto de representación implica cierta complejidad, por los múltiples y variados debates que suscita y por las diversas perspectivas que posee y que no se agotan en la representación institucional. Dos grandes autores fueron pioneros al reflexionar sobre este concepto: Hannah Pitkin (2023) y Bernard Manin (1998). En su influyente obra, Pitkin (2023) conceptualizó la representación política como la acción de “actuar en nombre de otros” de manera atenta a sus intereses. Esta definición incorpora dos principios esenciales para el funcionamiento democrático: la autorización -la elección de los representantes por parte de los representados- y la *accountability* -la obligación de rendir cuentas ante ellos. Así, la representación política se mueve en la tensión entre la técnica y la subjetividad, entre la independencia del representante y el mandato de sus electores. Entre sus aportes, Pitkin (2023) argumentó que los diversos teóricos que analizaron el concepto no habían podido reflejar su significado completo, ya que se centraban solo en uno de sus aspectos o dimensiones omitiendo toda referencia a las demás. De esta manera, sostuvo que era necesaria una forma de hacer justicia a las diferentes aplicaciones más destacadas que se habían hecho de la representación en contextos diferentes.

Manin (1998), por otro lado, generó un debate académico sobre el liberalismo, el republicanismo, los gobiernos representativos y la mal denominada crisis de los sistemas políticos o crisis de la representatividad. Su clásico libro inicia con el análisis de la figura del sorteo en la democracia griega y finaliza con la metamorfosis de los sistemas representativos en el mundo moderno. Al analizar cómo se fueron desarrollando los principios del gobierno representativo, el autor describió la evolución de la idea política de la representatividad y precisó cómo pasamos de una distribución igualitaria del poder entre los ciudadanos (el sorteo en la democracia griega, primera idea de representatividad) al consentimiento del poder por parte de los ciudadanos (proceso que se da sobre todo en el feudalismo y se concreta con las revoluciones políticas del siglo XVIII), para, finalmente, terminar en una tercera idea, que es la distinción del poder por parte de los ciudadanos, concepción totalmente aristocrática que se materializó en los sistemas representativos modernos. El autor presentó también los cuatro principios clásicos de los gobiernos representativos: la independencia parcial de los representantes, la libertad de

opinión pública, el carácter periódico de las elecciones y el juicio mediante la discusión. Para Manin (1998) el carácter periódico de las elecciones es la clave de la *accountability* ya que los representantes actúan sabiendo que tendrán que rendir cuentas a sus representados en la próxima elección.

Ambos autores sostienen que las elecciones tienen dos funciones claves para la representación: selecciona a los gobernantes y legitima su poder, creando en ellos un sentimiento de obligación y compromiso con quienes los han designado. Annunziata (2013) sostiene que al constituir la autorización y la *accountability* como el núcleo de la representación democrática, la representación electoral apareció durante mucho tiempo como la única forma de representación sobre la que había que reflexionar. Sin embargo, en los últimos años se han producido una multiplicidad de debates sobre cómo debe entenderse la representación en un contexto de personalización de la política y de crisis de los partidos políticos como intermediarios de la representación. La reflexión sobre las formas no electorales de la representación resulta uno de los terrenos más fértils y promisorios de la teoría política en la actualidad (Annunziata, 2013). Esto se debe a que el concepto de representación no había sido repensado profundamente desde los trabajos clásicos de Pitkin y Manin, y en el presente nos encontramos frente a la apertura de todo un campo de conceptualización novedosa, que se ha dado en llamar “enfoque de la pluralización de la representación”, el debate de la “reconstrucción de la representación” o “giro representativo”. A raíz de algunos fenómenos políticos actuales, más específicamente la insuficiencia de la representación electoral y la paralela proliferación de formas variadas de actividad ciudadana, las investigaciones revisitaron las teorías modernas de la representación en la búsqueda de nuevos conceptos. Entre estas nuevas perspectivas podemos mencionar los trabajos de Michael Saward, Jane Mansbridge, Nadia Urbinati y Pierre Rosanvallon.

Una de las principales visiones que rescataremos en este capítulo es la aportada por Saward (2006). El autor propone realizar un cambio básico en los marcos de referencia: la elección no puede ser el único camino para establecer la condición de representante.⁵¹ Saward (2006) propone expandir la mirada hacia nuevos modos y estilos de representación política, electorales y no electorales, y separar analíticamente lo que la representación es y su instancia institucional.⁵² Esto nos ayudaría a comprender los desafíos que posee la representación política en la actualidad. Una de las principales propuestas de Saward (2006) es entender la representación en los términos de una “reivindicación representativa” de una variedad de actores políticos, en lugar de considerarla como un estado alcanzado o potencialmente alcanzable tras las elecciones. Por ejemplo, un presidente no “es” representante solo porque ganó las elecciones; debe constantemente demostrar y reclamar esa condición: cuando visita una zona afectada por inundaciones y declara “estoy aquí porque soy el presidente de todos los argentinos”, está *reivindicando* su representatividad ante esa comunidad específica. Si los ciudadanos aceptan ese reclamo, la

⁵¹ Desde mediados de la década del 2000, Saward ha desarrollado una teoría que sostiene que si concebimos la representación como un juego de suma cero (sos electo por lo tanto representante, o no) y como un juego institucional cerrado, entonces esta remota sensación de distanciamiento y alienación conduce naturalmente a la condena de la política y del gobierno representativo. Saward (2006) afirma que esta visión de la representación es muy rígida y políticamente muy conservadora; revisitar la teoría puede contribuir a abrir los ojos a nuevos modos y estilos de representación, electorales y no electorales, lo que a su vez podría ayudar a variados actores a abordar la sensación de lejanía e insuficiencia que experimenta la ciudadanía.

⁵² Según Saward, la idea de la “reivindicación representativa” ayuda a relacionar la representación estética y cultural con la representación política, a comprender la importancia de la actuación para la representación, y a tomar la representación no electoral de forma seria, subrayando la contingencia y la contestabilidad de toda forma de representación.

representación se consolida; si lo rechazan (por ejemplo, abucheándolo o cuestionando su ausencia previa), esa reivindicación fracasa. La representación, entonces, no es un estado fijo que se obtiene el día de la elección, sino un proceso continuo de reivindicación y reconocimiento.

Entonces, la representación no es un mero hecho que simplemente “es”; las representaciones de uno mismo y de otros en la política no suceden simplemente, sino que las personas las construyen, las presentan, las reclaman, las hacen. Saward ubica en el centro del escenario a la figura del “hacedor de la reivindicación representativa”: las figuras políticas hacen representaciones de sus circunscripciones, de sus propios países.

Saward sostiene que la representación en política es una vía de doble mano: el representado cumple un rol eligiendo representantes, y los representantes “eligen” a sus electores en el sentido de retratarlos o encuadrarlos en formas particulares y cuestionables. Por ejemplo, cuando un líder político construye su discurso en torno a “la gente de bien que se levanta temprano para ir a trabajar”, no solo describe a sus votantes: los está *construyendo* activamente como un tipo específico de ciudadano. Define quiénes son (trabajadores esforzados), qué valoran (el mérito individual, el sacrificio), y quiénes quedan excluidos de esa categoría (quienes no encajan en ese modelo de “gente de bien”). Así, el líder no solo representa a ciudadanos preexistentes, sino que modela una imagen particular de ellos que refuerza ciertos valores y excluye otros. Los votantes, a su vez, pueden reconocerse o no en esa representación: algunos se sentirán interpelados y aceptarán esa definición de sí mismos, mientras otros la rechazarán por considerarla excluyente o simplista.

En otras palabras, serían los representantes políticos -en este proceso de representación- quienes hacen afirmaciones sobre sí mismos y sobre sus constituyentes (electores, ciudadanos) y sobre los vínculos entre ambos: argumentan que son los mejores representantes de la circunscripción así entendida. La representación política se basa en un proceso de reivindicación representativa donde las figuras políticas son actores creativos, ya que son hacedores de una reivindicación.⁵³ La reivindicación representativa seguiría la siguiente idea: un creador de representaciones presenta un tema que representa un objeto que está relacionado a un referente y se ofrece a una audiencia. La representación es usualmente vista como una concepción triangular: sujeto, objeto y referente. Las reivindicaciones representativas se realizan sobre representaciones, términos y entendimientos existentes que la audiencia reconocerá. De esta manera, el estilo, la sincronización y el contenido de la reivindicación representativa debe aprovechar los marcos contextuales familiares. Por ello, la reivindicación representativa solo funciona o existe, si las audiencias las reconocen de alguna manera y son capaces de absorber y rechazarlos o de comprometerse con ellos.

Saward (2006) sostiene que la reivindicación representativa es una doble reivindicación: sobre una aptitud o capacidad de un posible representante, y también sobre las características relevantes de un posible público. La representación es generada en un proceso de hacer reivindicaciones y su consecuente aceptación o rechazo por las audiencias o partes de audiencias. De hecho, Saward (2006) afirma que se pueden identificar tres características y efectos potenciales que son cruciales para la

⁵³ Saward (2006) resalta que desde este punto de vista ningún aspirante a representante puede lograr completamente la representación o ser totalmente representativo. En la reivindicación siempre hay lugar para cuestionamientos y para el rechazo. Representar es actuar, es acción por actores, y la actuación contiene o se suma a una afirmación de que alguien es o puede ser representativo.

dinámica de poder de la reivindicación representativa: la creación de audiencia, lectura y silenciamiento. Los hacedores de la reivindicación representativa intentan evocar una audiencia que recibirá la reivindicación de una manera determinada y deseada, según los deseos del hacedor. Los hacedores de la reivindicación representativa sugieren a la audiencia potencial que ellos son parte de esa audiencia y que deberían aceptarlo como representante para hablar y actuar por ellos. Sin embargo, el autor es consciente de que no hay reivindicación representativa que no pueda ser contestada o disputada por los observadores o las audiencias. Así, afirma que la reivindicación representativa puede dar lugar a una contra reivindicación o a una negación de una parte de la audiencia que esa reivindicación invoca.

El autor sostiene que esta aproximación es diferente: ve al proceso de reivindicación como el centro de la representación, enfatiza el aspecto performativo más que el institucional de la representación, comienza con lo micro y funciona con lo macro, y crea espacio para el trabajo normativo creativo sobre la radicalización de nuestras nociones de quién y qué puede contar como representativo políticamente. Por ejemplo, cuando un presidente publica *stories* en Instagram mostrando su rutina diaria—haciendo ejercicio, leyendo informes, tomando mate—no está ejerciendo formalmente su cargo institucional, pero está *performando* su representatividad: reivindica ser “uno más”, cercano y transparente. Estos actos micro (cotidianos, informales) van construyendo su legitimidad macro (como líder nacional). Esta perspectiva nos permite ver que la representación no ocurre solo en el Congreso o en actos oficiales, sino también en estos gestos cotidianos que redefinen quién y cómo puede representar políticamente en la era digital.

Otro de los aportes dentro de la pluralización de la representación es el trabajo de Nadia Urbinati (2006), quien argumenta que en la teoría de la representación moderna se fue perdiendo de vista que la soberanía popular constituye una combinación entre voluntad y juicio público. La autora sostiene que en la representación puede delegarse la voluntad pero no por ello se delega completamente la soberanía, ya que el juicio siempre permanece en manos de los representados.⁵⁴ De esta manera Urbinati y Warren (2008) sostienen que la representación electoral sigue siendo crucial en la constitución de la voluntad del pueblo, pero la reivindicación de los representantes electos de actuar en nombre del pueblo se encuentra cada vez más segmentada por temas y sujeta a una más amplia contestación y deliberación de parte de actores y entidades que, del mismo modo, hacen reivindicaciones representativas. Pensemos en las políticas ambientales: un diputado electo puede votar a favor de una ley de explotación minera alegando que representa los intereses económicos de su distrito, pero organizaciones ambientalistas, asambleas ciudadanas y colectivos juveniles cuestionan esa representación y reivindican ser ellos quienes verdaderamente representan el interés público en materia ambiental. Ninguno de estos actores fue electo, pero ejercen su juicio público y disputan activamente el sentido de la representación en ese tema específico.

Por último, Jane Mansbridge (2003) sostiene que en los últimos años han aparecido nuevos modelos de representación que no colocan en el centro a la promesa electoral. La autora señala que, en las últimas dos décadas, los politólogos empíricos han desarrollado descripciones cada vez más sofisticadas sobre la relación entre los legisladores norteamericanos y sus electores; pero que si bien estos

⁵⁴ En términos generales, podríamos decir que la soberanía popular se refiere al principio según el cual el poder político último reside en el pueblo. La voluntad alude a las decisiones o preferencias colectivas expresadas (por ejemplo, a través del voto), mientras que el juicio público es una herramienta institucional que permite deliberar, evaluar y controlar a quienes ejercen el poder.

trabajos empíricos siempre han sido motivados por convicciones normativas sobre qué tipo de relación es mejor que otra, la teoría normativa de lo que constituye una “buena representación” no ha ido a la par de tales descubrimientos empíricos. En este sentido, la autora trabaja para acortar esa distancia y argumenta que más allá del modelo tradicional de representación que tiene como eje la promesa electoral, surgieron nuevos modelos de representación presentes en la política contemporánea. El modelo tradicional de representación, al cual llama representación promisoria, se centraba en la idea de que, durante las campañas, los representantes hacían promesas, que luego podían cumplir o no. Pero, la autora argumenta que durante los últimos veinte años se han identificado otras tres formas de representación que ella denomina: *anticipatoria, giroscópica y por subrogación*.

La primera de ellas, la *anticipatoria*, deriva de la idea del voto retrospectivo: los representantes se centran en lo que ellos piensan que sus electores avalarán en las próximas elecciones y no en lo que ellos prometieron hacer en las anteriores. Por ejemplo, un gobernador que en campaña prometió reducir impuestos puede decidir aumentarlos durante su gestión si percibe que la ciudadanía valorará más en las próximas elecciones haber mantenido los servicios públicos de salud y educación, anticipándose así al juicio futuro de los votantes.

En la representación *giroscópica* el representante se interesa, como base para la acción, en sus concepciones de los intereses en juego, en su “sentido común”, y en principios derivados todos ellos de su propio *background* personal. Imaginemos una legisladora que creció en un barrio obrero y cuya madre trabajó en condiciones precarias: aunque sus votantes actuales sean de clase media, ella impulsa leyes de protección laboral basándose en su propia experiencia vital y sus convicciones sobre lo que es justo, funcionando como una suerte de “brújula interna” que guía sus decisiones independientemente de encuestas o promesas de campaña.

Por último, la representación por *subrogación* se da cuando los legisladores representan a electores que pertenecen a otros distritos. Este sería el caso, por ejemplo, de un senador de la provincia de Buenos Aires que impulsa leyes para proteger la producción vitivinícola de Mendoza, aunque sus votantes directos no estén involucrados en esa actividad económica, porque considera que representa intereses nacionales que trascienden su circunscripción electoral.

En la práctica, Mansbridge (2003) afirma que en la actividad representativa se combinan varias de estas formas de representación. Así, un legislador puede simultáneamente cumplir promesas de campaña (representación promisoria), tomar decisiones basadas en sus valores personales sobre inclusión (representación giroscópica), anticipar qué políticas serán valoradas en la próxima elección (representación anticipatoria) y defender intereses de distritos que no votaron por él (representación por subrogación).

Estas modificaciones en la forma de pensar la representación política vienen de la mano con el desplazamiento que tuvieron los partidos políticos y la continua personalización de la política. Tradicionalmente, la representación política estuvo asociada a la elección. Es decir, elegimos ciertos representantes y a partir de ello, los líderes toman decisiones en representación del pueblo. Sin embargo, en la actualidad, esta idea de representación se encuentra en discusión, ya que algunos autores (Saward, 2014; Mansbridge, 2012) sostienen que la representación va más allá del voto y ocurre también a través de los medios, las redes sociales y otras formas de participación ciudadana. Entre los conceptos

fundamentales para entender estas nuevas modalidades de representación política, el liderazgo ocupa un lugar central, y será objeto de análisis en el próximo apartado.

Liderazgo político ¿de qué forma pensamos al concepto?

El liderazgo ha sido históricamente un tópico de preocupación en la teoría social y política clásica. Sin embargo, Jiménez Díaz (2008) sostiene que el liderazgo es uno de los fenómenos de la historia humana más observado y menos entendido. Esto dio lugar a prolíficos y variados estudios alrededor de este fenómeno. Debido al carácter multidimensional del concepto, en la actualidad, aún no poseemos una definición de liderazgo universalmente aceptada. Es más, existen tantas definiciones de liderazgo como investigadores que se han dedicado al tema y enfoques elegidos.

Desde la sociología política y el constructivismo estructuralista, enfoque desde el cual partiremos, se observó al liderazgo como un proceso en el cual se ejerce poder y/o influencia en colectivos sociales tales como grupos, organizaciones, comunidades o naciones. Este ejercicio de poder está mediado frecuentemente por el carisma personal del líder, quien posee determinadas cualidades que le permiten ejercer influencia sobre una comunidad política. En este apartado realizamos un breve recorrido sobre las diferentes definiciones existentes sobre el liderazgo político.

Existen tres grandes enfoques para estudiar el liderazgo desde una perspectiva sociológica. En primer lugar, la visión subjetivista del liderazgo. En esta perspectiva podemos encontrar aquellos estudios que observan al liderazgo como el conjunto de cualidades personales (atributos individuales de los líderes) o como un modo específico de comportamiento (conductas de liderazgo). En este enfoque se encuentra la teoría de los grandes hombres propuesta por Thomas Carlyle (1888). Los líderes, según Carlyle, son actores de los grandes cambios de la historia y poseen características innatas superiores o distintas al resto de los hombres. Aquí también podríamos ubicar los aportes de Max Weber sobre el liderazgo carismático.⁵⁵ El carisma es entendido como:

...la cualidad que pasa por extraordinaria de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas -extracotidianas y no asequibles a cualquier otro- o como enviados del dios, o como ejemplar, y en consecuencia, como jefe, caudillo, guía o líder (Weber, 2012, p. 193).

En segundo lugar, encontramos la visión objetivista según la cual son las condiciones objetivas-impersonales las que producen a los líderes. Grandes pensadores contemporáneos han acentuado el peso que tienen las situaciones y los contextos sociales en la formación de los líderes, por ejemplo, Karl Marx y la lucha de clases o Herbert Spencer y el darwinismo social.

Por último, existe una tercera posición que busca conciliar las dos posturas anteriores y destacan que es necesario reconocer la interacción entre las características personales de los líderes y las situaciones sociales. Esta tercera posición ha adquirido protagonismo desde el trabajo de Stogdill (1974). Los estudios sobre liderazgo reconocen la importancia de las estructuras sociales y las cualidades personales ya que ambos fenómenos deben pensarse de forma conjunta. A partir de estas reflexiones, se ha desarrollado una teoría de la interacción en la que se destaca la dinámica entre el líder, los seguidores,

⁵⁵ También podríamos ubicar al interior de esta perspectiva las visiones de Platón y el Rey Filósofo, Nicolás Maquiavelo y el Príncipe, y Nietzsche y el Superhombre.

la situación y los objetivos implicados. El liderazgo político, al ser una construcción social, implica diversas relaciones dialécticas: líder y sus seguidores, líder y su contexto, líder y campo político.

Asimismo, a raíz de los cambios políticos y sociales que han atravesado a los partidos políticos, el liderazgo deviene en uno de los recursos principales para los partidos, ya que constituye una de las mejores garantías de éxito a la hora de buscar recursos y apoyos, de competir en el mercado electoral y de desplegar estrategias de dirección gubernamental.

Nos centraremos ahora en la relación entre liderazgos, representación y comunicación. Entendemos que en el proceso de consolidación del liderazgo y en su configuración como representantes políticos, la comunicación cumple un rol central en el proceso de representación. A partir de la comunicación es que los líderes proponen un rumbo, una dirección y un sentido a los ciudadanos. Además, en la actualidad, son los líderes los interlocutores privilegiados con la ciudadanía y son el foco de atención de la opinión pública.

Natera (2014) afirma que uno de los trabajos principales de los líderes consiste en la persuasión a otros miembros de su partido, a sus seguidores, a los ciudadanos y a la opinión pública. Pero ¿cómo podríamos definir al liderazgo? Burns (1978), uno de los autores clásicos sobre el tema y artífice de los conceptos de liderazgo transformacional y transaccional, define al liderazgo como un proceso desarrollado por agentes políticos con diversas motivaciones y objetivos que “movilizan, en competición o conflicto con otros, recursos institucionales, políticos, psicológicos y demás, para estimular, captar la atención y satisfacer los deseos de los seguidores” (Burns, 1978, p. 18). Desde el constructivismo estructuralista y el enfoque del nuevo liderazgo, Collado et al. (2016) sostienen que, además, los líderes “tratan de imponer una determinada definición de la realidad en un contexto sociocultural y político concreto, en lo que, a su vez, juega una función clave la visión defendida por el líder” (Collado et al., 2016, p. 60).

Por su parte, Natera define al liderazgo como:

...un conjunto de prácticas, un “proceso” de carácter colectivo que se desarrolla en escenarios de interacción entre el particular comportamiento de un actor individual (al que llamamos “líder”) y diferentes ámbitos de “responsabilidad” o “de dominio político” (esto es, aquellos espacios colectivos de referencia o actores en los que el líder pretende influir), en virtud del cual el líder induce o provoca un impacto no rutinario en uno, varios o muchos de esos ámbitos mediante el uso de una gran variedad de recursos formales e informales (Natera, 2014, p.117).

En la perspectiva de Natera (2014) el liderazgo es observado como parte de proceso en el que cumple un rol fundamental la interacción del líder con los diversos actores del campo político y la acción que desarrollan los líderes para movilizar a dichos actores. En este sentido, el autor empieza a incorporar una mirada integral al observar la acción individual del líder y su relación con diversos aspectos de lo social.⁵⁶

⁵⁶ Natera estudia cómo se relacionan los entornos de liderazgos con las cualidades personales de los líderes en el proceso de crecimiento y consolidación de los líderes de alcaldías españolas. Natera (2014), Diaz Carrera y Collado et al. (2016), desde la sociología política, observan al liderazgo desde el constructivismo estructuralista y buscan combinar las perspectivas subjetivas y objetivas del liderazgo.

El enfoque del nuevo liderazgo y el constructivismo estructuralista integran la dimensión personal y contextual del liderazgo político y se concentran en la comunicación del líder como medio de definición y consecución de los objetivos políticos. Además, conciben al líder como un sujeto creador de sentido dotado de una *visión*:

que es capaz de conectar y comunicarse con sus seguidores con el objetivo de organizarlos, dirigirlos, movilizarlos y empoderarlos para la consecución de ciertas metas (Collado et al., 2016, p. 58).

Sí concebimos al liderazgo desde este enfoque, debemos considerarlo como un proceso en que el líder, en tanto dirigente político y partidario, enfrenta una serie de retos estratégicos recurrentes para poder llevar a cabo su objetivo. El líder debe poder agrupar las demandas de los diferentes espacios y áreas con los que se vincula y organizarlos con miras a un objetivo común. El líder político posee dos funciones principales: construye identidades políticas a partir de la movilización de ciertos grupos y, en función de esas identidades políticas, promueve y selecciona políticas públicas (T'Hart, 2014).

Al entender el liderazgo como un proceso, debemos aspirar a estudiar cómo se construye y consolida y cómo los sujetos se convierten en representantes de una cierta comunidad política. Saward (2008) discute el significado que adquiere la representación política y enuncia que la historia de la representación no es la crónica del incremento y caída de la representatividad, sino más bien la historia de diferentes modos de representación. Los partidos políticos, y sus líderes, reivindican su condición de representantes y esa reivindicación puede adquirir una variedad de formas. Saward (2006) se enfoca en la dinámica de la representación y la observa como parte de un proceso creativo en el que el líder reivindica su posición ante una determinada audiencia que acepta o rechaza dicha reivindicación. La representación en este sentido no es considerada un estado alcanzado o potencialmente alcanzable como resultado de las elecciones. Sino que, la representación es variable dinámica, es un proceso construido continuo, reclamado, reivindicado por un líder político que realiza representaciones de él mismo, de sus seguidores y de sus propios países y que se realiza no solo en momentos de campaña electoral sino también entre instancias electorales. En este proceso de reivindicación se postulan determinadas visiones e ideas que solo son factibles de ser exitosas en una situación concreta ante un público determinado. El proceso reivindicativo de la representación debe aprovechar los marcos contextuales familiares y solo funciona si las audiencias los reconocen de alguna manera y son capaces de rechazarlos o absorberlos y comprometerse con ellos.

De esta forma, si tomamos los aportes del nuevo enfoque del liderazgo (Collado et al., 2016; Jímenez Díaz, 2008) y el de Saward (2006), observamos que las realidades subjetivas y simbólicas son configuradas y configuradoras de la vida pública. En términos de Parsons (2010, pp.80-81) “las instituciones, las ideas, las normas, el liderazgo se conciben como constructos y/o fenómenos sociales configurados mediante la relación intersubjetiva que mantienen los individuos y la sociedad”. Los líderes son considerados sujetos sociales que a la vez son productos y productores de la sociedad.

Entonces, todo proceso de liderazgo tiene lugar y adquiere significado en contextos estructurados previamente. Estos escenarios limitan y al mismo tiempo capacitan a los líderes políticos, ya que condicionan y enmarcan el campo de acciones posibles y el camino o consecuencias que pueden tomar sus acciones. La relación entre líder y seguidores construye colectivamente la vida social (Rizo García, 2011). En términos sociológicos, existe una relación de interdependencia e interinfluencia entre estructura y agencia. Esto se ha podido observar desde los trabajos de Stogdill (1974) y Bass (1990),

quienes reconocieron la interacción entre las acciones personales y los contextos y/o estructuras sociales. Pensemos en un caso concreto: en Argentina, el mate funciona como un poderoso símbolo de cercanía y autenticidad popular. Este es un elemento estructural de la cultura política argentina que preexiste a cualquier líder. Cuando un presidente publica fotos tomando mate, está siendo *capacitado* por esa estructura cultural—el gesto es legible y valorado por la audiencia—, pero también está *limitado* por ella: si lo hace de manera forzada o poco creíble, será juzgado como inauténtico. La estructura cultural provee el código (mate = cercanía con el pueblo), pero es la agencia del líder—cómo, cuándo y con quién lo muestra—la que determina si esa estrategia consolida o debilita su liderazgo. Los autores enfatizaron en el carácter relacional y dinámico de los elementos implicados en el liderazgo: líder, seguidores, contextos y objetivos. Natera (2014), por otro lado, enuncia que los procesos de liderazgo no surgen ni se desarrollan en el vacío, sino que se hallan vinculados a un escenario específico o entorno de liderazgo. Este entorno impone una determinada estructura de oportunidades que enmarca las posibilidades de acción de los líderes. Y es en un determinado contexto que los líderes políticos deben poner en juego determinadas habilidades que le permitan exhibir una imagen de sí mismo para que los ciudadanos consideren la posibilidad de convertirlo en su representante. En este sentido, Collado et al. (2016) define al líder político como un sujeto con habilidades adecuadas de interacción social que, sabe proyectar una imagen de sí mismo y de sus seguidores. Esto lo habilita para construir nuevas sociabilidades y, lo capacita para gestionar o negociar los marcos primarios⁵⁷ de forma consciente o inconsciente. Por ejemplo, en redes sociales, un líder político puede “gestionar marcos” al reinterpretar eventos negativos. Si hay una crisis económica, en lugar de negarla (marco negativo), puede reencuadrarla como “oportunidad de transformación” mediante infografías, videos emotivos con testimonios de ciudadanos emprendedores, y *hashtags* motivacionales. Las redes sociales le permiten difundir masivamente este nuevo marco interpretativo, compitiendo con el encuadre de medios tradicionales o de opositores.

Narrativas representativas: cómo se constituyen los líderes como representantes de una comunidad política

Tal como hemos visto en el apartado anterior, el liderazgo puede ser definido como un proceso de construcción que realizan los sujetos de acuerdo al contexto y las relaciones que desarrollan con otros individuos en el espacio político (seguidores, ciudadanos, adversarios políticos, etc.). Por lo tanto, consideramos que existe un elemento principal en el proceso de construcción exitoso del liderazgo: la narrativa.

⁵⁷ Goffman (2006, p. 28-29) sostiene que los “actos de la vida cotidiana son comprensibles sobre la base de algún marco (o marcos) de referencia primario que los informan”. Los marcos de referencia primarios constituyen un elemento central de la cultura de un determinado grupo social ya que ellos proveen un cúmulo de conocimiento relativa a “los principales tipos de esquemas, las relaciones de estos tipos entre sí y al cúmulo de agentes que estos diseños interpretativos reconocen que se hallan suelto en el mundo”. Los marcos primarios ayudan a organizar la experiencia del mundo y permiten el entendimiento y las acciones comunes con otros hombres. Son recursos “cognitivos socialmente compartidos que forman parte de la cultura de un determinado grupo social” (Aceaedo, 2011, p. 192).

Las estrategias discursivas y las narrativas desarrolladas son “apuestas” o “jugadas” que realizan los líderes para desarrollar una determinada imagen del *sí mismo*⁵⁸ frente a sus seguidores o a su público. Goffman (1956) sostiene que esas “jugadas”, entendidas metafóricamente como el pincel de un pintor, van perfilando y creando la imagen que él mismo desea transmitir como si fuera un autorretrato. La consolidación del liderazgo se asienta sobre la forma en la que se comunican y se transmiten los valores, las decisiones y las formas en las que se entiende y explica el mundo. Tal como lo ha expresado Saward (2006, p. 311) “la representación no puede funcionar sin una reivindicación de representatividad, sin un relato sobre uno mismo y el otro, y sin una performance de ese vínculo”.

Manin (1998) ha afirmado que experimentamos una metamorfosis en la representación política en la que se observa que cada vez más los ciudadanos modifican sus decisiones en cuanto a los partidos políticos. Según el autor, hasta los años setenta los estudios concluían que las preferencias políticas de los votantes eran explicadas por sus características sociales, económicas y culturales pero que, desde los años noventa, eso se modificó.⁵⁹ Entre las modificaciones que menciona se encuentra la personalización de la política que lleva a los votantes a elegir en función de la individualidad de los candidatos en detrimento de los partidos políticos. Hoy, cada vez elegimos más en función de las personalidades de los líderes que en función del partido político.

En este clima de metamorfosis de la representación sostenemos que las narrativas representativas adquieren cada vez mayor relevancia. En la actualidad las narrativas permiten que conozcamos las propuestas de los líderes a partir de un relato de la historia del líder, de los ciudadanos y de lo colectivo. Es decir, podríamos sostener que, si bien las narrativas existen desde hace largo tiempo en la contienda democrática, en la actualidad adquieren cada vez mayor protagonismo porque es la forma en la que los líderes transmiten sus programas de gobierno. A partir de las narrativas representativas es que los líderes despliegan las razones por las que quieren constituirse como representantes de una comunidad política y dotan de intangibilidad a lo social en tanto proveen una manera de entender el mundo y de actuar en él. Asimismo, cabe resaltar que las narrativas representativas han sido poderosos instrumentos para posicionarse en el escenario político por líderes que no tenían un aparato partidario histórico o que provienen de estructuras que no habían sido competitivas en el sistema político, pero que le otorgan un fuerte peso a la comunicación mediática. En ese sentido, creemos que las narrativas representativas son herramientas utilizadas en mayor medida por líderes políticos de las derechas que emergen en el escenario político a partir de una crítica al propio sistema y buscan instalar un nuevo relato, una nueva forma de ver el mundo.

En el campo de la comunicación política, los relatos políticos han demostrado eficacia para atraer, captar y persuadir a los ciudadanos. Y, en términos representativos, las narrativas contribuyen a la

⁵⁸ George Herbert Mead propuso el concepto de *self*, uno de los más importantes al interior del interaccionismo simbólico. Este refiere a la capacidad de considerarse a uno mismo como sujeto y objeto y presupone un proceso social. Es decir, para el desarrollo del *self*, tendemos a desarrollar un mecanismo de reflexión que se da a partir del hecho de ponernos inconscientemente en el lugar de otros y de actuar cómo hablarían ellos. A través de ese proceso, el individuo se adapta a su entorno, interioriza la experiencia social y adopta elementos de sus interlocutores. Para Mead hay dos aspectos o fases del *self*: el yo y el mí. El primero responde al aspecto incalculable, imprevisible y creativo del *self*, en tanto que el segundo es el conjunto de actitudes de los demás que vamos asumiendo a partir de ese proceso de reflexión (Rizo, 2004).

⁵⁹ Para un recorrido por las diferentes teorías del voto y el comportamiento electoral, ver el capítulo de Pablo Gálibaldi en este mismo volumen.

consolidación de una identidad política ya que trabajan en conjunto con un proyecto político, se sustentan sobre una base ideológica y sobre un modo de comprender los asuntos públicos. Constituyen un componente transversal que afectará el surgimiento y el desarrollo del sujeto como líder en un determinado contexto político, ya que la narrativa cumple con diversos objetivos: le permite constituir su red de apoyos, comunicar sus objetivos en términos de políticas públicas, agendas políticas y sistemas de acción. Es decir, comunica qué va a hacer, cómo pretende hacerlo y los recursos con los que cuenta.⁶⁰

Por último, tal como mencionamos al principio, los procesos de liderazgo no se ejercen en el vacío, sino que se ven influenciados permanentemente por su entorno y condicionan el ejercicio del liderazgo. Las narrativas se asientan en contextos políticos determinados que conjugan una serie de factores vinculados a las reglas institucionales, a la cultura política y a dinámicas propias de la escena política. Es decir, las narrativas pueden obtener diversas características según el escenario en el que se desplieguen. En términos sociales pueden exhibir diferencias de acuerdo al conjunto de tradiciones o valores que operan en el sistema político y que los líderes heredan. Existen acuerdos sociales que las sociedades suelen mantener. De modo que la narrativa también mostrará variaciones de acuerdo a las características que adquieren los sistemas de partidos, la pertenencia del líder a un gobierno de coalición o monocolor, las relaciones internacionales que establece el país y las pautas de adopción de decisiones. Por último, los líderes y sus narrativas, se despliegan en contextos institucionales determinados en los que existen normas de acceso y abandono de los cargos políticos, un determinado peso del Estado y de la distribución de poder entre los diferentes poderes y una cierta estructura de recursos que pueden ser utilizados como incentivos de la relación del líder con los otros actores y organizaciones del sistema político.

En suma, la narrativa posibilita construir e incrementar el capital político de los líderes. Esto le permite definir la agenda a futuro, ampliar sus redes personales y su atractivo, pero también su poder formal e informal - su reputación-. Ganz (2014), sociólogo y uno de los artífices de la narrativa de Obama en 2008, afirma que el arte de la narrativa pública es un componente sustancial del liderazgo político y este constituye un desafío ya que implica reunir la energía moral -la esperanza, pero también las demandas ciudadanas existentes- en torno a un proyecto en común en que el líder se muestra como su principal representante. Además, la narrativa es uno de los modos en los que interpretamos el mundo según Bruner (1986).⁶¹ A partir de ella nos enfrentamos a condiciones de incertidumbre, pero también nos ayuda a responder las motivaciones de nuestra acción. Por ejemplo, Milei construyó su capital político principalmente en redes sociales con una narrativa anti-casta que reunió la energía moral del descontento ciudadano frente a la crisis económica. A través de Twitter/X y TikTok, utilizó videos virales y memes para ampliar sus redes de apoyo entre jóvenes desencantados, definir su agenda (dolarización, ajuste del Estado) y construir su reputación como *outsider*. Su narrativa ofreció un modo de interpretar la realidad argentina (la “casta” como causa de todos los males) y motivó la acción política en un contexto de desgaste del bipartidismo tradicional. Las PASO 2023 institucionalizaron

⁶⁰ Aquí es importante señalar los aportes de Fraschini (2021) y Ollier (2010). Ambos autores sostienen que un liderazgo -en el caso de estudio de ellos presidencial- puede llevar adelante sus objetivos políticos si es que cuenta con los suficientes recursos de poder -objetivos y subjetivos-.

⁶¹ Jerome Bruner fue un psicólogo y pedagogo estadounidense que realizó importantes contribuciones a las teorías del aprendizaje a partir de una mirada constructivista en la que ponderó el peso que tienen las narrativas en la vida de los sujetos y en los significados que le otorgamos a la realidad.

el poder informal que había acumulado digitalmente, demostrando cómo las narrativas incrementan el capital político cuando logran articular demandas ciudadanas existentes con un proyecto común del cual el líder se presenta como principal representante.

En la búsqueda de generar mayor influencia sobre la ciudadanía, el líder utiliza la narrativa para responder a la pregunta “¿por qué?”. A partir de ella, el dirigente presenta las cualidades de sí mismo que mejor lo preparan para representar a los ciudadanos, pero además en ella el sujeto político intentará explicar por qué es importante que nos sumemos a su causa, por qué valoramos esos objetivos en términos de políticas y no otros. Es decir, y siguiendo a Saward (2006), a partir de las narrativas los sujetos desarrollan las razones por las que debemos aceptar su reivindicación como representante de una comunidad política y los beneficios de su proyecto político. Es decir, la narrativa moviliza a los individuos y, sobre todo, propicia que esa acción sea posible. Las historias -o las narrativas- son las formas discursivas a través de las cuales traducimos nuestros valores en acción. Es por esto mismo que las emociones cumplirán un rol fundamental ya que se convierten en un recurso fundamental para captar la atención de las personas, seducirlos e incentivar a la participación. D’Adamo y García Beaudoux (2016) sostienen que los mensajes elaborados bajo la técnica del *storytelling* tienen una estructura tripartita en la que se plantea un principio, desarrollo y fin, un planteo, una confrontación y una resolución. Un relato constituye una novela del poder.

Definiremos a la narrativa representativa como el conjunto de relatos coherentes y conectados que el líder desarrolla y presenta para construir su imagen como líder, convertirse en el representante de una comunidad política y proyectar un futuro colectivo. Cada líder político desarrolla una narrativa representativa en función de sus características personales, de sus trayectorias, del nivel de gobierno en el que se ubica. Pero, al mismo tiempo, cada espacio político o partido político comparte núcleos narrativos en común vinculados a las ideologías políticas y a los proyectos políticos que poseen en común.

La narrativa representativa se compone de tres niveles y elementos: el nivel individual, el nivel ciudadano y el nivel colectivo vinculado con los tres componentes de la reivindicación mencionados por Saward (2006): el líder realiza una reivindicación de su condición de líder, de las características de su audiencia y del vínculo entre el líder y los ciudadanos y su futuro como colectivo.

En la narrativa individual se exhibe el conjunto de crónicas que el líder presenta referidas a la exposición de su historia de vida en las que cuenta sobre su pasado, su entorno, los desafíos que enfrentó, su trayectoria personal, las características que lo definen y sus objetivos a futuro. En segundo lugar, encontramos la narrativa ciudadana, en la cual los dirigentes realizan afirmaciones y construyen representaciones sobre los individuos que aspiran a representar. En la narrativa ciudadana podemos encontrar la selección de determinados individuos para contar sus historias, destacar ciertas cualidades y/o características que poseen y que los vinculan con otros individuos y con el líder. Por último, encontramos la narrativa colectiva, que se nutre de las dos anteriores; aquí los líderes elaboran un diagnóstico de la realidad actual de la comunidad política a la que pertenecen, pero además realizan un recorrido histórico en el que señalan a las causas y a los responsables de la situación presente. Construyen visiones sobre el pasado y sobre el futuro, y a partir de ellas presentan un *horizonte* de país. El plan refiere al conjunto de políticas públicas que pretenden desarrollar para llegar a un modelo de país que es presentado a través de su *horizonte*. Los líderes construyen una narrativa particular de acuerdo a sus características personales, su historia y su trayectoria política y, en este sentido, la forma en la

que es presentada la narrativa colectiva responde a las particularidades de dicho líder. Sin embargo, como integrantes de un espacio político, las narrativas colectivas al interior de un partido político suelen tener coincidencias, ya sea en sus diagnósticos, ya sea en el futuro propuesto, coincidencias que variarán de acuerdo a los espacios territoriales en los que se erige ese liderazgo. Es decir, un liderazgo presidencial puede impartir la narrativa colectiva para los miembros de su partido, pero los liderazgos locales adecuarán estas narrativas de acuerdo a la circunscripción de gobierno y a las características de dicha comunidad.

Estas narrativas representativas pueden adquirir diversas características de acuerdo a las particularidades que exhiban los líderes, la forma en la que comprenden la realidad social, los valores que proclaman, el tipo de emociones que se destacan y las historias ciudadanas que son seleccionadas. Por lo tanto, si bien las narrativas representativas suelen estar presentes en la mayoría de los líderes políticos contemporáneos, esta puede exhibir variaciones de acuerdo a la ideología de los dirigentes y los valores que decidan poner en juego. Asimismo, el nivel de elaboración y protagonismo que adquieran las narrativas se verá afectado por la importancia que el líder le otorgue a la comunicación. Habrá narrativas más elaboradas o más fácilmente identificables que otras y habrá espacios mediáticos que se privilegiarán según los deseos del líder político y la tradición política de su espacio político. Asimismo, los procesos de crisis políticas pueden modificar sustancialmente las narrativas para resolver la crisis de legitimidad y ser más representativos.

En todos los niveles de la narrativa representativa encontraremos una estructura tripartita en la que se presenta un punto de partida, un desarrollo y un final provisorio. En todos los niveles se presentarán ciertos valores y se acudirá a las emociones para atraer y captar la atención de los interlocutores del líder.

Ahora bien, dadas las modificaciones que ha experimentado la democracia y la representación política es necesario reflexionar de qué forma la mediatización de la política ha modificado la relación entre representantes y representados y qué rol ocupa hoy en contextos en los que el líder, y sus narrativas, se convierten en el centro de la escena política.

La mediatización de la política y la narrativa representativa

En las últimas dos décadas, las redes sociales se han constituido como un espacio importante para desplegar mensajes políticos. Los políticos han adoptado las redes como un canal imprescindible para difundir sus mensajes y relacionarse con sus votantes. Debido a las características y usos que han tenido las redes sociales por los líderes políticos, consideramos que son escenarios privilegiados para la construcción y transmisión de la narrativa representativa propuesta anteriormente.

En un primer momento, las redes sociales fueron observadas como herramientas todopoderosas en sus efectos sobre los ciudadanos, en las que un flujo de información generaría determinados comportamientos.⁶² Sin embargo, en las dos últimas décadas los estudios avanzaron y observaron que las

⁶² López López et al. (2022) afirma que el desarrollo de la comunicación por redes sociales atravesó un proceso similar al de la *Mass Communication Research* en los inicios del siglo XX en el que se pensó los efectos de las redes sociales en términos de una aguja hipodérmica en la que se inocula un mensaje sin ningún proceso de resistencia por parte de la audiencia. Sin embargo, estudios posteriores revelaron los efectos limitados de estas.

redes poseen efectos limitados, aunque se constituyen cada vez más como un espacio más, entre los múltiples sitios,⁶³ en que los ciudadanos se informan y conectan con los líderes políticos. En la actualidad, vivimos en un ecosistema mediático en el que convergen diferentes medios y dispositivos de comunicación que generan flujos de información que luego son agrupados por los usuarios.

Esta proliferación de dispositivos digitales y de herramientas propuestas por las redes sociales ocasionan un aumento espectacular de la producción y circulación de imágenes, y han puesto en el centro de la escena al cuerpo como objeto de representación, medio de percepción, lugar de creación y de alojamiento de las imágenes (Bermudez, 2021). En el marco de una democracia mediática, los líderes se convierten en los centros principales de difusión de la información política y se ven forzados a adquirir el lenguaje y formato de comunicación que imponen los nuevos medios para una comunicación efectiva.⁶⁴ Esto da lugar a uno de los principales cambios que ha experimentado la representación política en los últimos años, que se da en el hecho de que las campañas están “centradas en los candidatos”.⁶⁵ Stromback (2008) sostiene que en un contexto de mediatización de la política, los líderes políticos deben trabajar sobre diversos frentes para conseguir una imagen positiva en la mente de los ciudadanos de sus distritos o de potenciales electores. Esto se debe a que nos encontramos ante un ecosistema híbrido y de fuerte mediatización (Chadwick, 2013), donde los medios tradicionales y las redes sociales se combinan para transmitir la información del día a día, lo que genera una ampliación del espacio mediático. Conjuntamente con ello, ante la fragmentación y diversidad de públicos existentes en la actualidad, fabricar relatos que ayuden a construir colectivos políticos deviene un desafío para los cuerpos políticos.

Los nuevos dispositivos digitales aparecen como instrumentos válidos para potenciar las narrativas de los líderes y para amplificar su llegada a diversos públicos que no absorben sus mensajes por otros espacios. En las redes sociales, los dirigentes tienen el control casi total de la producción y de la exposición inicial de su imagen en sus seguidores. Los nuevos mecanismos de mediatización les confieren herramientas que eficazmente gestionadas pueden ser favorables en un proceso de transmisión de la narrativa. Esto provoca un incremento de la demanda de cualidades mediáticas de los líderes (Aira, 2011). Las redes sociales les proveen de distintas herramientas tales como la imagen, los videos, las historias de 24 horas, las transmisiones en vivo, la posibilidad de reaccionar o responder a los comentarios o de compartir ciertas publicaciones. Por lo tanto, los líderes poseen, en la actualidad, la posibilidad de poner al servicio de su narrativa los distintos mecanismos que les proveen los medios con el objeto de proyectar la imagen de líder que deseen construir. Esto ha llevado a que los dirigentes políticos se encuentren en un contexto de *campaña permanente*⁶⁶ que genera la sobreexposición de los

⁶³ Por lo tanto, al estudiar lo que se dice en las redes sociales hay que tener especial consideración de lo que sucede en el espacio *off line* y de lo que se dice al mismo tiempo en otros medios de comunicación.

⁶⁴ Los nuevos estudios sobre medios sostienen que los políticos deben ajustar la retórica verbal y corporal a los condicionamientos que les imponen los medios y, de este modo, la voz y el cuerpo deben ser herramientas de transmisión (Bermudez, 2021).

⁶⁵ Cabe señalar que el proceso de personalización de la política no implica la desaparición de los partidos políticos. Lo que observamos, en cambio, es una subordinación en términos de comunicación de los partidos políticos a los liderazgos. Los partidos se adaptaron a las tendencias de personalización mediática.

⁶⁶ En la actualidad, como forma de mantener la legitimidad de los gobernantes, los equipos de comunicación desarrollan estrategias comunicativas que diluyen las fronteras entre los contextos de campaña electoral y desarrollo de la gestión gubernamental. Lilleker (2007) la define como el uso de recursos por parte de individuos u organizaciones políticas para construir y mantener el apoyo popular.

dirigentes, de sus vidas personales y la necesidad de gestionar y publicar contenido en las redes sociales de forma constante. López-Rabadán et al., (2016) afirma que, debido a esto, es complicado discernir, en muchas ocasiones, la gestión comunicativa de las campañas electorales y del ejercicio del poder en las redes sociales.

Los avances tecnológicos y mediáticos han impulsado un proceso de “estetización” de la política, en el que adquieren creciente relevancia los elementos dramatúrgicos, la espectacularidad, la ficcionalización y el *infotainment* en los discursos políticos del siglo XXI. Aunque la política siempre incorporó rasgos teatrales, hoy asistimos a un nuevo tipo de teatralidad y a un escenario inédito (Bermúdez, 2021). Las plataformas digitales, con su énfasis en la imagen y el individualismo (López García, 2016), ejercen presión sobre equipos de comunicación y liderazgos, obligándolos a generar estrategias discursivas y visuales capaces de producir y difundir recursos audiovisuales más potentes (Lalancette y Raynaud, 2019). En el marco del *capitalismo estético* (Lipovetsky y Serroy, 2015), la construcción de narrativas políticas se entrelaza con el diseño y el arte para potenciar la circulación del mensaje. Por ello, la narración visual resulta clave: permite destacar candidatos a partir de su trayectoria, equipo y legitimidad (Liebhart & Bernhardt, 2017). Las imágenes —en especial los primeros planos de los candidatos— generan más atracción que el texto o que fotos grupales y gráficos (Puentes-Rivera et al., 2017). En este entorno, la combinación de contenido audiovisual y discursivo contribuye a modelar la imagen de los líderes y a construir una narrativa representativa.

La percepción ciudadana sobre los políticos se forma tanto por la mediación de los medios de comunicación como por el diálogo y los mensajes emitidos en redes sociales, que las comunidades interpretan y resignifican (López López et al., 2022). Manín (1998) ya había advertido que la personalización de las campañas incrementa la importancia de la imagen y de los factores personales en las decisiones electorales. Así, en un contexto de mediatización, las cualidades del líder se convierten en vehículo del proyecto político, buscando que la imagen personal funcione como símbolo y mensaje. En este sentido, Mansbridge (2003) identifica nuevas formas de representación, como la *representación giroscópica*, en la que los votantes eligen “buenos tipos”: representantes con preferencias políticas afines, percibidos como honestos, con principios y calificados. El carácter de los candidatos adquiere así centralidad, pues ofrece cierta previsibilidad sobre su conducta futura como representantes.

Siguiendo a Mansbridge (2003), la representación no se agota en la delegación electoral: requiere comunicación continua, construcción de confianza y reconocimiento de las experiencias y valores del electorado. Las redes sociales son hoy un canal privilegiado para desplegar estos recursos —empatía, cercanía, capacidad de escucha— que sostienen el juicio público de los representados. En ellas, el componente emocional adquiere centralidad: al apelar a sentimientos compartidos, los líderes no solo transmiten su mensaje político, sino que refuerzan su legitimidad y el sentido de comunidad que sustenta la representación. Desde sus inicios, las redes sociales son un punto de encuentro y de socialización y una arena de intervención política (Calvo & Araguete, 2020) lo que las constituyen como espacios de debate y diálogo, que algunos han definido como cámaras de eco (Sunstein, 2017). Las redes, por sus características intrínsecas y el funcionamiento de diferentes algoritmos, se han conformado como espacios públicos de contagio emocional, en los que se analizan los sentimientos y se expresan afectos. Además, tal como señalan Moreno y Soler (2020), las emociones se han transformado en el núcleo articulador de numerosos relatos y mitos de gobierno ya que, en un contexto de saturación informativa, el uso de las emociones permite que los mensajes lleguen con más éxito a los receptores.

Estas plataformas, al potenciar la arquitectura emocional (Wahl-Jorgensen, 2014) y permitir que las emociones circulen (Dafonte-Gómez, 2014), ofrecen a los líderes recursos para construir puentes afectivos que fortalezcan la confianza y el sentido de comunidad política (Moreno & Soler, 2020). En este sentido, la apelación emocional, más allá de la coyuntura electoral, contribuye a que los ciudadanos perciban la competencia política como un reto propio. Además, aunque antes el uso de las emociones se circunscribía a campañas electorales, en la actualidad también ocupan un rol importante en la comunicación gubernamental. Los mensajes que apelan a las emociones son más y mejor recordados, generan contagio emocional y se difunden con más rapidez que los contenidos en los que se privilegia el razonamiento y la cognición. Sí los políticos logran establecer exitosamente puentes afectivos con los ciudadanos, los individuos al votar se sienten satisfechos con su elección y observan al dirigente electo como una “persona emocionada y emocionante, capaz de llorar, de contar en público algún aspecto íntimo de su vida, indignado con alguna injusticia, heroico” (Moreno & Soler, 2020: 2).

Bukele, presidente salvadoreño desde 2019, utiliza Twitter/X como canal principal de comunicación gubernamental, construyendo puentes afectivos con mensajes emocionales. Comparte videos de madres agradeciendo por la seguridad recuperada tras su “guerra contra las pandillas”, se muestra indignado contra la corrupción y narra aspectos personales de su vida. Sus tweets con imágenes de pandilleros detenidos generan contagio emocional: los ciudadanos comparten y celebran esas victorias como propias, convirtiendo la seguridad en un “reto colectivo”. Se presenta como “persona emocionada y emocionante” que llora en actos públicos y desafía heroicamente a organismos internacionales. Estos mensajes emocionales circulan viralmente, son mejor recordados que datos de gestión y fortalecen el sentido de comunidad política en torno a su figura.

En la actualidad, la llamada *cultura emocional* atraviesa ámbitos como la educación, la salud, la empresa y el consumo, y también ha permeado la política (Tarullo, 2018; Bermúdez, 2021). Aunque históricamente se asoció la actividad política a un cálculo racional basado en *issues*, hoy Westen (2007) sostiene que las elecciones se ganan en el “mercado de las emociones”. Como señala Castells (2009), la información y la emoción se entrelazan tanto en la construcción de mensajes como en la mente de las personas. Desde la teoría de la inteligencia afectiva, Aguilar (2013) explica que las emociones positivas refuerzan hábitos existentes, mientras que las negativas motivan la búsqueda de nueva información. Así, las campañas suelen apelar a emociones que generen esperanza y entusiasmo, o bien temor.

Actualmente predominan las narrativas individuales y afectivas, donde lo autobiográfico y subjetivo cobran protagonismo. La evidencia empírica, como la narrativa de Obama en el año 2008, señala que los electores prefieren las convicciones emocionales o morales a las confirmaciones racionales o epistemológicas. Existe una demanda ciudadana de la publicación de la vida privada e íntima de los políticos, ya que, según Bermudez (2021), esta información se convierte en un insumo para la presentación del Yo y constituye una garantía de transparencia para los individuos. En este sentido, las redes sociales son herramientas clave para potenciar estas narrativas personales y emocionales, pues favorecen la personalización, la immediatez y permiten el acceso a la dimensión privada de lo político, alejando discursos cargados de emoción (Slimovich, 2014). Así, mediante la comunicación política, los líderes transmiten su carácter y atributos personales, construyendo una imagen de confianza que conecta a los ciudadanos con su intimidad. La imagen pública de los representantes combina un sinnúmero de detalles (personales, técnicos, sociales, políticos y comunicativos) que los ciudadanos perciben y reúnen de los liderazgos. Por lo tanto, no son solo el mero resultado de estrategias de comunicación, aunque estas tengan un rol fundamental.

Finalmente, para concluir entonces sostendemos que las publicaciones de redes sociales, el uso general que tienen los líderes de las redes, intervienen e influyen en su imagen política y van configurando una narrativa representativa. Estos medios digitales le exigirán una serie de destrezas comunicativas a los líderes para acercarse a ciudadanos más alejados de la vida política. Esto requiere adaptabilidad, carisma, habilidades en la transmisión de la información y el uso de lenguaje claro y accesible para que los mensajes sean pasibles de ser comprendidos por un amplio público.

Palabras finales

En el contexto contemporáneo, la representación política ha dejado de ser un vínculo estable y cerrado para entenderse como un proceso dinámico, disputado y mediado por múltiples actores de diversas maneras. La representación, como vimos, ya no es solo la mera delegación de la voluntad electoral, sino que implica una constante reivindicación y construcción simbólica del liderazgo, donde la comunicación política se convierte en el eje central para la legitimación y la proyección de sentidos compartidos de futuro. En este escenario, las redes sociales se posicionan como espacios privilegiados para la escenificación de liderazgos y la difusión de narrativas representativas, promoviendo una comunicación directa, emocional y altamente personalizada que elimina en buena medida la intermediación tradicional. Así, los líderes políticos deben desarrollar nuevas destrezas comunicativas para conectar con una audiencia fragmentada y a menudo distante de la política institucional, adaptándose a formatos audiovisuales, discursos emotivos y estrategias que conjugan imagen, narrativa y presencia digital, en un entorno donde la emocionalidad tiene un peso central en la construcción y recepción de los mensajes políticos.

Este giro hacia la cultura emocional y la personalización del liderazgo político tiene profundas implicancias tanto para el ejercicio de la democracia como para la percepción ciudadana de la autoridad y la representación. Las emociones se han convertido en el principal vehículo para captar la atención, motivar la participación y construir identidades políticas que resuenan en el ámbito público y privado de los individuos. La demanda de transparencia y autenticidad, expresada en el acceso a la vida íntima de los líderes, y el auge de narrativas autobiográficas y afectivas evidencian una transformación en las formas en que los ciudadanos experimentan y valoran la política. Sin embargo, esta primacía de la emocionalidad también requiere ser analizada críticamente, considerando los riesgos de la espectacularización, la superficialidad y la volatilidad que puede generar el predominio de lo afectivo sobre lo racional. Por tanto, el desafío para la representación política actual radica en articular de manera equilibrada la comunicación emocional con una construcción política que mantenga la deliberación, la rendición de cuentas y la pluralidad como fundamentos indispensables para fortalecer la legitimidad democrática en una sociedad hiperconectada y mediática.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, M. (2011). Notas sobre la noción de “Frame” de Erving Goffman. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 5(2), 187-198.
- Aguilar, R. (2013). ¿Emociones y razón?: el uso estratégico de emociones en los anuncios de la campaña presidencial de 2012. *Política y gobierno*, XX(1), 141-158.

Aira, T. (2011). Los nuevos profesionales de la “democracia mediática”. Perfiles y roles emergentes en los equipos de comunicación y estrategia políticos. X Congreso: Política en Red.

Annunziata, R. (2013). La figura del ‘hombre común’ en el marco de la legitimidad de proximidad: ¿un nuevo sujeto político? *Revista Astrolabio. Nueva Época*, 10, 127-155.

Annunziata, R. (2015). Revocatoria, promesa electoral y negatividad: algunas reflexiones basadas en las experiencias latinoamericanas. *Revista Pilquen*, 18(3), 107-119.

Ariza, A. (2024). Enlazando voces y votos: la narrativa como elemento clave en el proceso de representación política. *POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 29(1), 135-168.

Ariza, A., March, V., & Torres, S. (2023). La comunicación política de Javier Milei en TikTok. *Intersecciones en comunicación*, 2(17), 6-6.

Bass, B., & Stogdill, R. (1990). *Handbook of leadership: Theory, research, and managerial applications*. Simon and Schuster.

Bermúdez, N. (2021). Las redes sociales y la hipermediatización del cuerpo político. *Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 3(37), 77.

Bruner, E. (1986). Ethnography as narrative. In V. Turner & E. Bruner (Eds.), *The anthropology of experience* (pp. 139-155). University of Illinois Press.

Burns, J. (1978). *Leadership*. Harper & Row.

Calvo, E., & Araguete, N. (2020). *Fake news, trolls y otros encantos: Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Siglo XXI.

Carlyle, T. (1888). *On heroes, hero-worship and the heroic in history*.

Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza Editorial.

Chadwick, A. (2013). *The hybrid media system: Politics and power*. Oxford University Press.

Collado-Campaña, F., Jiménez-Díaz, J., & Entrena-Durán, F. (2016). El liderazgo político en las democracias representativas: propuesta de análisis desde el constructivismo estructuralista. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 61(228), 57-90.

D’Adamo, O., & García Beaudoux, V. (2016). Comunicación política: narración de historias, construcción de relatos políticos y persuasión. *Comunicación y hombre*, (12), 23-39.

Dafonte-Gómez, A. (2014). Claves de la publicidad viral: De la motivación a la emoción en los vídeos más compartidos. *Comunicar. Revista Científica Iberoamericana de Comunicación y Educación*, 43(2), 199-215.

Díaz Carrera, C. (2010). El líder como generador de sentido. *Revista internacional de pensamiento político*, 5, 239-248.

Díaz Carrera, C., & Natera, A. (2014). *El coraje de liderar. La democracia amenazada en el S. XXI*. Tecnos.

Ganz, M. (2014). Liderar la transformación: estrategias de movilización social. En C. Díaz Carrera & A. Natera (Dirs.), *El coraje de liderar. La democracia amenazada en el siglo XXI*. Tecnos.

Goffman, E. (1956). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Ediciones Amorrortu.

Goffman, E. (2006). *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*. Centro de Investigaciones Sociológicas; Siglo XXI.

Jiménez Díaz, J. (2008). Enfoque sociológico para el estudio del liderazgo político. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, (9), 189-203.

Lalancette, M., & Raynauld, V. (2019). The power of political image: Justin Trudeau, Instagram, and celebrity politics. *American behavioral scientist*, 63(7), 888-924.

Liebhart, K., & Bernhardt, P. (2017). Political storytelling on Instagram: Key aspects of Alexander Van der Bellen's successful 2016 presidential election campaign. *Media and Communication*, 5(4), 15-25.

Lipovetsky, G., & Serroy, J. (2015). *La estetización del mundo: vivir en la época del capitalismo artístico*. Anagrama.

López García, G. (2016). 'New' vs 'old' leaderships: the campaign of Spanish general elections 2015 on Twitter. *Comunicación y Sociedad*, 29(3), 149-168.

López-López, P. C., Castro Martínez, P., & Oñate, P. (2022). Agenda melding y teorías de la comunicación: la construcción de la imagen de los actores políticos en las redes sociales. *Cuadernos del Centro de Estudios en Diseño y Comunicación. Ensayos*, (112), 23-39.

López-Rabadán, P., López-Meri, A., & Doménech-Fabregat, H. (2016). La imagen política en Twitter: Usos y estrategias de los partidos políticos españoles. *Index comunicación*, 6(1), 165-195.

Manin, B. (1998). *Metamorfosis del gobierno representativo. Los principios del gobierno representativo*. Alianza Editorial.

Mansbridge, J. (2003). Rethinking representation. *American political science review*, 97(4), 515-528.

Moreno, S., Soler, A., & Rojo, J. (2020). El papel de las emociones en la construcción de nuevos mitos y relatos de gobierno. VIII Congreso ALICE «Polarización discursiva, fake news y social media».

Natera, A. (2014). El liderazgo político como proceso: una mirada integradora. En C. Díaz Carrera & A. Natera (Dirs.), *El coraje de liderar. La democracia amenazada en el siglo XXI*. Tecnos.

Pitkin, H. (2023). *The concept of representation*. California Press.

Rizo, M. (2004). El interaccionismo simbólico y la Escuela de Palo Alto: Hacia un nuevo concepto de comunicación. *Portal de la Comunicación. Aula abierta, lecciones básicas*, 1-20.

Rizo García, M. (2011). De personas, rituales y máscaras: Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal. *Revista Quórum académico*, 8(15), 78-94.

Rosanvallon, P. (2009). *La legitimidad democrática: imparcialidad, reflexividad, proximidad*. Ediciones Manantial.

Sartori, G. (2003). *Partidos y sistemas de partidos: marco para un análisis*. Alianza.

Saward, M. (2006). The representative claim. *Contemporary political theory*, 5, 297-318.

Saward, M. (2008). Making representations: modes and strategies of political parties. *European Review*, 16(3), 271-286.

Saward, M. (2010). *The representative claim*. Oxford University Press.

Slimovich, A. (2014). El discurso macrista en Twitter: Un análisis del jefe de gobierno de Buenos Aires. *Revista de estudios políticos y estratégicos*, 2(1), 8-27.

Stogdill, R. (1974). *Handbook of leadership: A survey of theory and research*. Free Press.

Strömbäck, J. (2008). Four phases of mediatization: An analysis of the mediatization of politics. *The international journal of press/politics*, 13(3), 228-246.

Tarullo, R. (2018). La emoción en la comunicación política en Facebook. *Austral Comunicación*, 7(1), 27-55.

Urbinati, N. (2019). *Me the people: How populism transforms democracy*. Harvard University Press.

Wahl-Jorgensen, K. (2014). The production of political coverage: The push and pull of power, routines and constraints. *Political communication*, 18, 305.

Weber, M. (2012). *Economía y sociedad*. FCE.

Westen, D. (2007). The political brain: *The role of emotion in deciding the fate of the nation*. Public Affairs Books.

Autoras y autores

Grisel Adissi

Es Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Investigación Social (UBA) y Doctora en Ciencias Sociales (UBA). Es también egresada de la Residencia Interdisciplinaria en Educación para la Salud (GCABA). Ha sido becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) entre 2008 y 2013. Se ha desempeñado como Docente-Investigadora en diversas Universidades Nacionales; actualmente es titular de las asignaturas “Introducción a la Sociología de la Salud” y “Producción y Análisis Crítico del Conocimiento en Salud” (UNPAZ).

Andrea Ariza

Es Doctora en Ciencias Sociales, Magíster en Teoría Política y Social y Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como Profesora adjunta de la materia Institución Presidencial y Poder Ejecutivo en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB). Ha obtenido becas doctorales y posdoctorales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Nestor H. Blanco

Es Profesor de filosofía, Doctor en Ingeniería y Magíster en Inteligencia Artificial. Dirige proyectos de educación a distancia y digitalización en educación superior. Es también docente e investigador en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB). Ex rector en dos universidades argentinas. Su formación le permite complementar una visión humanista con enfoques y soluciones tecnológicas.

María Belén Bonello

Es Licenciada y Profesora en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y maestranda en Gestión de la Comunicación en las Organizaciones por la Universidad Austral. Se ha desempeñado en diversos roles vinculados a la gestión de proyectos en el sector público y en organizaciones de la sociedad civil. Actualmente dirige el área de Comunicación de Fundar, un centro de investigación en políticas públicas, y es docente de la carrera de Ciencia Política de la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB).

Alejo Brosio

Es Magíster en Administración y Políticas Públicas por la Universidad de San Andrés (UDESA), especialista en Métodos y Técnicas de Investigación Social (FLACSO-CLACSO) y Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA). También es profesor en la UBA y en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB).

Guillermina Cipriano

Es Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como Jefa de Trabajos Prácticos en Sociología de las Organizaciones en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB) y como docente en Introducción a las Ciencias Psico Sociales y Psicología Evolutiva (FMED-UBA) y Política y Ciudadanía en nivel medio.

Aníbal Corrado

Es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Magíster en Ciencia Política por la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Se desempeña como Secretario de Investigaciones del Departamento de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLaM), en donde también es investigador y docente de Gestión de Políticas Públicas y del Seminario de Trabajo Final, ambas materias de Ciencia Política. En la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB) está a cargo de Sociología de las Organizaciones.

Guillermo D'Andrea

Es Profesor y Licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Especialista en Tecnología Educativa. Se desempeña como docente en las materias de Sociología de las Organizaciones y Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales en Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB), Prácticas Culturales en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ) y en Didáctica General en nivel terciario.

Pablo Garibaldi

Es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Especialista y Magíster en Economía Política (FLACSO), y actualmente realiza el Doctorado en Ciencias Sociales (UBA). Se desempeña como Coordinador Académico de la Licenciatura en Ciencia Política de la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB), como investigador en el observatorio Pulsar.UBA y como analista político en la Consultora Barda. Además, dicta y ha dictado cursos de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional de San Martín, en la Universidad Torcuato Di Tella y en la Universidad Nacional de La Plata, entre otras instituciones.

Gastón González

Es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y maestrando en Sociología Económica en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Actualmente es docente de la materia Sociología de las Organizaciones y de Historia Económica y Social en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB).

Juan J. Gregoric

Es Licenciado en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Doctor en Antropología Social (UBA). Ha realizado una estadía de posgrado en la Universidad Federal de Río de Janeiro, Museo Nacional. Ha sido becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) entre 2007 y 2011. Cuenta con un Diploma Superior en Docencia Universitaria (FEDUBA-UBA-CLACSO). También es Profesor titular de Antropología de la Salud (UNPAZ), Profesor adjunto de Ciencia, Tecnología e Innovación en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB), de Salud Colectiva I y II (UNSAM) y del Seminario de Tesis “Teoría y metodología en la investigación antropológica de las prácticas y los procesos políticos” de la FFyL (UBA).

María Soledad Guerriere

Es Licenciada en Relaciones del Trabajo por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y maestranda en Ciencias Sociales del Trabajo en la misma institución. Actualmente se desempeña como Jefa de Trabajos Prácticos en la materia Sociología de las Organizaciones en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB), donde también coordina el Programa de Inserción Laboral desde la Secretaría de Extensión.

Carla Iantorno

Es Profesora en Enseñanza Media y Superior en Historia y Especialista en Tecnología Educativa por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como docente de Historia Económica y Social General en la UBA, y como profesora en las cátedras de Epistemología y de Ciencia, Tecnología e Innovación en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB). Es titular del seminario Arte y Política I en la carrera de Arte y Pensamiento Latinoamericano de la Universidad Nacional de las Artes (UNA).

Gastón Kneeteman

Es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Doctor en Antropología Social (IDAES-UNSAM). También fue docente en las facultades de Ciencias Sociales y de Ciencias Económicas de la UBA, en IDH-UNGS y en UMET. Es Profesor regular asociado de Teoría Política y titular a cargo de Política Argentina, ambas materias en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB). También se desempeña como Profesor adjunto en la Universidad Nacional Arturo Jauretche. Es Miembro de la Red de Estudios en Política Subnacional Argentina.

Agustina Lassi

Es Profesora adjunta en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB), donde dirige propuestas de formación de posgrado. Además, docente e investigadora en otras universidades nacionales como la UNLaM, la UNAJ y la UNDAV. Es doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Periodismo (UBA) y Licenciada en Comunicación Social (UNLaM). Su área de investigación es Ciencia, Tecnología y Sociedad, con especial énfasis en los estudios críticos socio-técnicos de plataformas digitales e Inteligencia Artificial.

Pamela Morales

Es Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO) y Doctora en Ciencias Sociales (UBA) y en Filosofía (Université Paris 8). Es profesora en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB) y Profesora adjunta de la Universidad de Buenos Aires (UBA). También fue Subsecretaria de Desarrollo Minero del Ministerio de Economía de la Nación (2022-2023).

Ignacio Pomi

Es Licenciado en Historia Latinoamericana Contemporánea por la Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV), Profesor de Historia y Especialista de Nivel Superior en Programas y Políticas Socioeducativas. Se desempeña como Jefe de Trabajos Prácticos en las materias de Sociología de las Organizaciones e Historia Económica y Social en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB). También es escritor y artista plástico.

Gabriela Rodríguez Rial

Es politóloga de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster en Sociología de la Cultura (UNSAM) y Doctora en filosofía (Université Paris 8) y en Ciencias Sociales (UBA). Es Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). También se desempeña como Profesora regular en la Universidad de Buenos Aires (Fundamentos de Ciencia Política 1) y de la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB), y dicta cursos de posgrado en diversas academias en distintas universidades argentinas y de otros países.

Antonio David Rozenberg

Es Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (UBA), maestrando en Teoría Política y Social (UBA) y doctorando en Ciencias Sociales (UBA). Actualmente es becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Investiga la obra del pensador holandés Baruch Spinoza. También es docente de la carrera de Ciencia Política en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB).

Matías Triguboff

Es Doctor en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Licenciado en Ciencia Política (UBA). Es Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Secretario Académico de la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB). También se desempeña como Profesor de grado y posgrado en la UNaB, la UNAJ y la UBA. Ha publicado libros, compilaciones, artículos en revistas especializadas y de divulgación, capítulos de libro, y ha presentado trabajos en congresos nacionales e internacionales. Dirige proyectos de investigación sobre Estado e instituciones políticas.

Nicolas Alfredo Vidal

Es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), Magíster y Doctor en Ciencia Política por la Universidad Federal de São Carlos (UFSCar). Actualmente es Profesor en la Universidad Nacional Guillermo Brown (UNaB) y en la Universidad Nacional de la Matanza y forma parte del Núcleo de Estudos em Sociologia Econômica e das Finanças (NESEFI/UFSCar).

Este libro se realizó bajo el sistema de revisión por pares doble ciego.

Comité evaluador:**Eloísa Martín**

Profesora del Departamento de Sociología de la UFRJ e investigadora asociada del Instituto Latinoamericano (Universidad Libre de Berlín) y de la Universidad de los Emiratos Árabes Unidos. Editora en jefe de Ethnography. Co-directora del Programa de Intercambio Sur-Sur para la Investigación sobre la Historia del Desarrollo (Sephis). Fue Vice-presidenta de la Asociación Internacional de Sociología, enseñó en más de 37 universidades en 28 países y tiene más de 20 años de experiencia como editora académica.

Franco Castiglioni

Es politólogo. Profesor Titular de Análisis Comparativo de la Política Latinoamericana en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la UNSAM. Fue Profesor Titular Ordinario de Introducción a la Sociología en la UNAJ y Titular Ordinario de Sistemas Políticos Comparados de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Fue Director de la Carrera de Ciencia Política de la UBA y Director de Asuntos Académicos del Instituto del Servicio Exterior de la Nación. Es autor de numerosos artículos y libros en coautoría.

Luciano Nosoeto

Polítólogo (UBA), Magíster en Ciencia Política (IDAES/UNSAM) y Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Se desempeña como Investigador Independiente del Conicet en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y es profesor de Teoría Política en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.



**UNIVERSIDAD NACIONAL
GUILLERMO BROWN**

Interrogar el presente reúne una serie de trabajos que abordan problemas centrales de la vida social contemporánea desde distintas tradiciones de las ciencias sociales. A través de enfoques teóricos y empíricos rigurosos, los capítulos que componen este volumen analizan procesos políticos, económicos, sociales y tecnológicos, atendiendo a sus condiciones históricas y a sus disputas de sentido. Lejos de respuestas concluyentes, el libro propone un ejercicio colectivo de problematización crítica, orientado a comprender fenómenos complejos y a cuestionar aquello que suele presentarse como natural o evidente en el análisis del presente.



ISBN 978-631-90373-5-7



9 786319 037357